



UNIVERSITAT DE
BARCELONA

Prosperidad y desencanto: Luchas por una vida digna y un futuro mejor en una ciudad desindustrializada del País Vasco. El caso de Errenteria

Uzuri Aboitiz Hidalgo

ADVERTIMENT. La consulta d'aquesta tesi queda condicionada a l'acceptació de les següents condicions d'ús: La difusió d'aquesta tesi per mitjà del servei TDX (www.tdx.cat) i a través del Dipòsit Digital de la UB (diposit.ub.edu) ha estat autoritzada pels titulars dels drets de propietat intel·lectual únicament per a usos privats emmarcats en activitats d'investigació i docència. No s'autoritza la seva reproducció amb finalitats de lucre ni la seva difusió i posada a disposició des d'un lloc aliè al servei TDX ni al Dipòsit Digital de la UB. No s'autoritza la presentació del seu contingut en una finestra o marc aliè a TDX o al Dipòsit Digital de la UB (framing). Aquesta reserva de drets afecta tant al resum de presentació de la tesi com als seus continguts. En la utilització o cita de parts de la tesi és obligat indicar el nom de la persona autora.

ADVERTENCIA. La consulta de esta tesis queda condicionada a la aceptación de las siguientes condiciones de uso: La difusión de esta tesis por medio del servicio TDR (www.tdx.cat) y a través del Repositorio Digital de la UB (diposit.ub.edu) ha sido autorizada por los titulares de los derechos de propiedad intelectual únicamente para usos privados enmarcados en actividades de investigación y docencia. No se autoriza su reproducción con finalidades de lucro ni su difusión y puesta a disposición desde un sitio ajeno al servicio TDR o al Repositorio Digital de la UB. No se autoriza la presentación de su contenido en una ventana o marco ajeno a TDR o al Repositorio Digital de la UB (framing). Esta reserva de derechos afecta tanto al resumen de presentación de la tesis como a sus contenidos. En la utilización o cita de partes de la tesis es obligado indicar el nombre de la persona autora.

WARNING. On having consulted this thesis you're accepting the following use conditions: Spreading this thesis by the TDX (www.tdx.cat) service and by the UB Digital Repository (diposit.ub.edu) has been authorized by the titular of the intellectual property rights only for private uses placed in investigation and teaching activities. Reproduction with lucrative aims is not authorized nor its spreading and availability from a site foreign to the TDX service or to the UB Digital Repository. Introducing its content in a window or frame foreign to the TDX service or to the UB Digital Repository is not authorized (framing). Those rights affect to the presentation summary of the thesis as well as to its contents. In the using or citation of parts of the thesis it's obliged to indicate the name of the author.

TESIS DOCTORAL

Prosperidad y desencanto:

Luchas por una vida digna y un futuro mejor
en una ciudad desindustrializada del País Vasco.
El caso de Errenteria

Uzuri Aboitiz Hidalgo



UNIVERSITAT DE
BARCELONA

2022

Programa de Doctorado en Sociedad y Cultura
Departamento de Antropología Social
Universidad de Barcelona

Prosperidad y desencanto:

Luchas por una vida digna y un futuro mejor
en una ciudad desindustrializada del País Vasco.
El caso de Errenteria

Uzuri Aboitiz Hidalgo

Julio 2022



UNIVERSITAT DE
BARCELONA

Directores: Dra. Susana Narotzky Molleda
Dr. Jesús Contreras Hernández
Tutora: Dra. Susana Narotzky Molleda



A las vecinas y a los vecinos de Errenteria

AGRADECIMIENTOS

Esta tesis no la he escrito sola y tampoco la he escrito de golpe. He necesitado tiempo y he necesitado gente. Mucha gente. Unas cuantas líneas no pueden expresar la gratitud que siento, y sin embargo, quiero aprovechar este espacio para reconocer y agradecer a las personas que me han acompañado a lo largo del camino y han creído que esta tesis tenía sentido.

En primer lugar, agradezco a las vecinas y los vecinos de Errenteria. A los/as que me abrieron sus casas y sus vidas, y a los/as que les dio apuro hacerlo, pero que no por eso dejaron de ayudar y acompañar en el trabajo de campo. Lo único que espero es que esta tesis refleje fielmente vuestras luchas por una vida digna y un futuro mejor.

Empecé a imaginar esta tesis allá por el 2014. Conocía a Susana Narotzky desde que yo era estudiante de antropología y tuve la suerte de tenerla de profesora. Ella no lo sabe, pero ya desde entonces se convirtió en una inspiración intelectual. Más tarde en el máster, en la defensa de la tesis, conocí a Jesús Contreras: ambos han dirigido esta tesis, con paciencia, confianza y rigor. A ellos agradezco la lectura de los muchos borradores inconclusos, las minuciosas observaciones y, en general, la enseñanza de todos estos años. Esta tesis os debe todo, a excepción de los errores y las limitaciones que son mías y de nadie más.

Cuesta imaginar lo que hubiera sido esta tesis si en el camino no me hubiera encontrado con Magdalena Villarreal, quien no solo me acogió en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) en México, sino que se convirtió prácticamente en una directora más. Gracias por la enorme dedicación, por creer en mí y por hacer que saliera de cada tutoría con más ganas de trabajar. Una parte importante de esta tesis tiene su huella y su amor.

Me gustaría además expresar mi gratitud al profesorado de la Universitat de Barcelona, que desde las primeras clases, nos contagiaron su pasión por la Antropología, en especial a María Jesús Buxó Rey, Ignasi Terradas, Manuel Delgado, Julio Zino Torrazza, Irene Sabaté y Adela García. Y también a los grupos de investigación en los que he tenido el placer de participar en estos años de doctorado: el Grup d'Estudis sobre Reciprocitat (UB), Antropologia Feminista Ikerketa Taldea (EHU-UPV), y el Seminario de Antro-

pología del Dinero y la Economía (CIESAS). Cómo no agradecer también al Departament d'Antropologia Social de la UB, en especial a Oriol Beltrán Costa por el recibimiento como director y a Pilar Revelles González por facilitarnos nuestra estancia y hacerla más amable.

Varias personas más han sido claves en la elaboración de este trabajo, entre ellas, no puedo no reconocer a las/os compañeras/os del doctorado de Barcelona, País Vasco y Guadalajara (México). En especial, Patri, María, Gemma, Bibiana, Laura, Olatz, Jaime, Pato, Eli, Miguel, Luisa, Pris, Xitlali, Edith, Sayuri y Quique, gracias por las divagaciones, las risas a pesar de los lamentos y, sobre todo, por el apoyo entre tanta precariedad y lógica de la competencia. Gracias por hacer el camino más ligero y compartido. También agradecer a amigos/as del sindicato LAB y de otros colectivos que siempre han estado dispuestos a echar una mano en esta tesis, en particular, a Liz Quintana, eskerrrik asko bihotzez. También a María Ruiz, por la confianza y por la invitación de estos años a acudir a EHU-UPV a compartir avances, y a Mari Luz Esteban por ayudarme a tomar algunas decisiones durante estos años.

Finalmente quiero agradecer y reconocer mi deuda con todas aquellas personas que forman parte de mi vida y me han hecho seguir adelante cuando las inseguridades no me permitían avanzar. Sabéis quienes sois, amigos de Donosti, Barna, Begur, Lekitto, Guadalajara. Compañeras de militancia. Llenáis de sentido mi trabajo. Citaré expresamente a Nahiko, Eli e Ibon, por la paciencia infinita pero también a Maite (danak), Andoni, Vero, Ene, Leire, Sorkun, Ainho, Bego, Amaia y Clara por ser casa y porque han ayudado de distintas maneras en este trabajo. Y, por supuesto, a mis padres y mi hermano, Bego, Juan Antonio y Jon, para quienes la antropología no era el camino para un “futuro mejor” que se habían imaginado para mí, pero a pesar de ello, me apoyan y me cuidan cada día.

Me gustaría terminar este apartado reconociendo y reivindicando la importancia de haber tenido un contrato predoctoral de la Universitat de Barcelona y una beca para hacer la estancia de investigación. Sin ello, seguramente esta tesis no hubiera llegado a buen puerto. Y también el valor de Sci-hub para los procesos de investigación, al permitirnos un acceso abierto al conocimiento científico.

Donostia, el 11 de julio de 2022

RESUMEN

Esta tesis se centra en cómo los vecinos y vecinas de la ciudad desindustrializada de Errenteria, País Vasco, luchan por ganarse la vida y tener un futuro mejor mientras enfrentan crisis económicas y políticas de ajuste estructural. Para ello se han estudiado, desde abajo, los esfuerzos que las clases trabajadoras realizan en la vida cotidiana para sacar sus vidas y la de los suyos adelante, y lograr aquello que ellos consideran como una vida buena o digna en condiciones de ajuste estructural. El objetivo ha consistido en evaluar el impacto que la crisis económica del 2008 y el régimen de austeridad están teniendo en las posibilidades y capacidades de las clases trabajadoras para llevar adelante los micro proyectos de ganarse la vida.

A través del análisis de casos se pone de relieve el hecho de que estos/as vecinos/as llevan enfrentando la crisis de los medios de reproducción social desde los años ochenta, cuando para la adhesión a la Comunidad Económica Europea la reconversión industrial dismanteló el tejido industrial de la ciudad. No obstante, los fondos europeos, la recuperación de libertades y de derechos democráticos, así como la expansión del Estado de Bienestar y la financiarización de las economías domésticas, permitieron una perspectiva de prosperidad y un horizonte de clase media de movilidad social y bienestar para los proyectos de vida de las clases trabajadoras, hasta que la crisis del 2008 lo vino a desbaratar. Esta investigación demuestra las limitaciones que tienen ahora las clases trabajadoras precarizadas para reproducir el modelo fordista de proyectos de vida, que en el pasado estructuraba los ciclos y planes de vida en función de las perspectivas de estabilidad de ingresos y progreso material, entonces ligado al empleo y el salario familiar.

Mediante el examen de sus prácticas y relatos vitales se descubren cómo reactualizan sus memorias pasadas para enfrentar, de manera crítica, el marco actual de austeridad. La tesis constata que las personas contestan de diversas maneras las políticas de ajuste estructural para defender sus sentidos de dignidad, entre las cuales destaca el reforzamiento de las estrategias familiares. Sin embargo, también muestra que estas prácticas no son siempre suficientes y que su viabilidad a largo plazo es discutible. Con ello, este trabajo identifica y examina una perspectiva de retroceso y una crisis de esperanza de un futuro mejor.

ABSTRACT

This thesis focuses on how the citizens in the deindustrialized city of Errenteria, Basque Country, struggle to make a living and have a better future while confronting economic crises and structural adjustment policies. To explain this, there has been analyzed and studied, from the bottom up, the efforts that the working classes make a living in everyday life to keep moving forward in their lives and of those important to them and achieve that, what they consider to be a good or dignified life under conditions of structural adjustment. The objective consists of evaluating the impact of the 2008 economic crisis and the austerity regime is having on the possibilities and capabilities of the working classes to continue to develop micro livelihood projects.

Through the analysis cases, it gets highlighted that the people have been facing the crisis of the means of social reproduction since the 80s, when the adhesion to the European Economic Community dismantled the industrial fabric of the city. Nevertheless, the European funds, the recovery of freedoms and democratic rights, the expansion of the Welfare State, and the financialization of the domestic economies allowed a perspective of prosperity and a middle-class horizon of social mobility and well-being for the life projects of the working classes, this, until the 2008 crisis came and disrupted it. This research shows the limitations that now the precarious working classes have to reproduce the Fordist model of a project of life, that in the past structured the cycles and life plans in the function of the standpoint of income stability and material progress, that at that time was linked to employment and family wages.

Analyzing their practices and life stories is discovered how they update their memories to critically face the current austerity framework. This thesis confirms that the people deal in various ways against the structural adjustment policies to defend their sense of dignity, among those ways the reinforcement of the family strategies stands out. However, it also shows that these practices are not always enough, and their long-term viability is debatable. With this, this thesis identifies and examines a perspective of regression and crisis of hope for a better future.

ÍNDICE

Introducción

POSICIONAMIENTOS TEÓRICOS Y METODOLÓGICOS SOBRE LAS FORMAS DE GANARSE LA VIDA Y DE CONSTRUIR UN FUTURO 1

1. La tesis o la narración de una racionalización post actum: hipótesis y objetivos.	1
2. El punto de partida y la presentación del problema de investigación.	4
2.1. “De cuando vivíamos mejor”: incomodidad sobre las lecturas de la crisis. ¿Qué crisis? ¿Qué vida?	6
2.2. Delimitación del ámbito o contexto de investigación	13
3. Perspectivas antropológicas sobre las formas de ganarse la vida	15
3.1. Trabajo(s)	17
3.2. Valor(es)	19
3.3. Futuro(s)	21
4. El marco de la reproducción social: las generaciones en el centro.	25
5. La etnografía: posicionamientos metodológicos, emergencias del trabajo de campo y técnicas de investigación	26
5.1. El diseño del dispositivo metodológico: de la etnocontabilidad a la etnografía de las economías cotidianas	27
5.2. El trabajo de campo: vivir en Erreterria y la construcción del objeto de estudio	31
5.2.1. Primera etapa de trabajo de campo: crisis sistémicas e incertidumbre.	31
5.2.2. Segunda etapa de trabajo de campo: un campo en constante cambio	36
5.2.3. Finalizar el trabajo de campo y los posteriores retornos.	38
5.3. Técnicas de campo.	38
5.3.1. Bola de nieve: la accesibilidad y la significatividad como técnica de muestreo	39
5.3.2. Observación participante	39
5.3.3. Entrevistas formales: relatos de vida, entrevistas en profundidad, y trayectorias financieras, laborales y residenciales	42
5.3.4. Conversaciones informales y diálogos íntimos.	44
5.3.5. Cuadernos de etnocontabilidad.	45
5.3.6. Material secundario.	46
6. Estructura de la tesis	46

Capítulo 1

APROXIMACIÓN HISTÓRICA AL DESMANTELAMIENTO DE UNA CIUDAD INDUSTRIAL Y LA PRECARIZACIÓN DE LAS FORMAS DE GANARSE LA VIDA	49
1. Introducción: los vascos de segunda.	49
2. De “la pequeña Manchester” al “milagro español”	54
3. Agotamiento del modelo de acumulación fordista y la transición hacia el neoliberalismo	63
4. El gran desmantelamiento.	70
5. La neoliberalización de la economía.	75
5.1. Financiarización, burbuja inmobiliaria y precarización.	78
6. La crisis económica del 2008 y las políticas de ajuste estructural	82
7. Salida de la crisis ¿o polarización social?.	91
8. A modo de conclusión.	93

Capítulo 2

¿EL OASIS VASCO? LA DISPUTA DE LOS SIGNIFICADOS Y EXPLICACIONES DE LA (NO) CRISIS DESDE ABAJO	95
1. Introducción: el mito del Oasis Vasco.	95
2. De la ausencia de la crisis a la vida en crisis.	99
3. La crisis como excusa, la crisis transferida y la crisis como ataque	110
4. La crisis como fracaso moral	112
5. La crisis cíclica o la crisis estructural	117
6. A modo de conclusión.	118

Capítulo 3

LAS DIFICULTADES DE PROYECTAR UNA VIDA A FUTURO EN TIEMPOS DE AJUSTE ESTRUCTURAL	121
1. Introducción: precariedad, austeridad e inseguridad económica	121
2. “En cuanto pueda”: las dificultades de considerar y hacer planes a futuro ...	126
3. Horizontes de futuro: visiones y aspiraciones sobre el mañana	139
3.1. Entre la inutilidad de pensar a futuro y el presentismo	144
4. A modo de conclusión.	150

Capítulo 4

LOS MALABARISMOS DE LOS HOGARES PARA GANARSE LA VIDA Y CONSTRUIR UN FUTURO MEJOR: POSIBILIDADES Y LÍMITES EN TIEMPOS DE AUSTERIDAD	153
---	------------

1. Introducción: luchas por una vida digna y un futuro mejor en tiempos de austeridad	153
2. Malabarismos para salir adelante y hacer un futuro mejor.	158
2.1. Los presupuestos domésticos y los intentos para dominar el tiempo . . .	159
2.1.1. Caso 1. Eli o la economía cotidiana de una perceptora de prestaciones sociales	160
2.1.2. Caso 2. Ana o la economía cotidiana de una trabajadora eventual..	168
2.2. Las redes informales como relaciones orientadas a largo plazo: el peso de las “divisas sociales”.	173
3. Malabares de y contra la austeridad: reivindicaciones de valor, dignidad y reconocimiento	180
4. Los límites de los malabarismos: el cuerpo	184
5. A modo de conclusión.	188

Capítulo 5

LA ECONOMÍA MORAL DOMÉSTICA DE LA PRECARIEDAD:

OPORTUNIDADES, OBLIGACIONES Y EXPECTATIVAS CAMBIANTES . . 191

1. Introducción: la nueva economía moral doméstica de la precariedad	191
2. La ruptura generacional de las condiciones de reproducción social.	192
3. Nuevas prácticas y comprensiones de las interdependencias generacionales: entre la obligación de ayudar y el derecho a ser ayudado	201
3.1. La extensión de la obligación parental.	202
3.2. El derecho de ser ayudado ante la ruptura de expectativas	204
4. Luchas, tensiones y conflictos ante la ruptura de expectativas de los ciclos de vida	211
4.1. Frustración, inadecuación y celos en la tensión entre la dependencia y la autonomía.	211
4.2. “Esto no es un hotel”: cuando estallan los límites de la solidaridad intergeneracional	213
5. Dependencia, respeto propio y políticas de devaluación interna	217
6. Los límites de la economía moral doméstica de la precariedad: el caso de la familia García Jiménez.	219
6.1. Hijos adultos como responsables del hogar.	219
6.2. Dependencia, subsidios y categorías institucionales	221
6.3. “Quiero comenzar mi vida”: la tensión entre la autonomía y la dependencia	222
7. A modo de conclusión.	224

Capítulo 6

“VIVIREMOS PEOR QUE NUESTROS PADRES”:

ESPERANZA, RESPONSABILIDAD Y REPRODUCCIÓN SOCIAL 225

1. Introducción: la geografía menguante de la esperanza 225
2. El sentido común de retroceder. 228
3. La transgresión de la economía moral fordista-keynesiana 235
4. Las nuevas condiciones de la distribución de la esperanza:
¿quién se la puede costear? 241
5. Entre el desencanto y el desclasamiento:
¿hay margen para una política de la esperanza a través de las generaciones? . . . 248
6. A modo de conclusión 252

CONCLUSIONES FINALES 255

1. Capitalismo europeo, horizontes de clase media y crisis de reproducción social. 256
2. Resistencias a la crisis de reproducción social: estrategias familiares y posicionamientos sociales 258
3. Estrategias financieras como forma de protección 260
4. Devaluación y despolitización 260
5. Dinámica de retroceso y crisis de esperanza. 261

BIBLIOGRAFÍA. 263

ANEXOS 285

– Introducción –

POSICIONAMIENTOS TEÓRICOS Y METODOLÓGICOS SOBRE LAS FORMAS DE GANARSE LA VIDA Y DE CONSTRUIR UN FUTURO

1. La tesis o la narración de una racionalización *post actum*: hipótesis y objetivos

Esta tesis investiga cómo las clases trabajadoras de una ciudad desindustrializada del País Vasco, Errenteria, diseñan proyectos de vida y persiguen vidas que entienden dignas de ser vividas, en particular bajo las condiciones de ajuste estructural. En concreto, me centro en la denominada antigua clase obrera, que fue redefinida después como clase media por el consumo financiarizado, y que ahora se considera que vive un proceso de movilidad social descendente.

La hipótesis principal que defiende esta disertación es que las transformaciones que vienen sucediéndose con el auge del proyecto neoliberal de los años 70, tanto en el plano político –marcado por las políticas de austeridad¹ que buscan destruir el pacto keynesiano– como en el plano económico –caracterizado por el proceso triádico de globalización, desindustrialización y financiarización–, han transformado enormemente el campo donde hay que ganarse la vida, hasta el punto que a estas clases trabajadoras les resultaría ahora más difícil llevar a cabo las prácticas que habían permitido a las dos últimas generaciones salir adelante, debilitando el horizonte de clase media de bienestar y movilidad social.

En ese sentido, esta tesis se enmarca en los estudios que buscan comprender las transformaciones complejas de las relaciones de reproducción social en la transición de lo que David Harvey (2007) llama un “capitalismo incrustado”, basado en modelos For-

¹ Siguiendo la definición que utilizan Patricia Matos y Diana Sarkis (2020:717), entiendo que el proyecto de austeridad es un conjunto de políticas económicas basadas a grandes rasgos en “medidas de devaluación interna” (Blyth 2013) para hacer frente a la deuda pública y como un marco político que busca reconfigurar las relaciones entre el capital y el trabajo tanto a través de la reescalada del Estado de Bienestar como al debilitamiento de las expectativas de reproducción social, los derechos y las reivindicaciones, y que sigue las políticas de ajuste estructural aplicadas en países de América Latina, Asia y África desde la década de 1980.

distas-Keynesianos, a otro “capitalismo neoliberal”, sustentado en procesos financieros y otros procesos de acumulación por desposesión (Harvey 2005), transición que la última crisis del 2008 habría acelerado. Por “reproducción social” me refiero a un marco amplio y multiescalar, que entiende que la continuidad que reúne a las generaciones en torno a micro proyectos de “ganarse la vida” y mejorar sus oportunidades futuras está articulado con los macro proyectos de configuraciones sociales de poder y distribución de recursos (Narotzky y Besnier, 2014: 8). De esta forma, considero que el proyecto neoliberal, basado en la desregulación del mercado de trabajo y de las finanzas, en la privatización de bienes y de servicios públicos, o en el control del déficit público, ha transformado las condiciones de posibilidad de ganarse la vida de las clases trabajadoras, y ha reducido el margen para que puedan realizarse las expectativas de vida construidas en su experiencia anterior.

En concreto, la tesis pone el foco en dos transformaciones que habrían afectado a las posibilidades de ganarse la vida de las clases trabajadoras y a la consecución de sus expectativas de vida. La primera de estas transformaciones remite a la creciente inseguridad en el acceso sostenido a los medios de vida, fruto principalmente de procesos de desregularización del empleo y las políticas de “devaluación interna” (Blyth, 2013) –represión salarial, empleo precario y desempleo masivo–. El segundo se refiere a las políticas de austeridad que debilitan las políticas keynesianas de redistribución, haciendo retroceder al Estado de su anterior responsabilidad sobre la reproducción social de la sociedad. Ambos procesos estarían generando una creciente precariedad e incertidumbre material, desprotección social y ansiedad emocional en las clases trabajadoras.

De aquí se lanza una segunda hipótesis: como consecuencia de estas transformaciones político-económicas las clases trabajadoras estarían reaccionando y transformando las prácticas de subsistencia, es decir, estarían intensificando el trabajo total (remunerado y no remunerado), cambiando patrones de consumo, fortaleciendo redes y vínculos sociales o desmercantilizando prácticas económicas. Esto implica una reconfiguración de las expectativas y obligaciones morales entre las personas en su dependencia mutua.

Por último, se plantea también una tercera hipótesis: los esfuerzos extra que están llevando a cabo las clases trabajadoras precarizadas para salir adelante pueden estar resultando insuficientes, dando lugar no solo a una degradación de las condiciones de vida, sino también a una crisis de reproducción social, en tanto que las capacidades y posibilidades (reales y percibidas o materiales y subjetivas) para sostener sus vidas se ponen en entredicho.

De esta forma, esta tesis marca dos objetivos principales. Por un lado, se estudian los esfuerzos que realizan las clases trabajadoras precarizadas para ganarse la vida en este contexto de incertidumbre material (desempleo, empleo eventual y precario, falta de oportunidades, escasez de recursos, pérdida de poder de negociación, disminución sala-

rial y poder adquisitivo) y política (reducción en sistemas de protección social, pérdida de derechos). Señalo “esfuerzo”, y no “trabajo” ni “empleo”, para hacer hincapié en la voluntad de abordar toda clase de gastos de energía humana y relaciones, incluidas muchas formas no mercantiles y no remuneradas, que permiten a las personas sacar sus vidas adelante. Esfuerzos que, estén mediados o no por el mercado, se conciben de diferentes maneras unidos con formas de valorización del capital.

En ese sentido, considero que las clases trabajadoras son un grupo de personas que para ganarse la vida se ven obligadas a entablar relaciones de explotación con el capital, pero teniendo en cuenta que esta relación adopta muchas formas (Narotzky, 2016c, 2018). De este modo, el primer objetivo será estudiar los esfuerzos cotidianos y amplios por sacar la vida adelante en un marco caracterizado para muchos por la precariedad, la escasez y la inseguridad del acceso sostenido a los medios de vida y por el énfasis individualista de la responsabilidad del bienestar futuro. De ahí el interés por prestar atención a las prácticas de subsistencia que se están realizando para generar y mantener condiciones de posibilidad de una buena-vida, y por observar cómo en ese esfuerzo lidian con las tensiones y las formas de conflicto íntimo que deben estar generándose con la transformación de las condiciones de reproducción social. En este punto, me pregunto también por la noción de bienestar detrás de estos esfuerzos, teniendo en cuenta, que estas nociones no se dan en abstracto, sino que toman forma en un espacio-tiempo. En este caso, nos referimos a estándares de bienestar forjados dentro del pacto keynesiano fordista y en un contexto de crecimiento económico, que define “bienestar” como movilidad social ascendente y como aumento de la capacidad de consumo.

Por otro lado, pero articulado con lo anterior, me propongo indagar en torno a las transformaciones en las aspiraciones y expectativas respecto al bienestar y los futuros prometidos, especialmente en aquellos que entienden que viven un proceso de movilidad social descendente o se sienten desengañados con el horizonte de clase media. A este respecto, dirijo las preguntas en dos direcciones. En primer lugar, me pregunto por cómo estas transformaciones han moldeado la capacidad de imaginar, aspirar y trazar futuros de las clases trabajadoras. Y es que, es de sospechar que aquellos que lidian con la precariedad e incertidumbre material, la desprotección social y la ansiedad emocional tienen más dificultades (tanto subjetivas como materiales) de crear futuros. En segundo lugar, en vista de que las prácticas que habían permitido en el pasado cercano salir adelante son ahora o más difíciles de manejar, es oportuno cuestionarse si se están transformando las aspiraciones, en concreto, si se está dando un proceso de aspiración social descendente o una reducción de futuros. En ese sentido, esta tesis busca comprender cómo entienden, viven, negocian y sienten el cambio de una época de prosperidad a otra de crisis de medios de vida, expectativas y esperanzas marcadas

por el ajuste estructural. En definitiva, indago sobre las aspiraciones y esperanzas detrás de las prácticas económicas en este momento de ajuste estructural, poniendo especial atención en los estándares de bienestar que se persiguen.

En última instancia, este momento de ajuste estructural es un momento privilegiado para observar el desajuste entre las expectativas de vida construidas en su experiencia anterior y los medios de vida precarios e inciertos de la era neoliberal. Cabría preguntarse si este desajuste conduce a las clases trabajadoras a la resignación de reducción de futuros y malos vivires, o si, al contrario, puede generar un marco de indignación capaz de transformar el tablero de juego de la reproducción de la economía capitalista.

Ahora bien, al comienzo de este proyecto doctoral las hipótesis, los objetivos y las preguntas no eran ni tan claras ni definidas. Al principio de este camino entendía vagamente el objeto de mi investigación. Simplemente me preguntaba por cómo había afectado y cómo enfrentaban las clases trabajadoras la crisis de 2008, y la hipótesis más consolidada era que se estaba dando una feminización de las estrategias de subsistencia. Las nuevas preguntas e hipótesis fueron tomando forma en el trabajo de campo y se completaron una vez se encontró la manera de responderlas. Las limitaciones y las dificultades del campo también orientaron esta investigación hacia unos objetivos e hipótesis y no hacia otras, por ser, simplemente, más accesibles de estudiarlas.

Se podría obviar toda esa parte y ofrecerle a la persona lectora una racionalidad *post actum* que reflejara una pre-reflexividad compleja, coherente y definida. Sin embargo, considero importante mostrar de dónde se partía, cuáles eran los objetivos intelectuales y políticos que se perseguían. Asimismo, se considera relevante destapar el modo de producción de conocimiento antropológico a fin de hacer visibles los nuevos saberes que emergieron del campo y cambiaron sustancialmente esta tesis.

2. El punto de partida y la presentación del problema de investigación

Cuando estalló la crisis del 2008 recién había comenzado a estudiar Antropología en la Universidad de Barcelona. En poco tiempo, las tasas de desempleo se dispararon, miles de personas vieron evaporar ahorros de toda la vida, los desahucios comenzaron a darse un día sí y otro también, y muchos, demasiados, cayeron en la precariedad y en la pobreza. El memorándum de ajuste estructural, basado en la austeridad y en la liberalización económica, marcó los años siguientes, dando como resultado que las promesas de bienestar y de movilidad social se hicieran cada vez más improbables para amplias capas sociales, al tiempo que se cargaban más responsabilidades de bienestar a los hogares.

De aquellos años recuerdo, en particular, cómo cambiaron las conversaciones de sobremesa en mi familia. De un momento en que mi madre y mi padre nos acusaban condescendientes a mi hermano y a mí de ser unos privilegiados, de haber tenido todas las oportunidades de estudiar, viajar o construir nuestras vidas sin grandes dificultades, a otro segundo momento en que empezaron a sentir lástima por nosotros, al percibir que teníamos que enfrentarnos a un marco más complicado para poder vivir y acceder, por lo menos, a los mismos estándares de bienestar que ellos habían llegado, como comprarnos una casa o viajar regularmente.

Mis padres comenzaron a revivir sentimientos que parecían ya haber sido superados, de cuando en la reconversión de los noventa mi padre, como tantos otros padres y madres de mis amigos/as, quedaron a la deriva observando el desmantelamiento de la industria pesquera. Ahora, la preocupación por nosotros adoptaba forma de desengaño con el conjunto del sistema económico, pero también con los responsables políticos que rescataban bancos al tiempo que imponían un marco de vida más austero. El horizonte de la clase media de la movilidad social como proyecto de las clases trabajadoras se había vuelto más improbable, y mis padres sentían que se deshacían los futuros de sus hijos por los cuales tanto habían luchado y se habían sacrificado.

Comencé a preparar el proyecto doctoral cuando empezaron a sonar las primeras sirenas de recuperación económica, dispuesta a estudiar cómo la crisis del 2008 había transformado los modos de vida de las clases trabajadoras, sin perder de vista cómo luchaban para garantizar aquello que consideraban una vida digna o valiosa. Por aquel entonces me interesaba enfocarme en un aspecto de la economía, que, aunque un tanto vaga, consistía en abordarla desde la orientación temporal. Todavía intuitivamente, partía de la idea de que las prácticas económicas dialogan con horizontes de expectativas y con ideas de futuro, es decir, que contienen en sí apuestas, deseos, cálculos o esperanzas dentro de proyectos de vida, que sin abordarlos difícilmente pueden ser entendidos. Desde este punto de vista, partía de la curiosidad de ver cómo el marco neoliberal, pero más concretamente el régimen de austeridad que había repetido hasta la saciedad que “habíamos vivido por encima de nuestras posibilidades”, estaba afectando a las maneras en las que las clases trabajadoras piensan y dan forma a las prácticas económicas orientadas a construir un proyecto de vida.

Aún sin saber las implicaciones teóricas y metodológicas que comportaba pensar la economía desde la dimensión de orientación temporal o horizontes de expectativa, formulé unas primeras amplias preguntas. ¿Qué noción de vida buena persiguen las clases trabajadoras y cómo se construyen estas nociones? ¿Se ha transformado esta con la vivencia de la crisis? ¿Consideran que en algún momento ha existido algo parecido a una vida digna?

2.1. “De cuando vivíamos mejor”: incomodidad sobre las lecturas de la crisis. ¿Qué crisis? ¿Qué vida?

Abordar la economía desde esta amplia comprensión de proyecto de vida y de futuro se vinculaba, a su vez, con la incomodidad que me produjeron tres cuestiones relacionadas con la crisis: la primera tenía que ver con lo que llamábamos crisis y con dónde se estaba poniendo el foco que al mismo tiempo apelaba a la idea de qué era una vida buena o una vida digna; la segunda estaba ligada a una narrativa de idealización del pasado; mientras que la tercera estaba unida a lo que, a mi parecer, era un reforzamiento de la responsabilidad individual como solución a la crisis, lo que generaba, a mi parecer, una preocupación constante sobre el mañana en el que el futuro se ve como peor.

En primer lugar, por aquel entonces me generaba inquietud la ruptura que había en los entendimientos de la crisis entre las voces expertas y las de base: mientras las primeras se centraban en definir la crisis como un estancamiento de crecimiento, las segundas hablaban de un deterioro de las condiciones de vida pero, sobre todo, de una ruptura de expectativas de vida. Pronto me empecé a dar cuenta que los entendimientos cotidianos de la crisis estaban vinculados con nociones de bienestar y de una vida digna.

De esta forma, mientras que, por un lado, las políticas de ajuste estructural señalaban que “habíamos vivido por encima de nuestras posibilidades”, por otro lado, desde los movimientos sociales, se reivindicaba “una vida digna”, en abstracto, sin saber muy bien a qué nos referíamos con ello. En las comidas familiares o en las conversaciones con amigas encontré más concreción sobre el concepto: se apelaba a no poder alcanzar los estándares de vida de las generaciones anteriores, a no poder comprarse una casa, a no poder formar una familia de manera autónoma sin pedir recurrentemente ayuda, a querer viajar y no poder. La crisis reflejaba todo esto y, a su vez, marcaba una línea divisoria entre dos épocas. Las definiciones técnicas de la crisis no llegaban a captar, bajo mi punto de vista, estos entendimientos populares de la crisis y de lo que se espera de la vida. De esta forma, me daba la sensación de que a la gente le faltaban narrativas para comprender y darle valor a sus propias vivencias de crisis. ¿Qué estaba en crisis? Y ¿qué vida?

La segunda cuestión, estaba vinculada a una idealización del pasado, ya fuera de la sociedad industrial o de los años de auge financiero, negando o quitando importancia a los procesos de precarización que ya preexistían. Pero ¿acaso no hablábamos de crisis antes? Estas narrativas venían del campo académico y del político, y también tenían espacio en los entendimientos de la gente corriente.

Por ejemplo, por aquellos años se aceleró una literatura académica que reforzó una visión estabilizadora del acuerdo social Keynesiano-Fordista, en parte como una respuesta o justificación a las movilizaciones políticas del momento que denunciaban el proceso

de precarización a raíz de la crisis del 2008 y las políticas de austeridad y ajuste estructural, pero más generalmente como consecuencia del auge del proyecto neoliberal de los años 70, haciendo hincapié en las consecuencias de la desregularización, y la liberalización en la vida cotidiana de las clases trabajadoras.

Así, se construyó una narrativa que enfatizaba la estabilidad, la protección social y la prosperidad de las clases trabajadoras vinculada al doble pacto Trabajo-Capital y Ciudadano-Estado. Es decir, por un lado, al denominado pacto fordista, como aquel compromiso entre el capital, el Estado y los sindicatos que se negoció después de que los trabajadores dirigieran acciones masivas para organizar sindicatos nacionales a principios del siglo XX. De este modo, se refiere al proceso por el cual los trabajadores sindicalizados consiguieron acuerdos en la negociación colectiva que vinculaban el aumento de la productividad con la seguridad laboral, los aumentos salariales y las prestaciones sociales. Por el otro lado, el llamado pacto keynesiano, vinculado al desarrollo paulatino y diverso de los Estados de Bienestar e ideas keynesianas², que abogaron por la intervención de los Estados en la economía que ampliaron la protección y bienestar social para los “ciudadanos laborales” o “*citizen workers*” (Alonso, 2007: 100; Kasmir, 2018: 4), los cuales pasaron a ser considerados sujetos de derechos y obligaciones. De este modo, esta literatura alaba el periodo histórico transcurrido desde 1945 hasta la recesión de 1973-1975, denominándolo como la “época dorada” del Capitalismo del Bienestar o los “*Trente Glorieuses*”, en las que enfatizan la expansión y el crecimiento sostenido de aquellos años y afirman que se institucionalizó una red de seguridad laboral y social, que llevó a amplias capas de las clases trabajadoras a experimentar una prosperidad y seguridad desconocida, generando la ilusión de la “clase media”.

El sueño de las clases trabajadoras se rompería con el auge del proyecto neoliberal en los años setenta que, apoyado en una serie de políticas basadas en la liberalización y desregularización financiera y del mercado de trabajo, así como del control de déficit público, que desgastó las protecciones laborales y sociales forjados en el modelo anterior. Estas políticas que priman la competitividad serían claves en los procesos de globalización, deslocalización y desinversión del norte global y en la financiarización de la economía de los años posteriores, generando una nueva geografía del capital (Kasmir, 2018: 1). También produjeron una nueva división internacional del trabajo donde los/las

² En efecto, el pacto keynesiano se refiere al consenso en torno a la necesidad de intervenir y regular la economía, una economía que, por aquel entonces, estaba marcada por el desempleo, la pérdida de producción y el colapso del sistema financiero originado por la crisis del 29 y el contexto de postguerra. Con la creación de los Estados de Bienestar, los estados asumieron la responsabilidad social del riesgo, llevando a cabo políticas intervencionistas orientadas a la redistribución de la riqueza y a la satisfacción de las necesidades básicas de la ciudadanía, bajo la asunción de que así se garantizaría la estabilidad macroeconómica. La idea subyacente era articular el mantenimiento de la demanda interna con el crecimiento productivo de las economías nacionales, dando por sentado que si la población tenía rentas más altas podría dedicar más dinero al consumo, lo que garantizaría el crecimiento económico.

trabajadores/as de los antiguos bastiones industriales, antes con grandes capacidades de negociación y con la protección de los sindicatos, se verían ahora indefensos y viendo cómo se destruía en el lapso de una década una forma de trabajo y de vida.

Sin embargo, como ha criticado, entre otras, Sharryn Kasmir (2018: 4), antropóloga que ha realizado varias etnografías sobre contextos industriales, esta narrativa puede eludir tanto como elucidar, ya que el arreglo fordista siempre fue limitado en su alcance y parcial en su impacto, además de que obvia las particularidades concretas que partió y derivó el modelo en cada lugar. Particularidades o “anomalías” que son especialmente significativas para el caso vasco y español, debido al régimen franquista que imperó en aquellos años (Catalán, 1991: 97-130; López y Rodríguez, 2010: 139- 144; Palomera, 2015: 23-34).

De este modo, no me encajaban las lecturas que buscaban aplicar esta narrativa de la estabilidad, la prosperidad y la protección social de las clases trabajadoras al periodo del “milagro económico español”, el equivalente a la edad de oro del capitalismo de bienestar, en la medida en la que opacaban el hecho de que las clases trabajadoras del Estado español tenían que hacer frente a un régimen autoritario (represivo y paternalista), sin libertad política ni sindical, con salarios controlados a la baja, haciendo frente a una alta inflación que mermaba las tenues subidas de salario, y sin un sistema de provisión de servicios sociales. Esto a diferencia de las clases trabajadoras de otros contextos europeos que disfrutaban de libertad política y sindical por medio de la cual iban consiguiendo aumentos salariales significativos y de capacidad de consumo, y gozaban de un sistema de protección social y de servicios públicos brindados por los incipientes Estados de Bienestar modernos.

Como se argumentará en el primer capítulo, el contexto de crecimiento europeo fue desaprovechado por el franquismo condenando al Estado español al retraso tecnológico y a la dependencia con el exterior. Además de que no dejó, como sí se hace en los modelos propiamente Keynesiano-Fordistas, que el consumo de los/as trabajadores/as, a través del aumento de salarios, se convirtiera en un instrumento de crecimiento (Etxezarreta, 1991: 36-38; Catalán, 1991: 106-126; López y Rodríguez 2010: 143). Visto así, estas lecturas que mitifican los años del “milagro español”, además de ocultar el hecho de que fueron los desaciertos de las políticas franquistas las que hicieron que la crisis global de 1973 fuera tan profunda e intensa en el Estado español, representan un peligro añadido al legitimar formas autoritarias y represivas de hacer política.

Pero más allá del cuestionamiento de esta visión idealizadora del “milagro económico español” de la dictadura, las críticas a las grandezas del pacto Keynesiano-Fordista también han sido enunciadas desde diversas corrientes de pensamiento y desde fuera del Estado español. En especial, desde la teoría feminista y la economía política se ha denunciado la visión idealizadora de los pactos de la postguerra que tanto prevalece en el ámbito académico, subrayando que la extensión y el impacto de la seguridad dentro de

este modelo no fue distribuida homogéneamente, ni siquiera en las sociedades que más se ajustaban al caso ideal del fordismo, ni en los casos de fuertes Estados de Bienestar. Una de las principales críticas lanzadas fue que la seguridad laboral, la protección social y la prosperidad económica estuvieron al alcance de los trabajadores industriales varones de las grandes plantas.

Como digo, esta crítica ha sido repetida en numerosas ocasiones por las teóricas feministas, que han evidenciado que la seguridad y la estabilidad fordista siempre fueron el coto privado del “*male breadwinner*” o el “cabeza de familia”³, constatando el hecho de que el pacto se construyó sobre una división sexual del trabajo muy particular, basada en el “salario familiar” para los hombres, lo que vendría de asumir que la economía del cuidado no remunerado se articula con la economía de mercado de producción de mercancías. Esto mediante un ingreso que se abona al varón proveedor y que se supone es suficiente para cubrir las necesidades monetarias de su esposa e hijos, que son considerados como “dependientes”⁴ (Elson, 2002: 6; Lewis, 1992; Orloff, 1993).

De ahí que algunas feministas lideradas por Heidi Hartmann (1981) –en contra de la perspectiva defendida por Jane Humphries (1977) quien entendía que el salario familiar fue, en realidad, una estrategia conjunta y armoniosa de los hombres y mujeres de clase trabajadora para mejorar sus condiciones de vida–, argumentan que, en la época dorada del capitalismo, los hombres trabajadores reunidos en sindicatos cambiaron la solidaridad de clase, bien por los beneficios de monopolizar el poder de control del trabajo femenino en el hogar, o bien con el objetivo de eliminar competencia en el mercado de trabajo.

De esta forma, las feministas han criticado que el pacto Keynesiano-Fordista, no solo no comportó estabilidad, prosperidad y protección social para las mujeres, sino que las arrinconó en el papel de la buena madre y esposa, el de la ama de casa. Las subestimó y las hizo más dependientes como fuerza de trabajo femenina, además de que las privó de derechos y prestaciones sociales reconocidas, en cambio, para los hombres. En definitiva, el reconocimiento diferencial de los trabajos según el género orilló a las mujeres, tanto en el empleo como en su vida doméstica, a unas condiciones de mayor vulnerabilidad, dependencia, desprotección, inestabilidad y precariedad, y a vistas del Estado sus contribu-

³ Más recientemente se ha puntualizado sobre la generalización del concepto del “hombre ganador del pan”, visibilizando que, históricamente, los hombres racializados o migrantes también habrían quedado fuera de las legislaciones que garantizaban la seguridad laboral. Por ejemplo, Kasmir (2018: 4) matiza que el pacto keynesiano-fordista estuvo reservado para los “*hombres blancos*” en el contexto estadounidense, mientras que Alonso (2007: 100), para el caso español, lo concreta en el “*hombre nacional, cotizante y contribuyente, poseedor de trabajo formal, cabeza de familia*”.

⁴ Nancy Fraser y Linda Gordon (2015: 116) apuntan que es con el Estado de Bienestar cuando el término “dependencia” adquiere un significado específicamente femenino. En ese sentido, subrayan que la dependencia de las mujeres en la sociedad preindustrial era menos específica del género que posteriormente.

ciones fueron ninguneadas, pasando a ser tratadas, tal como señala Helga Hernes (1987), como ciudadanas de segunda⁵.

A esta gran crítica feminista que cuestiona esta visión estabilizadora del acuerdo Keynesiano-Fordista para las mujeres, se le une la de la economía política, que básicamente ha consistido en desmarañar los procesos de diferenciación y segmentación de los/as trabajadores/as, mostrando los procesos de diferenciación entre los/as trabajadores/as –a saber, trabajadores/as industriales estables y trabajadores/as agrarios/as o domésticos/as precarios/as, entre otros- y evidenciando que la inseguridad laboral es parte intrínseca del desarrollo histórico y las dinámicas o fuerzas capitalistas (Piore, 1971; Reich, Gordon y Edwards, 1973)⁶. A grandes rasgos, han defendido la idea de una relación entre la seguridad y la clase

⁵ Son muchas las consecuencias que ha tenido en la vida de las mujeres la división sexual del trabajo en forma de “salario familiar”. Podemos clasificar estas consecuencias según si se dan en la vida doméstica o social, si afectan al empleo, o si nos referimos al trato en las políticas públicas y en el acceso a los derechos. Respecto a las consecuencias en la vida doméstica y social, la perspectiva feminista ha advertido cómo este modelo propició la reproducción de la familia patriarcal. Y es que, debido a que usualmente los salarios de las mujeres caían por debajo del nivel de subsistencia, la estrategia de casarse o vincularse con un hombre ganador del pan, fue uno de los caminos más habituales para las mujeres de acceder a los frutos del salario familiar. De este modo, y como ha advertido la historiadora, aquellas mujeres que vivían alejadas de sus contextos familiares o eran el único sostén de la familia, como las viudas de clase trabajadora, fueron condenadas a la pobreza (Scott 1993: 416-417). Además, las feministas han insistido en que el reconocimiento diferencial del trabajo según el género llevó a las mujeres a una posición difícil de llevar en el seno del hogar, con relaciones de explotación, violencia y pobreza. Por ello, han hecho hincapié en la necesidad de estudiar las dinámicas intrahogar, para relucir la distribución desigual de recursos o la pobreza oculta de la dependencia (Sylvia Chant, 2003: 18).

Respecto a las consecuencias del salario familiar en el empleo de las mujeres, Martínez Veiga (1996) concluye que las mujeres pasaron a trabajar en peores condiciones laborales y sin el reconocimiento social de las antiguas obreras. Apunta también que, a partir de ello, proliferaron los trabajos en domicilio, el servicio doméstico y, en definitiva, la economía informal. Diversos académicos también han sacado a relucir como se crearon específicamente “trabajos de mujeres” que generalmente eran partes del proceso de producción peor pagadas y con pocas o nulas oportunidades de promoción. Por ejemplo, Michel Reich, David M. Gordon y Richard C. Edwards (1973: 262-263) señalan que era usual convertir algunos puestos de trabajo en puestos femeninos, con el fin de que estos trabajos fueran menos susceptibles a la sindicalización.

Y, por último, respecto al campo de los derechos, las feministas han lanzado sus críticas hacia la concepción de los derechos contributivos, a los cuales acusan de reproducir en el marco de los derechos las desigualdades del mercado laboral. Autoras como Sainsbury (1999) sugieren que este marco de derechos reifica la ideología de la familia tradicional, donde el sujeto de derechos es el cabeza de familia (mayoritariamente hombres) y los demás miembros de la unidad convivencial son considerados dependientes –bajo la doble articulación entre derechos directos y derivados-. Así, aquellos que no tienen empleo formal quedan relegados a unos derechos –los no contributivos o asistenciales- de mucha peor calidad y sometidos a una fuerte vigilancia por parte de los servicios sociales del estado para evaluar si son merecedores de ellos.

⁶ Entre estos teóricos destacan dos aportaciones concretas. La primera, la de Michael Joseph Piore (1971), quien fue el primero en proponer la tesis de la “dualidad del mercado de trabajo”, en la que señala que este tiene dos segmentos: uno caracterizado por la estabilidad y la seguridad y, el otro, por la estacionalidad y la inseguridad (Piore, 1971: 91). Piore argumentó que son las dinámicas de mercado las que causan la segmentación, a saber, la incertidumbre de la demanda, las necesidades tecnológicas o la especificidad de la tarea. La segunda gran aportación viene de la mano de Michel Reich, David M. Gordon y Richard C. Edwards (1973), que pusieron la atención en el carácter conflictivo de las relaciones sociales de producción, tomando los costes de medición de la productividad y los intereses del empresariado como principales razones de la segmentación, mediante estrategias varias como la creación de jerarquías y el fomento

ocupacional en tanto que los diferentes niveles de seguridad de los trabajadores variarían dependiendo de los distintos niveles de especificidad de la tarea, el tipo de demanda a que responden esos trabajos, los costes de la medición de su productividad, y el control de los mercados internos, entre otros. Es decir, muestra que la seguridad laboral estuvo vinculada a las economías centrales y a las grandes corporaciones industriales de producción en masa, y que afectó a los trabajadores de cuello blanco y a algunos trabajadores industriales, sobre todo a hombres nacionales que estaban protegidos por los grandes sindicatos, debido a que estos últimos terminaron por gestionar el mercado interno en aras de obtener cierto control. O lo que es lo mismo, muestran cómo la inseguridad laboral se concentró sobremanera en tipos de trabajo, sectores económicos y economías periféricas sujetos a procesos de subcontratación y terciarización, y entre trabajadores –sobrerrepresentados por mujeres, jóvenes y minorías– que, aunque parte de las economías centrales estaban desprovistas de mecanismos de protección laboral como pueden ser los sindicatos, por lo que absorbían las fluctuaciones del mercado y las crisis económicas.

En definitiva, en contra de la narrativa idealista del pasado Keynesiano-Fordista que en los años *post-crash* adquirió tanta fuerza, el feminismo y la economía política han evidenciado sobradamente que la seguridad no se ha dado de forma transversal ni homogénea ni tan siquiera en la época dorada del capitalismo. Si en la academia surgían estas narrativas de una idealización del pasado de la sociedad industrial –en el que, dicho sea de paso, la aspiración política de una vida digna se reduce al estrecho margen de la relación salarial o la familia–, en el campo político y mediático se glorificaba el contexto económico justo anterior al estallido financiero.

Esta narrativa olvidaba que la expansión económica española (1995-2007) estaba cimentada en una base muy poca sólida. Por un lado, en la financiarización de la economía basada en la burbuja inmobiliaria y el endeudamiento de los hogares que se vieron empujados a ello para mantener vivas las expectativas de vida. Por el otro, en la precarización del trabajo fruto de sucesivas reformas laborales de flexibilización puestas en marcha desde los años ochenta, lo que posibilitaría la institucionalización de la desprotección laboral que fue clave para la expansión económica anterior a la crisis del 2008.

de competencias a lo largo de líneas raciales, étnicas o de género. Aunque estas teorías han sido de vital importancia para entender el funcionamiento de los mercados de trabajo y en particular la importancia de la segmentación para la reproducción de la hegemonía capitalista, también han sido ampliamente cuestionadas, acusadas de dar descripciones poco realistas y reduccionistas y de ser fácilmente desmontables en base a los casos empíricos. De esta forma, algunos las han considerado demasiado centradas en los entornos organizativos, así como en las estrategias de los empresarios, y han criticado la poca importancia que le otorgan a las estrategias de los trabajadores (Polavieja, 2003), así como también el hecho de que han realizado correspondencias simples entre tipos de industria y tipos de trabajador o cualificación (Baron, 1984) o no tener claro cuál es la unidad de análisis relevante para separar segmentos, cuántos segmentos hay o la relación entre ellos (Martínez Veiga, 1998).

Además, en estos años de euforia financiera, en la sociedad vasca y española ya se denunciaba la crisis de cuidados o la falta de representatividad sindical y política, o ya se comenzaba a hablar de una gran crisis ecológica. Haciendo memoria, ya en el 2006, las manifestaciones al grito de “¡no vas a tener una casa en tu puta vida!” llenaban ciudades como Barcelona. De ahí que se me hiciera preocupante que, en los peores años de la crisis, se observara cierta nostalgia de las condiciones de vida de esta etapa.

Todas estas narrativas idealizadoras del pasado estaban vinculadas también con la tercera cuestión que me generaba preocupación política, y por lo que planteé este proyecto de investigación. Cuando estaba escribiendo el proyecto doctoral, las políticas de ajuste estructural de aquellos años estaban situando la responsabilidad de la salida de la crisis como del acceso a la vida digna en la responsabilidad individual. Esto, junto a la visión idealizadora del pasado industrial, estaba llevando a aquella antigua clase obrera –que adoptó un “estilo de vida” de clase media– a una dinámica de desclasamiento que se manifestaba como un profundo sentimiento de desengaño con el horizonte de clase media de bienestar y de movilidad social ascendente. Y es que, para estas personas desencantadas, la precarización del trabajo y las políticas de austeridad, generaban una gran preocupación sobre el mañana y, más concretamente, un sentimiento de derrota de ver que los futuros prometidos se diluían.

De esta forma, no solo se estaban descubriendo como falsas algunas de las promesas del modelo Keynesiano-Fordista, sino que imaginaba que todo aquello, estaba alterando la comprensión incluso sobre las esperanzas por el futuro, antes muy unidas a la movilidad social ascendente y al consumo conspicuo.

Por supuesto, estas tres preocupaciones políticas sobre la crisis que acabo de explicitar se unieron al hecho de que, cuando comencé a escribir el proyecto de tesis, empezaban a sonar las primeras sirenas de recuperación económica en el territorio vasco. Escarbando un poco, pronto se supo que, más bien, reflejaban un proceso de polarización o aumento de la desigualdad económica que mostraba que la recuperación de unos sectores se daba a la par que una agudización de la precariedad de otros, hecho que, sin embargo, estaba siendo omitido a favor de una glorificación de la economía vasca.

El proyecto de tesis también se escribió cuando se nos estaba inoculando hasta la médula la retórica política del contexto de austeridad que restó importancia al lenguaje de los derechos y privilegió el lenguaje de las necesidades nacionales, en particular, de la fiscalidad nacional, legitimando las políticas de devaluación interna, la reducción del gasto público del Estado de Bienestar y la deshechura de las expectativas de reproducción social (Matos 2020). De ahí que algunas miradas críticas comenzaran a señalar no solo la vigencia de la crisis en lo que parecían ser los años de recuperación económica, sino la

instauración de la crisis como un régimen de vida (Pérez Orozco, 2014: 20)⁷, en tanto que alertaban de la normalización de la degradación de las condiciones vitales, se debilitaban los sentidos de derecho sobre los servicios públicos o los bienes comunes (Ezquerria, 2012: 134) y comenzaba a emerger una aspiración social descendente. Entonces numerosas voces lanzaron la pregunta: ¿Estamos delante de una crisis de reproducción social?

Una gran pregunta que difícilmente puede, ni pretende, abarcar en su totalidad una tesis, pero que me hizo ser consciente de la oportunidad histórica de estudiar el tiempo presente de cambio social donde los propios fundamentos materiales y morales del sistema capitalista se estaban transformando.

Así terminé escribiendo el proyecto de tesis del que nace esta etnografía que tenéis entre las manos. Una etnografía centrada en la vida cotidiana, en la que he buscado plasmar lo que los actores entienden, dicen que hacen, y hacen para vivir bien y tener un futuro mejor en condiciones de crisis y ajuste estructural. Ante la abstracción imperante en muchos estudios sobre la crisis, he buscado ponerle cuerpos, nombres, historias, vínculos, afectos, valores y territorios a procesos gigantescos como el neoliberalismo y la financiarización, los cuales se convierten en algo muy distinto cuando son pensados desde los procesos de ganarse la vida.

2.2. Delimitación del ámbito o contexto de investigación

Decidí hacer el trabajo de campo en Errenteria, hoy una ciudad de servicios echada a menos en el cinturón de Donostia, que había sido uno de los focos industriales vascos más destacados a lo largo del siglo XX, hasta que, a comienzos de los ochenta, con la reconversión industrial comenzó su desindustrialización y decaída. En la actualidad, Errenteria es la tercera ciudad más grande de Gipuzkoa, situada en la comarca Oarsoaldea, con 39.355 habitantes en 2018.

Cuando empecé a recopilar la literatura existente sobre la crisis del 2008 y las políticas de ajuste estructural en el País Vasco, me sorprendió la poca producción académica que había en comparación con otros lugares del Estado Español. La poca que había estaba centrada en indicadores económicos territoriales que terminaban reforzando, a su manera, el mito del Oasis Vasco por el cual el País Vasco habría salido vencedor ante la crisis. Si bien este tipo de estudios tienen su valor al relucir las estructuras económicas y políticas que pueden marcar la diferencia ante la crisis, a saber, su sistema institucional

⁷ Durante estos años, y especialmente desde académicos y activistas del Sur Global (Bartra, 2014; Ceja, 2018), empezó a resonar el concepto de “crisis civilizatoria” advirtiendo que, a diferencia de otras crisis, nos estaríamos encontrado con los límites políticos, económicos, sociales o medioambientales del conjunto de la estructura socioeconómica, enfatizando el carácter multidimensional, global y sistémico de la crisis.

y tributario, el eje productivo central, el tipo de inserción del país en la división internacional del trabajo, o las políticas públicas entre otros, también opacan ciertos elementos. Por ejemplo, poco nos dicen de las desigualdades internas en base a la clase, el género, la raza, la edad o el estatus migratorio y, por tanto, de las distintas vivencias de la crisis en un mismo territorio. Además, este tipo de estudios tienden a esencializar y despoltizar las relaciones sociales y políticoeconómicas que generan desigualdad entre territorios y grupos sociales, en vez de ofrecernos pistas sobre la desigualdad espacial del capitalismo o de las reconfiguraciones de los lugares ante los movimientos del capital. De este modo, aunque era evidente que la crisis del 2008 no había adoptado formas tan dramáticas como en otros lugares del Estado español, es inocente y engañoso pensar en el País Vasco como un islote aislado de las transformaciones globales del capital.

La decisión de hacer trabajo de campo en Errenteria respondía en parte a esta motivación de enfrentar el mito del Oasis Vasco. Para empezar, esta ciudad no era la ciudad modélica que se ajustaba a ese mito, tal como podían ser otras ciudades como por ejemplo Beasain, Bergara o Arrasate-Mondragón. Errenteria destacaba por una economía terciarizada y precarizada, y junto a Pasaia ocupaba durante los últimos lustros las posiciones más bajas de rentas provenientes del trabajo de Gipuzkoa. Asimismo, destacaba por tener durante estos mismos años una de las tasas de paro más altas del territorio⁸.

Además, Errenteria me permitía ver las transformaciones en la estructura de sentimiento del que había sido uno de los principales focos industriales vascos. La ciudad que ya a principios del siglo XX se ganó el apodo de “la Pequeña Manchester” y que después fue la ciudad modelo del “milagro español” –convirtiéndose en una de las insignias de la prosperidad y el pleno empleo–, cayó en una agónica pesadilla a partir de la reconversión industrial de los ochenta, cuando los gobiernos de la transición comenzaron a reestructurar las industrias supuestamente para preparar la entrada a la Comunidad Económica Europea y el desafío de la competitividad del mercado libre. Si había una ciudad que podía retratar la transformación de las relaciones de reproducción social y las luchas de sus gentes por seguir sacando la vida adelante, esa era Errenteria.

Mi interés, en cierto modo caricaturesco, quedó en evidencia ya antes de pisar sus calles. “Oye, y ¿por qué Errenteria?”, me preguntó una joven que contacté por teléfono por medio de una amiga en común. Alba, muerta de risa, continuó: “¿Tenemos fama de chungos y de pobres? Vivo en un barrio marginal, ¡soy chungo!”. Aquello solo sería el comienzo de una larga experiencia que confrontaría, una y otra vez, mis motivaciones, objetivos e hipótesis más básicas.

⁸ Véase las tasas de renta de trabajo (figura 1) y tasas del paro (figura 2) por ciudades más pobladas de Gipuzkoa en los anexos.

3. Perspectivas antropológicas sobre las formas de ganarse la vida

Un renovado interés por las maneras en las que las personas se esfuerzan por garantizar aquello que consideran una vida digna y por construir un futuro mejor, se ha abierto paso en la antropología europea a raíz de la crisis del 2008 y las políticas de ajuste estructural impuestas, haciendo evidente que las promesas de bienestar y movilidad social eran insostenibles para amplios segmentos sociales. Estas etnografías⁹ exploran de forma amplia cómo la gente saca su vida adelante y persigue expectativas de vida construidas en su experiencia anterior, mientras enfrentan nuevas condiciones de posibilidad que niegan su realización.

Precisamente, lo común de todas estas etnografías reside en que, más allá de que se basen en una mirada histórica que contempla las transformaciones macroeconómicas de largo alcance, no se dejan llevar por recortes apriorísticos propios de cada campo de conocimiento y que, en su lugar, apuestan por analizar desde la vida cotidiana y desde conceptos analíticos amplios lo que comúnmente llamamos economía. De esta forma, la etnografía, en gran parte por los debates históricos dados en nuestra disciplina¹⁰, sigue mostrando su potencialidad para abordar lo económico *desde abajo*.

Una de las nociones que esta tesis también hace suya a la hora de abordar “lo económico” es el concepto analítico de “ganarse la vida”, con el que se pretende señalar que, en la experiencia vivida en la vida cotidiana, aquello que denominamos economía no es otra cosa que sacar la vida adelante y hacer que valga la pena para uno mismo y para aquellas personas (familiares, amigos/as, vecinos/as, compañeros/as etc.) o comunidades imaginarias (Narotzky, 2004; Narotzky y Besnier, 2014; Narotzky, 2015). Es decir, que los esfuerzos de reproducción material son indisolubles de las luchas por las cuales se definen qué es una vida buena o una “vida digna”, esto es, con cuestiones que tienen que ver con el valor social, más concretamente con cómo se articulan el valor social de la persona con el valor de mercado (Narotzky, 2004; Narotzky y Besnier, 2014; Narotzky, 2015). En este sentido, la noción de “ganarse la vida” nos recuerda que la gente no piensa, siente, ni actúa en términos de modelos o conceptos económicos de la ciencia económica, sino en

⁹ Véase Knight, 2011, 2015; Knight y Stewart, 2016; Sabaté, 2016, 2017; Narotzky, 2016b; Leidreiter, 2020; Matos, 2020; Narotzky y Pusceddu, 2020; Sarkis y Matos, 2020; Sarkis y Amarianakis, 2020; Amarianakis, 2017; Carmo, Cantante y Almeida, 2014; entre otros.

¹⁰ Particularmente nos referimos a los debates históricos dados entre substantivistas y formalistas, que dieron lugar al consenso sobre la *incrustación* de la economía, por el cual se afirma que las prácticas denominadas económicas están enredadas y vinculadas con obligaciones morales, instituciones sociales y fuerzas culturales (Polanyi, 1957). Posteriormente llegarán a señalar incluso, que la desincrustación económica que se supone que se da en las economías de mercado, es más bien una desincrustación ideológica que precisamente funciona como un dispositivo capitalista para propiciar su expansión.

términos de encontrar trabajo, pagar facturas, tener una vivienda, poder ir a la universidad, conseguir un médico o ahorrar para un imprevisto, acciones que por supuesto tienen valor de mercado, pero sobre todo son expresiones del valor social de las personas y de la vida (Narotzky, 2015: 68-69).

Esta apuesta por utilizar nociones suficientemente amplias que nos permitan entender las complejas dinámicas involucradas en los procesos de subsistencia o aprovisionamiento, desde las prácticas concretas de sostener las vidas hasta las de dotar de sentido, es compartida por otros antropólogos como Benoît de L'Estoile (2014), Victoria Goddard (2017; Narotzky y Goddard, 2017) o Gavin Smith (2020) entre otros, que han optado por nociones como *"livelihoods"*, "formas de vida" o "modos de vida" en sus trabajos. Estas nociones nos invitan a pensar en cómo se gana la vida, sin privilegiar una actividad en particular (el intercambio), una intencionalidad de la acción (la ganancia) y una forma concreta de valoración (el cálculo) (Narotzky y Besnier, 2014: 6). Pero, además, nos invitan a entender que la reproducción material y el sentido de la vida son dos procesos indisolubles, en tanto que los esfuerzos por sacar la vida adelante implican términos materiales, pero también luchas por las cuales se definen qué es una vida buena o una vida digna, es decir, una vida que merezca ser vivida. De ahí que Benoît de L'Estoile (2014: 71) proponga incluso, la necesidad de suspender la categoría "economía" de aquí en adelante, a la cual acusa de haber atado la imaginación antropológica en una camisa de fuerza, cegando las posibilidades de entendimiento propias de la antropología. Señala que sólo desde conceptos suficientemente amplios podremos, como antropólogos, comprender no ya otras prácticas y lógicas económicas, sino otras formas de (sostener la) vida y de construir mundos.

Ahora bien, incorporar al centro de análisis las otras formas y relaciones económicas por las que la gente sigue viviendo para sí misma y las otras generaciones, y dar valor analítico a las motivaciones, valores, significados y sentidos u orientaciones que hay detrás, no significa descuidar las relaciones de producción y las transformaciones en las dinámicas de acumulación del capital. Como veremos más tarde, se entiende que los esfuerzos de las personas por ganarse la vida y vivir una vida digna (prácticas y significados) están históricamente limitadas y conectadas por las expresiones variables contemporáneas de las economías capitalistas, y por ello se apuesta por desarrollar una mirada articulada y multiescalar dentro del gran marco de la reproducción social.

Pero por ahora, detengámonos en explorar algunos de los desplazamientos conceptuales que incorporan los términos como "ganarse la vida", "formas de vida" o "modos de vida" a la hora de estudiar las prácticas de aprovisionamiento. Colocar en el centro del análisis las formas en que las personas se esfuerzan y persiguen una vida que consideran digna de ser vivida nos interpela en varias direcciones: ¿Cómo se saca la vida adelante?,

¿qué valores sociales se observan en sus prácticas económicas?, ¿qué consideran importante, valioso?, y ¿qué persiguen las personas?

Trabajos, valores y futuros. Sin ánimo de proponer aquí una extensa revisión de estos conceptos, y a sabiendas de que resumir argumentos que han sido elaboradas atendiendo a diferentes propósitos implica un cierto grado de simplificación, voy a apuntar algunas de las reflexiones analíticas transversales que han servido en la etnografía.

3.1. Trabajo(s)

¿Cómo se saca la vida adelante? Cuando hablamos de “ganarse la vida” una de las categorías principales a la que nos interpela o conecta es a la de “trabajo”. Es evidente que la elección de hablar de esfuerzos de ganarse la vida en vez de hablar de trabajo lleva consigo la intencionalidad de abrir el término hacia la heterogeneidad y multiplicidad de formas de trabajo en las que, en la cotidianidad, se saca la vida adelante, alejándonos así de su dimensión únicamente salarial. Más todavía, como apunta Kasmir (2018:6), cuando la condición de “falta de salario” y el imperativo de ganarse la vida es el momento definitorio de la desposesión y la condición proletaria general. El salario, en todo caso, es solo un resultado de la vida y una relación social entre las muchas que pueden derivarse de la falta de salario (Denning, 2010 en Kasmir, 2018: 6).

Uno de los marcos que más ha influido en la renovación del concepto de trabajo, ha sido la perspectiva feminista, que desde hace décadas viene señalando del peligro analítico de separar un nivel productivo de la economía y otro reproductivo (Benston, 1969; Morton, 1971; Dalla Costa y James, 1972; Saccombe, 1974; Beneria, 1987). En este sentido, las feministas han desarrollado una gran cantidad de estudios con el objetivo puesto en reconocer el carácter productivo de las tareas domésticas, reproductivas o de cuidados, mostrando que son necesarias para la reproducción de la fuerza de trabajo y que, por tanto, contribuyen también al proceso de acumulación del capital.

Esta atención analítica a las múltiples formas en que se sostiene la vida también ha provenido de antropólogos, historiadores o sociólogos económicos que emprendieron estudios empíricos para entender cómo se las apañaba la gente en contextos sociales diversos. Entre estos estudios, destacan los trabajos de Keith Hart (1973), Jonathan Gershuny (1988) y Raymond Edward Pahl (1984), que pusieron su atención en la economía informal y en los procesos de aprovisionamiento o medios necesarios para la vida, con lo cual volvieron a plantear el concepto substantivo de la economía que Polanyi había estudiado con tanta profundidad. Además, la insistencia de estos estudios de tomar la casa o la unidad doméstica como unidad de análisis primera representó un avance importante en la observación de una serie de actividades comunales, de autoayuda o domésticas invo-

lucradas en el día a día, y donde los hogares acceden a una cantidad de bienes y servicios regularmente. En sus trabajos concluyeron que era muy poco frecuente que los hogares dependieran de un solo empleo o fuente de ingreso, y que en su lugar aparecían actividades diversas y recursos variados por los que se sustenta un hogar.

De esta forma, estos trabajos empíricos han sido clave para descubrir una gama más amplia de actividades y relaciones no mercantiles generadoras de ingresos, además de que ha servido también para abrir el modo de concebir el ingreso de un modo no monetario. Gracias a todo ello, en la antropología se ha vuelto común el uso de conceptos como medios de vida, que buscan captar el valor de uso que tienen esos esfuerzos o recursos para la reproducción de la vida, sin importar que estén mediados o no por el mercado.

El desplazamiento analítico de mirar fuera de la economía para descubrir lo económico no solo hizo volver la atención antropológica al concepto substantivo de la economía de Polanyi, sino también volvió a reorientar la mirada a las formas o la naturaleza de las relaciones por las que circulan los recursos (Durkheim, 1987; Malinowski, 1995; Mauss, 2009). Las etnografías ya clásicas de Larissa Adler de Lomnitz (1975) o Carol Stack (1974) por ejemplo, mostraron el peso de las redes vecinales, familiares, de amistad e incluso de intervención estatal o del tercer sector en el sustento cotidiano de la vida, al tiempo que hicieron evidente que las condiciones en las que se transfieren (reclaman y se exigen) los recursos en varias de estas redes no tienen unas reglas tan claras como las que pueden ser las de intercambio de mercado o compra venta. En su lugar, las antropólogas mostraron transferencias realizadas en base a obligaciones morales de los miembros, obligaciones que configuran y refuerzan redes de reciprocidad y redistribución, cadenas interminables de transferencias donde los intercambios y sus valores no son cuantificados ni cuantificables del todo.

Así, y a pesar de las críticas que el concepto de reciprocidad ha recibido desde la antropología por su vaguedad teórica, desde entonces ha habido un brote de estudios que han puesto su atención en las formas no mercantiles de obtención y transferencia de recursos, en las relaciones de ayuda mutua y solidaridad, en los aspectos morales de las cadenas de aprovisionamiento, o en general en las estrategias de subsistencia. Todos estos estudios nos han mostrado que la gente sale adelante gracias a toda una serie de prácticas y relaciones que, aunque a primera vista parezcan que tienen poca sustancia económica, tienen consecuencias económicas claras.

De hecho, en los últimos años estamos presenciando un renovado interés también en la ciencia económica por las formas heterogéneas de prácticas y relaciones con las que se saca la vida adelante. Estos estudios argumentan que la precarización del empleo y las transformaciones del capitalismo de las últimas décadas habría empujado a la gente a tener que arreglárselas de distintas formas al empleo formal. Sin embargo, como señala Ga-

vin Smith (2020: 73), no hay que perder de vista que el descubrimiento de estas prácticas y relaciones es más el resultado de la miopía histórica de los marcos analíticos utilizados que de las propias transformaciones del capitalismo.

En definitiva, esta perspectiva amplia centrada en los esfuerzos por sacar la vida adelante y en los medios de vida, nos permite entender de manera más clara las múltiples prácticas, relaciones sociales y espacios involucrados en los procesos de subsistencia, procesos que entrañan movilizar algo más que ingresos monetarios o mercancías, como son las ideologías, la moral, o las redes de parentesco y amistad entre otros.

Ahora bien, en esta tarea de dar relevancia a los trabajos, relaciones y medios que permiten sacar la vida adelante, algunos antropólogos han lanzado algunas precauciones. La primera la lanza Gavin Smith (2020: 84-85) al señalar que los procesos o los recursos necesarios que hacen sostener los modos de vida son innumerables. Es decir, estos varían según los contextos sociohistóricos, por lo que como antropólogos deberíamos de no darlas por hecho y en su lugar observar, mediante el estudio empírico, qué resulta significativo.

La segunda advertencia viene de la mano de Magdalena Villarreal (2020: 8) y su crítica de entender las relaciones sociales como capital. La antropóloga señala que en ocasiones se conciben las relaciones sociales desde la noción de capital social, es decir, como recursos que se incorporan y son útiles en las ecuaciones económicas y financieras, recursos que parecen homogéneos y almacenables. Sin embargo, como señala Villarreal, las relaciones funcionan en la vida real en varios sentidos. Ciertamente apoyaban a las familias en momentos de necesidad, pero podían ser un obstáculo al tratar de escapar de la pobreza.

La última precaución que recojo viene de Mercedes González de la Rocha (2001: 235), que ha advertido de los peligros de sobreestimar los recursos y medios no salariales a la hora de sacar la vida adelante. De esta forma, nos recuerda que destacar las estrategias de subsistencia al punto de no ver los límites es erróneo y peligroso, ya que nos lleva a la idea de que las clases populares pueden sobrevivir en cualquier circunstancia.

3.2. Valor(es)

Históricamente la antropología ha subrayado las múltiples maneras en que las personas producen y otorgan valor, más allá del valor del mercado. Desde los pioneros estudios de Mauss, (2009) en los que describió cómo los valores de los objetos y las personas se confundían y se hacían recíprocamente constitutivos; pasando por las observaciones de “esferas o regímenes de valor” de Bohannan (1959), Appadurai (1986) o Villarreal (2014) para hacer referencia a cómo los objetos, servicios e interacciones circulan en marcos de

valoración distintos, que, aunque borrosos, tienen cierto grado de coherencia; hasta las reflexiones sobre los “valores no alienables” de Godelier (1996), con los objetos que no se venden ni se regalan, sino que se guardan, la antropología puede presumir de ser un campo fructífero en este aspecto.

De hecho, así como la noción de trabajo, la de valor también ha tenido un renovado interés en los últimos años en la antropología. En concreto, antropólogos que estudian los modos de ganarse la vida, han expandido la necesidad de prestar más atención a los significados y marcos de valores que sustentan las prácticas económicas, señalando que si nos detenemos a observar las motivaciones detrás de muchas de los esfuerzos de sacar la vida adelante, lo que observamos en realidad son consideraciones sobre lo que consideran importante, valioso, bueno y deseable en la vida (De L’Estoile, 2014; Robbins y Stein, 2016; Narotzky, 2015; Narotzky y Besnier, 2014; Villarreal, 2009; 2014; 2020). La economía convencional, la neoclásica, no logra entender la realidad económica precisamente porque sigue anclada en unos supuestos (la maximización de beneficios o la racionalidad de los agentes individuales, entre otros) que poco, o casi nada, se dan en la práctica.

Benoît de L’Estoile (2014: 71), por ejemplo, señala que cuando nuestros interlocutores hablan de trabajo, venta, ir al mercado o mantener la casa, o bien cuando se muestran preocupados por la seguridad y la lucha por la autonomía, nuestro propio marco de conocimiento nos engaña para que entendamos que son principalmente económicos, cuando simplemente están hablando de cómo vivir y vivir bien. Como apunta Narotzky (2015: 75), en la mayoría de las motivaciones detrás de las prácticas económicas de la gente subyacen obligaciones morales, como procurar el bienestar de la familia, dar oportunidades a hijos y nietos, conseguir estatus personal o colectivo, o vivir de acuerdo con convicciones ideológicas o religiosas, entre otras. Es decir, son consideraciones sobre el valor de la vida y de las personas, a saber, las cosas que consideran importantes en cada contexto social, lo que hace valer a la persona en su entorno. Aquello que, material y simbólicamente, les permite ser personas. De esta forma, señala que, si nos detenemos a observar las motivaciones detrás de muchas de los esfuerzos de sacar la vida adelante, lo que observamos en realidad es una red de dependencias que obliga a los sujetos individuales a actuar de cierta forma en base a unas responsabilidades y discursos morales, y que instaura una vía para la circulación de recursos. De esta forma estos autores nos invitan a reflexionar sobre cómo se produce y sostiene la vida, lo que está estrechamente unido al cómo se le dota de sentido –para que valga la pena–.

Una línea proveniente de la antropología del dinero y de las finanzas populares se ha interesado particularmente en las tensiones e incrustaciones que surgen entre el valor económico y los otros valores en las prácticas financieras populares, rompiendo la dicotomía entre el dinero utilitario y los valores no pecuniarios (Zelizer, 1994; Villarreal, 2009;

2020; Long y Villarreal, 2004). Señalan que en la vida cotidiana las esferas de valor no son independientes, sino que constantemente se comunican o interactúan entre sí. Es más, en la mayoría de las veces las esferas se dan de forma superpuesta y a menudo los valores en juego pueden ser contradictorios. De esta forma, lo que es justo y correcto en una esfera puede no serlo en la otra. Por ejemplo, lo que es considerado responsable en el mundo de la amistad puede ser considerado como irresponsable en el mundo de las finanzas. Esto implica, que las personas tienen que estar negociando simultáneamente entre órdenes de valoración distintos, incluso contrapuestos, como el amor y el dinero. Para ello la gente se apoya o hace uso de marcos culturales y normativos que le ayuden a decidir cómo actuar. Estos son marcos de referencia, dispositivos ideológicos, esquemas culturales y sentidos comunes que más allá del *habitus* (Bourdieu, 1989), como aquel esquema para percibir, sentir y juzgar la realidad, le ayudan a definir lo que constituye una vida buena y lo que es ser una buena persona. Pero también le ofrecen “marcos de calculabilidad” (Callon, 1998; Villarreal, 2009; 2010) que posibilitan o restringen maneras de calcular y manejar costos, riesgos o ganancias. Analizar las finanzas en términos de ingresos y gastos no ayuda a entender cómo sacan la vida adelante. Las consideraciones sociales, son clave a la hora de entender el manejo de sus dineros o entender cuándo hay que regresar un favor, ante resolver una necesidad propia o pagar una deuda.

En todo caso, entre sus muchas contribuciones, estos estudios destacan que ante esa creencia de que el valor del mercado acabaría con toda la vida social, o en palabras de Simmel (citado en Zelizer, 1994: 19), convertiría el mundo en un “problema aritmético”, a lo que nos conduce en realidad es a formas complejas de resignificar el valor económico. En ese sentido, el contexto de crisis es un momento privilegiado para observar cómo se reclama, se exigen y se expresan consideraciones sobre el valor o la dignidad de las personas y la vida. Indagar en las formas en que las personas se arreglan para lidiar entre distintos marcos de valor proporciona una imagen más completa de la dinámica de sacar la vida adelante.

3.3. Futuro(s)

Dice Arjun Appadurai (2015) que la razón por la cual la antropología ha hecho históricamente poco caso a la producción de futuros, ya sea en lo referente a los planes, las esperanzas, las metas, los deseos, las expectativas o los cálculos, se debe al hecho de una forma determinada de conceptualizar la cultura en tanto que moldeada por la lente del pasado. Sin embargo, últimamente ha habido una explosión de escritos que reflexionan en torno a la producción y negociación de formaciones específicas de esperanza y anticipación en entornos particulares y bajo condiciones sociohistóricas específicas, con mucho

énfasis en situaciones de incertidumbre (Bryant y Knight, 2019; Kleist y Jansen, 2016; Narotzky y Besnier, 2014; Vigh, 2009; Hage, 2003).

A esta tesis centrada en estudiar el impacto de la crisis económica y de las políticas de ajuste estructural en los esfuerzos de “ganarse la vida”, le interesan dos cuestiones particulares sobre el futuro. La primera alude al sentido del futuro o, mejor dicho, a cómo las crisis afectan al sentido de un futuro mejor. La segunda, está vinculada a las posibilidades y capacidades de hacer el futuro en contexto de crisis, desde imaginarlo hasta ejecutarlo, pasando por anticiparlo, considerarlo y diseñarlo.

En torno al primer campo de cuestionamiento, el de la esperanza o sentido de futuro, algunos han argumentado que la esperanza de una vida mejor en el futuro es un rasgo intrínseco de la forma que experimentamos nuestra humanidad. Ghassan Hage lo define como el deseo de “movilidad simbólica ascendente”, el sentir que vamos hacia un sitio, como se expresa en el lenguaje cotidiano (Hage y Papadopoulos, 2004: 112).

En cualquier caso, la forma que adopta en cada sociedad esa noción de esperanza, la manera como se define colectivamente qué es un futuro mejor, cambia o depende del sentido de bienestar de la sociedad y de la forma particular de relaciones de producción y distribución, en nuestro caso, el Keynesianismo-Fordista. Como apunta Hage, el capitalismo ha hegemonizado el contenido ideológico de la esperanza de tal manera que lo ha equiparado con los sueños de movilidad social ascendente. Dicho de otra forma, en nuestra sociedad la representación social de “una vida mejor” se entiende como progreso material en su mayoría en forma de aumento de consumo de bienes y servicios (Hage y Papadopoulos, 2004: 109).

Esta perspectiva es interesante porque nos permite ver las transformaciones de las esperanzas colectivas o sociales según los marcos político-económicos cambiantes, a saber, el debilitamiento del Estado de Bienestar o el auge de políticas neoliberales transnacionales.

Ahora bien, la antropología también ha subrayado, que las formas dominantes de esperanza no agotan todos los resquicios en que las personas esperan del futuro. Antropólogos han afirmado que coexisten distintas nociones o producciones de esperanzas de una vida mejor, en función de corrientes ideológicas, religiosas, sociales, culturales etc. (Gibson-Graham, 2005; Narotzky y Besnier, 2014; Hage y Papadopoulos, 2004). Es más, afirman que siempre ha existido y existe una lucha por intentar definir y hegemonizar el contenido ideológico de la esperanza entre los grupos sociales (Hage y Papadopoulos, 2004: 110).

Es decir, de convertir la esperanza particular de un grupo social, en la esperanza social de una sociedad. Cómo lucha la gente con esos modelos normativos de esperanza debe ser también un punto de indagación. Estudiar etnográficamente la esperanza, vincu-

lada a las formas de ganarse la vida, significa entonces estudiar cómo las personas lidian con los distintos modelos de esperanza. En la vida cotidiana, la gente traduce estos modelos como proyectos de hacer la vida mejor para ellos y la próxima generación, pero lo que significa “una vida mejor” está construido en un tiempo y en un espacio determinado (Narotzky y Besnier 2014: 10). Por ello, se pone el foco en las aspiraciones y expectativas personales que sustentan las prácticas económicas. Y se entiende que estas aspiraciones personales se configuran dentro de unos “horizontes de expectativa sociales” que están enmarcadas por las experiencias vividas, es decir, un conjunto de experiencias tanto propias como ajenas vividas como transmitidas por generaciones e instituciones, así como reconfiguraciones míticas de los recuerdos de ese pasado (Kosseleck, 1985).

En concreto, en la vida cotidiana estas expectativas son el reflejo de modelos de proyectos de vida heredadas de generaciones anteriores. La vivencia de la crisis pone al descubierto la imposibilidad de dar continuidad a esos proyectos que hacen unas generaciones respecto a otras. De esta forma, las ansiedades sobre las dificultades de ganarse la vida se suelen expresar en términos de las relaciones entre generaciones, ya sea a nivel doméstico (¿podrán mis hijos comprarse una casa?) como a nivel estatal (las tensiones y los recelos entre las generaciones mayores y los jóvenes por ejemplo en el acceso a una pensión).

El segundo gran campo de indagación con relación al futuro cuando partimos de las formas de ganarse la vida, se refiere a las posibilidades y capacidades (objetivas y subjetivas, reales y percibidas) de hacer el futuro. En esta ocasión también me pregunto especialmente cómo las nuevas condiciones materiales impuestas por la crisis y las políticas de austeridad han podido transformar las posibilidades y capacidades de las personas de construir un futuro mejor, hasta el punto de que algunos hayan podido perder el sentido de tener un futuro mejor.

Para abordar esta cuestión utilizaré algunos conceptos de Pierre Bourdieu (1974, 1989, 1994), pues, a mi parecer, es uno de los teóricos que mejor ha articulado la relación entre las condiciones objetivas de existencia y los marcos de significación de los actores en el marco de las relaciones de reproducción social, lo que él llama “*la causalité du probable*”, es decir “la causalidad de lo probable.”

Ante unas ciencias sociales divididas entre la búsqueda de lo social y las estructuras por un lado, y la relevancia del individuo y su voluntad por el otro, que solo permitían observar mecanicismos o subjetivismos arbitrarios, las etnografías de Bourdieu trataron de acercarse a la práctica para descubrir su sentido, lógica o principio inmanente, y apuntar al hecho de que los actores no son mero ejecutantes de reglas sino que tienen sentido prerreflexivo y predicursivo, originado en la articulación entre el *habitus*¹¹ y la

¹¹ Bourdieu (1980: 88-89) define *habitus*, como sistemas de disposiciones duraderas y transponibles, es-

estructura¹². Es decir, para Bourdieu los individuos tienen agencia, pero siempre dentro de un *habitus* estructurado y estructurante, que es el sistema de disposiciones que adquiere el individuo en el proceso de socialización, en el que interioriza sus condiciones de existencia (su posición en el campo y la composición de sus capitales), y el cual se convierte en el esquema para percibir, sentir y juzgar la realidad. De este modo, se entiende que el *habitus* orienta objetivamente las prácticas al identificar las oportunidades y restricciones que le son impuestas por el campo, aunque esta orientación, afirma, no tiene por qué ser conscientemente asumida.

Es en esta articulación donde nace la teoría de la causalidad de lo probable. Con ello Bourdieu vendría a afirmar que, debido a que el *habitus* se ajusta al mundo social objetivo, genera posibilidades posibles o razonables –sin ser enteramente racionales–, descartando las prácticas improbables que, en sí, son en primera instancia impensables. Es decir, en el encuentro del *habitus* y el campo, lo posible se reduce a lo probable¹³. De esta forma, para Bourdieu (1994: 12), la reproducción social puede ser analizada por el trabajo activo que realizan los agentes, por medio de la relación de las probabilidades objetivas inscriptas en los diferentes campos sociales y las inclinaciones corporalizadas en el *habitus*.

Para el contexto de crisis y austeridad, la teoría de la causalidad de lo probable nos evoca diversas cuestiones. Su teoría hace evidente que los distintos grupos sociales ya parten de unas condiciones con distintas capacidades de formular futuros. Lo que nos interesa observar en el contexto de crisis y austeridad es, por un lado, cómo se relacionan las clases trabajadoras precarizadas con el futuro. ¿Cómo anticipan cuando los ingresos son irregulares e inseguros? ¿Apuestan o invierten por proyectos a largo plazo o las personas son sólo movidas por la urgencia y lo inmediato? ¿Si sí apuestan por proyectos a largo plazo, en qué medios o recursos se apoyan? Por otro lado, nos abre una serie de preguntas sobre el sentido del futuro, es decir, las clases trabajadoras precarizadas que se sienten desprotegidas o abandonadas por el Estado ¿siguen creyendo y aspirando en un futuro mejor? ¿o tienen la sensación de que ya no hay futuro (mejor)?

estructuras estructuradas predisuestas a funcionar como estructuras estructurantes, es decir, en tanto que principios generadores y organizadores de prácticas y representaciones que pueden estar objetivamente adaptadas a su fin sin suponer la búsqueda consciente de fines y el dominio expreso de las operaciones necesarias para conseguirlos, objetivamente “reguladas” y “regulares” sin ser para nada el producto de la obediencia a reglas, y siendo todo esto, objetivamente orquestadas sin ser el producto de la acción organizadora de un jefe de orquesta.

¹² Bourdieu entiende el espacio social como un espacio multidimensional de posiciones, en el que los agentes actúan desde su interés de transformación o conservación. De esta forma, su sociología rompe con las representaciones tradicionales de la jerarquía y el poder.

¹³ Bourdieu (1963) apreció esta desigual capacidad de formular esperanzas de los grupos sociales en su etnografía sobre la Argelia colonial. En concreto, Bourdieu observó que los subproletarios cabilas en comparación con los obreros del sector moderno tenían mayores dificultades de anticipar y aspirar a futuro.

4. El marco de la reproducción social: las generaciones en el centro

Esta tesis se acoge al marco amplio y multiescalar de la reproducción social, que incluye a la vez aspectos de reproducción (y crisis) sistémica(s) económico-política(s) y de reproducción de proximidad (de las personas, redes, grupos domésticos), tal como lo proponen y utilizan Susana Narotzky y otros (Narotzky, 2004, 2015, 2018; Narotzky y Pusceddu, 2020; Narotzky y Besnier, 2014; Smith, 2020)¹⁴.

En este sentido, se entiende que los esfuerzos de las personas por ganarse la vida y vivir lo que entienden por una vida digna (desde lo material a lo simbólico-moral) están históricamente limitados y conectados por las expresiones variables contemporáneas de las economías capitalistas, por lo que se analiza la reproducción de los modos de vida en su conjunto y en la interrelación de escalas. Es decir, por un lado, lo que las personas hacen para ganarse la vida y cómo entienden sus acciones (reproducción); articulado con lo que los capitalistas hacen para aumentar sus beneficios y sus intentos por controlar las vidas de otras personas por el otro (producción), para finalmente poder entender la reproducción social de las sociedades capitalistas en su conjunto.

De esta forma, con el marco de la reproducción social se busca incorporar al centro del análisis las otras formas económicas (reciprocidad, cuidados, relaciones sociales) por las que la gente sigue viviendo para sí misma y las otras generaciones, incorporando no solo formas de trabajo no asalariadas sino también aquellas no mercantilizadas, pero entendiendo que estas son indisolubles de los procesos de ganarse la vida del capitalista y de los movimientos amplios del capital.

Observar las formas de ganarse la vida desde el marco de la reproducción social, nos hace fijarnos en la práctica en las relaciones entre generaciones, como los proyectos de vida que hacen unas generaciones con respecto a otras y que establecen formas de distribuir recursos tanto a escala doméstica como a escala estatal.

¹⁴ A pesar de que en los años setenta las antropólogas Felicity Edholm, Olivia Harris y Kate Young (1977) se volcaron en la tarea de desglosar el concepto de reproducción para que pudiera resultar operativo, distinguiendo entre la “reproducción biológica”, es decir, la reproducción de las poblaciones humanas; “la reproducción de la fuerza laboral” o el mantenimiento cotidiano de los trabajadores y la distribución de los agentes en posiciones dentro del proceso laboral en el transcurso del tiempo; y la “reproducción social”, como la reproducción de las condiciones de reproducción social en su totalidad, y recientemente las antropólogas Laura Bear, Karen Hom, Anna Tsing y Sylvia Yanagisako (2015) hayan confirmado su compromiso en esta búsqueda de un marco amplio, a día de hoy se siguen mezclando los distintos niveles o escalas de la reproducción social y, en ocasiones, incluso se tira de la ambigüedad. Así, y tal como recoge Gavin Smith (2020: 73-74), nos podemos encontrar que mientras para Federici (2012: 13) la reproducción social se restringe a la reproducción de la fuerza de trabajo, Nancy Fraser (2016: 101) se referiría al cuidado no remunerado y no reconocido del trabajo “no productivo”, mientras que otros pueden estar refiriéndose a la “procreación biológica”.

Para tal cometido la tesis se apoya en el equilibrio entre tres grandes marcos teóricos. En primer lugar, el campo de la economía política (Harvey, 2003; Mintz, 1986; Wolf, 1982; Roseberry, 1989), que nos permite explicar la diferenciación política y económica mediante el análisis de procesos históricos de producción. En segundo lugar, la economía moral (Moore, 1978; Scott, 1993; Thompson, 1971, 1993) que nos acerca a la comprensión de las obligaciones morales y responsabilidades mutuas que hacen que la explotación aparezca como aceptable dentro de unos límites y, al menos por un tiempo, permiten que determinadas formas de diferenciación socioeconómica perduren o, en su defecto, generen ruptura social. Por último, el campo de la economía feminista (Pérez Orozco, 2014; Ezquerro, 2012; Elson, 2002), que nos permite entender la economía como una red o una cadena de interdependencias movida por algo más que el interés individual maximizador, y que es clave a la hora de entender cómo se reproduce todo el sistema económico. En concreto, han puesto el énfasis en la vulnerabilidad de la vida y la necesidad de cuidados (Butler, 2006, 2010; Razavi, 2007; Izquierdo, 2003;), y desde ahí han señalado las relaciones de explotación e invisibilización con las que se gestiona la necesidad de interdependencia en el modelo actual, donde a pesar de que nadie está libre de los lazos sociales, algunos tienen el poder de aparecer como agentes autónomos y autosuficientes mientras otros no pueden salir de la sombra de la dependencia. Este triple marco teórico debería de acercarnos más certeramente a la comprensión de la reproducción de las sociedades capitalistas.

5. La etnografía: posicionamientos metodológicos, emergencias del trabajo de campo y técnicas de investigación

Este apartado pretende acercar a la persona lectora al diseño metodológico y al proceso de investigación. Básicamente se narra la forma en la que se ha llevado a cabo esta etnografía, explicitando los problemas que surgieron al implantar el dispositivo metodológico, relacionados por los clásicos problemas del trabajo de campo –a saber, construcción ambigua del objeto de estudio, premisas equivocadas sobre este, etc.–, así como por otros tal vez no tan clásicos, no porque sean recientes, sino porque se han problematizado más recientemente –los relacionados con la subjetividad, la reflexividad, la responsabilidad etc.–.

Si bien no pretendo hacer una discusión epistemológica sobre el método y la vivencia del trabajo de campo, creo necesario mostrar las condiciones de observación y obtención de información etnográficas, haciendo también hincapié en los problemas, las torpezas e incluso emociones que atravesé, en tanto que la reflexividad entorno a estas vivencias posibilitó construir el objeto de estudio, así como priorizar el respeto y la responsabilidad con quienes investigué. Así que en las siguientes páginas discutiré mi diseño metodológico y cómo fui construyendo el objeto de estudio. En ello, explicaré la elección de vivir en el campo, los lugares y las condiciones de observación, las formas en las que me aproximé a los/as interlocutores/as o la naturaleza de las distintas fuentes que utilicé.

5.1. El diseño del dispositivo metodológico: de la etnocontabilidad a la etnografía de las economías cotidianas

Influenciada por la economía feminista que reclama que los hogares son la unidad socioeconómica básica en la que organizamos y resolvemos nuestra vida, decidí muy tempranamente que esta debía ser la unidad de observación principal del trabajo de campo. Por aquel entonces, pensaba que eso me permitiría un acceso privilegiado a las otras relaciones y a los recursos amplios con los que se saca la vida adelante. Al fin y al cabo, si es desde los hogares desde donde se hace el ajuste final de los desajustes del capital (Elson, 2002), era lógico que me centrara en ellos.

De este modo, pensé que la etnocontabilidad, propuesta por Alain Cottureau y Mokhtar Mohatar Marzok (2012)¹⁵, podría servirme para acercarme con detalle a esos procesos cotidianos de resolver la vida. La etnocontabilidad, como método, consiste en hacer una observación exhaustiva de las actividades cotidianas de la unidad doméstica, en seguir, paso a paso, un día tras otro, las formas de contar y valorar, observando en situación qué se prioriza, qué es lo importante en la vida. Con ello, busca sacar a la luz las formas de contabilizar y valorar que tiene la gente en su cotidianidad. El método contempla una diversidad de técnicas: desde estudios de nutrición o libros de contabilidad familiar, hasta usos del tiempo cotidiano, observación participante, entrevistas en profundidad o historias de vida y laborales. En su estudio, *Una Famille Andalouse* (2012), Mokhtar Mohatar Marzok se adentra por tres semanas en la casa de una familia andaluza que vive de recursos informales, que son amigos familiares de Marzok. La familia, compuesta por el matrimonio y cuatro hijos, se convierte en partícipe y socia de la investigación, ya que son los miembros los que también contabilizan y valoran su cotidianidad.

Cottureau y Marzok (2012) proponen una observación etnográfica en tres fases: un primer momento, de tres semanas de duración, en el que la persona etnógrafa se instala en casa y observa y recopila datos sobre el aprovisionamiento de servicios y bienes, usos del tiempo, menús, distribución de trabajos o escenas de la vida cotidiana; un segundo momento donde se entrega a los miembros del hogar una primera versión de los datos obtenidos, con el objetivo de confrontarlos con sus evaluaciones posteriores, permitiendo observar las sorpresas, las líneas de conducta, las modificaciones y las resistencias; y, por último, un tercer momento en el que se realizan entrevistas en profundidad e historias para profundizar en cuestiones surgidas durante la observación y el análisis de datos.

¹⁵ Alain Cottureau y Mokhtar Mohatar Marzok (2012) hacen explícita su inspiración en el trabajo de Frederic Le Play (1855) que, junto a otros 50 investigadores, recopiló una gran cantidad de datos sobre las condiciones sociales y económicas de las clases trabajadoras, dando como resultado 36 monografías bajo el nombre “*Les Ouvriers européens*.”

Hice mío el plan y diseñé una propuesta en cinco hogares. Aunque mi objetivo no era llegar a la descripción densa (Geertz, 2003) del estudio de Cottureau y Marzok (2012), diseñé algunos cuadernos para los futuros participantes para que anotaran durante tres semanas cuestiones relacionadas con ingresos (bienes, especies, procedencia, forma –salario, regalo, lotería, etc.–), gastos (bienes, servicios, cantidad, costo, lugar, motivo, para quién, con quién, cómo, etc.), usos del tiempo (actividades, relaciones, lugares), trabajos no remunerados, menús y valoración del día.

La búsqueda de hogares la realicé principalmente activando mi red de relaciones, pidiéndoles como favor que me conectaran con sus conocidos o allegados de Errenteria, debido a que no conocía a nadie en la ciudad. Asimismo, ya antes del trabajo de campo, acudí a algunos colectivos sociales de la ciudad, para intentar convencerles de la relevancia de mi proyecto para que a quien le interesara, ilusa de mí, se pusiera en contacto conmigo. Las dos vías de acceso no dieron los frutos que esperaba.

De este modo, la puesta en marcha de este plan tuvo numerosos problemas prácticos que hicieron que desistiera y modificara el diseño de la investigación. Los más significativos tuvieron que ver, como digo, con la dificultad de encontrar hogares, pero no tanto o no solo por cuestiones de disponibilidad, sino principalmente debido a mis errores conceptuales y premisas restrictivas que dificultaron el acceso a los hogares.

El primero de estos errores fue mi insistencia en acceder solo a hogares compuestos por familias nucleares heterosexuales con hijos, como lo habían hecho Cottureau y Marzok, considerando que este tipo de hogar es más representativo y por tanto válido, obviando el resto de las tipologías, particularidades y funciones diversas de los hogares¹⁶. En efecto, esto era una consecuencia de no distinguir analíticamente el hogar de la familia, lo que me llevó a considerar los hogares como productos de los sistemas de parentesco además de reproducir una visión de la familia naturalizada, ahistórica y universal¹⁷.

¹⁶ También existía una preocupación metodológica sobre el peso y la distorsión que comportaría mi presencia en hogares unipersonales.

¹⁷ La familia se ha tomado a menudo como una descripción de la realidad social, olvidando su carácter de constructo ideológico y las presunciones que arrastra con ellas. Una de las más fuertes, que yo misma estaba reproduciendo, es el peso excesivo que se le otorga a la reproducción biológica, como función principal de la familia, como su rasgo constituyente, natural, lo que, en mi caso, me llevó a concebir unas familias más válidas que otras para la muestra. Tanto la naturalización de la reproducción biológica como la consideración de que la procreación sea el centro y función principal de las familias han sido ampliamente rechazadas y discutidas por estudiosas feministas como Gayle Rubin (1986) o Sylvia Yanagisako (1979), Gray y Mearns (1989), entre otras. En ese sentido, estas últimas proponen mirar más allá del parentesco si se quiere describir la particularidad de lo doméstico (Gray y Mearns, 1989: 23). En un sentido similar, Yanagisako (1979: 169) propone mirar la configuración total de las relaciones sociales existentes entre los miembros de una familia, incluidas las caracterizadas por relaciones de autoridad, influencia, solidaridad y conflicto. Esto para reconocer a la familia como una parte integral de las estructuras económicas y políticas de la sociedad, y liberarnos así de nuestra injustificada concentración en sus funciones procreativas y de las nociones que se derivan de tal posición.

Por otro lado, la perspectiva histórica ha resultado también muy fructífera para desmontar algunos de

Otro gran error que cometí al empezar esta andadura, y que afectó enormemente al desarrollo del trabajo de campo, se debía a mi poca visión sobre la crisis y lo que significaba ser afectado/a por ella. De este modo, empecé buscando hogares que visiblemente estuvieran “en crisis”, sin saber muy bien lo que esto significaba.

Por último, cabe mencionar también mi falta de claridad y el nerviosismo que mostraba ante las preguntas de los/as posibles interlocutores/as sobre qué estudiaría una vez dentro del hogar. La gente se abrumaba cuando les contaba acerca de mi interés en estudiar las relaciones entre su red doméstica y de proximidad, las ayudas mutuas, el reparto de los trabajos domésticos, las finanzas cotidianas, el acceso a los recursos o el control y la distribución de ellos, lo que claramente dificultó enormemente convencer a alguien para que participara en el estudio.

Aunque todo esto dificultó significativamente poner en marcha el dispositivo metodológico, afortunadamente también sirvió para repensar mis puntos de partida, dándome pistas tempranas sobre el peso y la naturaleza de los hogares en las relaciones de reproducción social.

En efecto, cuando comunicaba a la gente mi intención de hacer etnografía en los hogares, aunque la mayoría aludía a la falta de espacio como razón principal para no acogerme o ver dificultades en mi plan, sus caras de apuro y sorpresa también indicaban razones de otra naturaleza. En concreto, el carácter emocional y moral que se le asigna al hogar y las relaciones entre sus miembros, que se moverían por una especie de reciprocidad generalizada en tanto que intercambios no cuantificados ni cuantificables, a largo plazo o, incluso, muchas veces nunca consumados, y que se realizan entre diversos miembros del hogar, lo que, en última instancia, como apuntan las feministas (Borderías y Carrasco, 1994), opaca

los sesgos naturalizantes sobre la familia. Desde esta perspectiva, se ha insistido en que la familia es un constructo cultural, que depende de las relaciones sociales y políticas de cada sociedad en cada etapa histórica. Susana Narotzky (2004: 169), por ejemplo, recoge sintéticamente las principales transformaciones de esta institución articulándolas con los cambios económicos y políticos de la historia reciente. Así, apoyada en estudiosos como Flandrin (1979), señala que en el siglo XVIII la familia poseía el significado de hogar, en tanto que lo característico de la familia era compartir un espacio y organizar procesos de consumo, distribución y producción, estuvieran sus miembros unidos por lazos de parentesco o no. No será hasta el siglo XIX, apunta Narotzky (2004), que, con los cambios económicos de la época –tales como la industrialización, la mercantilización del trabajo y el surgimiento de una burguesía urbana–, empiece a surgir una ideología familiar centrada en los lazos de intimidad y orientada a la procreación. Al tiempo que los procesos de producción se van distinguiendo cada vez más de las tareas del hogar –y las tareas del hogar se van entendiendo cada vez más como trabajos de reproducción–, esta ideología familiar irá expandiendo una idea de intimidad en relación con la familia nuclear, limitando la familia a las relaciones de parentesco más cercanas, a pesar de que los hogares burgueses estaban aún llenos de miembros ajenos a la familia (sirviente, inquilinos etc.). La segunda mitad del siglo XIX se iniciará una cruzada moralizadora, apoyada en sucesivas legislaciones con el fin de imponer a las clases trabajadoras los beneficios morales de la ideología familiar. De este modo, Narotzky (2004: 168) concluye que el desarrollo de las relaciones capitalistas de producción contribuyó a la idea de la familia como un conjunto de relaciones no económicas, altamente emocionales y de responsabilidades de género naturales, que deberían respetarse para que prevaleciera el orden moral natural.

los procesos y las otras relaciones o motivaciones que ahí suceden. Es decir, las relaciones de explotación (apropiación de plusvalía) y dominación (obligación directa de trabajar), al no ser consideradas de naturaleza económica –en todo caso sólo relaciones de consumo- ni política –y, por tanto, ni de lugar de conflicto–¹⁸. De este modo, estudiar o sacar a la luz las relaciones y dinámicas del hogar, como reducto de intimidad y de conjunto de relaciones en las que se hace el ajuste final de cuentas, resultaba incómodo y problemático para muchos.

Finalmente, después de dos meses de estar buscando hogares para hacer etnografía, desistí. No obstante, como acabo de señalar, lo que se presentó como problema metodológico terminó convirtiéndose en una oportunidad para afinar mi perspectiva sobre los procesos de ganarse la vida. Y es que, si bien mi intención era ahondar en la caja negra de los hogares, mostrando las relaciones de poder y la desigualdad de circulación de recursos que se da en los mismos, empecé a darme cuenta de que la etnocontabilidad o una etnografía centrada en el hogar podía reproducir de nuevo ciertas dicotomías (productivo-reproductivo, privado-público) que me había propuesto superar a favor de un marco amplio y multiescalar de la reproducción social.

En ello, empezar a pensar en términos de economías cotidianas en lugar de economías domésticas supuso un paso relevante analítica y metodológicamente, por lo pronto en dos sentidos. En primer lugar, mi reticencia a hacer etnografía en hogares unipersonales, compuestos o multinucleares disminuyó al entender que nadie saca su vida adelante solo, sino en redes que se diseminan en varios hogares y mediante procesos y relaciones que abarcan numerosas instituciones. En segundo lugar, dirigí mi atención a la interdependencia de instituciones, relaciones y agentes en las formas cotidianas de sostener la vida, entendiendo el aprovisionamiento en su sentido amplio, y salí de mi enfoque anterior excesivamente centrado en el hogar.

Aun habiendo desechado el plan de hacer etnocontabilidad en los hogares, animada por mis directores, concluí que vivir en Errenteria, junto a los/as que serían mis interlocutores/as, era vital para acercarme a esos marcos de significación y esas prácticas por las que la gente sigue luchando por una vida mejor. Sólo debía cambiar la forma de acercarme a ellos/as, así que retomé la búsqueda de una casa donde vivir. Cohabitar con mis interlocutores/as me permitiría observar, sin estar observando –en teoría–, los procesos cotidianos dentro del hogar de una forma más cómoda y, aparentemente, no tan intrusiva. Sin embargo, en todo momento existió una preocupación ética sobre hasta qué

¹⁸ La idea de reciprocidad generalizada dentro de los hogares ha sido ampliamente rechazada desde la perspectiva feminista. Pero incluso aceptando la idea de reciprocidad generalizada, se señala que hay que indagar en los condicionamientos ideológicos y materiales por los que unas personas esperan o proporcionan servicios específicos de aprovisionamiento interno. Como apunta Susana Narotzky (2004: 184), hasta la acción consensuada debería explicarse en el marco de relaciones diversas y complejas y no darse por sentada.

punto podría integrar las observaciones inevitables realizadas como compañera de piso en la propia etnografía. En todo caso, la decisión de vivir en Errenteria me aisló de mi cotidianidad y de mis relaciones, y me facilitó la entrada al mundo social de la ciudad y sus vecinos/as, obligándome a hacer nuevas relaciones y convirtiéndome de cierta forma, en una nueva vecina, investigadora, pero vecina, al fin y al cabo.

5.2. El trabajo de campo: vivir en Errenteria y la construcción del objeto de estudio

5.2.1. Primera etapa de trabajo de campo: crisis sistémicas e incertidumbre

La realización del trabajo de campo –y en general del doctorado– estuvo supeditada a la obtención de un contrato predoctoral. El primer año y medio que estuve matriculada en el doctorado lo dediqué a profundizar en buena parte en el marco teórico, con la esperanza de conseguir pronto una fuente de financiación. Afortunadamente, en mayo de 2016 conseguí un contrato APIF¹⁹ con el cual pude abandonar mi empleo y mi casa, y costearme el trabajo de campo que tanto estaba deseando. El contrato comportaba la obligación de realizar trabajos de docencia²⁰, que representaban alrededor de 40 horas (más preparación) repartidas a lo largo de cuatro meses por curso escolar, en mi caso, solía ser de septiembre a enero, aproximadamente. En la práctica esto implicó estar en las proximidades de Barcelona esos meses cada año, por lo que estructuré mi trabajo de campo teniendo esto en cuenta.

De mayo a septiembre de 2016 afiné la metodología y empecé a realizar mis primeras entradas esporádicas al trabajo de campo. De septiembre de 2016 a enero de 2017 realicé la docencia, y en febrero de 2017 di comienzo al trabajo de campo. De este modo, el trabajo de campo se desarrolló en dos estancias que suman en total quince meses: una primera estancia de seis meses, desde febrero a julio de 2017, y una segunda de nueve meses, de diciembre de 2017 a septiembre de 2018.

La entrada al campo no fue sencilla. A pesar de que mis amigos/as y conocidos/as me dieron acceso a su red de relaciones de Errenteria, nadie parecía estar dispuesto a alquilarme una habitación. Las opciones que encontraba en los portales para compartir piso me resultaban muy caras y las habitaciones me parecían bastante precarias. Pero, de pronto, en enero del 2017, Iker me contactó. Después de que unos conocidos en común

¹⁹ Esta tesis se ha realizado gracias a las ayudas del personal investigador predoctoral en formación (APIF) de la Universidad de Barcelona, para el periodo comprendido de mayo de 2016 a mayo de 2019.

²⁰ En total fueron 122 horas y 50 minutos repartidos en tres años: 40 horas el primero, 47 horas con 50 minutos el segundo año y 34 el último.

le hablaran de mí, pensó que sería buena idea alquilarme una habitación. Me dijo después que valoró que estaría pocos meses, así que si iba mal tampoco sería demasiado pesado y, además, le iba bien que le ayudara con los gastos del alquiler. Me propuso una renta de 200 euros y él pagaba los otros 270 euros para completar la renta, más los gastos de la casa (agua, electricidad e internet). Iker tenía por aquel entonces 33 años y llevaba alrededor de un año viviendo en esa casa. Así, a primeros de febrero, una tarde lluviosa me instalé en el último piso de ese pequeño edificio del barrio entre Iztieta y Ondartxo, en la que iba a ser mi nueva casa por seis meses.

En esta primera etapa del campo, mi objetivo principal fue familiarizarme y adentrarme en el contexto de estudio, manteniendo la máxima apertura y confiando en que el campo me hablaría sobre las consecuencias que había tenido la crisis del 2008 en los modos de vida de la gente y en las formas de salir adelante, recordemos que en un principio, ese era mi punto de partida.

No tardé mucho en sentirme perdida ante una experiencia de campo que me sobrepasaba y en la que avanzaba sobre la marcha. No fue hasta que comencé a interactuar regularmente con los y las vecinas, que comencé a construir y delimitar el objeto de estudio. Iker se convirtió en una de las personas más importantes en mi entrada al campo. Fue generoso presentándome a amigos, colegas del trabajo, familia, y compartiendo numerosos espacios de sociabilidad, generalmente el bar. Además, debido a que tiempo atrás para la búsqueda de la casa me puse en contacto con las amistades, familiares y personas conocidas de mi red de relaciones, se me abrió una extensa red de contactos que, en muchos casos, se fueron convirtiendo en interlocutores/as. Haberme acercado a ellos/as mediante amigos/as en común ayudó a establecer una relación de confianza y reconocimiento.

Algunos de estos primeros contactos, no sólo adoptaron el rol de introducirme y abrirme el campo, presentándome a gente o invitándome a celebraciones, como lo hacía Iker, sino que compartieron conmigo sus pareceres sobre mi investigación. A lo largo de mi estancia en Errenteria fueron preguntándome, una y otra vez, sobre los hallazgos y nuevas direcciones que iba tomando, lo que me obligaba a hacer el esfuerzo de sintetizar y actualizar mis reflexiones sobre el campo. Estas conversaciones me dieron pistas sobre qué les resultaba importante y relevante en mi estudio y qué no, y por lo tanto qué merecía la pena ser investigado. Generalmente, esto era relativamente fácil de saber: aquello que tenía sentido para ellos, que comprendieran el problema de investigación, que les resultara inteligible y les diera que hablar, o por el contrario, que les incomodara o que fuera motivo de disputa.

Por ejemplo, desde que llegué al campo me había dado cuenta de que mis preguntas e interés sobre la crisis no debían estar bien formuladas. Exceptuando unos pocos casos, mis primeros/as interlocutores/as, aunque reconocían la gravedad de la crisis del 2008, decían no sentirse afectados/as por ella. La crisis había sucedido en otras partes del Es-

tado. En un primer momento pensé que podía estar operando cierta vergüenza en la no identificación con la crisis. Tiempo después, cuando comencé a hacer entrevistas en profundidad e historias de vida, y mis interlocutores/as no mencionaban ni la categoría crisis para nombrar sus vivencias en ese periodo, empecé a ver que algo fallaba.

Pero había algo más. La gran mayoría de los y las vecinas que conocí compartían una misma historia de vida y familiar. Eran parte de familias que habían migrado en los cincuenta y sesenta a Errenteria desde zonas rurales de distintas partes del Estado, bajo la promesa de una vida mejor unida al modo de vida industrial. Eran las personas que habían migrado de jóvenes o en la infancia, o eran sus hijos/as o sus nietos/as. Todos ellos compartían una visión idealizada del pasado y de lo que fue la ciudad, y todos, absolutamente todos, se sentían orgullosos de ello mientras me hablaban de las glorias de aquel pasado industrial: la abundancia de trabajo, la lucha sindical, la estabilidad y la prosperidad de los hogares, las grandes fábricas, etc. Todos ellos también, marcaban un antes y un después en la década de los ochenta y noventa, cuando la desindustrialización vino a cambiar una forma de vida. “Tendrías que haber venido entonces, ¡eso sí que fue una crisis!”, me repitieron en varias ocasiones, tanto personas de la generación mayor que habían vivido el desmantelamiento en carne propia, como los/as jóvenes que recordaban borrosamente cómo cambió el ambiente de sus casas o simplemente habían crecido con las historias de las grandes industrias y su decadencia.

En esos primeros meses, cada vez que conocía una nueva persona y me daba cuenta de que repetía esta historia familiar, se iba haciendo más evidente que debía salir del presentismo del trabajo de campo e incorporar en el análisis etnográfico los procesos históricos más amplios, para desde ahí ver qué significaba para ellos el momento actual, sin presuponer que la crisis del 2008 era un gran hito. Para ello busqué realizar entrevistas a actores clave que me pudieran relatar los años del boom industrial y el proceso de desindustrialización, como sindicalistas, trabajadores/as de grandes fábricas, gerentes de empresas y responsables políticos. También empecé a profundizar en fuentes documentales históricas y empecé a acudir a exposiciones, charlas y visitas guiadas sobre el desarrollo industrial de la ciudad, poniendo especial atención en cómo narraban la desindustrialización y las emociones que se manejaban en ello.

Todo esto me llevó a situar la crisis del 2008 y las políticas de austeridad en un proceso de largo alcance, vinculado al auge del proyecto neoliberal de los años 70 y las grandes transformaciones políticas y económicas que de ello derivaron, que terminaron rompiendo el pacto Keynesiano-Fordista y condenaron a este antiguo bastión industrial a la desinversión, deslocalización y la desindustrialización. De este modo, más que la crisis y sus efectos más o menos coyunturales, empecé a conducir la mirada a la posición que ocupan los sujetos y las poblaciones ante las transformaciones de las cadenas de valori-

zación del capital. Entonces las preguntas adquirieron otra pertinencia y relevancia para mis interlocutores/as, y ciertas categorías empezaron a tomar sentido.

En concreto, emergió una categoría: la “incertidumbre”. En realidad, mis interlocutores/as llevaban tiempo describiendo el marco del presente desde la gramática de la incertidumbre, pero no fue hasta que abrí la perspectiva histórica que pude entender por qué emergía esta categoría con tanta fuerza. Estos utilizaron la noción de incertidumbre en todas las conversaciones, entrevistas e historias de vida que realicé, como experiencia propia o proyectada (generalmente de la generación mayor a la joven), así como en numerosas conversaciones informales (individuales y grupales) que mantuve en el campo. Mis interlocutores/as vincularon la incertidumbre en dos direcciones. Por un lado, la incertidumbre les parecía relevante en contraposición con la supuesta seguridad y estabilidad que disfrutaron las generaciones anteriores. En ese sentido, lo utilizaban para describir la inseguridad en el mantenimiento de los medios de vida que ellos vivían. Por el otro lado, con la categoría incertidumbre, nombraban su relación con el futuro, tanto subrayando sus dificultades para hacer proyectos a largo plazo como para señalar la ruptura de expectativas. Las políticas de ajuste que le siguieron a la crisis del 2008 se encuadraban aquí, al sentir que estaban perdiendo derechos futuros. De esta forma, empecé a centrarme en estas vivencias y sentires sobre la incertidumbre, dándole valor teórico y etnográfico.

De hecho, fue la relevancia que fue tomando la incertidumbre como categoría que vinculaba pasado, presente y futuro que me llevó a tomar la siguiente decisión: la de centrarme en estudiar cómo estaba impactando la crisis y las políticas de ajuste en las familias de la denominada antigua clase obrera, aquella que recibió las compensaciones y las promesas de estabilidad y prosperidad del pacto fordista –y del régimen corporativo franquista– y que gracias al consumo financiarizado y al desarrollo de los Estados de Bienestar, asumió un estilo de vida de clase media. Aquella antigua clase obrera que ahora percibe vivir un proceso de movilidad social descendente, y que nota cómo las promesas de un futuro mejor se tambalean, ya sea para ellos, para sus hijos/as o para sus nietos/as. Aquellos que, en definitiva, tienen miedo a caer (Ehrenreich, 1990).

Lamentablemente, aquella decisión de centrarme en aquellos que habían experimentado la prosperidad de la sociedad industrial y su decadencia me llevó a descuidar a una parte importante de vecinos/as de esta ciudad, los/as llegados/as a partir del 2000. Este grupo de personas me hubiera permitido entender con mayor profundidad la diferenciación económica de los territorios –y sus poblaciones– a escala global, en la se apoyaba y reforzaba la economía vasca –y, en especial, en el momento de expansión previa a la crisis del 2008–, concretamente, respecto a su posición en la división internacional del trabajo. En este grupo también se encontraban un número reducido de personas que ha-

bían sido expulsadas de Donostia a causa de políticas de vivienda y que habían llegado a Errenteria principalmente porque la vivienda era algo más asequible.

Por lo general, tuve poco contacto con este grupo de nuevos/as vecinos/as. La gran mayoría de estas personas eran de origen extracomunitario y abandonaron sus lugares de origen, en su gran mayoría atravesados por grandes crisis de reproducción social. Además, ocuparon masivamente los segmentos más precarizados de la estructura laboral vasca, generalmente en sectores como logística, transporte, construcción, hostelería o trabajo doméstico. Como María Fernanda, Alejandra y Valeria, tres mujeres nicaragüenses de unos 30 años que, junto a las hijas de Alejandra y Valeria, compartían piso en el centro de la ciudad. Ellas realizaban trabajos de limpieza y de ayudantes de cocina en los centros comerciales de la periferia de la ciudad. O Daniel, un brasileño de unos 40 años que vivía con su pareja, también brasileña, y que trabajaba como operario de logística con un contrato eventual en la papelera, mientras ella trabajaba en la hostelería. O Tethrit, una *amazig* de unos 30 años que trabajaba de cajera de un supermercado. A todas las conocí por mi cuenta, a la mayoría cuando me puse a buscar habitación para alquilar. En otros casos porque ejercían como trabajadoras domésticas cuidando de los ascendientes de algunos/as de mis interlocutores/as. Así me iba encontrando ocasionalmente en el desempeño de los quehaceres de la vida diaria por la ciudad y, aunque aprovechaba para conversar brevemente, no llegamos a profundizar la relación. Además, me acomodé en que era más fácil relacionarme con esos/as otros/as residentes con el que compartía hábitos de sociabilidad y redes en común y, por lo tanto, me los/as encontraba más asiduamente.

Con todo, este criterio de accesibilidad y mi falta de visión para comprender de manera más profunda cómo se conectan las luchas por la reproducción social de unas partes del mundo con otras, formando cadenas globales de luchas por la reproducción social (Hochschild, 2003), han impedido entender de manera más compleja las transformaciones de las últimas dos décadas de esta ciudad. Pero, sobre todo, ha opacado la importancia de las luchas de estas personas que reconfiguraron sus vidas moviéndose a comienzos del nuevo milenio para tener una vida buena y un futuro mejor, –igual que lo hicieron los/as antiguos/as residentes en los cincuenta y sesenta–, y que a su llegada tuvieron que lidiar con un marco de oportunidades más duro. La crisis del 2008, además, tambaleó tempranamente las esperanzas de un futuro mejor proyectadas en esta estrategia de movilidad, al tiempo que empujó a los/as habitantes más antiguos/as a adoptar discursos y prácticas xenófobas.

Por ejemplo, fue justo a partir del estallido de la crisis del 2008 que los medios comenzaron a hablar del conflicto entre “antiguos” y “nuevos” vecinos extracomunitarios en Errenteria, en concreto, en el barrio de Iztieta, con noticias que reproducían y avivaban la tensión entre la Asociación de Vecinos *Gurekin* (“con nosotros”) y la Mezquita.

Durante los próximos años y hasta la actualidad, los medios se han llenado de noticias que centran el foco en la delincuencia del barrio y la ciudad, basadas en la percepción de inseguridad de los/as antiguos/as vecinos/as, aunque los datos sobre delincuencia objetiva –infracciones y delitos oficialmente registrados en el municipio- demuestren lo contrario. A pesar de que cuando llegué a Errenteria estos conflictos de base xenófoba estaban más apaciguados, seguían siendo un tema de conversación más o menos recurrente, incluso la percepción de inseguridad pervivía en muchos vecinos y vecinas. Recuerdo, por ejemplo, como en mi primera semana en Iztieta, una vecina de unos 70 años me dijo que se alegraba de que una blanca como yo se pusiera a vivir en el edificio, porque últimamente había aumentado mucho, me dijo, la delincuencia.

En todo caso, lo que quisiera resaltar con todo esto es que, aunque he intentado incorporar al análisis estas estrategias defensivas y excluyentes de los/as antiguos/as residentes en la etnografía, vinculándolas con la disminución de oportunidades y la ruptura de expectativas, hubiera sido preferible haber incorporado de manera más profunda las luchas de estos/as nuevas/as residentes, ya que, aunque con particularidades concretas, la crisis también alteró sus esperanzas de un futuro mejor.

5.2.2. Segunda etapa de trabajo de campo: un campo en constante cambio

En julio del 2017 salí del campo y no regresé hasta cuatro meses después. En diciembre comenzó mi segunda y última estancia en Errenteria, que se alargaría por nueve meses. Esta vez la entrada al campo fue sencilla, Iker (33) me acogió de nuevo en su casa hasta que tres meses después decidió mudarse de ciudad. Afortunadamente Ana (52), otra de mis interlocutoras me ofreció quedarme en su casa, en el otro extremo de la ciudad, en el barrio de Gabierrota, ahora un barrio con una población envejecida de antiguos obreros, lo que contrastaba con el barrio que dejaba atrás.

Volví al campo, pensando conocer ya a gran parte de mis interlocutores/as, de ahí que ya tuviera ciertas preguntas pensadas o cuestiones que quería de antemano profundizar. Sin embargo, fue frustrante observar que la realidad de muchos de ellos había cambiado sustancialmente. La mayoría de las veces eran cambios ocasionados por la pérdida o el cambio de trabajo, lo que acarrea cambio de residencia, hasta de expectativas o planes a futuro, así como preocupaciones y rutinas cotidianas. Muchas de mis descripciones sobre ellos habían caducado, en parte, en apenas cuatro meses.

En otras ocasiones me encontré con que las apuestas que me habían hablado en la primera estancia de campo, por ejemplo, de comenzar unos estudios, habían sido repensadas o simplemente cambiadas. Lo que más me impactaba era que me explicaran esas nuevas situaciones que ni habían contemplado meses atrás como algo coherente y

bien reflexionado. Cuando eso sucedía, que era con mucha frecuencia, me desanimaba y pensaba que no estaba siendo capaz de captar los sentidos biográficos de mis interlocutores/as, que me quedaba en la simple anécdota, sin darme cuenta por aquel entonces que, como apunta Pierre Bourdieu (1989), tratar y narrar la vida como una historia es una simple ilusión²¹.

Esta frustración me llevó a querer realizar historias de vida, forzando en ello a mis interlocutores/as a que explicitaran los orígenes (cronológicos y de razón de ser) de sus decisiones, que, en definitiva, me explicaran su vida como relato, como proyecto, con una razón retrospectiva y prospectiva, y que establecieran relaciones inteligibles de causa y efecto. Aunque eso, –me di cuenta después– me alejaba del sentido práctico y la toma de decisiones real de sus prácticas. De este modo, mis interlocutores/as, conscientes de la situación de entrevista –y de los conocimientos que tienen sobre la función de las entrevistas– se esforzaron en representar sus vidas como un conjunto de acontecimientos coherentes y orientados, mucho más de lo que hacían en las conversaciones informales donde dejaban mostrar más las incoherencias, o los eventos únicos y aleatorios.

Del mismo modo, la desorientación sobre el futuro que mostraban sus narrativas en contextos cotidianos, eran muchas veces rebajados en el contexto de entrevista, haciendo más una narrativa de riesgos y peligros. Ahora bien, aunque todos sucumbieron al deseo de dar sentido a su vida, había diferencias, sobre todo a nivel generacional, en las capacidades de representar una historia de vida como un conjunto de acontecimientos coherentes y orientados. Por lo general, la generación mayor me explicaba una historia de vida, con unos ciclos de vida bien marcados donde iban cumpliéndose y aumentando sus expectativas de vida. Era una narrativa acumulativa, causal, tanto material como psíquicamente. Mientras tanto, las generaciones jóvenes señalaban una y otra vez sus dificultades para cambiar de ciclos de vida, por ejemplo, emanciparse, o lo que entendían como retrocesos de los ciclos de vida, por ejemplo, cuando regresaban después de años a casa de sus padres. Estos hacían una narrativa más centrada en los acontecimientos, en los cambios. Estas diferencias generacionales eran todavía más visibles cuando les pedía que me explicitaran sus expectativas a futuro, a corto, medio y largo plazo.

De nuevo, lo que había tomado casi como un error de mi trabajo de campo, –los continuos cambios y reevaluaciones– se convirtió en una nueva pista para investigar:

²¹ Pierre Bourdieu (1989) critica los relatos autobiográficos y su pretensión de sentido –de parte del entrevistado como del entrevistador– apuntando al hecho que “producir una historia de vida, tratar la vida como una historia, es decir como el relato coherente de una secuencia significativa y orientada de acontecimientos, es quizás sacrificarla a una ilusión retórica, a una representación común de la existencia que toda una tradición literaria no ha dejado ni cesa de reforzar” (Bourdieu, 1989: 28).

poner atención en la incertidumbre del campo a la hora de ganarse la vida y construir un futuro mejor. De este modo, por un lado, empecé a enfocar la mirada en la incertidumbre marcada por el campo, en cómo debían de saber moverse en el cortoplacismo, en trabajos a tres meses vista, en políticas empresariales que priorizaban la flexibilidad, o en un marco donde se percibían inseguros hasta los derechos futuros. Por el otro lado, en lugar de tomar las ambigüedades sobre el mañana de mis interlocutores/as como la consecuencia de la poca profundidad y confianza de nuestro vínculo, comencé a fijarme en los distintos imaginarios e interpretaciones sobre el futuro de los distintos grupos sociales, así como las emociones que ello les despertaba. En última instancia, me aguanté mis deseos de fotografiar y congelar la realidad que observaba, y comencé a darle valor etnográfico, a fijarme en las dudas, a los cambios de planes, a las opiniones contrariadas, las ambigüedades, a las intenciones, a los planes cancelados, para así poder observar el potencial creativo de lo que es ganarse la vida, y construir un futuro en un momento social y un marco material que se percibe como incierto y cambiante.

5.2.3. Finalizar el trabajo de campo y los posteriores retornos

Terminé el trabajo de campo a inicios de septiembre de 2018, aunque meses atrás ya había alcanzado el punto de saturación, como aquel estadio en el que los nuevos casos tienden a repetir el contenido del conocimiento ya registrado (Mejía, 2000: 171). Recuerdo que durante la segunda estancia llegó un punto en el que sentía un agotamiento mental y emocional ocasionado por la larga permanencia en el campo. Aunque Errenteria era ya mi lugar de residencia, el rol de etnógrafa y el especial cuidado y prudencia que hay que desarrollar en el trabajo de campo, me produjeron una gran sensación de cansancio en el día a día.

En conjunto viví en Errenteria 15 meses, entre 2017 y 2018. En ese tiempo, algunos de los/las interlocutores/as se convirtieron en amistades y de ahí que la relación mantuvo continuidad una vez que me marché. Gracias a ello pude estar al tanto de los principales cambios en sus vidas, así como de sucesos relacionados con la ciudad, lo que ha aportado una visión más diacrónica sobre la evolución de sus esfuerzos de ganarse la vida y mejorar el futuro. De hecho, estos datos han sido útiles en el análisis y han enriquecido esta etnografía.

5.3. Técnicas de campo

Como se viene mostrando, esta etnografía se basa en un trabajo de campo clásico. A continuación, mostraré las técnicas precisas que se han utilizado en la recogida y construcción de datos, especificando en ello las condiciones y lugares de observación, así como los/las interlocutores/as con los/las que interactué.

5.3.1. Bola de nieve: la accesibilidad y la significatividad como técnica de muestreo

Como ya he explicado sobradamente, la técnica principal de acercamiento y profundización en el trabajo de campo fue la de bola de nieve, que consiste en tirar de las relaciones sociales de los primeros contactos, lo que, además de aumentar el número final de interlocutores/as, permite profundizar en el grupo social de estos/as debido a que la gente presenta personas de su círculo social de confianza.

La técnica de la bola de nieve parte, entonces, de la accesibilidad y viene sesgada inicialmente por el acceso a estos/as primeros/as interlocutores/as, y después por su tipología. En mi caso, esto me hizo acercarme a los/as antiguos/as residentes de la ciudad, las familias de aquello llamado la antigua clase obrera, y descuidar a los nuevos/as vecinos/as, sobre todo los extracomunitarios llegados a partir de los 2000.

Como es lógico, la profundidad, la frecuencia y la naturaleza del vínculo han variado con cada persona. Con algunas pocas tuve un solo encuentro, en ocasiones programado, aunque con la gran mayoría de las personas que aparecen en esta etnografía los encuentros fueron repitiéndose a lo largo del tiempo, con algunas de ellas incluso cotidianamente. Sobra decir que todas han sido anonimizadas. Los nombres son ficticios y las edades, como los orígenes familiares o algunas anécdotas, tienen pequeñas variaciones, a fin de proteger su identidad, ya que considero que no disminuye su veracidad en absoluto.

5.3.2. Observación participante

La observación participante y la escritura constante en el diario de campo han sido la piedra angular de esta investigación. Además de ser una herramienta para registrar cronológicamente la información importante, en él volqué varias de las preocupaciones éticas y metodológicas de la investigación.

Las condiciones de observación, así como las formas de escritura en el diario han variado según las etapas del trabajo de campo, los objetivos de cada momento o mi estado anímico. De esta manera, en un primer momento, y con el fin de conocer el contexto de estudio, realicé una observación amplia, no sistemática, que se tradujo en anotar prácticamente todo lo que me encontraba, como si intentara captar el paisaje con una lente amplia, registrando sensaciones, descripciones físicas y prácticas. Miro ahora el diario y las primeras notas se refieren a la atención que me despertaba la arquitectura brutalista, las grandes torres de vivienda, la ausencia de parques, las vías de tren no soterradas que pasaban a escasos metros de las viviendas y, sobre todo, esa presencia tan central de la

fábrica de la papelera en el centro de la ciudad, siempre echando humo, el ruido constante de sus máquinas, mientras la gente parecía convivir con ello con toda normalidad.

También registré escenas de la vida cotidiana con fotografías, que me daban un sentido de fidelidad y objetividad, además de que después me servían para hacer preguntas a mis interlocutores/as principales sobre dudas que me iban surgiendo.

Este primer momento de la observación también se caracterizó por mi escasa participación, en tanto que intenté limitarme en la medida de lo posible al rol de observadora. Ciertamente, tampoco estaba inmersa en la vida social de la ciudad y apenas estaba haciendo los primeros contactos, por lo que tampoco tenía mucho dónde y con quién participar.

Recuerdo que en mis primeras interacciones me podía el temor a ser rechazada o de ofender o importunar a los/las interlocutores/as, lo que me llevó a una situación de cohibición primero, en la que me sentía retraída e insegura de hacer determinadas preguntas, a un segundo momento de exceso de identificación con el otro, en el que, en mi intento de integrarme rápidamente, busqué eliminar cualquier diferencia entre ellos y yo, intentando convertirme en una más. En ese momento tenía la sensación de que caracterizarme demasiado en el rol de etnógrafa me cerraría las puertas y no podría observar los procesos tal cual sucedían. Tampoco me atrevía a hacer cualquier cosa que llamara la atención, o que mostrara desacuerdo o desinterés.

A medida que iba familiarizándome con el contexto, dejaba de ser una completa desconocida, mi presencia en el campo se tornaba más espontánea y comenzábamos a generar relaciones de cierta confianza, me fui dando cuenta de que el objetivo de ser una más era, en todo caso, una representación temporal y de que, si quería dar pasos en la investigación, debía atreverme a mostrar y explicitar mi rol de etnógrafa, así como las nuevas preguntas de la investigación. Y es que, después de los primeros meses de observación panorámica, comenzaba a enfocar la mirada de forma dirigida e intencionada hacia cuestiones que me empezaron a resultar significativas, lo que aumentó mi necesidad de acceder, no ya sólo a prácticas más selectivas (manejo del dinero, acceso a recursos, etc.) sino también, y sobre todo, a aspectos no tan tangibles como son las relaciones, las dependencias mutuas o las obligaciones morales –y las tensiones de todo ello– en el acceso y control de los recursos necesarios para la vida.

La entrada a esos datos se hizo a través de diversas formas. Sin duda, la convivencia en los hogares de mis interlocutores/as fue un acceso privilegiado a los procesos cotidianos de sostener la vida, porque pude observar en su conjunto y en mayor profundidad y cotidianidad, las prácticas, las relaciones, las formas de valoración, o las emociones o estados de ánimo en un tiempo significativo de tiempo. De este modo, pude observar, día tras día, cómo llevaban adelante tareas de aprovisionamiento y cuidado del hogar;

cuidaban de sus parientes; lidiaban con responsabilidades familiares, de amistad o militantes, así como laborales; manejaban dinero, priorizaban y renunciaban a consumos y relaciones; los momentos en los que no podían más; cuando se desvelaban hasta las mil trabajando en casa; las formas que tenían de buscar descanso; cuándo se agobiaban, las tensiones entre sus redes de apoyo; sus formas de buscar el disfrute, etc.

Con otros/as interlocutores/as, observar sus prácticas de subsistencia fue más difícil, aunque intenté que fuera lo más frecuente posible. Era común que no entendieran y que les generara cierta inquietud el hecho de que yo quisiera observar su día a día. En ese sentido, intenté respetar siempre las limitaciones que me imponían estas personas. Generalmente generábamos encuentros para tomar un café, tomar un trago, comer algo o dar un paseo, y después nos ayudábamos para hacer los recados. A otros, los visitaba en su casa u organizábamos excursiones y salidas al teatro, o a actos culturales y políticos de la ciudad. Ocasionalmente los ayudé en mudanzas o les eché una mano en sus empleos, en obligaciones o quehaceres puntuales. La convivencia en estas prácticas proporcionó una ventana a sus vidas al tiempo que daba pie a diálogos íntimos en los que nos contábamos cómo nos iba la semana o qué nos preocupaba. La regularidad de estos encuentros, que en algunas ocasiones eran por lo menos semanales, permitía observar de cerca las dificultades que iban atravesando y las prácticas que se iban ingeniando.

Como decía, el haber utilizado mayormente la técnica de bola de nieve para conocer a la mayoría de los/as interlocutores/as generó que muchos/as pertenecieran al mismo grupo social, es decir, que fueran miembros de una misma familia, grupo de amigos/as, compañeros/as de militancia, etc. Esto generó que me invitaran a los encuentros del grupo social, generalmente a las tabernas, para tomar unos “potes”²² y pasar la tarde. Gran parte de la vida social de mis interlocutores/as sucedía alrededor de los bares, así que me convertí en una más de esos encuentros, acudiendo con asiduidad a las reuniones. Con el tiempo también comenzaron a invitarme a eventos festivos, cenas y alguna que otra salida al monte o al teatro. Todos estos encuentros grupales fueron ideales para ver las relaciones y los lazos de reciprocidad pero, además, eran encuentros que daban pie a discusiones e interpelaciones entre ellos mismos, que me permitieron una mayor comprensión sobre las posturas y tensiones dentro de la misma comunidad sin yo apenas intervenir.

Por último, también participé en asambleas del movimiento feminista y actividades (charlas, foros, conciertos, visitas guiadas, trabajo en barra, bailes) de otras asociaciones de la ciudad (sindicales, pensionistas, juveniles, vecinales, anarquistas, republicanos, independentistas, asociaciones de migrantes –andaluzas, magrebíes–, de promoción del euskera, de presos políticos, culturales, internacionalistas, católicas) como del ayuntamiento, lo que me permitió comprender la forma en la que las tensiones en torno a la

²² Ir de bar en bar a tomar.

reproducción social están reguladas políticamente, además de que me facilitó obtener información sobre las agendas políticas a nivel local. Mediante la participación en estos actos pude conocer a otra gente que difícilmente hubiera conocido con la técnica de la bola de nieve.

5.3.3. Entrevistas formales: relatos de vida, entrevistas en profundidad, y trayectorias financieras, laborales y residenciales

Durante mi estancia en Errenteria realicé 41 entrevistas formales a 23 vecinos/as, las cuales grabé. En su mayoría eran miembros de familias de antiguos obreros –de segunda y tercera generación–, de familias que vinieron de diferentes puntos del estado, como Extremadura, Castilla y León, Andalucía, Galicia o La Rioja. En menor medida, también entrevisté a miembros de familias que migraron de zonas rurales vascas como Zizurkil, Beizama, San Juan o Altza. Entrevisté, asimismo, a dos nuevos vecinos, de Donostia y Galicia, que llegaron a partir del 2000. Ahora bien, como he señalado anteriormente, con la inmensa mayoría de estas personas, la interacción en la vida cotidiana fue continua, de ahí que las entrevistas formales no pueden entenderse sin las conversaciones informales fruto de la convivencia continuada en todo el trabajo de campo.

Todas las entrevistas se dieron de forma distendida, alrededor de una comida o un café, generalmente en sus espacios domésticos o en el mío, y ocasionalmente en su espacio de trabajo o cafeterías. Exceptuando una ocasión en que los niños estuvieron presentes, el resto de las veces fueron entrevistas realizadas en la intimidad. Una vez realizada la entrevista formal, o antes de ello, se daba paso a conversaciones y encuentros informales, como un paseo, o salir a tomar un café o un trago, lo que en muchas ocasiones dio pie a aclarar o profundizar en aspectos de interés.

En la mayoría de los casos el objetivo de estas entrevistas fue doble. Por una parte, tenían la intención de registrar pensamientos, vivencias y emociones que en muchas ocasiones habían salido en momentos informales y así profundizar en ellos. En cierto sentido, la entrevista era para mí una especie de verificación de los datos que iba construyendo. Además, me servía para recoger frases exactamente como las decían y así poder plasmarlas más fielmente en la etnografía. Por la otra parte, con las entrevistas buscaba indagar en ciertos aspectos de sus vidas que difícilmente salían con complejidad y detalle en los encuentros informales.

Por lo general, el esquema fue el siguiente: comenzaba pidiendo que me hicieran un relato de vida. En algunos casos esto ocupó toda o casi toda la sesión, mientras que otros dedicaron pocos minutos a explicar sus vidas. El hecho de que comenzaran haciendo el relato de vida sin que yo interviniera me dio acceso a entender dónde situaban los hitos

de sus vidas, y cómo entendían las causas u orígenes de los acontecimientos, por ejemplo, “debido a que estudié esto accedí a este trabajo”. También sirvió para entender su marco de significación al poder observar la gramática que utilizaban, por ejemplo, que no usaran el término crisis para referirse a los sucesos vividos a partir del 2008 me llamó mucho la atención. Los relatos de vida daban también una rica información sobre aquellos acontecimientos que les parecían significativos, como por ejemplo la crisis fordista, la cual la denominaban como “la crisis”.

Una vez terminaban, indagaba en estos hitos y mecanismos causales, además de aclarar ciertos aspectos que no me habían quedado claros. Después, si todavía había tiempo, ganas y energía, seguía una entrevista con guión respecto a vivencias de la crisis, visiones del futuro, etc.

Generalmente en una segunda sesión, nos centrábamos en explorar sus trayectorias. Una de ellas, eran las trayectorias financieras en las que nos deteníamos estudiando sus procesos de endeudamiento, acceso al crédito formal e informal, tasas de interés etc. Los interlocutores/as hacían el ejercicio de contabilizar sus ingresos y gastos mensuales, clasificando esto en sus propios criterios, lo que también fue interesante de observar y dio significativas pistas sobre sus economías financieras, por ejemplo, los que dividían entre gastos fijos y variables, los que diferenciaban por necesidades y caprichos etc.

En las trayectorias laborales hacíamos un recorrido desde sus primeros trabajos (formales e informales, remunerados y no remunerados), recogiendo datos sobre la contratación, la fuente de acceso a ese trabajo, la duración, las tareas a realizar, el sueldo, y los motivos para que se terminara o dejara el empleo. Por último, en las trayectorias residenciales, seguíamos la pista de los años de emancipación, tipología (renta, propiedad, casa familiar etc.), razones de cambio, personas cohabitando, coste, duración etc. En todas estas exploraciones el objetivo no solo fue ver las transformaciones en las condiciones y posibilidades materiales de existencia, sino también indagar en las moralidades y los sentimientos que les despertaba (por ejemplo, una deuda podía causar más tranquilidad que angustia al concebirlo como un activo en el futuro).

De esta forma, la mayoría de estos/as vecinos/as fue entrevistada formalmente en dos ocasiones, en algunos casos más, en entrevistas que duraban alrededor de 2 horas de grabación más la anterior y posterior conversación informal. La distancia entre la primera y la segunda entrevista fue de meses. Con otros vecinos/as, exactamente seis, el encuentro formal solo se realizó una sola vez, ya fuera por motivos de agenda, porque así lo quisieron ellos o porque me interesó recoger aspectos concretos de su vivencia, por ejemplo, que vivieran de primera mano el cierre de una fábrica en la reconversión.

Por último, también entrevisté formalmente a tres técnicos y concejales del ayuntamiento en torno a las políticas públicas de la ciudad. Estas entrevistas fueron im-

portantes porque ayudaron a entender las escalas en las que se articulan los intentos de sacar la vida adelante, con los marcos institucionales que establecen lo que está permitido y lo que no.

La mayoría de estas entrevistas se realizaron en la segunda estancia en el campo. Para mi sorpresa, una parte de mis interlocutores/as prefirió estos encuentros formales, ante la inquietud y la incompreensión que les generaba el aporte o el valor de esas conversaciones informales para la tesis.

En un nivel ético, estas entrevistas formales me ayudaron a aliviar la inquietud que me estaba produciendo el hecho de acceder a la mayoría de la información de manera informal, el cual me daba la sensación como si lo estuviera recogiendo a escondidas. Esa sensación de ser una “interesada” me atravesó toda la experiencia del campo, porque, aunque mis interlocutores/as sabían de mi objetivo en el campo, no siempre estaba claro qué conseguía de cada encuentro, ni veían qué interés académico podía haber en esos encuentros cotidianos. En este sentido, utilicé las entrevistas formales para preguntarles cuestiones que yo había visto o ellos me habían comentado de manera informal. El hacer explícito a mis interlocutores/as el hecho de que sus vidas cotidianas eran objeto de mi interés me dio cierta tranquilidad, ya que así serían más conscientes de qué aspectos de sus vidas compartir conmigo y cuáles no. De hecho, fueron muy pocas las ocasiones en las que, durante las entrevistas formales, algunos de mis interlocutores/as me pidieron que no introdujera algunos aspectos en la etnografía. Se trataba de situaciones o declaraciones que los hacían sentir vulnerables y no querían que los demás lo supieran. En la escritura opté por no incluir o no apropiarme esas situaciones a vecinos/as particulares, aunque intenté incorporar esas vivencias al análisis de los acontecimientos que iba encontrando. Señalar que gran parte de las entrevistas se realizaron en euskera y que la transcripción y la traducción es mía.

5.3.4. Conversaciones informales y diálogos íntimos

El grueso de esta etnografía se basa en la interacción cotidiana mantenida con los/las vecinos/as en las que se han dado innumerables conversaciones informales, tanto individuales como grupales. Después de estos encuentros, ya en casa, me ponía a reconstruir en el diario el encuentro, intentando ser lo más fiel posible a lo acontecido.

Si las entrevistas formales tuvieron el fin de corroborar y profundizar cuestiones que iban emergiendo en los diálogos cotidianos, las conversaciones informales también agarraron un nuevo objetivo después las entrevistas formales: hacer seguimiento a cuestiones habladas en el contexto formal. Además, tengo la sensación de que, en algunos casos, la entrevista formal afianzó la relación con los interlocutores/as y que, a consecuencia de ello, luego fue más fácil acceder y estar cerca en su cotidianidad.

Hay muchos vecinos/as con los/as que tuve una relación continuada muchas veces, miembros familiares, parejas o amigos/as de interlocutores/as principales con los que no realicé entrevista formal alguna, pero en la que compartimos vivencias y largas conversaciones. A algunas de estas personas les mostré el interés de entrevistarlas en varias ocasiones, pero rehusaron la invitación directa o indirectamente. De todos modos, muchas de ellas aparecen también en esta etnografía.

Durante mi estancia en Errenteria mantuve relación con algunos/as vecinos/as que me ayudaron en calidad de expertos, ya fuera porque eran académicos/as, sindicalistas, funcionarios/as públicos/as o militantes de asociaciones, que me ayudaron a afinar y a desmontar presuposiciones. También acudí en busca de ayuda a personas referentes del País Vasco, académicas y militantes que me brindaron información sobre las políticas económicas llevadas a cabo en el territorio.

5.3.5. Cuadernos de etnocontabilidad

A pensar, diseñar e imprimir los libros de etnocontabilidad le dediqué tiempo, recursos y energía, y desafortunadamente no tuvieron el resultado que yo esperaba. Aunque valoré el utilizar alguna de las aplicaciones (*Apps*) gratuitas que había en el mercado, me decanté por elaborar mi propio cuaderno por la necesidad de recoger más dimensiones²³. Pensé que era una forma de poder recoger información sobre las prácticas de subsistencia de una forma no intrusiva, pero solo cuatro personas se mostraron interesados en participar. Dos de ellas veían interesante poder anotar con precisión lo que gastaban al sentir descontrol sobre sus finanzas; las otras dos lo hicieron más bien por echarme una mano. Finalmente, sólo las primeras dos entregaron el cuaderno tres semanas después, mientras que los otros se excusaron con que les resultó difícil o tuvieron complicaciones. Además, incluso entre los que sí rellenaron el cuaderno también se generaron algunos problemas. Por ejemplo, una de ellas vivía con su pareja, y aunque la propuesta fue que él también participara con un cuaderno propio, no quiso. A la hora de analizar el cuaderno esto fue un problema, porque no podía observar, por ejemplo, la distribución de los trabajos domésticos o las aportaciones económicas que hacía la pareja. Además, el análisis de estos cuadernos no

²³ El cuaderno que diseñé tenía las siguientes tablas a rellenar por día: 1) Usos del tiempo, en el que había que especificar la hora y la duración, la actividad o las actividades, si se realizaba con alguien más y el lugar; 2) Gastos en bienes, anotando, la hora, el objeto, la cantidad, el costo, el lugar, la razón, si se realiza esa actividad con alguien más, destinatario del bien, cómo se paga, gasto total del día; 3) Gastos en servicios, concretando la hora, el servicio, el costo, si lo realizan con alguien más, y cómo lo pagan; 4) trabajos no remunerados; especificando la hora, las actividades y con quien se llevan a cabo; 5) Relaciones de reciprocidad o intercambio mantenidas en el día; la hora, la actividad de la relación o del intercambio, la razón, el costo; 6) menú diaria apuntando las comidas principales del día y especificando qué se come, quien lo prepara, el costo, el lugar, y si se come con alguien más; 7) Valoración del día de trabajo y del día en general, anotaciones libres; 8) y por último una última hoja donde sumar los gastos monetarios en bienes, servicios, y relaciones.

reveló datos demasiado significativos. Ellas mismas confesaron que en ocasiones no estaban rellenas con precisión. Al final desistí en el uso de estos cuadernos.

5.3.6. Material secundario

Ha sido necesario un extenso y diverso uso de fuentes bibliográficas para realizar una aproximación histórica a las transformaciones socioeconómicas de la ciudad. Por un lado, destacaría trabajos de historiadores y economistas que han ayudado a situar el contexto histórico, así como el análisis de la prensa estatal, nacional y local y asociativa que recogen varios de los fenómenos estudiados y nos permiten observar las gramáticas y lógicas imperantes de cada momento. Por otro lado, se ha hecho un uso extenso de información estadística sobre las transformaciones laborales de la ciudad (desempleo, ocupación, rotación contractual, eventualidad, afiliación, evolución de establecimientos...), de evolución de prestaciones sociales, recursos socioeconómicos de la población (rentas, endeudamiento) así como de los presupuestos del Gobierno Vasco, Diputación de Gipuzkoa y Ayuntamiento. Las principales bases de datos que he utilizado son el Instituto Vasco de Estadística y Udalmap del Departamento de Hacienda y Economía del Gobierno Vasco, y el Instituto Nacional de Estadística de España.

6. Estructura de la tesis

La estructura de esta tesis es la siguiente: a la discusión metodológica y teórica le sigue una contextualización histórica y cinco capítulos etnográficos y un capítulo de conclusión. A continuación, desarrollamos los contenidos que se encuentran en cada capítulo.

En el primer capítulo, se contextualiza el proceso histórico desde 1975 hasta la actualidad, retratando las principales transformaciones macroeconómicas en la transición de un capitalismo basado en un anómalo modelo keynesiano-fordista, el llamado “milagro español”, a otro capitalismo neoliberal. Gran parte del capítulo intenta dimensionar lo que comportó la desindustrialización y la reconversión para este antiguo bastión industrial, lo cual nos permite entender las formas de ganarse la vida de estos/as vecinos/as en la actualidad. El capítulo pone atención en las políticas de ajuste estructural impuestas, que han derivado en un proceso de polarización económica de la sociedad vasca, donde una parte de las clases trabajadoras estaría precarizándose.

El segundo capítulo es el primero propiamente etnográfico. En él, se analizan las significaciones y comprensiones de la crisis que tienen las clases trabajadoras de Errenteria, y se confrontan con los “modelos explicativos expertos”, observando cómo

lo reproducen, cuestionan y resignifican. En concreto, se señala que en el País Vasco estos discursos expertos sobre la crisis han actualizado el mito del “Oasis Vasco” por el cual se llega a afirmar que no ha habido crisis en el territorio vasco. El capítulo trata de mostrar cómo los/as vecinos/as de esta ciudad recuperan sus vivencias de la crisis fordista para comprender y situar la (no) crisis del 2008 y el régimen de austeridad de manera crítica.

En el capítulo tercero, se aborda la relación entre la experiencia de la precariedad y la austeridad prolongada y el futuro. En concreto, se estudian las limitaciones que esta impone en la capacidad objetiva y subjetiva de llevar a cabo proyectos a medio y largo plazo. También se muestra la relación entre la inseguridad en el acceso sostenido de los medios de vida con las formas de pensar o contemplar el futuro.

En el cuarto capítulo, se analizan las prácticas ingeniosas que los hogares llevan adelante para hacer planes a medio y largo plazo, cuando en principio, no tienen los recursos monetarios necesarios. Se pone la atención tanto en el manejo de los presupuestos domésticos como el de acceso a las transferencias de redes sociales y se destacan prácticas sociales que les permiten ganar control sobre su economía. Después se estudian las reivindicaciones que estos hogares hacen en el intento de asegurar la satisfacción de sus necesidades y deseos en un contexto caracterizado por la austeridad. En la última parte del capítulo se estudian los límites de estas prácticas a la hora de asegurar unas vidas que entienden merecen la pena ser vividas.

En el quinto capítulo, se estudian las prácticas y comprensiones sobre las transferencias intergeneracionales que sustentan los proyectos de vida de las generaciones de jóvenes adultos. A través de las tensiones y conflictos que se generan en estas relaciones, se busca analizar el complicado y violento terreno de la reproducción social contemporánea.

En el sexto capítulo se examina la perspectiva de retroceso que los y las vecinas de la ciudad manifiestan, identificando las principales grandes rupturas materiales y morales de sus proyectos de vida que habrían generado esta percepción e iluminar así la crisis de esperanza imperante. Después, se relaciona esta crisis de esperanza con la ruptura de la economía moral que estos/as vecinos/as manifiestan. Por último, se analizan las nuevas bases de la reproducción social poniendo atención en las dificultades de las clases trabajadoras para garantizar una vida digna y esperanzas por un futuro mejor.

– Capítulo 1 –

APROXIMACIÓN HISTÓRICA AL DESMANTELAMIENTO DE UNA CIUDAD INDUSTRIAL Y LA PRECARIZACIÓN DE LAS FORMAS DE GANARSE LA VIDA

1. Introducción: los vascos de segunda

El 3 de agosto de 2018, a un mes de terminar la última etapa de trabajo de campo, una gran humareda cubrió los cielos de Errenteria. Una montaña de chatarra²⁴ acumulada en el puerto de Pasaia empezó a arder a la mañana. Después de unas horas de desconcierto y de ver desde casa que la densa columna de humo negro se iba haciendo más grande, escuché las megafonías de agentes municipales que estaban recorriendo la ciudad, ordenando a la población cerrar puertas y ventanas, y pidiendo que no saliera a la calle. Supe al día siguiente que, a pie de calle, varias ambulancias repartían mascarillas.

La preocupación de los primeros instantes pronto se convirtió en mensajes de indignación que llenaban grupos de *WhatsApp* y otras varias redes sociales. El olor, la rápida combustión, la densidad del humo y su color negro llevaron a muchos a desconfiar de la versión de las autoridades y muchos sostenían que no sólo había ardido chatarra, sino que en el puerto se amontonaban también plásticos y otros materiales considerados dañinos, ante la negligencia y el silencio de los representantes políticos.

No era la primera vez que observaba esta indignación relacionada con la percepción de un problema grave de salud pública en la ciudad, debido a su trayectoria industrial y lo que consideraban una despreocupación o dejadez político-institucional. Me acuerdo, por ejemplo, cómo en una ocasión, en uno de los paseos nocturnos con Martín, un chico de 38 años que conocí por medio de un amigo en común y que con el tiempo se convirtió en uno de mis interlocutores principales, me dijo con la gracia que le caracterizaba, “Ni en el boom inmobiliario construyeron casas aquí, ¡imagínate!”. Martín señalaba con el dedo

²⁴ Una tercera parte del tráfico de mercancías del Puerto de Pasaia está formada por chatarra metálica, generalmente de coches prensados, materia prima utilizada por la industria siderúrgica guipuzcoana.

el solar amurallado al otro lado del río en Iztieta, en la desembocadura del río Oiartzun, donde años atrás se encontraba el mayor depósito de almacenamiento y manipulación de productos petrolíferos de Gipuzkoa. Para él era obvio que la contaminación de esas tierras debía ser alta. En otra ocasión me había hablado también del vertedero de San Marcos, y de nuevo en tono de burla dijo: “¡Hasta eso! ¡Hasta el vertedero de toda Gipuzkoa lo tenemos nosotros!”. Martin, hijo de dos obreros del metal, criticaba con humor lo que para él era una clara relegación política y económica de su ciudad y su gente.

Martin, como otros tantos vecinos, entendía que ellos eran los “ciudadanos de segunda” de Gipuzkoa. Algunos vecinos y vecinas iban más allá, e incluso expresaban la percepción de haber sido envenenados ante el silencio y la despreocupación de los dueños de las fábricas. Ahora, algunos de ellos están siendo respaldados con sentencias en las que se afirma que la exposición a ciertos materiales, como por ejemplo el amianto, les ha ocasionado el cáncer y la muerte. Para el 2017 Errenteria era la ciudad de Gipuzkoa con más muertes por amianto reconocidos²⁵, y, de hecho, fueron sus vecinos/as, en concreto los antiguos trabajadores y trabajadoras de la fábrica Productos Aislantes SA, más conocido como *Paisa*, las que crearon la asociación de Gipuzkoa de Víctimas del Amianto.

Sin embargo, eran muchos los y las vecinas que, aún no habiendo trabajado en esas empresas, sienten hoy que haber vivido rodeados de fábricas los/as ha enfermado. En una cena en casa de Ana, junto a Encarna y otras tres amigas que rondaban los cincuenta años así lo expresaron. Estábamos ya en la sobremesa cuando la conversación derivó en el proceso de cáncer que habían pasado dos de ellas y otras dos amigas que no estaban presentes. Todas habían trabajado en un bar aldaño a un almacén de una antigua fábrica de la ciudad en los 90, que señalaban seguro tuvieron que haber productos tóxicos. “¿Crees que fue por eso?” preguntó una de ellas. Después de un momento de silencio, asintieron. No tenían pruebas, decían, pero estaban seguras de que los cánceres que desarrollaron fueron por la exposición a esos materiales industriales.

Durante el tiempo del trabajo de campo, fueron muchas ocasiones también en que los y las vecinas se quejaron o mostraron temor por el vapor y el olor que desprendía en la actualidad la papelera, situada en el centro de la ciudad, dejando entrever que no se fiaban del todo de las medidas ambientales oficiales de la fábrica. La quema de la montaña de chatarra de aquel verano condensó todos estos sentimientos. Un *tweet* lo recogió aquel día de forma precisa. Mostraba una foto aérea de la idílica Bahía de la Concha de Donostia que contrastaba con una humareda negra a lo lejos, con un texto que decía: “Ahí atrás,

²⁵ Por aquel entonces los tribunales reconocían 17 muertes por amianto, aunque la cifra de víctimas reales sea imposible de adivinar. En múltiples ruedas de prensa los sindicatos han advertido que, en los próximos veinte años, morirán por amianto de entre 6.000 a 10.000 personas en el País Vasco.

ahí donde sale el humo es donde vivimos los miserables de Guipúzcoa. Los olvidados en desarrollo económico, los olvidados en bienestar, en medioambiente, en salud”.

La marginalización política y económica de la ciudad era evidente para muchos. Las “estructuras de sentimiento” (Williams, 1977) que se movilizan en Errenteria expresan la producción político-económica de una población cada vez más numerosa, que se siente parte de una ciudad relegada, abandonada e incluso despreciada desde la reconversión industrial de los ochenta. Una estructura de sentimiento que expresa la ruptura con su pasado reciente de prosperidad, (la vivida a partir del boom industrial de los 60 del siglo pasado hasta los 80), cuando se convirtió en una ciudad del “milagro económico español” acogiendo a miles de personas que vieron en la ciudad industrial la forma de labrarse un futuro mejor. Pero también, con un pasado mitificado de cuando Errenteria, debido a su temprana y próspera industrialización, empezó a principios del siglo XX a ser conocida como la “Pequeña Manchester”, hasta que el levantamiento fascista detuvo la trayectoria de la ciudad.

Hoy devenida periférica o marginal dentro de los circuitos de acumulación y distribución del capital globalizado, Errenteria es una ciudad de servicios precarizada del extrarradio de Donostia. Lejos quedan los años de cuando Errenteria era sinónimo de futuro. A partir de los ochenta, gran parte de los antiguos obreros y obreras de la ciudad fueron expulsados del mercado laboral en base a prejubilaciones, mientras los jóvenes tuvieron que aprender a sacarse la vida en un mercado laboral precarizado. En la actualidad sus habitantes son los que ocupan en mayor medida los trabajos peor remunerados del mercado laboral de Gipuzkoa. Son ellos también, los que en mayor medida llenan las filas del paro y los que dependen de prestaciones sociales. Los de Errenteria destacan también por sus bajos niveles de formación²⁶ y ser una de las ciudades vascas con la tasa de abandono escolar más alta²⁷.

A estas condiciones de existencia, visiblemente más duras, se le suman estigmatizaciones sociales unidas a la migración (tanto de la primera ola en los cincuenta y sesenta proveniente de los pueblos rurales del Estado Español, como el del nuevo milenio la que deriva de Latinoamérica y el Magreb), la delincuencia, la culpabilización del paro y de las prestaciones sociales, o de pertenencia étnica y religiosa (Ramírez Goicochea, 2000). En pocos años, Errenteria ha pasado de ser representada en los medios de comunicación como “la Belfast vasca” o “La Pequeña España” (España Txiki), aludiendo a la polarización social y la dureza de la vivencia del conflicto vasco en esta ciudad, para pasar a ser representada ahora como el bastión del integrismo islámico en Gipuzkoa.

Aún todo ello, y siendo conscientes de su mala reputación, la gente de Errenteria se muestra orgullosa de su ciudad y sobre todo de su pasado obrero. Recurrentemente, las

²⁶ Véase la tabla de nivel de estudios (figura 3) en anexos.

²⁷ Véase Euskadiko Eskola Kontseilua (2012) Informe sobre la educación en Euskadi 2008-2010.

hijas y los hijos o incluso los/as nietos/as de la antigua clase obrera utilizan e inventan referencias e iconografías obreras en sus fiestas y reivindicaciones, creando personajes, aludiendo a las luchas pasadas y a los recuerdos míticos de esas luchas. Incluso desde el marco institucional se organizan recorridos y exposiciones que enaltecen su pasado industrial. Gobernada históricamente por fuerzas denominadas de izquierdas²⁸, Errenteria sigue siendo para el pueblo vasco una ciudad de obreros/as.

Situada a poco más de 10 km de la frontera con el Estado Francés, Errenteria es hoy una ciudad de servicios echada a menos que, con sus aproximadamente 40.000 habitantes, sigue siendo la tercera ciudad más grande de Gipuzkoa. A pesar de que su población²⁹ venía retrayéndose desde la crisis de los ochenta, la llegada de nuevos/as vecinos/as transnacionales, en especial jóvenes de América Latina y del Magreb llegados en el pequeño periodo de expansión a principios del 2000 como mano de obra barata, ha logrado mantener y crecer la población.

Dejando atrás Pasaia, a primera vista destacan las grandes torres de Capuchinos en la ladera que dan la bienvenida a la ciudad. Desde ahí, bien pasando por el pequeño túnel para Iztieta o yendo colina arriba hacia Beraun, sorprenden los bloques de apartamentos construidos a partir de los cincuenta y sesenta que se atropellan uno encima del otro, muestra de una urbanización rápida y descontrolada. Por el otro extremo de la ciudad, se aglutinan los grandes centros comerciales y algunos polígonos industriales. Llama la atención la arquitectura brutalista de alguna iglesia y escuela, y también las dos vías de tren que atraviesan la ciudad. Una de ellas agarra altura al llegar al centro, pasando a pocos metros de las ventanas de las casas y dejando las calles de la ciudad a unos escasos metros por debajo. De hecho, esto era motivo de risa con mis interlocutores/as, ya que cada vez que estábamos en el Bar Sindicato y pasaba el tren yo me desconcentraba de la conversación y miraba hacia arriba y decía, “es que es igual que Berlín”. Ellos comenzaban a reírse, extrañados.

Sobre todo, en esta ciudad llama la atención un zumbido ligero pero constante en el ambiente, que uno no sabe bien a qué atribuir hasta que llega al centro de la ciudad, y le sorprende ahí una enorme fábrica, la papelera, en pleno rendimiento, con sus chimeneas llenando de vapor blanco el cielo, mientras sus vecinos/as, enfrente de ella aparecen impasibles, tomando café o jugando con los niños en la alameda. “Mira, esto era una rotonda” me dijo Martín una vez, trinchándose de risa mientras señalaba un florero gigante en la alameda que yo pensaba no era más que ornamento urbano, para después indicarme

²⁸ De 1979-1983 gobernó la fuerza independentista vasca HB para después pasar a 28 años de PSE (1983-2011), y de nuevo a la izquierda independentista con EH Bildu y el apoyo de Irabaziz (impulsada por Podemos, Ezker Anitza, Equo, entre otros).

²⁹ Véase la gráfica de la evolución de la población (figura 4) en los anexos.

que la carretera a un lado de las terrazas era antes la nacional que unía el Estado francés con el español.

Errenteria es una ciudad muy conectada con la capital gracias al tren, pero también a las varias líneas de transporte público que la sitúan en no más de 20 minutos con el centro de Donostia. De hecho, muchos acuden a la capital a trabajar, estudiar o en busca de ocio, aunque mientras viví ahí también conocí a varios que no recordaban cuándo fue la última vez que pisaron Donostia.

Unas pocas chimeneas de ladrillo rojo construidas para honrar la memoria industrial se reparten por la ciudad, y recuerdan al visitante que aquello junto a su vecina ciudad portuaria Pasaia fue una vez uno de los principales y más tempranos focos industriales del País Vasco y del Estado Español. Algunas pocas naves se han reconvertido en centros culturales y creativos, aunque el grueso de ellas fuera derruido años atrás. Poco queda de aquella dinámica ciudad industrial. Hoy el grueso del empleo industrial se concentra en pequeñas y medianas empresas siderometalúrgicas de tecnología media baja que se encuentran en su mayoría en los polígonos a las afueras de la ciudad. Aunque todavía el empleo industrial tiene su peso en la ciudad (21.8% del VAB³⁰ en 2017), Errenteria es hoy una ciudad de servicios, con una estructura empresarial concentrada principalmente en el comercio, el transporte, la hostelería y la construcción³¹.

La última antigua gran fábrica de la ciudad, la papelera, seguía viva cuando llegué a Errenteria, aunque la gente se preguntaba recurrentemente cuándo se detendrían los motores. Así lo hacía también Xabier, un antiguo operario de la fábrica, de 33 años, perteneciente a una familia unida a la papelera desde hace dos generaciones. Xabier conocía desde niño al anterior gerente de la papelera, llegando a considerarlo alguien más de la familia. Ahora, sin embargo, observaba la deriva de la fábrica con preocupación. Para él y muchos otros/as vecinos/as, desde que las grandes multinacionales europeas se hicieron con las fábricas que sobrevivieron a la reestructuración industrial, el vínculo de responsabilidad entre dueños de las fábricas y trabajadores se había roto. La sustitución del capitalismo industrial por el capitalismo financiero, donde las ganancias se vuelven cada vez más ajenas a la producción se vuelve la última vuelta de tuerca que sortear ahora. De esta manera, es recurrente que los y las vecinas de Errenteria se pregunten por el futuro de la última gran fábrica. Y es que, después de que un fondo buitre norteamericano se hiciera con ella hace unos pocos años en contexto de crisis, los peores presagios parecían que se harían realidad. Así de contundente fue Xabier un día, que mientras estábamos en la barra del bar Arkaitza mirando hacia la papelera me dijo: “Estos fondos cogen las fábricas, las

³⁰ Valor Agregado Bruto

³¹ Véase la tabla de estructura empresarial 1996-2016 (figura 5) y la tabla de población ocupada por sector (figura 6) en anexos.

arreglan, les ponen el lacito y las venden. ¿Quién te dice que aquí no querrán hacer casas? Ahora es impensable, pero puede volver a pasar, ¡vamos!, ¡mira dónde está la fábrica!”.

En lo que sigue de este capítulo, voy a hacer una aproximación histórica a las grandes transformaciones que ha atravesado esta ciudad para pasar de ser uno de los primeros focos industriales vascos hasta convertirse en lo que es hoy, una ciudad terciarizada y de empleos precarios del extrarradio de Donostia.

2. De “la pequeña Manchester” al “milagro español”

Errenteria, junto al puerto de Pasaia, es uno de los primeros focos industriales del País Vasco y el Estado Español (Barcenilla, 1999: 38-39). Su temprana industrialización comenzó a mediados del XIX unido a las primeras fábricas modernas de lino, aunque ya para entonces existía una pequeña industria minera y naval con ferrerías y una fantería dedicadas al trabajo del hierro. Gracias a este incipiente tejido industrial, junto con la abundancia de agua, el transporte marítimo existente en el puerto de Pasaia y la presencia del ferrocarril, entre otros, dos décadas después Errenteria ya contaba con una actividad industrial diversificada que abarcaba tanto el metal, el papel, el textil y la alimentación³². Como es característico de la industria gipuzkoana, las grandes fábricas de Errenteria estaban impulsadas por capitales de carácter familiar o colectivo, siendo escaso el papel del sector financiero y societario –en contraste con Bizkaia o Cataluña– (Catalán Martínez y Mugartegi, 2014: 1; Catalán, 1991). Además, el capital procedía del entorno social gipuzkoano y en segundo lugar por capitales franceses, belgas y madrileños –aunque en este último caso generalmente eran gipuzkoanos afincados en Madrid–, lo que determinó el predominio de la pequeña y la mediana empresa (Catalán Martínez y Mugartegi, 2017: 58-61, 66; Barcenilla, 1999). Alrededor de estas fábricas también brotaron un sinnúmero de talleres y pequeñas industrias, comercios de base y un sinnúmero de actividades informales, sumergidas y reproductivas (Fernández Pérez y Ma-

³² De esta época son las grandes fábricas modernas de lino, como La Sociedad de Tejidos de Lino (1845) también conocida en la población como “La Fábrica Grande” o “Fabrika Handia”, Salvador Echeverría y Cia. (1855) más conocida como “Pekin”, Sorondo Primos (1857) y Gamon Hermanos (1858). También la Real Compañía Asturiana (1859) de fundición de plomo o la Fábrica Saturio y Timoteo Arizmendi (1858) de curtidos. Pocos años después llegaron La Ibérica (1886), más conocida como Olibet, de fabricación de galletas, Albayalde (1894) de pinturas, la papelera Vasco-Belga (1890), la tapicería Fabril Ibero Belga (1892), la destilería La Margarita (1892), Euskaria (1897) de fabricación de sidra, la fabricación de lana de Fabril Lanera (1899), Manufacturas del Yute (1901) de tejidos, Mármoles de San Marcos (1902), la fundición Construcciones Mecánicas Ramón Illarramendi (1902), la destilería Henry Garnier (1903), el Molino (1903) de harinas o la Papelera Española (1912). Poco después llegaron las empresas electrotécnicas como Niessen (1914) y Euzkaria (1924), como la famosa Esmaltería Gipuzcoana (1925). Todas ellas eran fábricas grandes, con arquitecturas imponentes, con un uso intensivo de mano de obra, con gran participación femenina (Barcenilla, 2004:16-19; Fernández y Maceira 2015:25-35; Catalan y Mugartegi 2017).

ceira, 2015: 14). Errenteria se convirtió en una ciudad industrial llena de chimeneas rojas, talleres, tiendas y fábricas que daban paso a calles y casas bajo un cielo gris, tanto que, a principios del siglo XX, la prensa de la época lo apodó como la Pequeña Manchester³³ (Barcenilla, 1999). De esta forma, y siempre junto a Pasaia, que destacaba por sus astilleros y sus fundiciones, así como por tener la primera refinería de petróleo del Estado (Unsain, 2008), Errenteria se convirtió en uno de los núcleos industriales más destacados del País Vasco y el Estado Español. De hecho, en el primer tercio del siglo XX, la industria de Gipuzkoa ocupaba el cuarto lugar en el ranking español según los capitales invertidos, solo por detrás de Madrid, Barcelona y Bilbao (Catalán Martínez y Mugartegi, 2014: 1).

Sin embargo, este precoz desarrollo industrial fue frenado con la Guerra Civil Española y por la dictadura que le siguió. Las políticas basadas en la represión política, la intervención estatal, la autarquía económica, “el cierre” del mercado laboral a las mujeres, y el sindicalismo vertical del primer franquismo supusieron varias rupturas con el anterior modelo de desarrollo industrial. Debido al modelo económico escogido por los vencedores, el crecimiento económico fue mucho más lento que en el resto de los Estados europeos (Catalán, 1991: 102). En primer lugar, la persecución de la dictadura a los sujetos sospechosos de tener o haber tenido algún tipo de posición disidente, junto a la huida, el exilio y directamente el fusilamiento, generaron una pérdida de población activa importante (Palomera, 2015: 11). En segundo lugar, el intento de “cerrar” el mercado laboral a las mujeres, cuya vocación principal se definió como trabajo doméstico, también modificó las dinámicas de trabajo anteriores³⁴. De todos modos, muchas mujeres continuaron trabajando, y de hecho existieron sectores donde se permitió hacer excepciones debido a la abrumadora presencia de estas, que no era factible sustituirla con mano de obra masculina (Ruiz Loza y Tranche, 2011: 145). De este modo, se calcula que, en Errenteria, al finalizar los años 40, casi la cuarta parte de los trabajadores, incluyendo todos los sectores, eran mujeres (Fernández Pérez y Maceira, 2015: 67).

³³ El uso del apodo la “Pequeña Manchester” es utilizado en la actualidad para alabar la particularidad y el pasado industrial de la ciudad. En realidad, la referencia a Manchester ha sido un recurso bastante utilizado para referirse a ciudades que tuvieron un desarrollo industrial importante. Por ejemplo, Poblenuou en Barcelona también fue llamado el “Manchester Catalán” a principios del siglo XX.

³⁴ El primer franquismo puso en marcha una serie de ordenanzas laborales que concordaban con el ideal nacionalcatólico de la familia tradicional, en el que al hombre se le otorga la responsabilidad de proveer a la familia mientras que la mujer tiene el deber de asegurar el bienestar de la casa, configurándose como *ama de casa* (Arbaiza, 2016: 43). De esta forma, el franquismo elaboró también un sistema de ordenanzas laborales que desincentivaron el trabajo femenino e incentivaron la normal social de la “buena madre y esposa”, como por ejemplo, el “dote de nupcialidad” que consistía en una especie de gratificación que se les otorgaba a las mujeres que abandonaban su puesto de trabajo al casarse, la “prohibición de contratar a mujeres casadas” o la necesidad de contar con el permiso del marido, la “prohibición de profesiones” entre otros (Roca i Girona, 1996: 91; Ortiz, 2014: 11).

En tercer lugar, el régimen supuso una toma de control de las empresas que generó una ruptura con buena parte de la tradición patronal y gestión industrial anterior (Martínez-Alier y Roca Jusmet, 1988: 10; López y Rodríguez, 2010: 136). Y es que, aunque el régimen franquista fue desde sus orígenes un instrumento de las clases propietarias que buscaba revertir la tendencia redistributiva de la Segunda República, pronto demostró su carácter militarista y revanchista, tanto poniendo dificultades a los empresarios que fueron fieles a la República como por la manera militarizada y autoritaria en la que el franquismo gestionó la industria –en base a la creación del Instituto Nacional de Industria (INI)³⁵ y la nacionalización de unas industrias que consideró de interés nacional–.

Además, las políticas autárquicas (fuertes barreras arancelarias, limitación de inversiones extranjeras etc.), orientadas a lograr la autosuficiencia económica frente al mercado internacional, supusieron un gran batacazo para una industria vasca y española profundamente dependiente del suministro de energía, materia prima, bienes e inversiones exteriores (Catalán, 1995 citado en Palomera, 2015:11). Por último, cabría mencionar la falta de libertad sindical y la derogación de los convenios laborales que implantó la dictadura y que frenaron que la demanda interna funcionara como un mecanismo de crecimiento tal como lo hacía en otros Estados Europeos³⁶.

La industria gipuzkoana pasó por grandes apuros como consecuencia de estas políticas del primer franquismo. Según el historiador Miguel Ángel Barcenilla (2002: 141-142), los problemas más urgentes eran las dificultades de abastecimiento de materia prima y maquinaria y la falta de demanda de bienes de consumo –a la cual se dedicaba una parte importante de la industria de Gipuzkoa–. Según éste, la falta de influencias y tratos a favor de una gran parte de la industria gipuzkoana con el régimen también dificultó el despegue industrial. Además, no hay que olvidar, que las ciudades obreras como Errenteria fueron especialmente reprimidas por el régimen y mucha gente había huido de la ciudad (Fer-

³⁵ El INI, creado en 1941, era un gran holding de empresas públicas (también no industriales) orientado a la provisión de los recursos productivos que requerían las políticas autárquicas (productos energéticos, materias primas, maquinaria importada). Si bien, desde un principio mostró una clara especialización e interés en la industria siderúrgica, la energía eléctrica, los derivados y refinado de petróleo, además de algunos sectores considerados de prestigio como el automóvil y la aviación y que también servían para cuestiones militares. En la justificación de su creación cabe distinguir al menos cuatro presupuestos esenciales: 1) la necesidad de un impulso industrializador que despegase la economía española; 2) el texto fundacional del INI destaca la incapacidad del sector privado para emprender y liderar el resurgimiento de la economía nacional; 3) relaciona la industrialización con la defensa nacional, y 4) la necesidad de financiar a largo plazo las inversiones que exigían los programas de industrialización (Aceña y Comín, 1989: 107).

³⁶ Con el franquismo los sueldos pasaron a ser fijados por el gobierno. Cuando la brecha con los precios empezó a ser cada vez más aguda, generó un encogimiento de la capacidad de consumo de los hogares y por consiguiente de la demanda. Se calcula que entre 1939 y 1950 los salarios reales se redujeron a la mitad (Carreras & Tafunell, 2010 citado en Palomera, 2015:9).

nández Pérez y Maceira, 2015: 64). Y, sin embargo, a pesar de todos estos problemas que dificultaron y retardaron la recuperación económica, también hay que tener en cuenta que muchos industriales vascos y españoles dedicados a productos de consumo hicieron también su agosto particular con el estraperlo, y con independencia de su afiliación política se aprovecharon del desabastecimiento que generaron los mecanismos de racionamiento (Iza-Goñola, 2011; Catalán, 1991: 105).

Hay que esperar a los años 50 para empezar a ver una ligera mejoría, marcada por el fin del aislamiento internacional y la aceptación del franquismo en los principales organismos internacionales que dieron paso a una incipiente integración en la economía internacional (López y Rodríguez, 2010: 138). Aunque los sentimientos autárquicos eran fuertes todavía, la dependencia con el exterior forzó al régimen a aceptar cierto grado de liberalización del comercio y de inversión extranjera a principios de los cincuenta (Palomera, 2015: 13). De esta forma, en 1951 la dictadura optó por un modelo industrial de sustitución de importaciones con el objetivo de crear un capitalismo nacional basado en una fuerte industria nacional, combinando a grandes rasgos barreras de entrada a los productos básicos extranjeros mientras flexibilizaba algo las importaciones de bienes de capital, además de la intervención directa del Estado en la producción de bienes básicos y un control estricto de los tipos de cambio.

Así fue cómo la industria española pudo acceder tanto a la energía necesaria para el impulso industrial como a la tecnología que le permitiría incrementar los índices de producción (López y Rodríguez, 2010: 138). Como resultado, la industria española absorbió prácticamente la totalidad de la demanda interna de bienes de consumo y la gran mayoría de los intermedios. Además, la recuperación económica española se apoyó en el auge económico europeo de principios de los años cincuenta. Esto, junto a la devaluación encubierta de la peseta (1948-1951), impulsó las exportaciones españolas, lo que dio al Estado, y en concreto al INI, suficientes divisas para financiar la expansión productiva del capitalismo nacional (Palomera, 2015: 14).

Gipuzkoa fue uno de los territorios que más se benefició de este modelo industrial y en los cincuenta empezó, aunque lentamente, a recuperar los niveles de producción de antes de la guerra (Barcenilla, 2002: 144). Por un lado, el Instituto Nacional de Industria impulsó la apertura de nuevas fábricas siderúrgicas e incrementó la producción de la construcción naval. Ambas tuvieron una especial incidencia tanto en Pasaia como en Errenteria. De hecho, Errenteria, que años atrás destacaba por su industria diversificada, empezó a enfocarse cada vez más en la siderometalurgia y en los años cincuenta la gran empresa Victorio Luzuriaga abrió una planta en Errenteria (Lacunza, 2012: 3). Por otro lado, debido a que Gipuzkoa ya contaba con obreros cualificados en el sector del metal, y aprovechándose de que con la nueva política podían importar con mayor facilidad má-

quinas, empezó el desarrollo en la provincia de una industria de máquina herramienta liderando este sector a nivel estatal (Barcenilla, 2002: 144).

Sin embargo, la recuperación económica que permitió este modelo industrial a lo largo de esta década pronto encontró sus límites internos (inflación) y externos (déficit de la balanza comercial) (Catalán, 1991: 103). Cuando la inflación llegó a los hogares con el aumento de tarifas aquello estalló en forma de revuelta, lo que llevó al régimen a aumentar los salarios, aunque la enorme inflación no permitió todavía que el consumo interno se disparara. Mientras, el déficit del equilibrio entre importaciones y exportaciones iba siendo cada vez más insostenible, debido a que a medida que la producción aumentaba más dependencia de tecnología del exterior existía. De este modo el Estado franquista se acercó gradualmente a un estado de insolvencia en materia de pagos exteriores, agotando sus reservas de divisas (Palomera, 2015: 17).

La respuesta, aunque desgana, de la dictadura fue el Plan de Estabilización de 1959, por el cual, siguiendo las directrices del FMI, el Banco Mundial o la OEEC (antigua OCDE) consistió en adoptar unas medidas a largo plazo de liberalización y desregularización, a cambio de recibir el apoyo y los fondos de estas organizaciones. Y es que hay que recordar que estos problemas estructurales del estado franquista coincidieron con un contexto histórico en el que se estaba impulsando el mercado común europeo, con la creación en 1957 de la Comunidad Económica Europea (CEE). A corto plazo el plan incluía unas medidas monetarias, crediticias y fiscales restrictivas para reducir temporalmente la demanda interna, y así volver a reequilibrar la balanza comercial. La medicina casi mata al muerto, y la renta disponible de los hogares se resintió todavía más, aumentándose los flujos de migración hacia el extranjero (Palomera, 2015: 17). Sin embargo, el choque fue corto y a principios del año 60 comenzó una tasa de crecimiento sin precedentes, dando inicio al periodo conocido como el “milagro económico español”.

Dos factores incidieron positivamente en este crecimiento. Por un lado, la mayor apertura del comercio, combinado con cierto proteccionismo, dio a la industria española y vasca una ventaja competitiva –sobre todo a la industria de consumo duraderos y a los productos intermedios más elaborados como la siderurgia y la construcción naval-. El Estado franquista dejó de controlar directamente lo que se importaba y dejó a las empresas decidir qué y cuánto traían del exterior, mientras lo regulaba mediante aranceles y otros impuestos. El tipo de tarifa que impuso a la importación fue muy proteccionista, por lo que la industria española ganó ventaja al poder producir en el mercado interior a precios mucho más altos que los de los internacionales. Más tarde, El Acuerdo Preferencial de los 70 entre el Estado Español y la CEE ratificó esta ventaja del primero, al reducir los aranceles comunitarios más que los españoles. La industria española y vasca aprovecharon esta ventaja competitiva aumentando las exportaciones a Europa, mientras importaban bienes que impulsaron su

productividad interna (Montes, 1991: 245). Por otro lado, la liberalización financiera permitió a las empresas extranjeras tener libertad de inversión en las industrias nacionales, lo que posibilitó aumentar la productividad de las industrias locales (López y Rodríguez, 2010: 138-139). Además, el Plan de Estabilización se compaginó con una serie de medidas como beneficios fiscales, subvenciones o canales de financiación privilegiados, especialmente en sectores como la siderurgia y la construcción naval, entre otros (Catalán, 1991: 105).

De esta forma, el Plan de Estabilización inauguró una nueva era en la economía del Estado español, iniciando un periodo conocido como “el desarrollismo”, que abarcaría un lapso de 1959 hasta 1975 aproximadamente, y en el que se dio un boom industrial sin precedentes, particularmente significativo en la fabricación de bienes duraderos, como automóviles y electrodomésticos, que se vendían principalmente en el mercado estatal. Con todo ello, en el centro del milagro económico se estableció con fuerza la industria siderometalúrgica, convirtiéndose en una industria estratégica que podía beneficiarse de las economías de escala y de la modernización fordista, lo que hizo que se convirtiera en la principal industria estatal (Palomera, 2015: 20).³⁷

Las industrias de Gipuzkoa, y en concreto las de Errenteria y Pasaia, que ya tenían una tradición siderometalúrgica muy importante, fueron una de las grandes favorecidas del Plan de Estabilización y con ello estas ciudades entraron en un boom industrial frenético. Todas estas medidas no solo auparon la industria existente en estos municipios, sino que además orientaron todavía más su tejido industrial hacia el sector siderometalúrgico. De esta forma, a partir de los años 60 se crearon muchas fábricas y talleres siderometalúrgicos en la ciudad (Barcenilla, 2004: 36).

Por todo ello, Errenteria se convirtió en uno de los símbolos del milagro español, y con ello en el horizonte de miles de personas, mayormente de zonas rurales tanto vascas como del sur del Estado español –especialmente Extremadura, Castilla y León, Galicia y Andalucía– (Fernández Pérez y Maceira, 2015: 78), en busca de una vida mejor. La ciudad que ya venía creciendo desde los cincuenta (12.784 habitantes) pasó de tener casi 19.000 habitantes en la década de los sesenta, a traspasar los 46.000 a mediados de los setenta (Picavea, 1988: 11-12). De hecho, el crecimiento demográfico de la ciudad fue tal que se estima que fue la ciudad gipuzkoana que más creció entre la década de los 60 y 70 (Fernández Pérez y Maceira, 2015: 73). Ante tal crecimiento, y aunque los planes urbanísticos se aceleraron, aumentaron los problemas preexistentes de subarriendo o pupilaje, y en consecuencia de hacinamiento.

El pleno empleo fue una realidad en la ciudad. Las grandes fábricas al no tener un desarrollo tecnológico demasiado avanzado necesitaban gran cantidad de mano de obra,

³⁷ De hecho, parte de su fuerza radica en que abastece a muchas industrias (demanda intersectorial), como, por ejemplo, el automóvil, electrodomésticos, la máquina herramienta etc.

de esta forma apenas pedían cualificación ni experiencia previa. Una vez dentro de la fábrica los hombres tenían posibilidad de formarse, y con ello iban ascendiendo de rango con los años. Además, las grandes oportunidades de obtener ingresos en el mercado laboral debido al contexto de crecimiento económico dieron a la gente una percepción y experiencia de seguridad laboral, independientemente de que tuvieran o no un contrato fijo, también fuera de la industria.

De manera similar a otros países industrializados con un modelo fordista, uno de los factores que explican el crecimiento constante de la productividad está en la incorporación de maquinaria y capital fijo, la maximización de las ventajas de las economías de escala y la subdivisión del trabajo complejo en trabajo simple (taylorismo) en la cadena de montaje (López y Rodríguez, 2010: 140). Ahora bien, todo ello coexistió con formas de trabajo sumergido y rudimentario, sobre todo para las mujeres, que llevaban a la extensión de la fábrica a casa (Fernández Pérez y Maceira, 2015: 108).

El desarrollo industrial llevó a un crecimiento acelerado también del comercio y de los trabajos de servicios. Se generaron nuevas necesidades de maestras, lavanderas, barberos, transportistas, limpiadoras o cuidadoras entre otras, al mismo tiempo que se abrían pequeños comercios de ultramarinos, ferreterías, restaurantes, bares, peluquerías o zapaterías. De este modo en 1975 mientras que el 60,11% de la población ocupada trabajaba en la industria, el sector terciario aglutinaba alrededor del 38,39% y el primario el 1,50% (Picavea 1988: 23).

De hecho, el crecimiento del consumo junto la transformación de los hábitos de consumo también fue uno de los factores clave detrás del crecimiento de aquellos años, aunque este factor desempeñó un papel mucho menor que en otros Estados europeos regidos por modelos Fordistas-Keynesianos debido a que el franquismo, mediante una regulación represiva mantuvo los salarios muy por debajo de los topes salariales potenciales (López y Rodríguez, 2010: 142)³⁸. Especialmente a partir de los sesenta se comenzó a gastar más en ámbitos relacionados con el ocio, la salud, la vivienda, el hogar y el transporte lo que explica en parte el desarrollo de las economías de escala.

La expansión del consumo de masas y lo que se ha venido a llamar la “norma de consumo obrero” (Aglietta, 1991) –vivienda, automóvil, electrodomésticos y equipamientos del hogar– tomarían más importancia en la vida de las clases obreras y estarían detrás de este crecimiento sin precedentes³⁹. Y cómo no, la vorágine constructiva en las

³⁸ El franquismo limitó el papel del consumo como factor clave en el crecimiento sostenible, a la inversa de lo que sucedía en los principales Estados industrializados europeos. Recordemos que el modelo Fordista-Keynesiano articula salarios/productividad y consumo, entendiendo que la expansión de la masa salarial actúa como la principal variable en la formación de la demanda agregada, lo que en última instancia garantiza el crecimiento económico.

³⁹ De hecho, la importancia tardía del consumo como factor clave de crecimiento se nota en la propia estruc-

ciudades del “milagro español” como Erreterria, también aceleró el crecimiento y alimentó la industria siderometalúrgica, clave en la ciudad. En pocos años se construyeron la inmensa mayoría de barrios de la ciudad. A la construcción de Alaberga, en 1950, se le sumó la edificación de las barriadas de Iztieta y Galtzaraborda, proyectando construir en cada una de ellas mil viviendas. Después hicieron Gabierrota, Agustinas y Morrongilleta. En estas nuevas barriadas comenzaron con un tipo de edificación más alto para acoger a más gente, tendencia que se agudizó en los siguientes años. A principios de los setenta se construyó Pontika, parte de Olibet, Beraun y Capuchinos. Incluso empresas como la papelera o Niessen comenzaron a construir sus propias viviendas para sus trabajadores. Las nuevas urbanizaciones aglomeraban casas, talleres, almacenes y fábricas, sin apenas aceras y servicios, por lo que empezaron a surgir las primeras asociaciones de vecinos que buscaban mejorar las condiciones de vida de los barrios (Barcenilla, 2004: 36).

A pesar de las esperanzas de una vida mejor puestas en el trabajo industrial, el malestar social creció en los barrios relacionado con una economía de bajos salarios, la falta de derechos políticos, libertad sindical y la insuficiencia de un sistema de provisión social adecuado, propia de un estado moderno⁴⁰. Desde los años cincuenta, cada vez más vecinos/as venían organizándose en la clandestinidad y cada vez conseguían ejercer más presión popular.

El régimen comenzó a percibir al movimiento obrero como una amenaza cada vez más real, y valiéndose del contexto de crecimiento respondió mostrando su cara más paternalista, desarrollando unilateralmente una legislación para garantizar la seguridad y estabilidad laboral con tal de calmar el descontento social creciente y justificar los salarios bajos. Estas legislaciones se aplicaron a los obreros industriales de los sectores estratégicos como la siderurgia o la construcción naval y contemplaba altos costes de despido o la prohibición legal hacia los empleadores para despedir por motivos económicos

tura industrial española, que se especializó en líneas de producción de bienes intermedios (siderometalurgia, construcción naval, cemento, petroquímica) y no fue hasta más tarde que se empezaron a desarrollar sus industrias de consumo (López y Rodríguez, 2010: 143).

⁴⁰ Existen debates en torno a la fecha concreta en la que se puede datar el inicio del Estado de Bienestar en el Estado Español como en otros estados marcados por regímenes dictatoriales. A grandes rasgos la gran mayoría determina su origen al fin de la dictadura, al considerar que la democracia es una condición *sine qua non* de este modelo de Estado. En ese sentido, destacan que, en todo caso, en el periodo franquista se puede hablar de un modelo asistencial con un marcado paternalismo católico inspirado en principios “corporativistas despóticos” (Moreno y Sarasa, 1992: 9-16). Además del desarrollo raquíutico e insuficiente de los programas sociales, Luis Moreno y Sebastià Sarasa (1992: 18-19) apuntan a que fue un modelo asistencial clientelista y subsidiaria en parte de la iniciativa privada y de la familia, la cual estuvo más preocupado por “incentivar” la disciplina laboral de los trabajadores que en buscar la equidad dentro del sistema productivo. Señalan también que el sistema asistencial se configuró como un instrumento de ahorro forzoso para los trabajadores, coadyuvante en el proceso de acumulación violenta de capital. Por último, más allá de su carácter conservador, destacan lo despótico del modelo, donde la represión fue el medio más profusamente utilizado por las élites dirigentes para el cumplimiento de sus fines estratégicos.

sin permiso del gobierno, al tiempo que aseguraba indemnizaciones en caso de que el despido se produjera. Además, estos trabajadores tenían la certeza de ser parte de sectores estratégicos, por lo que los llevó a la percepción de una protección laboral mayor. De este modo, durante esta época, las grandes fábricas de Errenteria empezaron a generalizar los puestos de trabajo fijo en los puestos industriales (Fernández Pérez y Maceira, 2015: 74). Son muchos los que interpretan esta seguridad laboral como una compensación del régimen por el cual pretendía aliviar o aplacar un malestar social que se percibía como una amenaza directa al sistema político (Brassloff, 1994: 20; Polavieja, 2003: 65-68; Dolado y Jimeno, 1997: 4; Moreno y Sarasa, 1992: 16-19).

Sin embargo, el descontento social no se calmó con estas medidas, ni tampoco con las otras medidas paternalistas, como economatos, casas subvencionadas etc.⁴¹ Por esto y por la propia modernización impuesta por el crecimiento industrial, el franquismo se vio forzado a intentar establecer un marco de negociación salarial, que, aunque lejanamente, funcionase de modo similar que otros Estados industrializados. Tal así que Ley de Convenios Colectivos de 1958 y las elecciones sindicales trataron de vincular los aumentos salariales a las tasas de productividad, aunque el Estado franquista siguió manteniendo los salarios muy por debajo de su potencial máximo durante los sesenta (López y Rodríguez, 2010: 142).

No fue hasta la década de los setenta, con la radicalización de la clase obrera, que se consiguió romper el marco de negociación existente y hacer que los frutos del llamado milagro económico se compartieran, haciendo que los salarios aumentaran a sus máximos históricos. La base de esta radicalización del movimiento obrero venía de atrás. Se dice que la gran represión contra los movimientos huelguísticos aumentó la solidaridad entre los trabajadores/as. Además, el incremento de los ritmos de trabajo y las nuevas formas de organización del trabajo implantadas llevaron a la conciencia de la sobreexplotación, por lo que los obreros/as, con el apoyo creciente de las parroquias, se envalentonaron para que el aumento de los salarios fuera una realidad. Errenteria se convirtió en uno de los epicentros de movilización obrera del País Vasco, con huelgas frecuentes durante toda la década de los setenta, que traspasaban sectores económicos (Fernández Pérez y Maceira, 2015: 76). De esta forma, a principios de esta década los niveles salariales comenzaron a crecer a un ritmo más rápido que la tasa de productividad, en concreto, los salarios crecieron hasta un 20% del producto social, un nivel que nunca se había alcanzado y que nunca se volvería a alcanzar (López y Rodríguez, 2010: 148-149; Palomera, 2015: 26).

⁴¹ La obligación de crear economatos a las empresas que tenían más de 1000 empleados, por el cual se ofrecían productos a un precio inferior que el precio del mercado para los obreros/as, también puede entenderse como una “compensación” o una estrategia para no subir el salario a los trabajadores/as. En Errenteria se sabe que La Papelera, la Fundación Luzuriaga y Renfe, por lo menos, tenían sus propios economatos (Fernández Pérez y Maceira, 2015: 77).

Calculan que de 1969 a 1978 el salario real se cuadruplicó (Nieto, 2007: 78), el milagro español había llegado de una vez a los hogares obreros.

3. Agotamiento del modelo de acumulación fordista y la transición hacia el neoliberalismo

A partir de la elevación de los precios del petróleo en 1973, empezó a ser evidente el agotamiento del patrón de acumulación del crecimiento de la posguerra (Etxezarreta, 1991: 33; López y Rodríguez, 2010: 148). Más allá de las crisis del petróleo, los factores del agotamiento del modelo de acumulación Keynesiano Fordistas son muchos, entre los que destacan el fin del acuerdo de Bretton Woods, el aumento de la competencia en el sistema mundial con la aparición de nuevos actores, y el problema del exceso de capacidad industrial o la caída de las tasas de beneficio (Palomera, 2015: 25). Se inauguró así la etapa fundacional que más tarde sería conocida con el término capitalismo neoliberal (Harvey, 2007) o globalización financiera.

Aunque en un principio se confió en que los desequilibrios del modelo de acumulación serían transitorios, unos años después, con la segunda crisis del petróleo de 1979, quedó claro que el deterioro del modelo de acumulación necesitaba de reformas profundas para poder recuperarse (Etxezarreta, 1991: 33). Los Estados industrializados dieron prioridad a la lucha contra la inflación y el endurecimiento de la política económica estableciendo programas de ajuste de carácter neoliberal. Según explica la economista Miren Etxezarreta (1991: 33-34), fueron cuatro las transformaciones estructurales más importantes. En primer lugar, la reestructuración racionalizadora de capitales y de los aparatos productivos potenciando su concentración y el saneamiento industrial, así como una apuesta por el desarrollo de nuevas tecnologías y su control. En segundo lugar, la intensificación de la internacionalización de las economías. La tercera medida se refiere a la disminución de salarios, volviendo a explicaciones de la naturaleza clásica del paro en el que se entiende que éste es el resultado de los altos salarios, a diferencia de la perspectiva keynesiana que entiende el paro como resultado de la insuficiencia de la demanda efectiva. Y en cuarto lugar, la transformación de los mercados de trabajo por medio de la flexibilización y la precarización.

Todas estas reestructuraciones no sólo transformaron los ámbitos de acumulación internos de cada Estado, sino también las relaciones o los elementos más significativos de la ventaja competitiva entre los Estados, así como la reestructuración del capital a nivel internacional (Etxezarreta, 1991: 35). Las reestructuraciones fueron tan fuertes que generó una recesión mundial, lo que obligó a los gobiernos industrializados a estimular una cierta recuperación que en Europa empezó a notarse a mediados de los ochenta. Ahora bien, la

naturaleza de esta recuperación fue neoliberal, es decir, se basó en la desigualdad social creciente, la precarización del trabajo y la expansión del crédito (Etxezarreta, 1991), y con ello dio por terminado el Capitalismo de Bienestar Europeo de los 50, 60 y 70.

¿Qué sucedió en el Estado Español y en el País Vasco para que la crisis del modelo de acumulación de los 70 pegara tan duro? Los economistas apuntan a las anomalías y los problemas estructurales que ocultaba el milagro español, y que explican tanto su auge como su especial derrumbe (Catalán, 1991: 101-105; Albarracín, 1991: 318-322; López y Rodríguez, 2010: 141-144 y 148-150). Estos problemas estructurales eran diversos, de gran calado y la mayoría previos al agotamiento del modelo de acumulación, generados tanto por las políticas del primer franquismo como del tardofranquismo.

Entre estos problemas previos destacaban dos. Por un lado, la dependencia de la industria local de grandes cantidades de energía y tecnología extranjera resultó una dificultad importante. Por aquel entonces, la estructura industrial estaba altamente especializada en líneas de producción de productos intermedios manufacturados que requerían mucha mano de obra y hacían uso de tecnologías poco sofisticadas. De hecho, la incorporación de la tecnología que hizo el régimen siempre se limitó a la contratación de licencias de fabricación y patentes extranjeras (López y Rodríguez, 2010: 141; Catalán, 1991: 105-113; Albarracín, 1991: 321). Además, la raquíta base fiscal del estado que, en defensa de los intereses de clase capitalista, centró casi en exclusiva toda la presión en las clases trabajadoras, condicionó las posibilidades de desarrollo de una intervención pública, por ejemplo, en innovación y desarrollo (Catalán, 1991: 111; López y Rodríguez, 2010: 141). Por otro lado, estaba su estructura industrial dual y sobredimensionada. En efecto, en los setenta la industria vasca y española se caracterizaba por su dualismo, entre un grupo de grandes empresas situadas en los sectores estratégicos, penetrados por capital extranjero y que operaban en mercados oligopólicos que podían maximizar los rendimientos a escala, por un lado –aunque en un nivel más bajo que los países europeos industrializados–, y por el otro un amplio tejido de pequeñas y medianas empresa de escaso contenido tecnológico y escasa capitalización. Este tipo de tejido industrial sólo era viable en un mercado protegido y poco expuesto a la competencia internacional (López y Rodríguez, 2010: 142, Catalán, 1991: 105). Cuando estalló la crisis del 73 y se redujo la demanda tanto externa como interna, muchas de las pequeñas y medianas empresas entraron en quiebra al tiempo que aparecían crecientes dificultades entre las grandes. Estos últimos habían experimentado crecientes excesos de capacidad, debido a que poco antes de estallar la primera crisis del petróleo el régimen había sobredimensionado las ramas de sectores de bienes intermedios (siderurgia, construcción naval etc.) con fuertes inversiones y ampliaciones de factorías muy difíciles de sostener (López y Rodríguez, 2010: 150-151). Tengamos en cuenta que, para un Estado como el español, con una dotación de recursos

energéticos y materias primas escasas, haberse especializado en la siderometalurgia o la construcción naval, ramas que requieren gran cantidad de energía y materia prima, era en sí una apuesta un tanto arriesgada. Cuando elevaron los precios del petróleo, estos mercados experimentaron una fuerte disminución de la demanda y la industria local lo pagó caro (López y Rodríguez, 2010: 150)⁴². Por lo pronto la producción se estancó, e incluso se clasificó el momento como un episodio a gran escala de desinversión industrial (Etxezarreta, 1991: 44-45)⁴³.

De este modo, el Estado Español recibió desde una posición más débil el contexto de crisis de acumulación. Las primeras industrias en quebrar fueron las pequeñas y medianas empresas (Catalán, 1991: 113; López y Rodríguez, 2010: 151). En Erreterria, la industria textil fue de las primeras en verse en la cuerda floja: entre ellas, se detuvieron los telares de La Sociedad de Tejidos de Lino y La Fabril Lanera. Estas antiguas fábricas especializadas en sectores tradicionales y con poco valor añadido utilizaban una gran cantidad de mano de obra, además de tener grandes carencias tecnológicas. La combinación de presiones salariales para arriba (aunque fuera una industria que empleaba una gran cantidad de fuerza de trabajo femenina y por lo tanto con salarios más bajos) y gastos de energía cada vez mayores junto a los otros problemas ya explicados los llevó a su cierre definitivo.

Sumémosle a todo esto las complicaciones añadidas del contexto político, marcado por la fuerza creciente del movimiento obrero, la crisis terminal de la dictadura y el inicio del periodo de incertidumbre política llamada Transición Española (1973-1982, pero las fechas dependen de los criterios).

Uno de los síntomas más destacados de la crisis, asociado a la caída del PIB, fue el crecimiento de la inflación, que alcanzó su máximo en 1977 con un 24,7% (Palomera, 2015: 25). Esta no solo fue la consecuencia del aumento de los precios del petróleo sino de las enormes presiones por salarios más altos por parte de un movimiento obrero radicalizado, especialmente desde los años 1971-1972 (López y Rodríguez, 2010: 148). Ahora bien, cabe tener en cuenta que la reivindicación de los salarios hacia arriba no se puede

⁴² Por último, y unido a la gran dependencia que la industria local tenía con el extranjero, otro de los grandes problemas que atravesaba el Estado español antes de estallar la crisis era la cronicidad de su gran déficit comercial (Nieto, 2007: 71-78). Ni las exportaciones agrarias ni la especialización del Estado en bienes intermedios consiguieron compensar el deterioro de ésta. Tampoco la entrada, aunque limitada de capitales a partir de la relativa liberalización de 1959 o las remesas de españoles emigrantes eran suficientes para compensarlas, y solo la aparición de una poderosa economía turística permitió la atracción de divisas que necesitaba el Estado (López y Rodríguez, 2010: 144). Sin embargo, con la crisis del petróleo y el aumento de la inflación, los ingresos turísticos también se redujeron, lo que llevó a un creciente déficit externo que obligó al Estado a recurrir a cantidades cada vez mayores de deuda (la deuda externa se triplicó) (Palomera, 2015: 26).

⁴³ Al respecto señala Miren Etxezarreta (1991: 45) que más allá de las dificultades económicas que explican esta desinversión, cabe tener en cuenta también el fraude fiscal y la fuga de capitales de la época.

tomar como un factor exógeno, sino en relación, o como una respuesta, a la aceleración inflacionista de la época o la falta de un sistema de provisión social adecuado, entre otros (Catalán, 1991: 125; Martínez-Alier y Roca Jusmet, 1988: 22).

Con el crecimiento de los sueldos –en un marco laboral industrial caracterizado por la seguridad laboral– y la caída de la tasa de ganancia, la respuesta patronal además de la represión se basó en el aumento de los precios. Aquello llevó a una espiral viciosa de aumento de precios y salarios, lo que contribuyó todavía más a elevar los niveles de inflación (López y Rodríguez, 2010: 149). De este modo, la gran inflación se convirtió en uno de los mayores problemas económicos cuando murió Franco en 1975. La Transición española, carente de legitimidad para llevar a cabo una política económica fuerte se caracterizó en sus primeros años por no tomar medidas contundentes, aunque de la misma forma que la tensión política permitió avances salariales para los trabajadores, la no política del 1973-1977 permitió acumular ventajas a ciertas grandes empresas sobre todo de los sectores metalúrgicos y siderúrgicos (Etxezarreta, 1991: 37-38). Además, dentro de esta no política, el gobierno sólo se atrevió a inundar el mercado con dinero barato, lo que hizo que el consumo no se ralentizara y la inflación se disparara todavía más (Palomera, 2015: 26).

El contexto de crisis industrial fue aprovechado por los grandes capitales extranjeros para asentar nuevas formas de consumo y distribución. En 1977, la cadena francesa Mammoth abrió su primer hipermercado en el Estado español, justamente en la periferia de Errenteria, con el lema “Mammoth aplasta los precios”, un lema que marcó a toda una generación. Los residentes de Errenteria observaron atónitos la implantación de una tienda de esa magnitud en la ciudad. El hipermercado representó para la gente de Errenteria la modernización europea. Algunos se alegraron de la llegada de ese tipo de cadenas a la ciudad, mientras que los trabajadores y dueños de las tiendas pequeñas lo vieron como una amenaza.

Merece detenerse un momento en lo que representó el momento sociopolítico inestable e incierto de la Transición para el estado anímico e ideológico de las clases trabajadoras, así como de los partidos políticos y sindicatos. En la dictadura, parte de la izquierda y el movimiento obrero aspiraba a una transformación social radical. En el País Vasco la dictadura también avivó posiciones nacionalistas e independentistas, y el apoyo popular a ETA era considerable en aquel momento. Sin embargo, la transición tras la muerte de Franco supuso que una parte de la izquierda y la clase trabajadora apostara por soluciones más moderadas.

En gran parte, esta rebaja estaba relacionada con el miedo de las clases trabajadoras al poder intimidatorio que conservaba aún el franquismo desde las fuerzas policiales y el ejército, y más concretamente el miedo a un golpe militar (Martínez-Alier y Roca

Jusmet, 1988: 15). También hay que considerar lo que representaba en aquel momento la apertura al exterior –y en concreto lo que significaba Europa para los vascos y españoles, es decir, el acceso a la ansiada modernidad– y, sobre todo, los sentimientos que despertó la posibilidad real de la democracia, de la cual se esperaba que trajera libertad política, distribución económica más justa y derechos sociales (Narotzky, 2016b: 24; Etxezarreta, 1991: 41). Y, por último, tampoco se puede ignorar el interés de los partidos y sindicatos en afirmar su presencia como interlocutores sociales cuando se estaban definiendo las instituciones, así como el dominio cada vez mayor que ejercía la ciencia económica convencional en el pensamiento de la época, también en la de muchos dirigentes de la izquierda, en tanto que el análisis económico se presentaba cada vez más como una realidad técnica y racional fuera de ideologías (Etxezarreta, 1991: 41).

Todos estos factores fueron decisivos para que en los principales partidos de izquierdas –incluso el Partido Comunista que en la dictadura se caracterizó por su fuerte oposición al régimen– y sindicatos españoles se fuera arraigando la idea de que la transición requería de paz y estabilidad, lo que llevó a los sindicatos a lo que algunos llaman una “deriva neocorporativista”, haciendo suyo el lenguaje de concertación y del interés nacional por encima de los intereses de clase (Martínez-Alier y Roca Jusmet, 1988). Poco a poco, estos fueron abandonando términos como explotación y lucha de clases, a favor de un análisis en términos macroeconómicos convencionales –los cuales se presentaron como neutrales y técnicos– al tiempo que llevó a estas organizaciones a contentarse a su papel de simples interlocutoras sociales, y a contentarse al ejercicio de cierto control en las relaciones laborales (Martínez-Alier y Roca Jusmet, 1988; Etxezarreta, 1991; Aguilar, 1989; Rubio, 1986). De hecho, por aquel entonces esto se interpretaba como un paso hacia un sindicalismo europeo avanzado, basado en la negociación y no en la confrontación, como había sucedido durante la dictadura (Narotzky, 2016b: 25).

De esta forma, el contexto de la transición propició una transformación ideológica acelerada de una gran parte de las organizaciones de izquierdas. El Partido Socialista abandonó sus principios marxistas leninistas y abrazó lo que más tarde se calificó como la tercera vía, un término medio entre los valores socialdemócratas y el liberalismo social. El Partido Comunista por su parte, después de fuertes conflictos internos, dejó atrás el marxismo-leninismo y abrazó la nueva ola eurocomunista (Palomera, 2015: 27).

Mientras tanto, el País Vasco fue uno de los únicos reductos donde las organizaciones de izquierdas más se opusieron al carácter continuista que estaba tomando la transición política española después de la muerte de Franco (Martínez-Alier y Roca Jusmet, 1988: 4). En estos años, las reivindicaciones políticas y económicas se dispararon en el territorio vasco y con ello también la represión política. Errenteria fue testigo de ello en repetidas ocasiones, pero uno de los episodios que más se recuerdan de estos años son los

del mayo del 77, cuando la Guardia Civil disparó con fuego real contra la manifestación a favor de la amnistía en Errenteria, dejando un balance de cinco heridos de bala, un fallecido y un ambiente social colérico al igual que asustado.

El punto de inflexión de este periodo de la transición y de la deriva neocorporativista es el acuerdo social conocido como los Pactos de la Moncloa en 1977, los cuales marcaron una nueva orientación de la economía española bajo este espíritu de concertación nacional (Martinez-Alier y Roca Jusmet, 1988: 18-19; Etxezarreta, 1991: 38). De este modo, y neutralizado en parte el temor ante posibles salidas radicales al franquismo, las principales fuerzas políticas (también del Partido Nacionalista Vasco), con el apoyo por los principales sindicatos, firmaron un tratado que siguiendo las directrices del FMI y la OCDE definiría el modelo del nuevo régimen político-económico. Los Pactos solo recibieron un único voto en contra, la del partido Euskadiko Ezkerra que representaba a una parte de la izquierda vasca con representación.

Las nuevas directrices tuvieron dos ejes fundamentales: la primera la idea de que hay que reforzar la primacía del capital privado como principal agente de recuperación de la crisis, lo que exige la recuperación y potenciación del beneficio. Mientras que la segunda, se refería a la voluntad de insertar la economía española, de forma creciente, en el sistema económico mundial (Etxezarreta, 1991: 40). Para consolidar uno y otro se requería controlar la inflación y los costes, por lo que los Pactos establecieron que la forma más directa de hacerlo era estableciendo duros programas de ajuste que conllevaban la moderación salarial⁴⁴, una política monetarista fuerte y la reestructuración de los mercados de trabajo a través de la llamada flexibilización⁴⁵ que se profundizará a lo largo de la década de los ochenta (Etxezarreta,

⁴⁴ En adelante, los aumentos salariales deberían de estar subordinados a la inflación prevista, de forma que siguieran un curva descendente y precio de los precios, sin que importase la pérdida de poder adquisitivo (López y Rodríguez, 2010: 150).

⁴⁵ Aunque la flexibilidad –productiva y laboral– es un término un tanto controvertido, puede entenderse como un dispositivo de desregularización que prioriza la adaptabilidad de los trabajadores hacia las empresas, y de las empresas hacia los mercados, en busca de una mayor eficiencia en tanto maximización económica. Es recurrente distinguirlo en procesos de *flexibilidad externa* y *flexibilidad interna*. La primera responde a las dinámicas de las empresas por adecuarse al mercado, cada vez más caracterizado por establecerse en espacios comerciales internacionales más amplios. La flexibilidad aquí sería la adaptabilidad constante de la producción a la demanda, personalizando los productos o fragmentando la producción en distintos lugares. La flexibilidad interna, en cambio, se refiere a que son los trabajadores los que tienen que adaptarse a las necesidades flexibles de las empresas, ya sea el trabajo en equipo, rotación de tareas, adaptación a ritmos de trabajo o jornadas cambiantes o la necesaria formación continua (Santamaria, 2009: 175).

Hay que dejar claro que la flexibilidad no es un fenómeno ni una política del todo novedosa. Las fórmulas flexibles se vienen ensayando desde los orígenes del capitalismo, por ejemplo, en el empleo agrícola donde el uso de la temporalidad ha sido muy significativo. Como sobradamente han demostrado los teóricos de la segmentación, incluso en la edad de oro del capitalismo de bienestar ha habido trabajadores con condiciones flexibles de trabajo. Es más, las formas estables e inestables, seguras e inseguras de trabajo, son constitutivas del desarrollo capitalista. Sin embargo, lo significativo de las políticas de flexibilidad de a partir de los ochenta es que se despliega la “flexibilidad como proyecto político” (Cachón, 1999: 97), transitando del anterior modelo de “flexibilidad en el margen” (Toharia, 2005). En ese sentido, la flexibi-

1991: 40-41; Santamaria, 2009: 74; López y Rodríguez, 2010: 149-150). Además, los Pactos apuntaron también a una liberalización parcial del sistema financiero (Palomera, 2015: 30).

En contrapartida, los Pactos se comprometían a que el Estado internalizaría y pacificaría los conflictos crecientes entre capital y trabajo en torno a la distribución económica de los recursos. Lo haría, por un lado, socializando las pérdidas del capital en base mayormente a subsidios a la industria, y, por el otro, desarrollando las estructuras para un Estado de Bienestar moderno (salud, educación, pensiones, desempleo y otros beneficios), aunque después se vio que este desarrollo fue muy precario y limitado (López y Rodríguez, 2010: 155-156; Palomera 2015: 29). Para ello, el Estado se comprometía también en llevar a cabo una gran reforma fiscal y un elevado déficit público. Sindicatos y partidos de izquierda mayoritarios dieron por buena esta contrapartida, entendiendo que compensaban, de alguna manera, los sacrificios que hicieron los trabajadores por aceptar límites a sus salarios reales (Palomera, 2015: 29).

Es decir, los Pactos de la Moncloa establecieron un consenso entre las principales clases dirigentes del Estado para despedir el anómalo modelo fordista, pero modelo fordista al fin y al cabo, que había sido central para la acumulación de capital en el ciclo anterior. De esta forma, se abandonó la idea de desarrollar una industria nacional fuerte, así como también se dijo adiós al horizonte de pleno empleo o al de la seguridad laboral. Los Pactos marcan así el inicio de la transición hacia un modelo neoliberal de acumulación.

Una vez lograda la cooperación de los principales agentes sociales españoles fue relativamente fácil llevar adelante el ajuste. Mientras tanto en el País Vasco nacía Herri Batasuna (HB) ⁴⁶ (1978) como una convergencia de distintos movimientos de la izquierda independentista rupturista, con lo que representaba la transición y los Pactos de la Moncloa. De hecho, en Errenteria HB ganó las primeras elecciones municipales democráticas celebradas (1979-1983). Errenteria se configuró en sus primeros años como uno de los núcleos más combativos del País Vasco, con grandes experiencias de movilización política pero también una escalada de represión importante, aunque con el pasar del tiempo estas y otras resistencias fueron eficazmente aisladas (Eizaguirre, 2017; López y Rodríguez, 2010: 150).

El gobierno de UCD (1978-1981) fue el primero en llevar adelante las políticas de corte neoliberal que debían sacar al Estado español de la crisis. Aunque la política de moderación salarial otorgaba a la industria local cierta competitividad ante los demás estados de la CEE, la industria vasca y española tenían que hacer frente no solo a los pro-

lidad fue expandida y legitimada en el contexto de cambio social (Santamaria, 2009: 74).

⁴⁶ De este modo la izquierda independentista en esos momentos quedó dividida en dos sectores, representados por Euskadiko Ezkerra (EE) y Herri Batasuna (HB). El trasvase de militantes entre ambas coaliciones duraría años, según las posturas adoptadas por cada una de ellas en cada momento.

blemas heredados del franquismo, sino también a nuevos problemas, como la aparición de nuevos competidores en el mercado internacional. En concreto, la aparición en escena de países de reciente industrialización, en especial la de los países asiáticos en las mismas líneas de producción –desde el textil hasta la industria naval– fue un varapalo importante (Catalán, 1991: 113; González i Calvet, 1991: 160; López y Rodríguez, 2010: 150)⁴⁷. Sumémosle a esto el aumento del precio del crédito a partir de la liberalización del mercado financiero de 1977, o la segunda subida de los precios del petróleo de 1979 (amplificada por la política compensatoria llevada a cabo desde la primera crisis del petróleo, que mantuvo bajo los precios y la diferencia fue cubierta por las administraciones) (Catalán, 1991: 113; Palomera 2015: 28; López y Rodríguez, 2010: 151). Al final, la combinación de todos o algunos de estos factores inició un proceso de desindustrialización.

Como respuesta, el gobierno de UCD transfirió préstamos, garantías y subsidios públicos a las empresas en dificultades financieras, y recurrió a su nacionalización (este fue el caso sobre todo de las empresas grandes y emblemáticas como las de siderurgia o construcción naval) (Palomera, 2015: 28). Las subvenciones del gobierno se hicieron a fondo perdido y sin ningún mecanismo de control ni contrapartida dirigidas a grupos empresariales con capacidad de hacer presión al gobierno (López y Rodríguez, 2010: 156).

En 1981 aprobó la primera Ley de Reconversión para empresas en situación difícil. Sin embargo, por lo general, estos fueron una serie de parches inconexos que aliviaron problemas financieros a corto plazo de ciertos grupos empresariales con poder, pero que no contenían ningún plan estructural detrás, por lo que si bien las empresas sobrevivieron no solucionaron sus problemas de fondo (González i Calvet, 1991: 160-161; López y Rodríguez, 2010: 151).

4. El gran desmantelamiento

Hubo que esperar a la victoria del PSOE 1982 para ver las primeras reestructuraciones industriales de gran calado. El PSOE fue aupado con los votos y las esperanzas de los trabajadores de las ciudades del milagro español como Errenteria, en la cual gobernaría por los siguientes 28 años.

Engullidos en la crisis y con un intento de golpe de Estado solo un año atrás, el cual exponía la posibilidad de una involución democrática, el viejo sueño de entrar a Europa empezó a representar con más fuerza todavía la solución para todos los problemas (Narot-

⁴⁷ El tejido industrial español y vasco estaba altamente especializado en líneas de producción intermedias manufacturados, desde las más tradicionales como la ropa y el calzado hasta la naval. Con la entrada de nuevos actores, los estados de la OCDE empezaron a importar cada vez más desde dicha procedencia. Los productos incluían prendas de confección hasta productos de madera y corcho, o la gran industria naval de Corea del Sur por ejemplo (Catalán, 1991: 113; Palomera, 2015: 28).

zky, 2016b: 19). Europa empezó a percibirse como el camino a una vida mejor mediante el aumento de los salarios, el consumo de bienes y la expansión de la salud pública, la educación y un sistema de seguridad social fiable. Europa era una economía fuerte y moderna. Democracia, libertades políticas y derechos sociales. Para algunos el fin de los problemas territoriales internos, para otros la forma de enseñar al mundo lo que sucedía dentro del Estado (entre ellos, también el conflicto vasco) y pedir amparo a organizaciones superiores.

Para entonces, no solo existía consenso en la sociedad de que había la economía española estaba atrasada por culpa de la dictadura, sino que había una percepción bastante extendida de la inevitabilidad de llevar una reestructuración fuerte que requeriría de grandes sacrificios (Narotzky, 2016b: 25). Sin embargo, no hay que olvidar que las clases trabajadoras confiaban en que una vez adheridos a Europa, ésta les protegería, por lo que la depresión que traería la reestructuración sería breve y pasajera, que daría comienzo a una nueva era de la prosperidad (López y Rodríguez, 2010: 159).

Sin embargo, la adhesión a la CEE estuvo marcada por largas y tensas negociaciones que se alargaron durante años. El principio rector del mercado común era el desmantelamiento de los aranceles en prácticamente todas las rutas. Esto acarreaba para el Estado español la pérdida de la protección que disfrutaba del Acuerdo Preferencial de 1970, pero el fuerte espíritu europeizador del partido socialista que ya años atrás había abrazado el eurocomunismo y transitado hacia la socialdemocracia, hizo que el gobierno viera asumible tal hecho. Sin embargo, los estados centrales de la CEE mostraron más reticencias. Por paradójico que parezca a la vista de las grandes deficiencias que tenía la industria española y vasca, los gobiernos de los países centrales vieron los salarios más bajos del Estado español como una amenaza para sus sectores industriales y agrarios.

Este temor de las potencias europeas sería lo que determinaría la entrada del Estado Español a la CEE. Por un lado, impuso que el sector agrícola español debería de aceptar fuertes limitaciones en su capacidad de exportación. Por el otro, obligó al Estado español a no proteger y subvencionar su industria. El acceso a los diversos y cuantiosos Fondos Europeos diseñados como medidas compensatorias para las regiones europeas más deprimidas estaba supeditados al cumplimiento de estos dos puntos. Pero además la CEE dejó taxativamente claro que estos no serían utilizados para financiar ninguna reestructuración industrial posterior (López y Rodríguez, 2010: 164-163; Montes, 1991: 242-246).

De esta forma, el gobierno socialista empezó a reestructurar todas las industrias pesadas para preparar al país para su adhesión en la Comunidad Económica Europea y, supuestamente, al desafío de la competitividad del mercado libre. La Ley de Reconversión Industrial de 1984 le seguirían otras muchas (e incluso los planes de reestructuración continúan hoy en día), y se presentaron como un conjunto de medidas financieras, fisca-

les, laborales y tecno-organizacionales orientadas a la “modernización” de los sectores maduros afectados por la crisis (Torres, 1991: 166). La idea era transitar a una industria de valor añadido, con mayor competitividad, pero, como señala Miren Etxezarreta (1991: 53) el esquema de actuación desde el inicio de la crisis partió de la base de que la única forma de recuperar y mejorar los excedentes empresariales era a través de la disminución de costes, sobre todo de costes laborales. En todo momento, se ignoraron los costes financieros, de tipo tecnológico o de la organización empresarial. A grandes rasgos los planes de reconversión pusieron en el centro de mira la siderurgia y la construcción naval, pero también afectaron a la industria de electrodomésticos y línea blanca, componentes electrónicos, equipos eléctricos, semitransformados del cobre, forja pesada y la industria textil (Cobanera, 2002: 57). El País Vasco, y también Errenteria, con una economía muy centrada en la siderurgia, la construcción naval y bienes de equipo fue una de las grandes zonas del Estado afectados por los planes de reconversión.

De este modo, justificando la intervención desde la falta de competitividad y rentabilidad, y desplegando eufemismos como “racionalización”, “reordenación”, o “redimensionamiento”, el primer esquema de actuación respecto al aparato productivo se centró en el sobredimensionamiento y en el exceso de capacidad productiva, con recortes drásticos de la plantilla trabajadora, así como con limitaciones en la producción. En algunos casos incluso, y siguiendo directrices de Bruselas, se llegarían a cerrar plantas enteras condenadas por el exceso de capacidad internacional y la competencia de los países asiáticos, especialmente en la industria naval o la siderurgia integral.

La segunda línea de actuación fueron las subvenciones y saneamientos de las cuentas empresariales estatales con una ingente cantidad de dinero para después privatizarlas. El INI fue desmantelado y la mayoría de las empresas fueron vendidas o desnacionalizadas parcialmente mediante ofertas públicas de acciones. De hecho, con la entrada en la CEE en 1986, los capitales europeos adquirieron un gran número de acciones en muchas empresas públicas o privadas, tanto dentro como fuera de los planes de reconversión, de los cuales se esperaba la ansiedad modernización. De 1983 a 1992 la propiedad de las acciones de los extranjeros en sociedades no financieras pasó del 14% al 40% del total (López y Rodríguez, 2010: 165).

En Errenteria y Pasaia fueron muchas las empresas que entraron en los diversos planes de reconversión de los ochenta. La Papelera, La Fundición Luzuriaga o los astilleros fueron algunos de los más destacados. Sanearon cuentas, redujeron drásticamente personal e incluso, en algunas ocasiones como Luzuriaga, plantas enteras fueron cerradas (Izagirre, 2013). Bajo las órdenes de Bruselas, los astilleros fueron abandonando la construcción de barcos y dedicándose a reparaciones (Olaizola y Olaberria, 2015). Las transformaciones generadas por los planes de reconversión se traspasaron al resto de la

industria. Durante años, la incertidumbre se expandió por la ciudad. Fueron meses de no pagar salarios, de fábricas paradas mientras una fábrica tras otra iba cerrando sus puertas.

El malestar social creció en las zonas industriales y Errenteria se convirtió en el principal foco de la protesta social de Gipuzkoa. Aun así, la gente siguió demostrando su apoyo al gobierno socialista, por lo menos si en las elecciones. Y es que, aunque la conflictividad laboral y social aumentó considerablemente en aquellos primeros años, en líneas generales todos, incluidos los sindicatos y los trabajadores, aceptaban la necesidad de reestructurar la industria, si bien sus posturas diferían entre aquellos que se concentraron en demandar fondos para obtener mejores condiciones para las jubilaciones anticipadas y planes de desempleo, y los que se negaron a que la reconversión se diera con rescisiones de empleo. De este modo, y aunque los trabajadores intentaron por todos los medios conservar sus puestos de trabajo, finalmente sucumbieron a las cuantiosas prejubilaciones, indemnizaciones y prestaciones de desempleo de los planes de reconversión, recibiendo ayudas mucho más abultadas que los trabajadores de otras fábricas que iban siendo despedidos fuera de los planes de reconversión (Olaizola y Olaberria, 2015: 92; Valdalisio, 2003: 65). En líneas generales, los trabajadores de más edad fueron prejubilados mientras que el resto se agarró a indemnizaciones por desempleo y algunos pocos a recolocaciones, aunque estas se hicieron de rogar. La voluntariedad de todas estas decisiones fue muy relativa, debido a que la falta de horizonte permeaba cualquier decisión económica (Ruzafa, 2017: 20). De este modo, miles de personas volvieron a casa sin expectativa laboral alguna, observando cómo se desmantelaba el tejido industrial y en su lugar aparecía lentamente un mercado laboral incapaz de absorber a miles de trabajadores sobrantes en las nuevas condiciones productivas.

Fueron muy pocos los casos donde las empresas salieron fortalecidas del contexto de reconversión. Ello exigió el sacrificio de los trabajadores, aceptando pasar meses sin sueldo y años con los salarios reducidos. Estos pocos casos salieron adelante con la colaboración de algunos sindicatos, empresarios, administración y trabajadores, y fueron auténticas operaciones de ingeniería fiscal que en algunos casos llegarían a buen puerto y en otro terminarían cerrando meses más tarde. Uno de los casos de éxito fue el de la papelera. La operación consistió en separar la planta de Errenteria del conglomerado Papelera Española, para después hacer un proceso de suspensión de pagos, saneamiento de cuentas y subastas públicas a cuenta de saldo, para conformar nuevas sociedades donde el accionariado mayoritario estaba compuesto por empresarios y trabajadores. Por lo general fueron operaciones complejas que en muchos casos llegaron incluso a los tribunales.

Sin embargo, en la gran mayoría de los casos, los planes de reconversión industrial significaron el desmantelamiento del tejido industrial, por lo que muchos consideran que en realidad fue una actuación “desindustrializadora”, es decir, que fue un plan

que en realidad consistió en el cierre ordenado de las industrias en crisis, acompañado de medidas de pacificación social como las prejubilaciones o los fondos de compensación, dirigidos a los trabajadores despedidos (Rodríguez López, 2022: 93; Etxezarreta, 1991; Ruzafa, 2017; Gómez Uranga, 1991: 475). Aunque se presentaron como una vía para la transición de una industria más competitiva y de valor añadido, en la práctica los planes solo impusieron la competitividad mediante la reducción de la plantilla. De este modo, si en 1975 había 10.003 empleos fabriles en Errenteria, en 1986 pasó a 5.726, lo que representa que entre 1975 y 1986 se perdieron más de 300 empleos fabriles al año (Picavea, 1988: 21). Sin embargo, apenas hubo una transferencia significativa de capital de los sectores “obsoletos” a un nuevo sector de valor añadido y con capacidad competitiva (López y Rodríguez, 2010: 152). El resultado fue un significativo adelgazamiento del sector industrial, tanto en términos de empleo como de valor añadido total, y una industria un poco más eficiente en productividad y más orientada a la demanda internacional. Sin embargo, la industria que sobrevivió mantuvo buena parte de sus problemas como el poco valor añadido, la falta de innovación, o la dependencia tecnológica entre otras (López y Rodríguez, 2010).

Además, los planes de reconversión marcaron la tendencia en el resto de las industrias que intensificaron las políticas de racionalización de plantilla, e incluso la apuesta por formas sumergidas con vistas a aumentar la competitividad y ante la vista gorda de las autoridades (Etxezarreta, 1991: 55). Las fábricas de Errenteria redujeron la plantilla aproximadamente a un tercio, incluso menos. Por ejemplo, la empresa G. Echevarria y Cia, S.A. (Pekin) pasó de emplear a 398 obreros/as en 1981 a 119 en 1994 (Fernández Pérez y Maceira, 2015: 78). Si bien los planes de prejubilación redujeron considerablemente el drama del desempleo, Errenteria pasó en el lapso de una década, de una situación de prácticamente pleno empleo a mediados de los setenta a un desempleo del 28,2% en a mediados de los ochenta (por encima de la media de Gipuzkoa se situaba en torno al 23%)⁴⁸.

Finalmente, cuando el Estado Español se integró plenamente en la CEE y se redujeron las protecciones arancelaras, la gran mayoría de las antiguas fábricas de Errenteria, terminaron cerrando o trasladándose, y la industria que resistía fue absorbida entera o en parte por capitales europeos (Barcenilla, 2004: 38-40). Las antiguas empresas familiares pasaron a manos de grandes multinacionales: Niessen fue absorbida en 1998 por el grupo suizo Asea Brown Boverly; la fabricante de cola industrial Beisser por el Grupo

⁴⁸ Se dice que las tasas de desempleo también se vieron magnificadas porque la crisis industrial coincidió con el acceso al mercado laboral de la generación del *baby boom* (1957-1978). Además, la emigración de la época anterior se detuvo y la modernización de la producción agrícola generó un excedente de población que emigró a las ciudades. De hecho, entre 1974 y 1985 se destruyó más empleo en el sector agrario que en la industria y la construcción combinadas, (Marimon y Zilibotti, 1996 en Palomera, 2015: 28).

Dyckerhoff en 1987, y el Grupo Honeywell se hizo con Elster Iberconta una empresa de medición de agua. Y así muchas más.

La mayoría de los empresarios aprovecharon el interés de los capitales europeos para entrar al Estado Español para ceder rápidamente al mejor postor. Desde entonces se ha podido observar como las distintas comunidades autónomas del Estado han competido por atraer capitales extranjeros, considerando que estas traerían modernización y dinamismo (Etxezarreta, 1991: 60). En el País Vasco fueron conocidas las llamadas vacaciones fiscales, unas medidas que eximían del impuesto sobre sociedades durante los primeros 10 años a las empresas que se constituyeran en territorio vasco, y que al de años fueron declaradas ilegales por la Unión Europea.

En definitiva, el acceso del Estado español a la CEE se tradujo en una marginación y subordinación de la industria española a los intereses específicos de las grandes multinacionales europeas, por lo que el tejido nacional perdió toda autonomía política, es decir, las decisiones de inversión, planificación estratégica o las políticas de empleo se desplazaron hacia el exterior (Etxezarreta, 1991: 89-90; Gómez Uranga, 1991: 475; Palomera, 2015: 32; López y Rodríguez, 2010: 166; Montes, 1991: 256). Básicamente se reconvirtió el sector industrial a base de su transnacionalización y concentración del poder multinacional. Además, una parte sustancial de la demanda interna fue cubierta cada vez más por las importaciones de la CEE, que sustituyeron una parte cada vez más creciente de la producción nacional, dando como resultado una balanza comercial desequilibrada (Montes, 1991: 261; Nieto, 2007: 78). Todo este proceso culminó en formas más selectivas y excluyentes de hegemonía del capital, que convirtió a gran parte de estas clases trabajadoras en sujetos sobrantes.

5. La neoliberalización de la economía

Los costes sociales de la reconversión industrial duraron años y fueron más allá de lo que puede reflejar una tasa de desempleo. Los noventa fueron años de depresión y desencanto. Mientras gran parte de la generación mayor se prejubilaba anticipadamente, los jóvenes de esta ciudad vieron desaparecer un medio de vida y una forma de vida repentinamente. Tras el desmantelamiento, las ruinas industriales configuraron el paisaje urbano y emocional de aquellos años, la gente recuerda aquella época como “los años de la heroína”, y es que, la falta de futuro y el desánimo caracterizaban aquellos años. En efecto, detrás de las altas tasas de desempleo no solo estaban los trabajadores industriales recién expulsados, sino también una gran proporción de jóvenes que se encontraron con un mercado laboral sin oportunidades para ellos. Es más, casi la mitad de las personas paradas por aquel entonces en Errenteria eran personas que buscaban empleo por primera vez (Picavea,

1988: 19). Jóvenes que entraron en edad de trabajar en plena crisis y que se encontraban un mercado laboral destruido. Algunos de estos migraron ante la falta de oportunidades, otros muchos se engancharon o murieron con la heroína. Los problemas de alcoholismo se expandieron.

La tensión dentro de los hogares creció. Muchos de los recién prejubilados se regresaron a sus pueblos de origen. Mientras las generaciones jóvenes se encontraban sin oportunidades laborales estables y bien remunerados, las pensiones anticipadas de los antiguos obreros funcionaron en muchas familias como recurso principal. La población cayó a un ritmo vertiginoso durante toda la década de los noventa, pasando de los 45.789 habitantes de 1981 a los 38.224 veinte años después, según el Instituto Nacional de Estadística (INE).

Al desmantelamiento industrial de Errenteria le siguió una rápida terciarización de la economía, no porque el empleo en este sector ascendiera, de hecho, también disminuyó, pero su peso relativo aumentó (Picavea, 1988: 23)⁴⁹. De este modo, en 1986 la mitad prácticamente la población ocupada trabajaba en la industria y la otra mitad en los servicios.

La nueva economía local de principios de los noventa empezaba a configurarse en el sector del transporte y la logística, la construcción, el comercio y la hostelería. De esta forma, mientras se seguía destruyendo empleo fijo, sobre todo el industrial, estos sectores empezaron a ofrecer trabajos temporales⁵⁰ y mal pagados. Popularmente agarraron el sobrenombre de “currillos”, que expresaban de paso, su desprestigio social en comparación con el trabajo de la industria. Pero incluso en la industria empezaron a proliferar formas de contratación temporal generalmente mediante la introducción de sistemas de subcontratación en el seno de las fábricas, generando desigualdades en las condiciones de trabajo según tipos de contrato.

La proliferación de este tipo de trabajo temporal se debe primero a la Reforma Laboral de 1984. Con la crisis fordista se expandió la idea de que los males de la economía pasaban por el hecho de que se había producido una “acumulación de rigideces” que afectaba no solo a los modelos productivos sino también a los mercados de trabajo y a las políticas estatales encargadas de su regulación (Santamaría, 2009: 168). De esta forma, la reforma expandió formas temporales de contratación para personas que se incorporaran al empleo, básicamente contratos de formación y de prácticas. En cinco años, la estruc-

⁴⁹ Si en 1975 había 6.387 personas ocupadas en el sector servicios, en 1986 descendieron a 5.619. Sin embargo, con la caída del sector industrial los servicios pasaron a ser el sector con más peso en la economía de Errenteria, aumentando su peso en casi 10 puntos enteros (48,81%) y situándose a solo un punto por arriba de la mano de obra empleada en la actividad fabril (47,90%) (Picavea, 1988: 23).

⁵⁰ Véase la evolución de la población ocupada e inactiva de Errenteria de 1986-2016 (figura 7); la evolución por situación profesional (figura 8) y la evolución del porcentaje de trabajadores eventuales y asalariados fijos (figura 9) en anexos.

tura del mercado laboral cambió. Si en 1986 sólo un 10% de los trabajadores asalariados tenía un contrato temporal en Errenteria, en 1991 ya lo tenía el 31%. La temporalidad se presentó como una medida transitoria para salir de la crisis, la cual traería una expansión económica que permitiría generar empleos estables de nuevo (Santamaria, 2009: 199).

Sin embargo, el desempleo no solo no descendió, sino que siguió creciendo durante toda la década de los noventa, llegando a su máximo histórico en 1996 con un 29,7%⁵¹. Es más, durante todos estos años se siguió destruyendo empleo fijo. Y es que lo particular de la Reforma Laboral de 1984 es que posibilitó nuevas formas de contratación temporal sin modificar ni un ápice los altos costes de despido ni los sistemas de negociación que sobrerrepresentaban los intereses de los indefinidos (Polavieja, 2003: 53-64)⁵². De esta forma, este tipo de contrato se convirtió en el preferido de los empleadores, lo que terminó enraizando una creciente dualización del mercado laboral por tipo de contrato. Así, para 1996 el 33% de los trabajadores asalariados ya era eventual en Errenteria, o lo que es lo mismo, si a mediados de los ochenta el 90% de los trabajadores asalariados era fijo, una década más tarde sería el 66%.

Además, en contra de lo que se dijo en un principio, el Estado siguió incentivando activamente el empleo temporal, y en la Reforma Laboral de 1994 legalizó la intermediación laboral privada mediante Empresas de Trabajo Temporal (Santamaria, 2009: 172). De esta

⁵¹ Véase la evolución de la tasa de paro de 1986 a 2016 de Eustat (figura 10) en anexos.

⁵² Javier García Polavieja (2003) explica que los altos costes de despido y un sistema de negociación que favorece a los trabajadores indefinidos son cualidades que preexisten a la desregularización parcial, es decir, a la introducción, mejor dicho, la extensión de formas de contratación temporal en 1984. Como se ha visto, los altos costes de despido los impuso unilateralmente la dictadura con el objetivo de aplacar el malestar social. Después de la dictadura los sindicatos ya legalizados no estuvieron dispuestos a retroceder en la protección laboral, de ahí que la Ley del Estatuto de Trabajadores de 1980 consolidara esa seguridad laboral mediante una regulación que protegía al trabajador de los despidos y garantizaba generosas indemnizaciones en caso de que se produjeran (G. Polavieja, 2003: 64-70).

El sistema de negociación español, en cambio, depende de la Ley Orgánica de Libertad Sindical de 1985 y del comportamiento de los sindicatos condicionado por ese marco regulador. Es decir, por un lado, depende de una ley que es especialmente excluyente en el alcance y limitante en contenido, entre otras cosas, porque acota el derecho a la representación sindical y la posibilidad de establecer la negociación en el ámbito de la empresa a trabajadores que están en empresas con un alto número de empleados, lo cual es poco habitual en el entramado empresarial del estado. En consecuencia, el vasto de los trabajadores no pueden ejercer estos derechos, por lo que la mayor parte de la negociación colectiva se termina relegando a la negociación sectorial, donde por las características propias de esta mesa de negociación (gran diversidad de empresas y tipos de trabajador, escasa o nula presencia sindical) la discusión suele estar limitada al salario y las jornadas y no a decisiones de empleo que queda en manos de las empresas (G. Polavieja, 2003: 62). El otro factor determinante que afecta al sistema de negociación colectiva es el comportamiento de los sindicatos dentro y bajo los condicionamientos de ese marco legal. Según G. Polavieja (2003: 59-64), si a la débil presencia sindical, o a la primacía de la negociación sectorial, que impone el marco legal se le añade el hecho de que el sindicalismo español se base fundamentalmente en el voto de los trabajadores más que en su afiliación, es previsible que los sindicatos respondan más a los intereses de sus miembros empleados (sindicalismo exclusivo) que a los trabajadores intermitentes o desempleados (sindicalismo inclusivo). En definitiva, la estructura, el ámbito de la negociación, los niveles de coordinación y sincronización del sistema de negociación, así como las características del sistema sindical, forman una constelación de factores institucionales que favorecen a los *insiders* (G. Polavieja, 2003: 64).

forma, el mercado laboral quedó visiblemente dividido entre un grupo de trabajadores en descenso, con contratos indefinidos, con derechos, cierta estabilidad laboral y capacidad de negociación colectiva, mientras que, por el otro, un grupo de trabajadores en ascenso con menos derechos, más inestabilidad, poca capacidad negociadora y fuertemente dependiente de las provisiones del Estado de Bienestar (G. Polavieja, 2003: 17-23, Etxezarreta, 1991: 84).

Ahora bien, eso no significa que el grupo de los trabajadores estables y sindicalizados tuvieran o percibieran esa seguridad. Las continuas reestructuraciones y el hecho de tener que ser competitivos en el mercado global, generó inseguridad también entre estos trabajadores, siempre temerosos de que la empresa entrara en una mala racha.

Durante estos años también hubo quienes, ante la falta de oportunidades de trabajo duraderas, intentaron crear sus propios negocios. Algunos aprovecharon el dinero de las indemnizaciones de los planes de reconversión para ello. Sin embargo, en pocos años muchos de estos intentos terminaron cerrando.

La agonía llegó a los hogares cuando los subsidios por desempleo empezaron a agotarse. Con ello, el empobrecimiento de la población empezó a ser alarmante. A finales de los ochenta un informe elaborado por el Gobierno Vasco dictaminó que algo más de una quinta parte de los hogares vascos se encontraban en situación de pobreza (Gobierno Vasco, 1987: 77). En respuesta la administración vasca, que ya tenía las competencias para ello, internalizó el conflicto creciente de trabajo-capital en torno a la distribución de los recursos, e inspirado en buena medida en el modelo francés de rentas mínimas—aunque en cualquier caso muy por debajo de esos niveles europeos de protección social—desarrolló el Plan Vasco Contra la Pobreza (1989). Este consistió en un salario social desvinculado del desempleo, el que después fue conocido como el Sistema Vasco de Garantía de Ingresos, y que en la actualidad representa el sistema de protección social más avanzado del Estado Español.

En definitiva, Errenteria entró en los ochenta y buena parte de los noventa en una larga crisis, configurándose en una ciudad sin futuro en la nueva geografía del capital. Aunque las subvenciones llegarían relativamente pronto, la Europa que los trabajadores de Errenteria conocerían distaba mucho de la Europa soñada, la de los buenos salarios o la de los crecientes derechos sociales y políticos. El Tratado de Maastricht vendría después a dejar atrás la Europa del Bienestar de los cincuenta, sesenta y principios de los setenta, para dar la entrada a un nuevo capitalismo neoliberal europeo.

5.1. Financiarización, burbuja inmobiliaria y precarización

A principios de los noventa, ingentes cantidades de dinero estaban llegando al Estado español de los diversos Fondos de la Unión Europea: alrededor de medio billón de pesetas

anuales entre 1988 y 1992 (el 1 % del PIB español) (López y Rodríguez, 2010: 165). El PSOE intentó sacarle todo el provecho y alardeó de ser el Estado que más fondos recibía de la CEE. La esperada modernidad europea había llegado.

Por un lado, el gobierno del PSOE impulsó el desarrollo de las estructuras de un Estado de Bienestar incipiente. A la par que se iban construyendo un sinnúmero de equipamientos públicos (polideportivos, museos, bibliotecas, hospitales etc.), se generó la necesidad de crear miles de puestos de trabajo públicos. Las capitales de provincia fueron las grandes beneficiarias tanto en creación de equipamientos como de empleo público, un sector público que ocupó a buena parte de los nacidos en los setenta, en especial aquellos jóvenes que habían entrado masivamente a las universidades. En núcleos obreros como Errenteria estos jóvenes eran la primera generación de sus familias que había accedido a la universidad. Se esperaba que los estudios superiores abrieran oportunidades de trabajo y funcionaran como mecanismo de movilidad social.

Por otro lado, el Estado español entró en una vorágine constructiva y las obras públicas se convirtieron en un elemento económico clave de este periodo. No solo se construyeron nuevos equipamientos, sino que el Estado comenzó con el desarrollo de infraestructuras necesarias, desde nuevas carreteras hasta aeropuertos que tenían que conectar las principales ciudades entre ellas y con las zonas turísticas costeras, a la par que la burbuja inmobiliaria dejaba de nuevo capas de hormigón sobre las líneas litorales, con hoteles y segundas residencias. Entre 1985 y 1992 la costa mediterránea y los dos archipiélagos recuperaron su posición como centros de turismo internacional (López y Rodríguez, 2010: 171). Se calcula que aproximadamente la mitad de las transferencias europeas entre principios de los años 90 y 2007 se destinaron al desarrollo de infraestructuras (Palomera, 2015: 38).

Este proceso no sólo impulsó el crecimiento del sector de la construcción, sino que revalorizó el valor de la tierra e incorporó todos los rincones del Estado español en la fiebre financiera e inmobiliaria. Con ello la construcción de la vivienda se disparó. Los jóvenes de las clases trabajadoras envueltos en un mercado laboral cada vez más precario fueron impulsados por el acceso al crédito fácil, a raíz del euro y los incentivos fiscales, a la compra de la vivienda, y a atarse a grandes deudas hipotecarias. De esta forma, esta financiarización sostuvo coyunturalmente niveles de consumo que no se correspondían con los salarios de sus trabajos, lo que terminó dando lugar a una burbuja de empleo y consumo en el nuevo milenio (López Calle, 2018: 6; López y Rodríguez, 2010: 250).

El despegue de infraestructuras y la burbuja inmobiliaria empezó a notarse en Errenteria a mediados de los noventa con los primeros planes de regeneración urbana. El ayuntamiento reconvirtió el suelo, pasando de industrial a urbano y revalorizando como la espuma el metro cuadrado (Benito, 2007: 46). Con ayuda de la Diputación y el Gobier-

no Vasco, y aprovechando las presiones vecinales que se quejaban de la contaminación y de la toxicidad de las fábricas, terminaron de trasladar las pocas naves que quedaban mediante la construcción a las afueras de polígonos industriales como a polígonos de otras localidades. La única gran fábrica que permaneció en la ciudad por las dificultades de traslado fue la papelera. De este modo, las ruinas industriales dejaron sitio a viviendas, aparcamientos, parques, plazas y nuevos equipamientos públicos.

Niessen se convirtió en centro cultural, albergando un cine, el conservatorio musical, tiendas, terrazas o un supermercado. Pekin se transformó en comisaría municipal. Paisa dio paso a una plaza. La Esmaltería Gipuzkoana se convirtió en un aparcamiento y después en viviendas. En 1999, Errenteria cortó la carretera que unía el Estado español con el Estado francés y que atravesaba y dividía el núcleo urbano. En su lugar construyó una variante, y la antigua N1 pasó a ser una calle urbana. Por esa misma calle, construyó un carril bici que unía la ciudad con la capital y que llegaba hasta las minas de Arditurri en Oiartzun, donde se construyó un museo de interpretación. El puerto de Pasaia también fue objeto de un plan de regeneración, que además planteaba un proyecto de bahía lúdico cultural con la construcción del Museo Naval y el fallido museo Paco Rabanne. A su vez, grandes centros comerciales empezaron a implantarse en las periferias de la ciudad. En pocos años, Errenteria borró el carácter industrial de su paisaje urbano.

Sin duda, el auge de los procesos inmobiliarios y del sector de la construcción fue clave también en la economía local de Errenteria desde mediados de los noventa. Además, éste contagió a una parte de la industria, ya más pequeña, que sobrevivía en la ciudad, a aquella relacionada de algún modo con el sector de la construcción. Después de años de estancamiento la industria parecía de nuevo agarrar fortaleza, algo que si bien no fue tan significativo en términos de empleo —ya sea por las mejoras tecnológicas aplicadas por algunas empresas o porque ya se apoyaban en empresas auxiliares subcontratadas— fue algo celebrado en la ciudad. La única gran empresa de la ciudad, la papelera, recibió incluso una oferta de compra de una empresa siderúrgica española aupada por la burbuja inmobiliaria. Los trabajadores de la papelera, que desde que a mediados de los noventa junto con el empresariado se hicieron con la fábrica consiguiendo no solo sacarla a flote sino convertirla en uno de los principales fabricantes del Estado de papel para revistas y periódicos, recibieron la noticia con mucha expectación.

El miedo a que la nueva compañía estuviera más interesada en el suelo en la que estaba asentada la fábrica que en la misma producción fue un pensamiento generalizado. Además, el poder político y simbólico de la papelera en la ciudad era importante. La papelera no solo consiguió salir adelante en la crisis fordista, si no que tampoco fue absorbida por capitales europeos. De esta forma, se había convertido en un símbolo para la ciudad y el movimiento obrero, hasta el punto de que todos los partidos políticos incluían algún

trabajador en sus candidaturas a la vista de las elecciones municipales. Con la propuesta de venta la tensión dentro de la fábrica aumentó. Los sindicatos acusaron a la dirección, favorable a la venta, de actuar en contra del espíritu del 95, en el que la prioridad fue la conservación de los empleos y el control industrial. Finalmente, los trabajadores confiando en la buena racha, sucumbieron a los beneficios de la venta de las acciones, recibiendo suculentas bolsas de dinero pocos años antes de que la crisis del 2008 estallara. En total, fueron 74 millones de euros repartidos entre dirección y trabajadores.

El otro gran proceso que se dio a la par del endeudamiento de los hogares y que explica la expansión económica de principios del milenio es el proceso de precarización creciente de una gran parte de las clases trabajadoras. A pesar de las esperanzas de los trabajadores de transitar a una economía de valor añadido –ya fuera a una industria moderna o a unas nuevas ocupaciones cualificadas que accederían los hijos de los obreros con estudios universitarios–, en Errenteria las empresas que empezaron a surgir con la expansión económica fueron una serie de negocios relacionados con el transporte, la logística, la construcción, las inmobiliarias y el comercio. Durante estos años más centros comerciales se abrieron en la periferia de la ciudad, ofreciendo una gran cantidad de empleo temporal y de subempleo –sobre todo– a las mujeres de la ciudad que ocuparon desproporcionalmente los nuevos empleos precarios de los servicios. De esta forma, muchas mujeres entraron por primera vez o volvieron después de años de crisis al mercado laboral. El fortalecimiento del sector del ocio, el gastronómico, el cultural, así como el turismo a raíz de la construcción de nuevas infraestructuras en las capitales, también trajo oportunidades laborales para los/as vecinos/as de Errenteria. En líneas generales, estos sectores expandieron formas de contratación atípicas como los trabajos de fin de semana, por horas o por campañas, que se adaptaban a las necesidades de las empresas (rebajas etc.), al tiempo que liberalizaban horarios comerciales. Gran parte de este empleo se consideró “trabajo basura” por su alto nivel de inseguridad laboral y la alta precarización de las condiciones laborales y salariales (Santamaría, 2009: 244)⁵³.

Junto a estas mujeres, nuevos migrantes intercomunitarios, –mayormente mujeres jóvenes de América Latina y hombres jóvenes del Magreb–, llegaron a Errenteria atraídos por el crecimiento del trabajo de comercio, cuidados, logística y construcción. De hecho, la sobreexplotación de la fuerza de trabajo migrante constituye uno de los factores clave de este ciclo de crecimiento (Nieto, 2007: 78).

Al mismo tiempo, una parte de los jóvenes de la ciudad, mayormente hombres que llevaban años de no atisbar futuro, dejaron tempranamente sus estudios atraídos por los

⁵³ Según Elsa Santamaría (2009: 245) los “trabajos basura” tienen la particularidad de contener varios, o todos, de estos elementos: la temporalidad del contrato, el escaso salario, la tensión psíquica la fatiga física, la siniestralidad o los horarios atípicos.

sueldos relativamente altos de los sectores en auge como la construcción o la logística. Muchos de estos jóvenes además fueron contratados como indefinidos, presumiblemente por las nuevas facilidades de despido y la bonificación que recibían los empresarios por hacer este tipo de contratación después de la Reforma Laboral de 1997 (Santamaria, 2009: 172). De este modo, por primera vez en 15 años, empezó a generarse “trabajo estable” en Errenteria, aunque con el vaciamiento legal correspondiente.

Como resultado de todo ello y con la entrada a los 2000, las tasas de paro cayeron estrepitosamente, pasando de su máximo histórico en 1996 con un 29,7%, a un 11,8% en tan solo cinco años, según Eustat. Hasta el estallido financiero del 2007-2008, las tendencias de los últimos años continuaron, siguiendo el proceso de terciarización de la ciudad. El Estado español entró así a un nuevo episodio de expansión económica. Sin embargo, como se acaba de mostrar, esta expansión solo se sostuvo en gran parte por la institucionalización de la desprotección social y por la financiarización de las economías que llevó a estas antiguas clases obreras a un proceso de endeudamiento. Cuando esto explotó, la fragilidad del horizonte de clase media quedó al descubierto.

6. La crisis económica del 2008 y las políticas de ajuste estructural

La crisis económica del 2007 o 2008, que tiene sus orígenes en el colapso de la burbuja inmobiliaria en Estados Unidos y con la posterior crisis de las hipotecas *subprime* de 2007 que contagió las finanzas mundiales, terminó con los años de expansión económica. Según explica Jaime Palomera (2015: 41), la recesión en el Estado Español ya había dado sus primeros signos en julio de 2007 cuando los tipos de interés aumentaron y la demanda de vivienda empezó a disminuir. El boom español que se había financiado básicamente a través de la inversión financiera internacional estalló drásticamente cuando el crédito comenzó a agotarse en 2007, y con ello las posibilidades de titulización empezaron a disminuir repentinamente. Mientras que la deuda privada seguía siendo elevada, el valor de la vivienda y de las acciones en manos de las empresas y los hogares disminuyó, lo que redujo la capacidad de los bancos, las empresas y los hogares para obtener crédito a través de nuevos títulos, aumentos de capital o venta de activos (Palomera, 2015: 41). Entre 2008 y 2009 la compra de viviendas disminuyó un 60% y con ello muchas empresas inmobiliarias y constructoras quebraron, dando como resultado el despido masivo de trabajadores, unos 2 millones aproximadamente a nivel estatal (Palomera, 2015: 41). La deuda contraída años atrás se hizo para muchos insostenible. Si en 1995 la deuda representaba el 62,5% de la renta disponible de las familias, en 2008 superaba ya el 130% (López y Rodríguez, 2010: 251). Con ello la televisión se llenó de imágenes de familias sobreendeudadas y desahuciadas.

Atendiendo a la política fiscal y al tipo de reformas estructurales establecidas, podemos distinguir hasta tres fases de la gestión de la crisis. Un primer periodo que abarca desde el inicio hasta el primer trimestre de 2010, de inspiración (neo)keynesiano y en el que se aplicaron una serie de políticas orientadas al fomento de la demanda. Primero impulsando medidas expansivas para tratar de frenar el efecto de la crisis e inducir una actividad sostenida, y después con medidas políticas para reforzar la protección social principalmente aliviando los efectos del aumento del desempleo (Palomera, 2015: 42; Pérez Orozco, 2014: 110; Del Pozo y Martín Carretero, 2013: 2). Concretamente, el gobierno socialista presentó un plan anticíclico, denominado Plan E, Plan Español para el Estímulo de la Economía y el Empleo, que mediante la transferencia de dinero público tenía como objetivo revivir a los sectores en shock e incentivar el empleo destruido, en su mayoría masculino. Los grandes beneficiarios de las transferencias públicas fueron las grandes corporaciones de construcción y promotoras inmobiliarias. En total se calcula que se crearon alrededor de 410.000 puestos de trabajo, aunque básicamente todos temporales (Palomera, 2015: 42). Al mismo tiempo, el gobierno socialista inició un programa de rescate para las instituciones financieras en dificultades, comprándoles activos inmobiliarios mal clasificados y valores respaldados por hipotecas, equivalentes a 50.000 millones de euros, para después a finales de 2009, transferir más dinero público al sistema financiero. Al final, las medidas anticíclicas y los rescates dieron como resultado, que lo que había comenzado como un problema de deuda privada se convirtiera en una crisis de deuda pública (Palomera, 2015: 42; Pérez Orozco, 2014: 113).

Aunque el gobierno socialista adquirió un moderado impulso expansivo con su política económica, a partir de mediados del 2010 su postura fiscal se volvió procíclica y contractiva, dando inicio al segundo periodo caracterizado por la austeridad fiscal⁵⁴. La decisión del gobierno socialista para abandonar su política económica anterior estuvo influida por la agenda de austeridad que se estaba imponiendo e impulsando a nivel europeo a raíz de la crisis griega (Del Pozo y Martín Carretero, 2013: 2). Esta etapa estuvo definida por los recortes salariales a los funcionarios y la congelación de pensiones (Palomera, 2015: 42; Del Pozo y Martín Carretero, 2013: 2). La culminación de este periodo fue cuando en septiembre de 2011, y sin debate parlamentario previo, se reformó la Constitución Española para incluir las normas restrictivas fiscales del Tratado de Maastricht.

El tercer periodo se inició en julio del 2012, cuando el conservador Partido Popular en el gobierno, que había continuado inyectando dinero público a la banca, pidió finalmente un rescate de hasta 100.000 millones de euros a la Troika (BCE, FMI, CE). En contrapartida ésta le pidió al gobierno español firmar un duro memorándum de ajuste es-

⁵⁴ La agenda de austeridad fue diseñada y promovida a nivel europeo tras la reunión del Ecofin (ministros de Economía) del 9 de mayo de 2010, a raíz de la crisis griega (Del Pozo y Martín Carretero, 2013: 2).

tructural, lo que significaba darle continuidad e intensificar los ya severos recortes presupuestarios del gasto social que, implementados bajo un gobierno de derecha, implicaban duros aumentos de impuestos y medidas de devaluación interna (Blyth, 2013) –represión salarial, empleo precario y desempleo masivo– para mejorar la competitividad, además del aumento de ingresos mediante privatización de los bienes y servicios públicos. Esto llevó al gobierno, a realizar reformas restrictivas en instituciones clave como el mercado de trabajo, el sistema financiero y la administración pública, para transformar en última instancia los marcos políticos de redistribución del modelo socioeconómico español, es decir, una reforma estructural del Estado de Bienestar (Del Pozo y Martín Carretero, 2013: 2).

Al igual que otros países rescatados de la zona del euro, el imperativo de reformar el Estado y sus funciones de bienestar se presentó esencial en vista de la necesidad de evitar la bancarrota del Estado y garantizar la sostenibilidad de la seguridad social, mediante una mejor utilización de los recursos disponibles (Matos, 2020: 317-318). Como apunta Patricia Matos (2020: 317) para el caso portugués, el Estado español también utilizó simultáneamente una retórica política centrada en las necesidades de la nación y la sostenibilidad financiera, para legitimar la austeridad como una respuesta a un momento de emergencia por un lado, y unas políticas laborales, fiscales y de bienestar de devaluación de necesidades humanas por el otro, las cuales subordinaron las necesidades de bienestar material de las personas a las necesidades de salud fiscal nacional. Todo ello estuvo acompañado por una censura moral de aquellos “que han estado viviendo por encima de sus posibilidades”, que implícitamente evaluó los patrones de consumo de los ciudadanos como superiores a sus necesidades reales y derechos (Matos, 2020: 353-354). De esta forma, se intentó despolitizar el rescate, convirtiendo la deuda pública en una responsabilidad colectiva”, y la austeridad como “necesaria” para la supervivencia nacional y para poder atender a los “más necesitados” (Matos, 2020: 325).

Además, durante estos años, los gobiernos de la recesión fomentaron el protagonismo social de las familias como agente principal durante la crisis (Ezquerria, 2012: 143). Esta moralización de la crisis sirvió para reconfigurar el contrato social Estado-Ciudadano, es decir, la responsabilidad del Estado respecto a la ciudadanía tal como se venía dando, lo que supuso un recorte del sentido de ciudadanía y de los derechos. Mediante un lenguaje de merecimiento se justificó la exclusión de ciertos grupos sociales al acceso a los recursos públicos. Las personas migrantes fueron un colectivo especialmente vulnerable en ello⁵⁵.

⁵⁵ Por ejemplo, la reestructuración del sistema de atención a la salud del 2012 implicó una nueva clasificación de los beneficiarios, en la que los migrantes irregulares mayores de 18 años pasaron a sólo poder recibir asistencia gratuita en casos de emergencia, nacimiento y embarazo. De la misma forma, ciertas prestaciones de protección social endurecieron las medidas de acceso vía antigüedad de empadronamiento.

En suma, estas políticas de ajuste implicaron una reestructuración profunda de los marcos políticos de redistribución del modelo socioeconómico español, y una transferencia de los ingresos del trabajo al capital a través de la mediación del Estado (Narotzky y Pusceddu, 2020: 452). Además, y como ha sido ampliamente documentado, estas políticas han implicado una ruptura de los modelos y expectativas de reproducción social. Probablemente, en ello fue especialmente significativo la Reforma de Pensiones de 2011, que reforzó el principio de contributividad alargando la edad de jubilación y aumentando los años que se tienen en cuenta para el cálculo de la pensión (Del Pozo y Martín Carretero, 2013: 10-11).

En Errenteria la crisis no se manifestó abruptamente, ni de forma inmediata, pero en unos pocos años las diferencias con el territorio se agudizaron y se convirtió en una de las ciudades más afectadas por la crisis en Gipuzkoa. Errenteria pasó de una tasa de paro registrado de 7.6% en 2006, a una de 17,1% en 2013 según Lanbide –pico en los años de crisis–, convirtiéndose en la quinta ciudad con mayor paro registrado de la provincia, con una de las peores evoluciones que agudizaba, con los años, la distancia con el territorio. Aunque las tasas de paro o el cierre de empresas distaban mucho de lo ocurrido años atrás, la nueva crisis hizo activar las memorias y ansiedades de la reconversión.

Algunas de las razones de esta peor evolución de la ciudad respecto al territorio pueden encontrarse en su estructura económica, como la mayor presencia de la construcción o la mayor dependencia al empleo público, ambas muy perjudicadas durante estos años. La primera al inicio de la crisis con la quiebra de las empresas del sector, mientras que la segunda con la puesta en marcha de las políticas de austeridad. También podría tener relevancia su particular tejido industrial, muy centrado en la siderometalurgia, –la más golpeada con el derrumbe de la construcción– y el gran número de micro empresas en la ciudad, las cuales fueron las empresas que más se resintieron cuando se cortaron las fuentes de financiación. En 2008 un 53,3% del empleo en la comarca se concentraba en pequeñas empresas, mientras que en Gipuzkoa un 38,7%⁵⁶. La gran mayoría de estas eran, además, de bajo nivel tecnológico, de hecho, en la comarca apenas había un par de grandes empresas (sector papelero y refrigeración industrial) y alrededor de una docena de medianas empresas. Además, a diferencia de la tradición gipuzkoana, Errenteria y la comarca apenas tienen un tejido cooperativo, que hubiera podido apostar por el uso de otras medidas de ajuste laboral distintas al despido de trabajadores en momentos de recesión –como pasó en otras comarcas con presencia cooperativa–. Por último, posee un mayor índice de población con bajos niveles de formación y una mayor afiliación del personal no cualificado y aprendices que la media de Gipuzkoa, el colectivo que llenó desproporcionalmente las filas de las oficinas de paro.

⁵⁶ Oarsoaldea Garapen Agentzia. (2018). *Plan Estratégico Oarsoaldea 2025*.

De una forma parecida al resto del Estado español, el sector de la construcción e inmobiliario estuvo en el centro de la crisis en los primeros años y fue el que más desempleo generó, mayoritariamente de hombres. Es decir, aquellos jóvenes que a mediados de los noventa entraron en la construcción, en gran parte por falta de empleo industrial, se veían tempranamente de nuevo sin oportunidades laborales. De hecho, el cierre de pequeños negocios en el sector fue abrumador y se calcula que, en la ciudad, sólo en los primeros cuatro años cerraron unas 300 micro empresas. La subida de la inactividad de estos años entre los hombres parece indicar que muchos intentaron resistir a que pasara la tormenta, o bien se desanimaron al no ver oportunidades laborales, o bien siguieron con sus trabajos y negocios como pudieron, pero de manera informal.

La construcción contagió después a la industria, primero a las micro empresas relacionadas con la construcción, que terminaron de cerrar en los primeros años, y más tarde a las medianas y grandes empresas. Esta vez, a diferencia de la crisis fordista, la empleabilidad de las medianas y grandes fábricas ya estaba ampliamente reducida, por lo que las regulaciones de empleo afectaron a mucha menos gente que años atrás. De nuevo, la medida de las prejubilaciones fue una de las más preferidas por los empleadores. Además, las memorias de la reconversión funcionaron como incentivo para agarrarse a las prejubilaciones entre muchos trabajadores industriales, temerosos de lo que pudiera venir por delante.

No fue hasta que el gobierno empezó a aplicar las políticas de austeridad y sobre todo hasta que empezaron las duras medidas de ajuste, que la recesión se expandió y se intensificó en todos los sectores. De ahí que algunos entiendan que este empeoramiento económico fuera una recesión autoinfligida, en tanto que fue el cambio de política económica hacia políticas de austeridad neoliberal lo que impidió la consolidación de una incipiente recuperación, llevándola de nuevo a la recesión en 2012 (Del Pozo y Martín Carretero, 2013: 2). Esto es especialmente importante porque da cuenta del poder de las políticas para generar las condiciones de recuperación económica y garantizar el bienestar de la ciudadanía.

Esta recesión autoinfligida se notó visiblemente en el sector público y el de servicios, sectores que apenas habían sido arrastrados hasta que se aplicaron las políticas de austeridad y ajuste. De este modo, mientras que el empleo del sector público fue afectado por políticas tecno-organizacionales, dirigidas a reducir personal y a aumentar la carga de trabajo bajo la lógica de austeridad, el sector terciario fue afectado cuando el consumo empezó a contraerse a consecuencia del sobreendeudamiento, pero también con las diversas medidas de ajuste como la subida de impuestos, el recorte y la privatización de los servicios públicos o la devaluación salarial, lo que puso más carga en los hogares. Ambos sectores, mayoritariamente compuestos por mujeres, llevaron en esta segunda etapa al incremento del desempleo femenino⁵⁷.

⁵⁷ Parte de las críticas feministas a las políticas de ajuste se dirige al enorme sesgo de género que compor-

La industria gipuzkoana que parecía haber superado el impacto inicial de la crisis, también se vio afectada, especialmente con la falta de estímulos económicos. La subida de los costes de energía y los altos intereses de financiación se juntaron a las deudas que iban acumulando las empresas, y a la falta de competitividad de una parte de la industria vasca en el mercado internacional, lo que pudiera haberle dado un respiro ante el hundimiento de la demanda interna. En el caso gipuzkoano, la burbuja inmobiliaria dejó a la vista la dependencia y las debilidades de la industria del territorio, pivotada sobre la siderometalurgia. Finalmente, a partir del 2011, se produjo el hundimiento de las dos únicas grandes empresas industriales de la comarca. Primero fue el turno de Ramon Vizcaino, una empresa de refrigeración industrial nacida en plena dictadura. Ese mismo año declaró la suspensión de pagos a raíz de numerosas deudas y dejó a 400 trabajadores, mayormente hombres de más de 40 años, en la calle.

Algunos trabajadores reaccionaron rápidamente montando un pequeño taller y haciéndose de una parte de las actividades de la antigua fábrica. Después le llegó el turno a la Papelera, cuando la compañía siderúrgica española que se había hecho con ella justo antes del estallido financiero empezó a desplomarse con el derrumbe de la construcción. Pertener a un grupo fuertemente endeudado, donde la fabricación de papel no era uno de sus objetivos claros, llenó de ansiedad a los trabajadores. Los detractores a la venta recordaron las consecuencias de haber vendido la fábrica a una compañía foránea, donde los planes de negocio se diseñan a nivel de empresa y no a nivel de cada planta individual. Entendían que habían perdido todo el poder para presionar a la empresa al no estar ésta vinculada a la ciudad ni al territorio gipuzkoano.

Aunque para la planta de Errenteria los años de crisis habían sido años de crecimiento, debido a que su competencia había caído en la quiebra, actuando así prácticamente como monopolio, fue arrastrada por la compañía. En 2012, su principal acreedor, el BBVA, puso encima de la mesa la venta de la fábrica de Errenteria para reordenar la deuda del grupo, y dos años más tarde uno de los mayores fondos de capital de riesgo, la neoyorkina Kohlberg Kravis Roberts (KKR), compró la papelera. El aterrizaje de fondos de inversión en los sectores estratégicos del territorio gipuzkoano era una dinámica cada vez más repetida. Los/as trabajadores/as y los/as vecinos/as de Errenteria se enteraron por la televisión de la noticia, lo que hizo aumentar la ansiedad por el mantenimiento de sus puestos de trabajo, a sabiendas de que los fondos son la última vuelta de tuerca que expresa la sustitución del capitalismo industrial por el capitalismo financiero, donde las

tan, como cuando aplican unas políticas de recuperación de empleo de sectores masculinizados como la construcción, pero al tiempo recortan empleo público donde mayormente ocupado por mujeres. Véase Martínez-Tola, Cal-Barredo y Álvarez-González (2018) “Crisis y austeridad: amenaza para el empleo femenino en las regiones europeas” en *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*. Universidad Autónoma del Estado de México 77, pp. 29-53.

ganancias se vuelven cada vez más ajenas al trabajo productivo. Aquello fue un gran golpe simbólico para los/as vecinos/as de Errenteria, porque la historia de la fábrica estaba ligada a la ciudad, tanto que tenían un dicho que decía “antes cae el ayuntamiento que la papelera”.

A pesar de la recesión autoinfligida, la destrucción de empleo fue más moderada en estos años posteriores y, sin embargo, en esta etapa el desempleo llegó a su pico con un 17,1% de paro registrado, debido a la acumulación del desempleo de larga duración. Pero más allá del desempleo, lo realmente significativo de estos años con relación al empleo en Gipuzkoa fue la precarización de las condiciones de trabajo y la pérdida de poder en las negociaciones colectivas respecto al capital.

Sin duda La Reforma Laboral del 2012 fue un hito en ello. Ésta dio pasos abismales en la desregularización del mercado laboral, transformando el paradigma de las relaciones laborales del Estado español, al romper el equilibrio de poder en la negociación colectiva y haciendo que los salarios cayeran en picado, en aras de la competitividad (Del Pozo y Martín Carretero, 2013: 10-11). La reforma laboral introdujo novedades tales como el fin de la renovación automática de los convenios; la prioridad de los convenios de empresa frente a los de ámbito superior; y la extensión de posibilidades para la inaplicación de las condiciones pactadas en el convenio, con la finalidad de lograr un aumento de la flexibilidad interna de las empresas (Muguruza, 2015: 312).

Estos cambios fueron especialmente importantes en Gipuzkoa, debido a que la tradición sindical en el País Vasco había optado por la lucha de los convenios sectoriales/provinciales, teniendo algunos de los mejores convenios sectoriales del Estado, y donde los convenios de empresa se construían ampliando los acuerdos del convenio sectorial provincial, nunca para abajo (Muguruza, 2015: 323). De esta forma, en Gipuzkoa la gran mayoría de trabajadores (el 88%) tenía un convenio sectorial. La reforma fue de hecho clasificada por la mayoría sindical vasca como un chantaje, debido a que, mientras la patronal venía haciendo un bloqueo de los convenios sectoriales para que no se renovaran, ellos se vieron contra las cuerdas para aprobar nuevos convenios sectoriales provinciales más moderadas por miedo a pasar a convenios estatales de peores condiciones.

De esta forma, hubo una pérdida notoria de trabajadores con convenios realizados en Gipuzkoa⁵⁸, lo que implicó: uno, que algunas empresas se pasaran a convenios estatales; dos, que las empresas de menor tamaño que no acostumbraban a tener convenio de

⁵⁸ Como señala Muguruza (2015) en “Incidencia y resultados de la reforma laboral sobre la negociación colectiva en Euskadi”, es difícil conocer la realidad sobre si se han dejado o no de aplicar convenios colectivos que cumplen todos los requisitos para considerarlos decaídos, ya que coexisten situaciones en las que unas empresas deciden unilateralmente continuar aplicando las condiciones de un convenio decaído, y otras que, entendiéndolo que ha decaído, pasan a aplicar el superior. Según Muguruza, la primera de las situaciones es la más extendida hasta por lo menos el 2015.

empresa y con la sectorial decaída, cayeran en un vacío sin obligación legal de cumplir los mínimos del sectorial por el que se regían; y tres, que se aplicaran convenios decaídos, sin darse una actualización de las condiciones laborales (sin subidas salariales por ejemplo). De la misma manera, la reforma implicó la atomización de las luchas de los trabajadores por empresas, que antes de la reforma luchaban de manera conjunta (sectorial), y ahora con la reforma, daban prioridad a los convenios de empresa frente a los de ámbito superior. De este modo, algunos sindicatos apostaron por centrar las luchas en las empresas en vez de por sectores, introduciéndose en la trampa de la competitividad.

La reforma también fue significativa en otros dos aspectos que marcan cualitativamente una dirección en las relaciones laborales futuras. Por un lado, tras la reforma, las empresas tienen más facilidades para acometer despidos masivos sin que tengan que ser aprobados por la Delegación de Trabajo, por lo que el despido pierde en cierta forma su dimensión política y se convierte, en todo caso, en una cuestión técnica a resolver en los juzgados. Ese fue el caso por ejemplo de Catelsa, una empresa de la comarca que, aprovechándose de esto y del abaratamiento del despido, comunicó en 2012 a sus 61 trabajadores su intención de trasladarse a otro país con menores costes de producción. Por el otro lado, la reforma ha dado vía libre a las empresas para inaplicar convenios cuando concurran causas económicas, técnicas, organizativas o de producción, lo que ha marcado la tendencia hacia la devaluación salarial y la reducción de jornadas laborales⁵⁹.

La observación de indicadores estadísticos de Errenteria durante estos años confirma esta precarización. La devaluación salarial ya venía siendo un mecanismo ampliamente utilizado en una de las ciudades con las rentas de trabajo más bajas del territorio. Las razones detrás de esto, podrían ser una mayor concentración de micro empresas sin convenio, por el cual ajustaban los sueldos a la baja, y que la inmensa mayoría de empresas eran de nivel tecnológico medio bajo o bajo, lo que acarrea que el único costo realmente controlable fueran los salarios, o, en otras palabras, que la competitividad no se persiguiera desde el aumento del valor añadido sino desde la reducción de los costes salariales. Desde que se pusieran en marcha las políticas de ajuste también se observó un incremento significativo del empleo temporal, mientras seguían destruyendo empleo fijo hasta el punto en que, en el 2016, ya el 35% de los trabajadores asalariados era eventual, según Eustat.

También hubo una transferencia del empleo de tiempo completo al de tiempo parcial, como forma de reducir los costos y lograr más flexibilidad, lo que para los trabaja-

⁵⁹ Según Muguruza (2015: 335), aunque el número de inaplicaciones no es significativo todavía, ya se pueden ver ciertas tendencias: la gran mayoría de las inaplicaciones (el 72,8%), se concentraron en el sector servicios y se produjeron mayoritariamente en empresas de pocos trabajadores (inferiores a 50) y en materia salarial. De hecho, las inaplicaciones más recurrentes han sido respecto a la cuantía salarial, al sistema de remuneración y a la jornada laboral (Muguruza, 2015: 333), y eso a pesar del trabajo de los sindicatos que introdujeron “cláusulas anti-reforma”, sobre todo en los convenios de empresa de las grandes industrias, con el fin de reducir las facilidades obtenidas por las empresas tras la reforma laboral.

dores se tradujo en una intensificación del trabajo y en la extensión del subempleo, en tanto que la gente necesitó de más de un empleo para salir adelante. Durante estos años también se observa la apuesta por el autoempleo, impulsado por las Agencias de Desarrollo, a todas luces no como una iniciativa deseada sino como respuesta ante las dificultades de encontrar un empleo con suficientes ingresos. En resumidas cuentas, una gran parte de los trabajadores de Errenteria, que ya en tiempos de precrisis partían de condiciones más precarias que otras ciudades de la provincia, sufrieron de nuevo una nueva ronda de precarización de sus condiciones de trabajo durante estos años de crisis.

Por otro lado, la reducción del gasto social que trajeron las políticas de austeridad y de ajuste pusieron más carga a las economías ya precarizadas de grandes sectores de la población, y, como ha sido ampliamente documentado, tuvo consecuencias directas en la degradación de las condiciones de vida. Aunque estas políticas fueron de obligado cumplimiento para todas las comunidades autónomas, cada institución tenía margen para decidir de qué manera llevar a cabo las medidas de austeridad. De este modo, mientras que el gobierno autonómico del País Vasco, primero con los socialistas y después con la derecha nacionalista vasca, siguieron la tónica del gobierno central, la Diputación de Gipuzkoa y el Ayuntamiento de Errenteria reforzaron programas inclusivos de servicios sociales, apoyándose en una redistribución de la riqueza.

Entre las muchas medidas implantadas, el Gobierno Vasco también llevó adelante reformas que excluyeron de los recursos públicos a ciertas categorías de personas, especialmente a los migrantes. Durante estos años, los medios de comunicación alimentaron narrativas de hordas de migrantes que estaban llegando al País Vasco en busca de las prestaciones sociales más avanzadas del Estado, además de que día sí y día también mostraron supuestos casos fraudulentos de acceso a las prestaciones normalmente de personas migrantes, lo que alimentó todavía más conductas xenófobas de una parte de la población. En Errenteria los conflictos con el colectivo magrebí subieron de escala durante estos años.

Por ejemplo, el Gobierno Vasco en manos de los socialistas, sacó adelante en el 2012 una reforma del Sistema Vasco de Garantía de Ingresos. Entre otras ayudas, comprende la Renta de Garantía de Ingresos (RGI), una especie de renta mínima periódica que representaba ser la más avanzada del Estado. Por un lado, la reforma supuso un desplazamiento del derecho universal a la ayuda al merecimiento de los perceptores, lo que implicó que, a partir de entonces, las personas que recibían la RGI tuvieran que estar buscando empleo activamente. Por otro lado, la reforma endureció los requisitos de acceso al RGI elevando el empadronamiento de uno a tres años, y redujo la cuantía total de la ayuda en un 7% para, se dijo, llegar a más gente. Como consecuencia, se redujo la capacidad de atender a la creciente población empobrecida y, debido a la reducción de

la cuantía, no consiguieron que los perceptores superaran el umbral de la pobreza (De la fuente, 2014).

La reforma fue parcialmente contrarrestada por la Diputación de Gipuzkoa, gobernada por la izquierda independentista (2011-2015), implantando ese mismo año una nueva prestación llamada Ayuda de Garantía de Ingresos (AGI) que reducía el requisito de prestación a seis meses y, con el cual pretendía proteger a los hogares que se habían quedado fuera tras el endurecimiento de los criterios del Gobierno Vasco, unas 500 o 600 familias gipuzkoanas aproximadamente. Según Udalmap⁶⁰, para el 2015 el 28,97 ‰ (por 1000 habitantes) de Errenteria recibía el RGI. La Diputación de Gipuzkoa insistió que la clave debía ser una mejor redistribución de la riqueza con la que contaba el territorio, y justificó sus medidas de protección social apoyada en la implementación de unas medidas de fiscalidad más justa. Por eso, en 2013 y haciendo uso de sus competencias, implantó el Impuesto Sobre las Grandes Fortunas. El impuesto lo pagó el 1,1% de la población del territorio, y solo el primer año se recaudaron 58 millones que representaba aproximadamente el 1,5% de la recaudación de Gipuzkoa y un 0,29% del PIB.

En la misma sintonía que la Diputación de Gipuzkoa, el Ayuntamiento de Errenteria, también gobernado por Bildu y Errenteria Irabaziz (candidatura local de Elkarrekin Podemos), priorizó las políticas sociales ante los ajustes del Gobierno Vasco. De hecho, durante varios años consecutivos, fue el municipio de más de 20.000 personas de todo el Estado con más gasto social por habitante, un ranking que por lo habitual estaba encabezado por municipios vascos.

7. Salida de la crisis ¿o polarización social?

A partir del 2015 se comenzó a hablar de la salida de la crisis y del fin de las políticas de austeridad. Más empleo, mayor PIB, la reducción del desempleo, el aumento de los sueldos, el incremento del gasto de los presupuestos públicos del Gobierno Vasco –aunque en ninguno de los casos a los niveles precrisis–, o las nuevas ofertas públicas de empleo, entre otros, fueron los indicadores utilizados para afirmar la recuperación de la economía vasca tanto por parte de los medios de comunicación como por el Gobierno Vasco.

Errenteria también mostró centros indicios de recuperación económica. El desempleo bajó al 10,8% en 2018, se empezó a generar más empleo que el que se destruía en la ciudad, y los salarios, aunque seguían siendo marcadamente más bajos que la media del territorio, crecían lentamente.

⁶⁰ Véase la evolución (2003-2018) de personas beneficiarias de la Renta Garantía de Ingresos elaborado por Udalmap (figura 11) en anexos.

Sin embargo, lo que señalan diversos estudios⁶¹ para el conjunto del País Vasco es que, al tiempo que se daba esta mejora en los indicadores generales, se incrementaron también las situaciones de pobreza y exclusión que se habrían aumentado desde la puesta en marcha de las políticas de ajuste estructural del 2012. Es decir, lo que se esconde es un proceso de polarización económica derivado en gran parte de una distribución muy desigual del impacto de la recuperación económica. Por ejemplo, en el País Vasco entre 2016 y 2018, el 10% más pobre incrementó sus ingresos en un 1,3%, y el 70% más rico en un 5,3%. Es decir, los buenos sueldos crecieron más que los malos sueldos (EPDS, 2019: 74). A grandes rasgos, desde el inicio de la crisis se han reducido las posiciones intermedias en la sociedad vasca. Los que más tenían, más acapararon, y los que más escasez de recursos tenían, más carencias acumularon. La crisis ha supuesto para algunas personas una oportunidad, pero para la mayoría ha supuesto una precarización y una movilidad social descendente.

Son muchos los factores que han incidido en esta polarización económica, desde las dificultades de inserción laboral de ciertos colectivos de personas, hasta la falta de recursos entre los más necesitados debido al empobrecimiento persistente. Pero entre estos, cabe destacar el impacto de las políticas de austeridad y ajuste en la población más precarizada también en los años de recuperación económica. Es decir, las políticas de austeridad no sólo reforzaron una dura recesión económica, sino que han generado un marco de recuperación muy desigual entre su población. En Gipuzkoa, estos años están marcados por nuevos recortes en las prestaciones sociales y el fin de las políticas fiscales redistributivas a raíz de la entrada del PNV a la Diputación. Entre las medidas que muestran el giro neoliberal de las políticas económicas, están, por ejemplo, la retirada de la ayuda AGI o el endurecimiento de las medidas para otras prestaciones sociales. De este modo, aunque el número de beneficiarios de las ayudas ha bajado los siguientes años, en realidad está reflejando también la exclusión de ciertos colectivos a las mismas.

El Ayuntamiento de Errenteria, en su intento de contener la desigualdad social, ha asumido la inmensa mayoría del gasto de la política social. Por ejemplo, en el periodo del 2011 al 2017, mientras que el Gobierno Vasco sólo aumentó un 7,8% su presupuesto para Ayudas de Emergencia Social (AES) el Ayuntamiento lo incrementó en un 877%⁶².

⁶¹ El incremento de situaciones de pobreza y exclusión, y el fenómeno de polarización social de esta etapa, son conclusiones reconocidas por multitud de análisis de distinto signo. Véanse el informe de resultados del módulo EPDS-Pobreza de la Encuesta de Necesidades Sociales elaborada por el Órgano Estadístico del Departamento de Empleo y Políticas Sociales del Gobierno Vasco (2008); El informe de la Encuesta de Necesidades Sociales, el III Informe sobre Pobreza y Exclusión Social en Gipuzkoa, promovido por el Departamento de Políticas Sociales de la Diputación Foral de Gipuzkoa; el Informe sobre exclusión y desarrollo social en el País Vasco, de Cáritas (2018), que recoge los resultados para el País Vasco de la encuesta sobre exclusión social que la Fundación FOESSA (2018) ha realizado a nivel estatal.

⁶² Fuente: Ayuntamiento de Errenteria: <https://herribizia.errenteria.eus/es/2017/12/01/segun-un-estudio-externo-el-ayuntamiento-de-errenteria-es-el-que-mas-invierte-en-cohesion-social-del-estado/>

O mientras que el Gobierno Vasco, en el 2017, dejó fuera de las ayudas a las personas con impagos de hipoteca a partir del segundo año, el Ayuntamiento dirigió presupuesto para evitar desahucios también el resto de los años. Aunque las políticas municipales han resultado relativamente eficaces para paliar los casos de extrema pobreza y exclusión, lo que se vive hoy en Errenteria es un proceso de precarización de las capas medias de la sociedad, que solo está siendo parcialmente contenida desde los recursos de las familias.

8. A modo de conclusión

En este capítulo se ha mostrado el proceso histórico y los grandes movimientos económicos y políticos por los cuales se han transformado las condiciones de reproducción social de un antiguo bastión industrial vasco. Un proceso que narra la relegación y devaluación de esta ciudad y de su gente, al pasar de ser una de las ciudades “milagro” del País Vasco en los sesenta y setenta, hasta convertirse en una ciudad de servicios precarizada del extrarradio de la capital a partir de la reestructuración industrial de los ochenta en el contexto de la adhesión a la CEE.

En ese proceso no sólo observamos el auge de una economía financiera que relega los antiguos centros industriales, sino también dinámicas históricas de diferenciación dentro del capitalismo europeo. En ese sentido, esta es también una historia de promesas y desencantos. Para los vecinos y vecinas de esta ciudad, Europa prometía la consolidación de los derechos democráticos y laborales y mejores medios de vida. Sin embargo, fue el comienzo de la destrucción de sus medios de vida. Europa dio inicio al giro neoliberal, pero también a la subordinación de la industria española y vasca a los intereses específicos de las grandes multinacionales europeas. Para los trabajadores/as errenterianos/as los marcos de responsabilidad a través del trabajo se rompieron entonces.

Europa terminó siendo un regalo envenenado. Es cierto que los fondos europeos proporcionaron una defensa al principio, a través de subvenciones y la consolidación de un Estado de Bienestar, pero también desmanteló el tejido industrial y expandió la precariedad en nombre de la competitividad. Errenteria entró en una gran crisis por más de una década. La generación mayor, vivió un proceso de exclusión económica, mientras los jóvenes se encontraron con un mercado laboral más precario.

A lo largo del capítulo se muestra un desarrollo histórico con dos procesos aparentemente contradictorios. Por un lado, la precarización de los medios de vida y la creciente desigualdad social. Del otro, una financiarización que ha permitido mantener una dinámica expansiva del consumo. Y es que por contradictorio que parezca, la prosperidad de estos años no se dio en base a una expansión de ingresos salariales o de políticas de redistribución de la riqueza, si no en base a la financiarización de las economías domésticas y la centralidad

de los activos inmobiliarios. Esto dio paso al endeudamiento de las nuevas generaciones.

Sin embargo, con la crisis financiera, los cimientos de esta prosperidad quedaron al descubierto. El cierre del crédito fácil, junto a las políticas de ajuste estructural impuestas por la Troika, han estrechado el poco margen de reproducción social que tenían los hogares de clase trabajadora.

Como ya está bien documentado, estas políticas de ajuste estructural han afectado la capacidad de las personas de asegurar incluso su propia reproducción física, como lo reflejan el aumento de los bancos de alimentos o los hogares que señalan que tienen problemas para asegurar una temperatura que consideran adecuada en el hogar⁶³. Las consecuencias de esta presión económica impactan también en el bienestar psicológico y mental de las personas, lo que podría estar reflejándose en el considerable aumento de los suicidios en los últimos años en territorio vasco⁶⁴.

Pero más allá de los casos más dramáticos donde se ha llevado al límite la propia capacidad de supervivencia, la precarización de amplias capas de la población indica, fundamentalmente, la dificultad creciente de una parte de la clase trabajadora de sacar la vida adelante de la manera y en las condiciones que lo venían haciendo las últimas dos generaciones. Es decir, por aquellas generaciones criadas en los 50 y 60, que, aunque sea por un periodo corto de tiempo, bebieron de los frutos del fordismo. Ahora, en las condiciones de ajuste estructural es realmente complicado manejar las prácticas que habían permitido a estas generaciones ganarse la vida y mejorar sus oportunidades futuras. Y una muestra de ello es el crecimiento de las personas con impagos o con atrasos en el pago de alquileres, créditos, hipotecas o recibos, el cual ha sido de 122% en números absolutos desde el 2008, abarcando al 6,5% de la población (Gobierno Vasco, EPDS, 2019: 10).

En definitiva, los hogares de Errenteria son los protagonistas de este proceso histórico complejo que muestra las bases cada vez más estrechas del capitalismo neoliberal, el cual condena a buena parte de las clases trabajadoras, ya sea a la precariedad, al endeudamiento o directamente a la exclusión, para lograr su propia reestructuración. Ahora, al tiempo que la desigualdad crece estos hogares están atrapados entre los recuerdos de la prosperidad del pasado y el desencanto sobre la precariedad del presente, mientras hacen lo que pueden, para mantener vivas las expectativas sociales de una vida digna y un futuro mejor.

⁶³ En el País Vasco, si en 2008 el 4,1% de los hogares declaraba pasar frío en casa en el último invierno por razones económicas en 2018, la cifra aumentaba al 9,3% (Gobierno Vasco, 2019: 17).

⁶⁴ Según Eustat, la tasa de mortalidad de suicidio pasó de una tasa de 5,84 (por cada 100.000 habitantes) en el 2010 a un 9,83 en 2016.

– Capítulo 2 –

¿EL OASIS VASCO? LA DISPUTA DE LOS SIGNIFICADOS Y EXPLICACIONES DE LA (NO) CRISIS DESDE ABAJO

1. Introducción: el mito del Oasis Vasco

La crisis financiera del 2007-2008 ha tomado una expresión diferente en cada territorio, en función de las relaciones sociales y materiales particulares de cada lugar, así como por la posición relacional que ocupa en los circuitos de acumulación del capital global y en la división internacional del trabajo.

Numerosos estudios (Méndez, 2014; Murua y Ferrero, 2015) han confirmado la fortaleza del País Vasco ante la crisis del 2008. Entre los muchos factores que suelen considerarse, una de las más recurrentes es la que apela a su estructura y especialización productiva. De este modo, señalan el menor peso de las actividades inmobiliarias, la construcción y el turismo, y en cambio, resaltan la economía local basada en la complementariedad de la industria y los servicios, con una presencia importante de la industria metalmeccánica que habría sorteado mejor la última crisis. Asimismo, suelen destacar la estabilidad del empleo industrial haciendo referencia a que ésta ya ha sido ampliamente renovada y reducida en los sucesivos planes de reestructuración comenzados en los ochenta. Es decir, su plantilla está tan ajustada, que ni en época de bonanza ni en crisis las cuotas de empleo se alteran demasiado (Méndez, 2014: 86). Otro de los factores a los que hacen alusión las explicaciones sobre la diferencial expresión de la crisis en el País Vasco, es la fuerte presencia de cooperativas y de la denominada economía social vasca, que habría echo mano en mayor medida de una política de priorización del empleo, optando por medidas de ajuste laboral distintas al despido de trabajadores (Murua y Ferrero, 2015: 6). De este modo, se señala que la estabilidad de la estructura productiva vasca habría permitido mantener tasas de consumo más estables, aminorando la contracción de los servicios (Méndez, 2014: 95).

Más allá de las variables referentes a la estructura productiva, otros elementos que suelen repetir los expertos, es el menor endeudamiento financiero o incluso la mayor

acumulación de conocimiento en la población, las empresas y las instituciones, ante la evidencia de que buena parte de los empleos destruidos correspondería con los estratos inferiores de la pirámide ocupacional (Méndez, 2014: 67). Del mismo modo, también se suele aludir a las particularidades institucionales del País Vasco, en concreto, al Sistema Vasco de Protección Social, que habría tenido más recursos para paliar y contener las situaciones de pobreza (Funcas, 2019). Sin embargo, las explicaciones sobre el impacto diferencial de la crisis en el País Vasco suelen olvidar generalmente otras variables sociales que en esta tesis se muestran fundamentales, tal como la alta proporción de pensiones altas de ex trabajadores de la industria, que habrían hecho de sostén de las redes familiares en el contexto de crisis en el País Vasco.

A rasgos generales los estudios académicos vienen a concluir que esta crisis en el País Vasco se expresa de una forma diferencial a por ejemplo comunidades del sureste del Estado español o a algunos territorios del sur de Europa, en tanto que en el contexto vasco ésta se expresa más desde la precarización del trabajo y el deterioro de las condiciones de vida que en situaciones dramáticas de despidos masivos, sobreendeudamientos o desahucios. De esta forma, es razonable afirmar que en el contexto vasco la crisis del 2008 no es del todo visible y que más bien puede estar contenida mediante el aumento de la interdependencia familiar, la sobrecarga de trabajo (por ejemplo, el aumento de trabajo no remunerado o el pluriempleo para hacer frente a la pobreza medida por los ingresos) o la dependencia de las prestaciones sociales, lo que solo en parte palió la crisis de los medios de vida, las esperanzas y las expectativas de los ciclos de vida.

Además, muchos estudios sobre la crisis del 2008 han obviado que lo que en parte está detrás de la precarización y el deterioro de las condiciones de vida han sido las denominadas “políticas contra la crisis”, es decir, las políticas de austeridad y ajuste que, aunque se han desarrollado de formas distintas en cada territorio, han sido de obligado cumplimiento en todos ellos.

Sin embargo, el Gobierno Vasco ha utilizado estos estudios interesadamente llegando a afirmar el menor impacto de la crisis en el territorio vasco o directamente la ausencia de esta. Pero más generalmente, ha generado modelos explicativos “expertos” que reducen las complejidades en las que se manifiestan las crisis según las particularidades y las relaciones de cada lugar y tiempo histórico, privilegiando unas manifestaciones por encima de otras y reforzando de esta manera imágenes simplistas y homogenizantes de las representaciones de la crisis. Poner atención en los modelos expertos es importante porque estos tienen fuerza performativa en tanto que generan los marcos desde donde entender lo que denominamos crisis, así como sus causas, efectos o afectados entre otros.

Según Diana Sarkis y Stamatis Amarianakis (2020: 622) estos modelos explicativos “expertos” de economistas, políticas o periodistas han empleado tres imágenes orgánicas

y corporativas del sur de Europa en crisis. La primera se basaría en la escenificación de la crisis del 2008 como un estado excepcional de perturbación, ciego a la clase, que afecta a todo el cuerpo social. La segunda imagen se centraría en que las entidades nacionales comparten la responsabilidad de haber forzado el colapso económico a través de su mal comportamiento colectivo en el sur, resultado de la corrupción, el consumo conspicuo y la falta de un espíritu de trabajo duro. Mientras que la tercera vendría a representar la austeridad como “la cura” para la crisis y la regeneración del cuerpo social.

Para el País Vasco, este discurso hegemónico de la crisis se ha traducido en la actualización del histórico mito del “Oasis Vasco”, por el medio del cual se vendrían a afirmar por lo menos tres ideas. La primera, el País Vasco se ha librado –en gran parte o completamente– de la crisis, como si de una isla o, mejor dicho, un oasis se tratara. En segundo lugar, se resalta el buen comportamiento de las instituciones y los gobernantes vascos (ya no se apela tanto a la raza si no a su genialidad como gestores) y de la población vasca de haber logrado sortear o ser más resistentes ante la crisis, resultado de la ética de trabajo, y el espíritu de sacrificio (vida humilde y no de excesos) entendidas como definiciones o estereotipos culturales propios de ser vasco/a. Y, por último, un discurso que elogia el camino duro de la austeridad para no caer como *otros* en la degradación social. Y es que, la metáfora del oasis alude tanto, o más, a lo que se es como a lo que no se es, en tanto que remarca que el País Vasco es un territorio de recursos económicos, humanos y morales, amenazado por la escasez material y la devaluación moral (perezosos, gastadores) que lo rodea.

El mito del “Oasis Vasco”, como discurso ideológico, tiene entonces una fuerza performativa al menos en cuatro sentidos: Primero, su reproducción desvirtúa la manifestación de la crisis en el País Vasco, dando a entender que no ha habido crisis cuando, en realidad, lo que se observa es una transferencia de la crisis a los hogares, y en especial a las generaciones mayores con pensiones altas que están sosteniendo las redes familiares. Al mismo tiempo, el mito sirve para situar la responsabilidad individual o el fracaso moral individual de aquellos casos más dramáticos que se dan en el País Vasco, al tiempo que normaliza ciertos procesos de precarización, deterioro de las condiciones de vida o ruptura de expectativas fuera del paraguas de la crisis.

Segundo, al poner el foco en el territorio, este mito sirve para omitir las desigualdades internas mediadas por la clase, el género, la generación, la raza o el estatus migratorio, e incluso para omitir las diferencias territoriales internas que se han constatado como significativas en el contexto vasco (Murua y Ferrero, 2015: 7-12).

Tercero, presenta las crisis (o su ausencia) en términos culturalistas más que en término político económicos o sistémicos, de modo que se esencializan y naturalizan las relaciones sociales y político-económicas que generan desigualdad entre regiones y gru-

pos sociales. En este sentido, se da a entender que la crisis es el resultado de un fracaso moral cultural de territorios enteros, de tal forma que contraponen valores y estereotipos culturales entre el sureste y el norte del Estado español: los primeros siendo definidos desde una identidad perezosa, malgastadora, vaga y holgazana mezclados con creencias como “están todo el día en la playa”, mientras que los segundos, desde la cultura del sacrificio, la seriedad, la fortaleza o la humildad. Estas construcciones discursivas omiten otros factores como por ejemplo el hecho de que, en el sureste del Estado español, los sueldos y las pensiones sean más bajos. Como señala Yiannis Mylonas (2014: 7) para el contexto griego, este tipo de discurso llega a enmarcar la misma corrupción en términos culturales y no estructurales: no se trata de la mezcla de las empresas con el poder político, sino del estilo de vida y los hábitos de los ciudadanos. En resumidas cuentas, logran presentar al País Vasco, y a los vascos/as, como un país y una ciudadanía moderna a la altura de Europa, mientras que se vuelve a representar a España como atrasada. En ese sentido, se señala que las políticas de austeridad que avala este discurso tienen un papel educativo y disciplinario.

Y, por último, el mito del “Oasis Vasco” refuerza las políticas neoliberales al señalar que, si el País Vasco no ha caído en la crisis es, en parte, porque las élites políticas vascas ya han hecho los deberes y ya venían aplicando medidas duras. De esta forma presenta principalmente su política industrial y, en concreto, la reconversión industrial como un acierto que, aunque impopular, ha permitido ahora ser más resistentes a la crisis del 2008. Se omiten así otras variables significativas en el contexto vasco, como la estrategia rupturista y de enfrentamiento adoptada por el sindicalismo soberanista vasco (LAB –Langile Abertzaleen Batzordeak– y ELA –Euskal Langileen Alkartasuna–), el cual opta por un uso frecuente de huelgas (probablemente desde los 2000 protagoniza los índices más altos de huelgas de Europa) en contraposición al sindicalismo estatal (CCOO y UGT) más proclive al diálogo social (Las Heras y Rodríguez, 2020: 1-2).

Aunque el mito es reproducido por la gente común y corriente en su día a día, éste es cuestionado y resignificado, en parte, debido a que tiene un encaje incómodo con la experiencia material de precarización y retroceso que la mayoría de mis interlocutores/as vienen a manifestar. De hecho, estas personas disputan la ausencia de la crisis, uniendo el contexto actual de precarización y austeridad como la continuidad de otros episodios pasados, en concreto, la reconversión y la reestructuración industrial comenzados en los ochenta. De hecho, estos recuerdos sirven para enmarcar y comprender los tiempos actuales de ajuste estructural y crisis de los medios de vida, las expectativas y las esperanzas.

Precisamente éste es el objetivo de este capítulo, acercarnos a las significaciones y comprensiones de la crisis entre las clases trabajadoras de Errenteria, y ver cómo reproducen, cuestionan y resignifican los modelos explicativos expertos de la crisis, que en el

País Vasco toman la forma particular del mito del “Oasis Vasco”. Para ello se examinan las metáforas, así como los recuerdos que reactualizan para comprender los actuales tiempos de crisis.

2. De la ausencia de la crisis a la vida en crisis

La llegada al campo estuvo mediada por un fenómeno que en un primer momento llevó a cuestionarme las bases de esta disertación, y es que la gran mayoría de las personas que iba conociendo al introducirme al campo negaban la vivencia personal de la crisis, así como su impacto generalizado a nivel social en el contexto vasco. Por lo general, en las primeras interacciones en que explicaba las razones de mi estancia en Errenteria, se solía producir un silencio incómodo. Salvo unas contadas excepciones de familias que se habían ganado la vida desde la construcción, como la familia de Alba, una de mis primeras interlocutoras, el resto de la gente no se percibía afectada por la crisis y señalaba que, en su entorno próximo, tampoco tenían casos o ya lo habían superado.

En un primer momento pensé que podía estar operando la vergüenza, pues conocía las dificultades que tenían algunos de ellos para llegar a fin de mes y sin embargo se resistían a percibirse como afectados por la crisis. Esto contrastaba enormemente con la claridad con la que se expresaba Alba a sus 25 años. Sin tapujos, esta joven me contó sin apenas conocernos cómo la crisis del 2008 desbarató a su familia. De cómo sus padres perdieron el trabajo, que tenían problemas para llegar a fin de mes y hacer frente a los pagos de la hipoteca, que tenían una sanción pendiente en la administración por unas prestaciones sociales, de cómo habían acudido a bancos de alimentos, de cómo ya no comían carne con frecuencia, o de cómo sus padres dependían del dinero que ella llevaba a casa.

A Alba que la gente no hablara de sus problemas para hacer frente a la crisis era algo que le molestaba, especialmente porque decía sentirse todavía más señalada, y culpada. En su opinión, sin hacer colectivo un problema que era común no se iba a solucionar nada, pero para ello la gente debía de dejar de ocultar su situación:

¿Pero esa gente que no está en la mierda, mierda, mierda, y no está bien tampoco qué? ¿Qué pasa con toda esa mitad? Porque hay un montón de gente que trabaja todos los putos días y no llega al fin de mes. Al final eres un esclavo de tu propio... estas sobreviviendo yendo al trabajo, trabajando, ganando dinero, ¿para qué? ¿Para que al final de mes estar otra vez a cero? El día uno cobras y ya estas a cero porque ya te has quedado sin nada porque entre alquiler, comida y luz eso ya no tienes nada. Pues al final no eres pobre porque no estas en la calle, pero eres pobre de vida, ¡no tienes vida! Y eso, cuando estás mal en el día a día no te das cuenta porque lo estás haciendo, porque no tienes necesidades básicas cubiertas, entonces estas en un ins-

tinto más básico de supervivencia, ¡pero a nada que te da por pensar! ¡la has cagado! ¡La has cagado! Pues te pasa como a mi padre. (...) Porque luego es que no se ve. ¡Es que joder, no se ve y nadie lo sabe! Porque luego además hay un montón de vergüenza de eso. De deber dinero, de no llegar a fin de mes. Todo el mundo es como que lo oculta. Porque sacas la cara de “bua si estoy muy bien, estoy muy bien”. Pero eso se tiene que ver, tiene que saberse. Vale no te digo que vayas a manifestaciones, o a la huelga, porque eso también tiene super mala connotación “porque hacen huelga, porque van a las manifestaciones” no sé eso también tiene super mala connotación, pero tío, ¡joder! Tiene que saberse, ¡tiene que saberse! De un modo u otro tendrás que decirlo o hacer que se vea de alguna manera. Todo el mundo lo intenta tapan. ¿Pues que pido dinero en esto? ¡Pues sí! lo pido porque no tengo dinero, no tengo un puto dinero. ¿Me voy a argentina? Pues sí, porque no tengo trabajo aquí. Pues no sé, no ocultarlo. Porque al final si lo tapan unos y lo tapan otros. No se soluciona. ¡Y hay que pedir! Hay que pedir soluciones. Hay que pedir cosas. Yo a mis padres les he dicho una y otra vez. Han tardado, pero ya han empezado a moverse. Ha ido a hablar con el alcalde, pidió una cita hace poco (Alba).

Sin embargo, como he dicho, la mayoría de mis interlocutores/as, se resistía a pensarse a sí mismos en términos de crisis. Es más, algunos incluso me hicieron observaciones contrarias a la retórica general de una situación económica en declive en la ciudad, y señalaban el consumismo de la gente, jactándose, por ejemplo, del bullicio de las terrazas, para terminar, diciendo algo así como “me rio yo de la crisis”.

Una primera observación de sus comentarios parecía indicar la reproducción del mito del “Oasis Vasco”. Por un lado, se apoyan en el lenguaje económico de la rentabilidad y la competitividad, señalando la buena marcha de las empresas vascas y reproduciendo la idea de que la supervivencia del trabajo y el bienestar del trabajador depende de la competitividad de estas en el mercado global. Por el otro, se centran en la buena gestión de las instituciones públicas vascas, argumentando que aquí no hay tanta corrupción como en otros lados. Ambos argumentos, refuerzan la idea de que en el País Vasco no ha calado la crisis tan honda como en otras partes. Así también Jone Miren, educadora infantil de 36 años, que cuando le pregunté a qué se debía que la crisis no hubiera golpeado tan fuerte en el País Vasco, como minutos antes ella me había afirmado, me contestó lo siguiente:

Pues igual es que aquí ha habido empresas potentes, no sé, mis amigos están en la papelera, en CAF⁶⁵, de profes. Luego aquí hemos tenido la administración vasca también (Jone Miren).

⁶⁵ Construcciones y Auxiliar de Ferrocarriles, más conocido por las iniciales de CAF, es una empresa con sede principal en Gipuzkoa, en la comarca del Goierri, dedicada a la fabricación de trenes y material ferroviario.

De manera similar, Iker, un socio trabajador de una pequeña cooperativa de la economía social y solidaria, apuntaba que el empleo público era uno de los elementos claves por el cual una gran parte de la sociedad no había vivido la crisis. De hecho, en todo caso, él a sus 33 años, se consideraba el más precario de todo su círculo social:

En mi círculo cercano no he visto a nadie que le ha afectado la crisis, porque todos han conseguido trabajo de profesores y así, bastante rápido y en unas condiciones de trabajo bastante buenas para lo que había. Entonces, en mi círculo no lo he visto (Iker).

Aunque reproducían en parte el mito del “Oasis Vasco” mis interlocutores/as no negaban la precarización en múltiples aspectos de sus vidas, desde la ansiedad de no poder asegurar los medios de vida, las dificultades de salir de la casa familiar, la dependencia de los subsidios sociales o del apoyo familiar, la falta de oportunidades y de horizontes a futuro, o hasta directamente la percepción de la movilidad social descendente. Más bien no se identificaban con las representaciones hegemónicas de la crisis, ni creían que el origen de su crisis de medios de vida se originara en el 2008, por lo que no se sentían cómodos utilizando la gramática de crisis.

Por una parte, a algunos les resultaba pretencioso asumirse en crisis debido a que asociaban el término al desempleo de larga duración, el sobreendeudamiento y los desahucios, o a familias desesperadas acudiendo a los bancos de alimentos. Muchos de ellos, sin embargo, habían conseguido mantener el empleo o estaban acostumbrados a ser eventuales y estar en el desempleo intermitentemente mientras buscaban de nuevo trabajo. Algunos habían renunciado a hacer grandes viajes y en su lugar hacían viajes más pequeños. Se habían ajustado un poco más el cinturón, pero poco más. Además, señalaban que ellos tenían el apoyo de las redes familiares, hasta el punto de que algunos se auto-percibían privilegiados, lo que hacía más complicado, según ellos, denominarse como afectados de la crisis.

Así lo afirmaba Eider, trabajadora eventual del sector público desde hacía más de cinco años, y que anteriormente se había ganado la vida en distintas empresas culturales privadas. En verano de 2018, a sus 42 años, se había quedado en el desempleo precisamente por la aplicación de unas medidas de austeridad por parte de la administración pública. Aun así, en su tercer mes en el desempleo decía que debido al apoyo familiar con el que contaba no se percibía como afectada la crisis. Eider argumentó la seguridad que tenía en la vivienda, la cual era una segunda vivienda de los padres, y aunque pagaba un alquiler, veía razonable que si el desempleo se alargara, sus padres reducirían o directamente le quitarían el alquiler. También consideraba que si la situación se ponía peor, sus padres podrían sostenerla sin demasiado apuro. De ahí que se percibiera como una

privilegiada: “Yo soy una privilegiada porque tengo un colchón, o sea, yo no tengo las preocupaciones que pueden tener algunos”.

Por otra parte, a mis interlocutores/as tampoco les encajaba situar el origen de sus crisis en el 2008. De hecho, cuando empecé a realizar historias de vida, casi nadie se detenía o mencionaba los años de crisis del 2008. Horas de grabadora sin que hicieran referencia directamente a la noción de crisis hasta que yo la forzaba. En líneas generales, sus vivencias de despidos, disminución de sueldo, proyecciones de migrar, falta de oportunidades laborales, hijos regresando a casa, o postergaciones de maternidad precedían en muchos casos al 2008, si bien en muchas de sus historias de vida se podía apreciar que en los últimos años estas vivencias o dificultades se habían reforzado. “Es que aquí se empezó a escuchar de crisis mucho antes” me argumentó Ana, una mujer de 52 años una vez, señalándome que la verdadera crisis en la ciudad sucedió en los ochenta y noventa. Ella era la hija menor de un obrero papelero y una ama de casa, ambos de origen castellano, que llegaron a Errenteria en la década de los cincuenta. A ella la crisis –me dijo–, le pilló en la veintena y, de este modo, pasó a ser considerada una de esas jóvenes sin futuro, a los que se les tildó de ser la “generación perdida”. Ana recuerda a amigos que se fueron con la heroína precisamente ante la falta de oportunidades de sacar la vida adelante. De hecho, ella solo ha conocido lo que denominó como “currillos”, es decir, empleos de corta duración, mal pagados, muchas veces en la informalidad, y generalmente en tareas menos valoradas y con menos estatus que el empleo industrial. Como ella, todos mis interlocutores/as establecían los ochenta como el verdadero hito, el fin de un modo de vida y el comienzo de otra. Un punto y aparte. “Hubiera estado bien que llegaras aquí en los 90, aquello sí que fue una crisis”, fue una frase repetida en el más de año y medio que viví en Errenteria.

Para ambas generaciones la crisis fordista fue el comienzo de la crisis de sus medios de vida, cuando cientos de vecinos/as, si no miles, fueron declarados “sujetos desechables” (Mbembe, 2003) con los planes de reconversión industrial de los ochenta. Aunque la crisis se contuvo parcialmente con los fondos europeos y la financiarización de las economías domésticas –que les permitió abrazar un estilo de vida de clase media mientras se endeudaban–, para cuando estalló la crisis financiera del 2008 las condiciones precarias de trabajo ya estaban bastante extendidas. De esta forma, reconocen que esta última crisis ha precarizado más si cabe el mercado de trabajo y disminuido oportunidades de trabajo, pero que ya venían lidiando con ello tiempo atrás. Por ejemplo, Ana, que se ha buscado la vida de una variedad de maneras (desde el empleo formal al informal, el autoempleo, una variedad de sectores, y viviendo aquí y allá), señalaba que cada vez le resultaba más difícil encontrar un trabajo, incluso un trabajo precario: “Siempre he tenido mucho acceso a mierdas de trabajo, y ya ves, que ahora ya no hay ni mierdas”. Es decir, para los y las ve-

cinas de esta ciudad, hayan vivido en primera persona la crisis fordista o se hayan criado con las historias de las ruinas industriales, los ochenta representan la verdadera crisis de la clase trabajadora. Es entonces cuando sienten que perdieron el control real o percibido sobre los medios de ganarse la vida. Para estos, las vivencias actuales de precariedad, falta de oportunidades o de horizontes comenzaron entonces.

Ahora bien, aunque ambas generaciones marcaban las continuidades con la crisis fordista, ésta se manifestaba y agarraba significados diferenciados según la generaciones. Los mayores disputaban desde sus propias vivencias, recuerdos y emociones la idea de excepcionalidad de la nueva crisis. Para estos, la crisis actual en términos de precariedad o falta de oportunidades laborales era claramente una consecuencia de lo sucedido en la ciudad en los ochenta, cuando la reestructuración y reconversión industrial destruyó gran parte del trabajo estable y de “sueldos superiores”, a favor de un mercado terciarizado y precario. Sus historias de vida terminan y empiezan aquí. Es entonces cuando se rompe la percepción de que con el esfuerzo de su trabajo se podían labrar una vida digna. Y para ellos, que eran parte de familias que habían migrado a Errenteria precisamente creyendo en la promesa de la ética de trabajo, esto representaba una ruptura de sus proyectos de vida.

La mayoría de mis interlocutores/as mayores (de más de 60 años) ya estaban jubilados o esperaban jubilarse en breve, y muchos, aunque no todos, esperaban unas pensiones altas debido a sus trabajos industriales. Para ellos, la desindustrialización no fue una consecuencia de la crisis industrial de finales de los 70, o no solo. Describían la crisis fordista como un desmantelamiento que se efectuó bajo la promesa de entrar a Europa, donde los principales ganadores fueron los capitales extranjeros, y los perdedores los trabajadores/as vascos/as. De esta forma, señalaban la irresponsabilidad y la avaricia de los empresarios vascos y españoles, y la traición de los poderes políticos que dejaron que la clase trabajadora vasca pagara los platos rotos.

Desde su perspectiva, la desindustrialización fue la consecuencia, por una parte, de años de dejadez empresarial, de empresarios vascos y españoles que no invirtieron en las empresas, y cuando llegó el momento, en vez de dar un pulso, agarraron el camino fácil y vendieron las fábricas irresponsablemente. En ese sentido responsabilizaron a las élites empresariales vascas y españolas de traicionar a los trabajadores. De esa opinión era también José Luis, un trabajador de la papelera de 61 años y delegado sindical de LAB durante algunos años, hijo de un obrero papelerero, que me explicaba la desinversión y el retraso tecnológico que tenía la planta en los ochenta y noventa a pesar de que la fábrica se había acogido a varios planes de reconversión y reestructuración. De esta forma, recordaba orgulloso, cómo empezaron a invertir en la fábrica cuando los trabajadores y la nueva dirección se hicieron con la planta a mediados de los noventa: “En 1995 esto

parecía Gernika después del Bombardeo. A partir de entonces todo fue a inversiones, a cambiar los tornillos”.

A pesar de que señalaba que la planta era viable, José Luis acusaba a la distancia y la desvinculación entre la planta y la dirección del grupo para explicar esta desinversión: “Mira una canción dice, la vaca está en Errenteria, la ordeñan en Bilbao y la venden en Madrid”.

De este modo, para mis interlocutores/as, gran parte de la desindustrialización fue consecuencia del egoísmo y la irresponsabilidad del empresariado vasco que, en lugar de luchar por la continuidad de las empresas, prefirieron venderlas al mejor postor. Anabel, obrera del metal, sindicalista de ELA, y prejubilada en el 2010 de la empresa Niessen sin apenas cumplir los 60 años, recuerda cómo entró la fiebre de vender las fábricas: “Se les llamaban ‘cerradores de empresas’. Eran unos gabinetes para liquidar empresas. Cuando nosotros nos enteramos de que iban a vender la fábrica a un gabinete de estos, que estaba en Barcelona, empezamos a movilizarnos”.

Por otra parte, mis interlocutores/as de la generación mayor también entendieron que el desmantelamiento se dio en clave nacional, y que no puede desvincularse del contexto del conflicto político entre el País Vasco y el Estado español. Para ellos, la alta proporción de empresas cerradas en el territorio vasco, en comparación con otras partes del Estado, era una prueba del castigo efectuado por el gobierno español por el conflicto político vasco, que decidió vender la industria vasca con tal de entrar a Europa. Además de los cierres de empresa, las deslocalizaciones y reubicaciones industriales de algunas fábricas locales a otras partes del Estado fueron entendidas desde una visión de guerra económica en la lógica de castigo y recompensa. Otros también entendieron desde este marco las prohibiciones y cuotas a las que fue sometida la industria pesquera vasca. Y algunos, incluso, lo entendieron como una venganza directa contra la ciudad por haber sido uno de los polos de lucha y resistencia obrera y antifranquista más importantes del País Vasco durante la dictadura. En este sentido, muchos piensan que la entrada de la heroína a la ciudad fue intencionada con el fin de desarticular el movimiento obrero y dejar la ciudad sin una nueva generación de militantes potenciales.

La lectura de la reconversión en clave nacional fue promovida por el movimiento soberanista y nacionalista vasco. En recortes de prensa de la época, por ejemplo, es posible ver que dirigentes del PNV sitúan la reconversión como una maniobra política para descapitalizar Euskadi, y acusan al gobierno español de desviar la inversión extranjera a otros puntos del Estado español. Es más, llegan a señalar que, por ejemplo, “la reconversión industrial no habría sido aplicada en los astilleros Euskalduna, si esta empresa estuviera ubicada en Sevilla o controlada sindicalmente por la UGT”⁶⁶. De este modo, se

⁶⁶ Véase como ejemplo esta noticia del 11 de diciembre de 1984 del diario El País: <https://elpais.com/dia->

apela a una identidad aplanadora que desresponsabiliza a las élites empresariales vascas, presentándolas también como víctimas igual que los trabajadores.

En resumidas cuentas, para muchos vecinos/as de Errenteria fue un desmantelamiento que entendieron que se dio en términos de dominación y subordinación del Estado español ante Europa, pero que el contexto de conflicto político entre el País Vasco y el Estado español hizo que fueran los trabajadores vascos los que pagaran al final el precio.

En ese sentido, hay opiniones contrarias sobre el papel que jugó en ello el Gobierno Vasco. Para algunos como Iñigo, de 63 años, un ex trabajador de la papelera e hijo de papelero, los distintos procesos de reestructuración a los que fueron sometidos las empresas locales fueron “un chanchullo del Gobierno Vasco y el PNV que se repartieron el dinero entre amiguitos”, comentó. Es decir, para algunos, había una alianza vasca de las élites empresariales y políticas, “el clientelismo de toda la vida”, dijo, con el que, lo único que hacían, era repartirse el dinero para sí mismos. En cambio, para otros trabajadores como Anabel (65), la crisis podría haber sido más profunda si las instituciones vascas, sindicatos y trabajadores no hubieran actuado como un bloque:

Fue muy duro. La construcción paró de golpe por la época de crisis, que si el Mercado Común, que si la Comunidad Económica Europea, que si no sé qué. La construcción para en seco a nivel español, lo que a nosotros/as nos daba el trabajo. Piénsalo, tantas casas construidas, nuevos barrios y de pronto nada, todo paró y a nosotros nos afectó un montón. Para empezar, no cobrábamos, no teníamos trabajo, solíamos estar ahí así (se cruza los brazos), o haciendo punto, o hablando. Y muy duro. Y los jefes pues decidieron vender la fábrica, pero nos enteramos de que la iban a vender a un gabinete de esos que se dedicaban a cerrar empresas. Entonces empezamos a reunirnos (...) Las comisiones empezaron a reunirse con el Gobierno Vasco. La verdad que el producto era bueno porque en Euskal Herria no había otra empresa que hiciera enchufes, entonces (el Gobierno Vasco) vio que tenía viabilidad. El Gobierno Vasco peleó mucho en ese momento. Llevábamos mucho tiempo sin cobrar y, por un lado, el Gobierno Vasco buscó un inversor que le interesaba, porque creo que, y ahora también es así, no pueden (las instituciones públicas) meter dinero directamente, pero si pueden buscar inversores. Eso, por un lado, y por el otro, en el ayuntamiento, por aquel entonces, estaba Herri Batasuna y coincidió que la empresa se iba a llevar a Oiartzun. Y claro, aquí se quedaba un espacio de la ostia. Piensa qué grande es Niessen. Y coincidió que, para quitar nuestra deuda, porque claro a un nuevo inversor no le atrae nada que la empresa tenga deuda a un montón de trabajadores, pues que el ayuntamiento compró el solar de la fábrica a los dueños que eran los Niessens. Lo hizo por el pueblo y a condición de que con ese dinero cobráramos los trabajadores. Fue una operación (Anabel).

El cierre de fábricas y trasvase de empresas a multinacionales extranjeras creó en la ciudad un sentimiento de relegación que puede sentirse hasta en la actualidad. Aun así, los y las vecinas de la ciudad dicen que los fondos europeos pacificaron y paliaron una crisis que podía haber sido más desastrosa. Como sea, el aterrizaje de capitales europeos junto a las deslocalizaciones hizo que el marco nacional agarrara fuerza en las distintas movilizaciones de las clases trabajadoras, en las que se reivindicaba la necesidad de ganar cierta soberanía económica. Ahora bien, las articulaciones políticas y de significados de la crisis que se dieron fueron más diversas, complejas y conflictivas, y en los siguientes años las calles de Errenteria se convirtieron en unos de los escenarios principales del conflicto vasco. De todos modos, lo interesante aquí es ver cómo estas vivencias y este marco de significación de desmantelamiento han servido para crear la base de las comprensiones, tanto de la nueva economía como de la siguiente crisis.

Y es que, para mis interlocutores/as es evidente que fue entonces que se cambian las reglas de juego y “pierden el control” sobre los medios de vida. Por un lado, señalan el distanciamiento entre los/as trabajadores/as y la dirección de las multinacionales, a los que no les importa la ciudad, ni el territorio: “Ya no vienen para nada, Argoitia (el director anterior), sin embargo, vivía en el pueblo”, se lamentaba José Luís, empleado de la papelera, al recordarlo. Él que se había criado en una de las casas de la papelera construidas para los trabajadores de la papelera y que había tenido un trato cercano con el director y su familia, con quien habían compartido celebraciones, regalos y confidencias, y con quien todavía seguía manteniendo trato cada vez que iba a Bilbao, la ruptura de la responsabilidad era evidente. Por otro lado, el sentimiento de perder el control también estaba generado por lo que significaba jugar en una economía financiarizada, donde el valor se ha trasladado del trabajo al mundo de las finanzas, o como dijo José Luis: “Ahora no depende de las personas, no depende de nada, no depende del esfuerzo. Si el dólar sube, si los mercados se mueven, te puedes hundir”. Por último, ser o no capaces de competir en el mercado global es también otro de los elementos que les genera la percepción de descontrol. Así como dijo el mismo trabajador de la papelera:

Es una locura el mercado chino. No te pide 5 vasos como el resto, te piden 500.0000 vasos. Si no eres capaz de vendérselo estás terminado. Ahora estas fuerzas globales hacen que tu sector esté de una manera o de otra, ya no depende de ti (José Luis).

De este modo consideran que la ética del trabajo y el espíritu de sacrificio, por los cuales ellos y sus familias basaron sus esperanzas de mejora económica y de vida, se han quebrado en esta nueva economía.

Cuando empezaron a sonar las sirenas de una nueva crisis en el 2008, los/as vecinos/as de Errenteria impugnaron la idea de excepcionalidad de los modelos explicativos expertos.

Además, no buscaron nuevas explicaciones a la crisis, y señalaron, de nuevo, su posición de subordinación en la nueva economía mundial, donde ni Errenteria ni sus trabajadores tenía ningún poder. Las causas eran las mismas: la avaricia del capital de extraer más ganancia. Muchos de mis interlocutores/as mayores reconocen que las primeras veces que escucharon sobre la crisis financiera volvieron a revivir sentimientos de ahogo y ansiedad como hacía cuarenta años atrás. Estos sentimientos conectaron ambas crisis y esas memorias marcaron, ahora, no solo las comprensiones si no también el trayecto que tomarían en esta nueva crisis. Como Anabel, que, a pesar de estar a gusto en la fábrica, cuando en el 2010 la empresa le ofreció, bajo el argumento de la crisis, acogerse a la prejubilación con 57 años, no lo dudó:

Escuchar hablar de la crisis fue la razón más importante para que me fuera de la fábrica. Yo en el trabajo estaba contenta, mi trabajo era bonito. Con los compañeros siempre me he llevado muy bien. Pero yo cuando vi que de nuevo venía una nueva etapa de crisis, yo me dije “yo no voy a ser capaz”. Porque, además, me iba a tocar a mí (como representante sindical). Recuerdo que le dije al jefe de personal “yo no me voy a sentir con capacidad de llevar adelante otra crisis, esto me va a hundir a mí. Me voy, lo siento”. Fue ese el principal motivo (Anabel).

Mientras tanto, las generaciones jóvenes también impugnaron la idea de excepcionalidad de la crisis del 2008, pero lo hicieron otorgando significaciones propias y mediante el uso de otras metáforas. Esta era una generación que creció entre ruinas industriales e historias sobre el pasado glorioso de la ciudad, pero su discurso, en vez de centrarse en remarcar las continuidades, agarraba una forma de expresión muy particular: negaban la existencia de crisis, aunque en realidad esto significaba que no habían conocido otra cosa que no fuera un mercado laboral precario o en crisis. Eso era “lo normal” “lo habitual” para ellos: La crisis perpetua.

“Yo no he vivido la crisis. Yo siempre he tenido trabajo, y siempre he tenido dinero, no mucho, pero si para pagarme mis cosas. Pero yo no lo he vivido”, me dijo Maite, una joven de 30 años a pesar de que ella había llegado a compatibilizar cuatro trabajos para apenas llegar a ganar mil euros. O su amiga Sara, de la misma edad, que aunque su empleo más duradero había sido de unos cuantos meses en toda su vida, y depender de prestaciones sociales, en un sentido semejante a Maite me dijo: “Te puedo dar una opinión personal, pero como no lo he vivido, no puedo decir cómo me ha afectado”. O Iker (33), el hermano de Maite, que siempre se había movido en el autoempleo debido a la falta de oportunidades laborales, llegando en el mejor de los casos a ser mileurista, argumentaba de este modo la no afectación de la crisis: “No lo sé, porque yo tampoco he vivido anterior de la crisis en mi trayectoria profesional. Entonces a mí la crisis no me afecta en nada, aparte de que nos quiten las ayudas, el de la vivienda y así”.

En efecto, cuando parte de la generación joven decía no conocer la crisis, no se referían a que sus condiciones de vida y de trabajo fueran buenas, si no que no habían conocido otra cosa que no fuera un mercado flexible, precario e inestable, y que por tanto no veían gran diferencia de entre años anteriores a la crisis del 2008 y las posteriores. Esta idea de una “crisis permanente” fue expresada también por Eli, una mujer de 37 años, perceptora de ayudas sociales y madre de tres hijos, quien argumentaba que ella no había notado la crisis porque siempre había estado “abajo”:

Jo, pues no, yo no noté la crisis, porque claro, yo siempre he estado ahí, abajo. Entonces, pues más abajo no he estado, bueno más abajo, si, cuando me quitaron la RGI. Pero si no, siempre he tenido la RGI, entonces, no estaba trabajando, entonces tampoco noté nada en ese aspecto (Eli).

O Luxia, ilustradora de 33 años, que también apuntó a la misma idea de que estaba acostumbrada a compaginar becas, proyectos y encargos que le salían con trabajos en hostelería y meses en el desempleo, mientras vivía en la casa que heredó de sus padres: “Siempre hemos sido un sector en crisis por los cual, ¡es que nos pilla de vuelta!”.

De hecho, esta idea de que las generaciones jóvenes de la ciudad estaban acostumbradas a la precariedad y la falta de derechos, o a recurrir al pluriempleo para llegar a fin de mes, fue remarcada por muchos de mis interlocutores/as de jóvenes adultos como Martín, de 38 años, trabajador en el sector cultural. Éste, hijo de obreros del metal, apuntaba además, que la fragmentación e individualización de las formas de trabajo, en comparación con la generación de sus padres que se reunían para trabajar cientos de personas en las mismas plantas, dificultaba darse cuenta de la dimensión de la crisis:

Ahora hay que compaginarlo (el empleo cultural) más con el bar, pero ya estaban acostumbrados. O ya daban clases de teatro. Ya estábamos acostumbrados a esto. Si trabajáramos en una planta de 500 personas y viéramos que nuestras nóminas no aumentan durante tres años, o al revés, que nos quitan la paga extra, pues sí, pero no es nuestra área natural (Martin).

Muchos de mis interlocutores/as jóvenes adultos tenían serias dificultades de salir de casa, formar nuevas unidades convivenciales o dejar pisos compartidos. Señalaron así las dificultades de alcanzar los estándares de bienestar de las generaciones anteriores, especialmente la de comprarse una casa. Muchos de ellos, que eran parte de la primera generación de su familia que habían acudido a la universidad, decían que la educación como vía para una mejor vida ha fracasado. De hecho, para gran parte de esta generación de familias de clase obrera, el empleo público es una de las pocas vías al alcance que sigue manteniendo la promesa de una vida digna.

La contención de la crisis a través del acceso al empleo público fue nombrada por la mayoría. De hecho, Martín dice que fue consciente de la magnitud de la crisis cuando, allá por el 2011 o 2012, la mayoría de sus compañeros de profesión del sector cultural, en vista a recortes presupuestarios que comenzó a ejercer la administración, empezaron a estudiar en masa magisterio, valorando que era la estrategia más segura:

Ahora cuando lo pienso, a mí me pareció algo muy sintomático las hordas y hordas de gente coetánea que se matriculó a la desesperada en magisterio con treinta años, treinta y uno, treinta y dos, treinta y tres. Eso sí me pareció muy simbólico de lo que pasó. O sea, en el sector cultural, que es un sector siempre en crisis perpetua, hubo una fuga enorme, y yo me acuerdo un montón de compañeros, actores, realizadores, que se apuntaron en el magisterio (Martín).

Sin embargo, la mayoría de jóvenes adultos que conocí se resistían a utilizar la gramática de crisis, o por lo menos de una nueva crisis. Además, señalaron que igual que estaban acostumbrados a la precariedad estaban acostumbrados, en parte, a apoyarse en los recursos familiares. Todos mis interlocutores/as jóvenes y jóvenes adultos se apoyaban de una u otra manera en la familia, ya fuera con dinero, vivienda, acceso a recursos como autos o trabajos de cuidados. Muchos de ellos, además, eran hijos de extrabajadores industriales que tenían pensiones relativamente altas, por lo que estos jóvenes valoraban que podían contar con la ayuda familiar sin poner a sus padres en demasiados apuros. Así lo argumentó Eider:

Para mí, una de las claves más importantes en nuestro pequeño entorno burgués es que, aunque nos pase la crisis, tenemos un colchón que es el colchón de nuestros padres, y creo que eso, en mi generación, es muy evidente, y en mi caso es muy evidente. A pesar de que unos se vayan al paro o lo que sea, hemos tenido un colchón, una protección, una casa, un dinero (Eider).

De este modo, la fuerza de la industria y del movimiento obrero del pasado seguía teniendo consecuencias en el presente, en buena parte a través de las pensiones. Muchos jóvenes pueden aceptar trabajos precarios porque una parte de los costes de reproducción están siendo traspasados del trabajo a los hogares, con mediación del Estado por medio de las pensiones. Eider incluso señaló cómo el apoyo familiar generaba en su generación una percepción de desclasamiento, en tanto no ser conscientes del todo de la propia precariedad y de ahí también que no se visibilizara a escala social:

La gente de mi alrededor tiene ese colchón como yo. Vale, igual tenían hipoteca e igual, en algún momento, no la pudieron pagar y les ayudaron los padres. O quedaron sin trabajo, pero los padres... O sea, para mí, yo por lo menos noto mucho eso, que

nuestra generación, gracias a nuestros padres, tenemos muchas cosas. A ver mira mi casa. Si mis padres no estuvieran ahora estaría acojonada porque tengo que pagar la casa, y no lo estoy. Y eso da una tranquilidad de la ostia. Yo tengo esa tranquilidad, y para mi esa es la clave. Y como yo mucha otra gente. Y sí, la crisis se notó, pero tenemos ese punto de estabilidad. No todo el mundo ¿no? Conozco a algunos/as que no tanto, pero a mi alrededor, aunque nos haya afectado la crisis, esa crisis se ha salvado hasta un punto mediante el sacrificio de nuestros padres. Porque si ha habido (Eider).

Aunque a simple vista pareciera que las generaciones jóvenes reproducen el mito del Oasis Vasco, en realidad hacen alusión a que siempre han estado en crisis y a lo normalizado que tienen el hecho de que el mantenimiento de expectativas de vida se haga con mediación del apoyo familiar. Los jóvenes de Errenteria saben tanto como las generaciones mayores que la precariedad es la consecuencia de las políticas de reconversión.

En definitiva, jóvenes y mayores enmarcan la crisis del 2008 dentro de un continuo que comienza con la crisis fordista. Esa es, para todos ellos, la crisis originaria, la que marca el fin del trabajo y la pérdida significativa del control sobre los medios de vida. Comienza ahí un nuevo régimen político y económico neoliberal en el que pierde valor la economía real y ganan valor las finanzas y la competitividad en el mercado global.

3. La crisis como excusa, la crisis transferida y la crisis como ataque

Según el modelo explicativo hegemónico, la crisis es un estancamiento de crecimiento generada por el colapso del sector de la construcción y las finanzas, que terminó contagiando al resto de sectores y, en general, al resto del cuerpo social. Mis interlocutores/as, en cambio, desafiaron esta definición de la crisis en base a tres explicaciones alternativas.

Una primera explicación defiende la idea de que existió un estancamiento, pero que este fue utilizado como excusa para llevar adelante despidos o políticas de devaluación salarial. Así lo entendió Alba cuando despidieron a su madre en nombre de la crisis, o Anabel, que bajo el mismo argumento le ofrecieron agarrarse a una prejubilación. Ninguna de las dos se creyó que las empresas tuvieran demasiados problemas para seguir adelante, simplemente lo atribuyeron a que las empresas no llegaron a las tasas de crecimiento deseados, por lo que utilizaron la crisis como excusa y aprovecharon los cambios dados en el campo político para quitarse de encima ciertos gastos:

Como ahora los niveles de producción son súper altos, cuando ven que baja y que no llegan a los objetivos marcados, entonces lo plantean de seguido. No es que no sigan ganando. Siguen ganando. Pero si sus objetivos son que hay que sumarle a la pro-

ducción tanto, y si no es posible porque no hay tantos pedidos, o porque hay menos pedidos, pues siempre plantean despedir a trabajadores (Anabel).

Una segunda explicación apoya la idea de que en realidad se trata de una crisis financiera del capital que se transfirió a las clases trabajadoras, de nuevo, gracias a la alianza de la clase política, como pasó en los años de reconversión. En este sentido, algunos de mis interlocutores/as señalaron que era “la crisis del capital”, “la crisis de los bancos”, que terminó pagando el pueblo. Desde esta perspectiva, se diferencia la crisis del capital de la crisis de reproducción social. Alex, un socio trabajador de 42 años de una pequeña cooperativa cultural fue uno de los que defendió a ultranza este punto de vista, señalando que “es una crisis de los bancos que hemos terminado pagando entre todos”.

El tercer tipo de explicación niega la existencia de cualquier crisis para el capital, y señala que ésta fue un instrumento o una retórica para posibilitar las políticas de austeridad. En este sentido, la crisis era un ataque planeado contra la gente trabajadora. Así lo afirmaba Jone Miren (36), quien veía la crisis como un instrumento para legitimar las políticas de austeridad y ahondar en la desigualdad social:

Que se ha vuelto insostenible todo esto. Para que unos consigan toda la riqueza que quieren se ha vuelto insostenible dar unos derechos mínimos a los de abajo. Entonces esto ha sido una revolución de todo para que las distancias sean aún mayores. Tengo esa sensación (Jone Miren).

Mis interlocutores/as no siempre fueron claros/as con su definición de la crisis y, a veces, cambiaban de modelo explicativo, pero siempre ajustándose a estas tres explicaciones alternativas. Aun así, todos llegaban a la conclusión de que la crisis, al final, resultó un robo, una estafa. De esta forma, aunque no todos compartieran la visión de que la crisis era una estrategia para empobrecer a los de abajo, la mayoría creía que empobrecerlos sí fue la solución. Existía la idea de que, de alguna manera, la crisis era “un chanchullo, una estafa” de los de arriba que allanó el camino a políticas de devaluación interna, como señaló Itziar de 37 años, una investigadora que había renunciado a su carrera profesional en 2015, debido a la falta de oportunidades para poder dedicarse a ello en el País Vasco:

Al final ha sido un negocio. La crisis ha sido un gran negocio, una excusa perfecta para recortar, “vamos a recortar derechos, vamos a recortar sueldos y vamos a recortar todo” con esta excusa. Las empresas han continuado manteniendo sus ganancias a costa del resto (Itziar).

Mis interlocutores/as rechazaron la existencia de una crisis que tocaba a todo el cuerpo social, y apuntaban que, igual que en la reconversión industrial, la habían pagado

las clases trabajadoras. “El dinero es para los de siempre”, o “al final los afectados somos nosotros”, eran expresiones comunes que expresaban el conflicto de clases. De esta forma, los recuerdos de traición de la reconversión fueron reactualizados para desconfiar ahora de los discursos oficiales y entender críticamente los tiempos de austeridad.

Del mismo modo, para la mayoría de las personas que conocí durante el periodo de trabajo de campo, las razones de su precarización eran, en todo caso, el resultado de las políticas de austeridad y ajuste, no del estallido financiero. Mis interlocutores/as señalaron cómo les afectó la falta de ayudas, la subida de impuestos, la bajada de salarios, la creciente precariedad. Para ellos/as el Estado no solo había contagiado o expandido la crisis al resto de sectores, sino que, sobre todo, había hecho retroceder derechos y mecanismos de protección social, actuando en contra de los ciudadanos. Como en el pasado, resurgió el marco del “desmantelamiento”, pero esta vez para hacer referencia al marco de los derechos y la protección social.

4. La crisis como fracaso moral

Una de las explicaciones oficiales de la crisis económica es la que se ejecuta en términos morales y culturales más que en explicaciones político-económicas o sistémicas, y este tipo de explicación es la que se suele utilizar para responsabilizar a territorios enteros, en tanto que la crisis sería el resultado de países y personas que “vivieron por encima de sus posibilidades”, o que se corrompieron (Mylonas, 2014: 6). De esta forma, la crisis sería el resultado del fracaso moral o del mal comportamiento de los ciudadanos y las instituciones políticas, como consecuencia de la corrupción, el consumo conspicuo y la falta de un espíritu de trabajo duro (Sarkis y Amarianakis, 2020: 622).

Mis interlocutores/as también reprodujeron estas explicaciones morales y culturales de la crisis, tanto para señalar o culpabilizar a las familias vascas que habían caído en la crisis como para abrazar el mantra de que los países del sureste del Estado español estaban en la bancarrota por su “estilo de vida sureño” más relajado. Sin embargo, esta explicación del fracaso moral de los ciudadanos venía articulada con otras explicaciones más estructurales, por medio de las cuales se tildaba al sistema económico actual de inmoral e injusto. En ese sentido, situaban la responsabilidad máxima de la crisis en una economía basada en la búsqueda de beneficio rápido y a toda costa, donde el mundo de las finanzas sería su máxima expresión de aberración.

Desde esta perspectiva, la crisis es el resultado, primero, de una economía descrita como salvaje, corrupta o degenerada, y en ese sentido se responsabiliza a los grandes capitales, pero también a los pequeños, de jugar cada vez más en esa lógica sin importarles la gente. Anabel lo argumentaba de la siguiente manera:

Yo lo del salvajismo lo veo lo más grave. La mentalidad de la gente, de los que ponen los negocios. No están para ganarse un sueldo, están para hacer dinero, van con esa mentalidad, entonces pasan por encima de lo que sea. Yo lo veo muy salvaje (Anabel).

También acusaron a las instituciones vascas de aliarse con los intereses del capital. Muchos de mis interlocutores/as, como Sara (30), por aquel entonces trabajando de camarera en una cadena de cafeterías de la ciudad, de hecho, decían que el poder político y económico eran la misma cosa. En ese sentido, a menudo mis interlocutores/as se ven como marionetas o víctimas de individuos poderosos o fuerzas abstractas, que llaman el “sistema”:

Bueno, al final esta gente que se dedica a hacer mil cosas, pues eso, pues a hacer mil cosas, a utilizar el dinero como les da la puta gana, y eso, al final hacen lo que quieren. Que utilizan el dinero como les da la gana, desde ese poder. Pues no sé tía, no sé cómo explicarte lo mal que se hace todo. De para qué utilizan el dinero y cómo lo gestionan, bueno, pues para sus intereses claro, y al final qué poco piensan en la gente ¿no? Quiero decir, sin pensar en cómo puede afectar los movimientos que hacen. Pues eso, pues mala gestión, sobre todo, y muchos intereses personales de esta gentuza que, al final, hace las cosas por su propio beneficio. Y como al final los afectados somos nosotros, que nos tienen como marionetas (Sara).

Ante esta inmoralidad del sistema económico mis interlocutores/as no vieron, en las políticas de austeridad neoliberal, la cura, sino que recurrieron a una cultura o economía moral de la clase trabajadora que pone énfasis en la honestidad, el consumo humilde y la ética del trabajo duro, propia de la ética histórica de la clase trabajadora. De este modo, la honestidad y la decencia, se contrapusieron con la corrupción de los políticos y el personal técnico de las instituciones. Itziar (37), por ejemplo, consideraba inmoral el uso del dinero que hacían los responsables de la fundación semipública donde ella trabajaba como becaria predoctoral en los años precrisis, a raíz de las celebraciones de las festividades, mientras negaban recursos para el día a día del trabajo:

Había dinero, había mucho dinero. El año que entramos nosotros, si te coincidían ahí las navidades, daba igual si eras un estudiante que llevaba 3 semanas en prácticas o si eras el jefe supremo. Daba igual. Recibías un aguinaldo de la ostia: un jamón, no sé cuántos chorizos, vinos. Y eso lo tenía toda la empresa, que eran unos 200 y pico empleados, más los becarios. Ahí se ha gastado mucho dinero. Después pedías dinero para ir a un congreso y que no, “es que tu proyecto no tiene”. Y sí cabrones, pero en navidades para comer ya hay (Itziar).

Por otro lado, criticaron el abandono de la ética de trabajo duro, propia de la clase trabajadora, la cual manifestaron en clave generacional. Por ejemplo, el invierno de 2018 Ana (52) buscó un joven para compartir un encargo de distribución de publicidad que duraría alrededor de un mes, y al no encontrar a nadie me dijo molesta, “solo quieren trabajar de lo suyo”. Para ella, como para otros muchos, los jóvenes estaban demasiado protegidos por sus familias y sus recursos. A ella, que había trabajado en variedad de actividades económicas y se jactaba de nunca haber rechazado un trabajo, esta actitud de los jóvenes le molestaba especialmente. En ese sentido, mis interlocutores/as de mayor edad, señalaron que su generación fue educada en base a una ética del trabajo hoy inexistente, e incluso señalaron que esa ética del trabajo duro fue lo que hizo que más empresas no cayeran durante la crisis de los ochenta, al sacrificarse y aceptar trabajar sin sueldo o con sueldos devaluados durante años.

Algunas veces esta ética del trabajo duro vino cargada de estereotipos culturales. Recuerdo, por ejemplo, cómo ese mismo invierno, a pesar de que Ana llevaba más de una semana con gripe y tos, volvió de su nuevo trabajo empapada de la lluvia. Me dijo que sus compañeros se quedaron resguardados de la lluvia y que ella fue de las únicas que salió a trabajar. Cuando le eché la bronca por no resguardarse ella también debido a que estaba enferma, Ana me contestó: “Ya, pero a mí ni me educaron así, yo si hay trabajo, trabajo”. En ocasiones Ana apelaba a una ética del trabajo que le provenía de los valores de sus padres segovianos, y que ella enmarcaba dentro de los valores “comuneros”, mientras que otras veces unía tal ética del trabajo a los estereotipos navarros: “es una actitud muy navarra. ¿hay que hacer esto? ¿O crees que no podré hacerlo? ¡Pues lo hago!”.

Esta crítica del abandono de una ética de trabajo también era reproducida por algunos jóvenes. Maite (30), monitora en un polideportivo por aquel entonces, utilizó más de una vez la expresión de “a mí no se me caen los anillos” para señalar su predisposición a trabajar, aunque fuera en malas condiciones o en sectores socialmente peor valorados. Maite que llegó a compaginar hasta cuatro trabajos para tener unos ingresos de 1000 euros, defendía así la ética de trabajo: “Mucha gente me decía, ‘quiero trabajo, tu con cuatro trabajos y yo sin uno’. Y les decía “no, no, tú porque no quieres”. ¿O quieres cuidar algún niño?”.

Por último, mis interlocutores/as situaron el consumo, según ellos excesivo, como uno de los grandes pilares del fracaso moral de nuestros días y que habían conducido a la crisis. Por un lado, criticaron las necesidades actuales desde la lente del pasado, en especial las relativas al consumo conspicuo, es decir, el consumo de bienes y servicios que funciona como símbolo de estatus, y entre las que pueden estar la compra de automóviles, ropa, viajes etc. Anabel (65), por ejemplo, ponían en valor el consumo limitado del pasado, y era crítica con el nivel de consumo actual, por el cual consideraba que la clase trabajadora había “perdido el norte”:

No se puede comparar como vivíamos antes y qué era lo que necesitábamos y qué necesitamos ahora. Nosotros no solíamos tener necesidades casi, casi. Miras el carro de la compra de ahora y el carro de la compra de cuando yo tenía 20 años y no se parecen en nada. Es que no necesitábamos ni la mitad de las cosas que necesitamos hoy en día. En alimento, en limpieza y en ropa ya no te quiero ni contar, es una selva lo de la ropa. La gente sabrá lo que está haciendo, pero esto es impresionante. Hay gente que no se pone ni la ropa que compra. Antes eso era impensable. Es que no tenía nada que ver lo que comprabas antes. (...) Es que todo ha cambiado. La vida ha cambiado completamente. Hoy en día “yo necesito esto”. Nosotros no necesitábamos nada. ¿Necesitar? ¿Qué, qué es lo que necesitas? (Anabel).

De hecho, para Anabel muchos habían perdido su conciencia de clase precisamente por este acceso al consumo:

Y luego está lo de las clases sociales, que mucha gente no se lo cree. Muchos trabajadores no se creen lo de las clases sociales, no se sienten, pero ni por el forro, de clase trabajadora. Clases medias para despistar. Eso no existe. Tú estás a sueldo o ganas y vives como te mandan otros. Y ese sentimiento no lo tienen. Nosotros eso lo teníamos muy claro. Trabajadores y patrones. Por lo menos en mi círculo (Anabel).

Mis interlocutores/as fueron críticos/as también con el consumo en base al crédito. En cierta forma, responsabilizaron a la gente que se endeudó, pero no olvidaron que la financiarización fue el marco impulsado por el marco económico y que la gente fue inducida a ello. Así, por ejemplo, Eider (42) situó la responsabilidad del gran endeudamiento de las generaciones jóvenes en las entidades financieras:

Eso de que hemos vivido por encima de nuestras posibilidades es un engaño. Porque si yo te ofrezco algo y tú lo coges, y has podido hacer x, no me puedes decir “igual no lo debías haber hecho”, entonces, ¿para qué me lo ofreciste? O sea, a ver, ¡de qué estamos hablando! (Eider).

Sin embargo, también señalaron cierta irresponsabilidad por parte de la ciudadanía. Según ellos, el acceso al crédito dio una ilusión de estabilidad que permitió unos niveles de consumo que no se correspondían con el salario real de los trabajadores, lo que generó al final un proceso de desclasamiento para arriba.

Alberto (43), lo denominó “la cultura de *empufarse*” (endeudarse). Señaló que, a principios del 2000, algunas personas de sectores emergentes como la construcción, pero también trabajadores industriales o ciertos profesionales, ganaron mucho dinero, que junto a las facilidades de acceso al crédito hicieron borrar las fronteras de clase. Sin embargo, cuando la crisis estalló esta gente no pudo sostener el tren de vida al que

estaban acostumbrados. Alberto contrapuso esta cultura de la deuda a su forma de vida, para argumentar por qué a él los años de crisis no le afectaron como a otros. Nacido en Eibar, se marchó siendo un niño a Donostia cuando su padre perdió el trabajo industrial en la crisis de los ochenta. A sus treinta, trabajando como periodista, vio como todos sus amigos comenzaban a comprarse una casa en la capital, mientras él se resistía a endeudarse de esa manera. Decidió mirar casas en la periferia, y se compró un pequeño y viejo piso en el centro de Errenteria, y aun así, Alberto pasó grandes apuros económicos para poder hacer frente a los pagos de la hipoteca. Quedó en el desempleo, el Euribor se disparó y Alberto terminó dependiendo de prestaciones de ayuda a la vivienda durante unos meses. Sin embargo, cuando estalló la crisis su situación dio un vuelvo. Un poco antes había encontrado trabajo y no le despidieron. Además, el Euribor bajó, por lo que la hipoteca empezó a ser más barata. Y sobre todo, sostiene que su estilo de vida era sostenible, sus patrones de consumo eran moderados (por ejemplo, no tenía vehículo propio ni hábitos de grandes viajes) y no dependía del endeudamiento o el acceso al crédito. Así me lo explicó él:

¿A mí qué me sucedió? Justo lo contrario. O sea, personalmente, a mí en mi economía doméstica, en la cotidianidad, la crisis me vino de la ostia, súper bien. Porque sucedió una cosa. La gente quedó en el desempleo, pero yo tenía trabajo. En esa época empecé a trabajar en el mundo audiovisual y haciendo alguna película en el cine, y luego hacía algunas producciones de festivales de Donostia y así. La cuestión es que cuando empieza la crisis el Euribor empieza a bajar. Entonces yo paso de casi pagar 800 euros a pagar 300, 350. Y tenía trabajo, no ganaba un dinero de la ostia, pero tenía una nómina. Y además no tenía muchos pufos, yo no tenía coche, una casa en las Landas, una hipoteca de la ostia porque esas decisiones de vida ya las tenía tomadas de antes. Y es curioso que, en mi entorno, cuando todo cristo lo ha pasado de puto culo, a mí justo se me voltea la movida. Y la historia es que, es entonces cuando empiezo a ahorrar cada mes. Y eso es algo también que se ha interpretado mal muchas veces, porque yo creo que en la crisis lo que ha tenido mucho que ver es esa cultura previa de me “empufo”, aunque sea un fresador de no sé qué, ¿no? O sea, ha habido una cultura así, de comerciales que ganaban mogollón de pasta vendiendo chorradas y cuando llega la crisis, pasas de estar aquí a estar aquí –sube la mano y la baja– (Alberto).

Martín (38) secundó la misma idea de desclasamiento en base al crédito: “Ahora no son nada, pero hubo un tiempo que se pensaba que eran”, me dijo tras explicarme cómo compañeros suyos del sector público, eventuales, tuvieron durante años una percepción de falsa estabilidad que, junto al acceso al crédito, los llevó a abrazar un estilo de vida de clase media. Después llegaron los recortes y los despidos, no pudieron hacer frente a los pagos, ni pudieron mantener su estilo de vida y se desenmascaró todo. De ahí que, para él

ésta era una crisis de los que se creyeron el cuento aspiracional de la clase media, y que ahora no pueden mantener ese sueño ni ese horizonte:

A las clases más pobres no creo que les haya afectado la crisis y a la clase media, media-media, o media-baja tampoco demasiado. Me imagino que ha sido más, la gente habrá notado más diferencia a partir de un estrato determinado. Que de repente es más difícil de mantener el estatus que estaban acostumbrados (Martín).

5. La crisis cíclica o la crisis estructural

La gran mayoría de mis interlocutores/as también avanzaron hacia una comprensión de la crisis como un proceso cíclico, en el que continuamente “ricos y pobres”, “los de arriba y los de abajo”, “los empresarios y el pueblo” “las multinacionales y las personas” se han enfrentado históricamente.

Así, Sara (30), a pesar de todas sus inseguridades y reparos al hablar de la crisis, aludiendo a que no sabía de economía y que no quería decir alguna tontería, explicó el carácter sistémico de la crisis de acumulación del capital diciendo:

Es un poco cíclico ¿no? En comparación con otros momentos no es para tanto. De aquí a unos años otra vez volverá a pasar. Ya ha habido crisis más potentes, se han pasado momentos peores. Ahora parece que vamos para arriba ¿no? Bueno, para arriba o no sé. Bueno, algunos aspectos han quedado colgados ¿no? Pero parece que a nivel de trabajo ya han empezado a moverse un poco las cosas. Hasta que llegué la próxima (Sara).

Iker (33) también opinaba que “la crisis es un sistema en sí”. Desde este punto de vista, el sistema se basa en crear burbujas insostenibles que estallan periódicamente y que son transferidas a los de abajo.

La comprensión de que el capital cada vez tiene menos recursos (naturales, geográficos, sociales) para expandirse, lleva a algunos vecinos/as incluso a ver una crisis continua, de crisis seguidas a las otras. Alex (42) argumentó esta idea de crisis estructural y puso encima de la mesa la “crisis de reproducción social” en toda su crudeza:

Creo que se avecinan crisis y serán cada vez más seguidas, lo tengo claro. ¿Qué pasará con nuestras pensiones? ¿Qué haremos cuando nos hagamos mayores? ¿Qué haremos, continuar trabajando? Lo imagino como un agujero negro. Me imagino como en EUA todo lleno de *homeless* las calles. Es algo que me preocupa mucho (Alex).

Como señalan Diana Sarkis y Stamatis Amarianakis (2020), lo significativo de la perspectiva cíclica es que contiene, en sí misma, la intuición popular o el saber histórico, de que el capital busca reactualizar y reforzar su hegemonía incesantemente y cómo la reproducción social de las clases trabajadoras está unida a él. De esta forma, el modelo dialéctico de ricos y pobres, o los de arriba y los de abajo, sugiere no solo una estratificación “descriptiva” sino un reconocimiento de la determinación histórica mutua de ambas categorías sociales, que sitúan el régimen de austeridad dentro de la historia de un interminable conflicto de clases (Ibídem: 642).

Tal vez uno de los rasgos distintivos de estos años de ajuste estructural es que esta determinación histórica mutua se va haciendo más clara. Y es que, después de un periodo histórico en el que los vecinos/as de Errenteria aspiraran a un horizonte de clase media, aunque fuera en base a la financiarización de sus economías, ahora muchos aludían a ese engaño histórico y a la ruptura de sus expectativas y esperanzas de alcanzar el horizonte de clase media.

6. A modo de conclusión

Este capítulo pone de relieve el incómodo anclaje de los modelos explicativos expertos de la crisis en una ciudad como Errenteria. Lo que en un primer momento pareciera ser la reproducción del mito del “Oasis Vasco”, se desentraña después como una crítica profunda a ese discurso de ausencia de crisis, precisamente porque los/as vecinos/as reactualizan sus experiencias y memorias –propias y ajenas– de la reconversión y la crisis industrial, para entender de forma crítica la crisis del 2008 y el régimen de austeridad.

Se concluye que, a pesar de las contradicciones y las ambigüedades de las comprensiones de base de la crisis, estas disputan las bases explicativas de los modelos expertos, por los que la crisis es presentada como algo excepcional, como el resultado del fracaso moral, mientras que la austeridad es su cura. En su lugar, las comprensiones de base señalan la continuidad de la crisis, sus causas estructurales, y presentan la austeridad como una trampa.

Es decir, en primer lugar, los modelos explicativos de base disputan la comprensión de la crisis como un estado excepcional de perturbación, y más bien destacaban las continuidades con la crisis fordista. De esta forma, mientras las generaciones mayores hacen un antes y un después con la crisis de los ochenta, los jóvenes avanzan a una comprensión de la “crisis perpetua”.

En segundo lugar, los modelos explicativos de base recuperaron las viejas causas del enfrentamiento perpetuo entre capital-trabajo para entender la llegada de una nueva crisis. Es decir, no buscaron nuevos factores del porqué de la crisis, sino que lo unieron a

las necesidades del capital de explotación, dominación y extracción. El marco de significación del “desmantelamiento” con el que se entendió la reconversión, volvió a activarse ahora para entender el régimen de austeridad. En ese sentido, la dominación nacional perdió fuerza explicativa en la comprensión del origen de esta nueva crisis. A diferencia de las explicaciones de la crisis fordista, los marcos explicativos de base se centraron en cuestiones de clase y en lo que supone sacar la vida adelante en una economía desregularizada, transnacional y financiarizada, algo que se percibe desvinculado del territorio y de la economía real. En ese sentido, muchos destacan la necesidad de que la economía productiva o real agarre el centro de la economía.

En tercer lugar, las comprensiones morales de la crisis agarraron terreno en los modelos explicativos de base, pero estas fueron reelaboradas desde la economía moral de la clase trabajadora. En cierta forma, las generaciones mayores ven en las jóvenes el abandono a la ética del trabajo duro y del consumo limitado propia de la clase trabajadora.

Por último, las explicaciones subalternas de la crisis asumen que la necesidad de acumulación del capital convierte las crisis en una cuestión cíclica. Además, la ruptura de expectativas, reforzada por el régimen de austeridad, ha generado una percepción de desclasamiento que visibiliza explícitamente el conflicto de clases.

– Capítulo 3 –

LAS DIFICULTADES DE PROYECTAR UNA VIDA A FUTURO EN TIEMPOS DE AJUSTE ESTRUCTURAL

1. Introducción: precariedad, austeridad e inseguridad económica

Mira, yo quiero ser madre. Ahora no. Ahora en estos momentos no, no porque viendo cuantos problemas hay, pues no. Pero un poco cuando se calme el tema y si me he adaptado a la nueva situación y si estoy mejor de dinero, pues igual sí. (Maite).

Ella es Maite Etxebarria Martínez. Cuando la conocí era una chica de treinta años que, aunque sea había imaginado teniendo hijos en breve, estaba postergando el plan hasta que sus condiciones laborales fueran más seguras. Desde que, a principios del 2018, una gran empresa se hiciera con la gestión del polideportivo municipal donde ella trabajaba como monitora, su situación laboral dio un vuelco. Y eso que en un principio no temió por perder su trabajo, ya que la empresa tenía obligación de contratarla al ser una trabajadora subrogada. Sin embargo, con el pasar de los meses empezó a inquietarse, al ver que contrataban a gente mientras a los trabajadores antiguos les reducían las jornadas. Desde el primer día y por los próximos meses Maite pasó a trabajar sin saber a ciencia cierta su sueldo, su horario y jornada laboral. De hecho, le empezaron a avisar de una semana a otra las horas que trabajaría y en qué horario.

La nueva empresa también cambió la organización del trabajo: eliminaron algunas clases y redujeron al milímetro los tiempos de descanso. De pronto llegó el primer despido. Una compañera se enteró al actualizar la libreta del banco que había sido despedida al ver ingresado su *finiquito*. Maite y el resto de sus compañeros acudieron a los sindicatos, de hecho, era la primera vez que esta joven acudía a un sindicato y leía un convenio. Ella opinaba que la empresa buscaba que fueran los trabajadores los que dejaran el trabajo por voluntad propia para abaratar el despido y tener una fuerza laboral nueva y más barata sin antigüedades. A pesar de tener un contrato indefinido, Maite pensaba que en el sector

privado el contrato indefinido era un *papel mojado*. Las relaciones en la empresa se fueron tensando con el pasar de los meses y, al ver que las cosas no mejoraban, se empezó a sentir impotente, desprotegida e insegura, hasta el punto de que esa sensación traspasó la situación laboral para abarcar otras dimensiones de su vida, postergando, entre otras cosas, sus planes de tener un hijo.

Como Maite, son muchos los y las vecinas de Errenteria que se encuentran preocupados/as por su seguridad económica, y que destacan sus dificultades para tener un acceso sostenido a los medios necesarios para sacar la vida adelante de la manera que venían haciendo las últimas dos generaciones. Esta inseguridad económica está asociada, principalmente, a la creciente precarización del mercado laboral. Siguiendo a Leah F. Vosko (2010: 3), entiendo que un empleo precario se caracteriza por una o varias de las siguientes condiciones: ingresos bajos e inciertos, limitadas prestaciones sociales y escasos derechos de protección social. De esta forma, es común asociar la precariedad a los contratos de trabajo denominados atípicos o no estándar (trabajo temporal, parcial, por horas, autoempleo etc.), precisamente porque destacan por la incertidumbre o inestabilidad laboral con periodos entrelazados de desempleo.

En 2016, cuatro años después de poner en marcha las políticas de ajuste, en Errenteria había un 15,1% de tasa de desempleo y la población parada de larga duración rondaba el 5,29% de la población ocupada según el Instituto Vasco de Estadística (Eustat). La temporalidad alcanzó su máximo histórico ese mismo año, de modo que el 34,65% de los trabajadores asalariados eran trabajadores eventuales frente al 65,35% de indefinidos. Es decir, algo más de uno de cada tres asalariados era eventual y esto se daba tanto en el sector privado como en el público. En los siguientes años esta tendencia continuó y, según el índice de rotación contractual (Eustat) también en alza desde el 2015, cada vez los contratos fueron de duración más corta⁶⁷. Es decir, en los años denominados de recuperación económica había más trabajo, pero este era temporal y de corta duración. De hecho, 9 de cada 10 contratos realizados en Gipuzkoa en 2017 fueron temporales, y de estos, casi la mitad (47,73%) fueron parciales. En contra, solo uno de cada 10 fue indefinido, y de estos, un tercio (33,10%) fue parcial⁶⁸. Y es que el empleo parcial es otra de las grandes características del mercado laboral vasco, siendo en los últimos años la segunda comunidad con más empleo parcial del Estado español, después de la Comunidad Valenciana. Según el Instituto Nacional de Estadística (INE), 18,3% de la población ocupada vasca no tenía una jornada completa, frente al 15,6% en el Estado español en el 2017.

⁶⁷ Véase la evolución del índice de rotación contractual de Udalmap (figura 12) en los anexos.

⁶⁸ Véase el Informe de Mercado de Trabajo de Gipuzkoa, datos 2017 del Observatorio de las Ocupaciones del Servicio Público del Empleo Estatal (SEPE).47.

A pesar de que voces como la patronal suele señalar que en el País Vasco la jornada parcial es deseada, algunos estudios institucionales y sindicales⁶⁹ advierten que el empleo parcial en territorio vasco también se configura en la mayoría de los casos como subempleo, es decir, los trabajadores/as trabajan menos horas de las que quisieran. Además, advierten que el contrato parcial incrementa el riesgo de fraude, es decir, de trabajar más horas de las formalizadas, así como de intensificación de trabajo, esto es, trabajar más en menos tiempo, y condena a muchas personas con este tipo de contrato a situaciones de pobreza (el 30%).

Sin embargo, la precariedad no se reduce exclusivamente a este tipo de contratos denominados atípicos. La Encuesta de Pobreza y Desigualdades Sociales de pobreza real (EPDS) elaborada por el Gobierno Vasco (2019: 10) alerta de un proceso de precarización también entre aquellos que tienen empleo estable. Es más, las sucesivas reformas laborales están ayudando a expandir el empleo precario también dentro del empleo estable y sindicalizado. De esta forma, muchos de mis interlocutores/as con trabajo estable, como la misma Maite, decían sentirse inseguros, ya fuera por los bajos salarios con los que no tenían capacidad de ahorro, o ya fuera porque percibían que un contrato indefinido cada vez era menos garantía de seguridad y protección legal.

Como consecuencia de esta precarización del trabajo ha habido un resurgir de lo que se conoce como pobreza salarial (*working poor*), es decir, personas que, a pesar de una relación laboral normalizada, se sitúan por debajo del umbral de la pobreza (Mendiola y Álvarez, 2005: 57). Una muestra de ello es la cantidad de personas perceptoras de la Renta de Garantía de Ingresos (RGI)⁷⁰ que no tienen los ingresos necesarios para cubrir las necesidades básicas independientemente tengan trabajo o no. En 2017, en Errenteria, 27.1 de cada mil habitantes recibía la prestación mensual o la renta mínima, es decir, alrededor de 1000 vecinos/as⁷¹. Y esto sin tener en cuenta a todas aquellas personas que, con necesidades, han sido excluidos de poder pedir la prestación por no cumplir con los

⁶⁹ Véase entre otras muchas, IparHegoa Fundazioa. (2013). *Pobretze politikak Euskal Herrian: Lan erreformaren aplikazioaren eta murrizketen eragina pobrezian eta langabeziaren aurreko babes sistemetan*; IparHegoa Fundazioa. (2015). *Ikusmiran. Egoeraren azterketa*; o Manuel Robles-Aranguiz Fundazioa. (març, 2014). *Informe sobre salarios y empleo en Euskal Herria*. Bilbao: Colección Azterketak/Estudios nº 28.

⁷⁰ La RGI es una prestación económica mensual del Gobierno Vasco para atender las necesidades básicas de las personas y familias que no disponen de recursos suficientes. Esta ayuda la pueden cobrar las personas que no disponen de recursos o los que tienen pero son insuficientes para cubrir sus necesidades básicas, una vez que reúnan una serie de requisitos. Pueden ser personas sin trabajo, trabajadores con pocos recursos, pensionistas, perceptores de otro tipo de pensiones, inmigrantes sin permiso de residencia, etc. La cuantía máxima de la RGI, se calcula según el número de miembros de la unidad de convivencia (hasta un máximo de tres). También puede ir acompañada por la Prestación Complementaria de Vivienda (PCV), hasta alcanzar en conjunto un total máximo de 1.125 euros/mes o 1.170 si, además de haber tres o más hijas/os, se trata de una familia monoparental.

⁷¹ Fuente: Lanbide de diciembre de 2017.

requisitos (unos requisitos endurecidos por el régimen de austeridad), o directamente aquellos que ni siquiera lo han pedido entre otras razones por el estigma social que acarrea ser receptor/a. Integrando estos casos, la cifra de personas que no tienen recursos suficientes para sacar la vida adelante puede elevarse considerablemente.

En el marco actual de la austeridad, incluso el Sistema Vasco De Protección Social se ha llenado de inseguridad y precariedad. Los recortes continuados no logran ni cubrir la población vasca en riesgo de pobreza ni sacar de la pobreza a un elevado número de personas tras recibir las prestaciones sociales (De la Fuente, 2014). Además, las sucesivas reformas han desplazado el derecho universal a las ayudas hacia el merecimiento, intensificando el control hacia las personas receptoras, lo que ha convertido en una tarea complicada e insegura el poder mantener las ayudas en el tiempo. Es más, como veremos a continuación, muchas de ellas terminan sancionadas por la administración. De ahí que la mayoría perciba el mantenimiento de las prestaciones sociales como algo inseguro e incluso peligroso. Alba (25 años) por ejemplo, quien es hija de un desempleado de larga duración del sector de la construcción al que le quitaron la ayuda cuando ella empezó a tener los primeros trabajos formales, interpreta que la administración ha pasado a funcionar por lógicas mercantiles:

Te dan ayudas hoy y te las quitan mañana. Pues ostia, para eso no las des. Para eso no las des, porque de ahí a dos años vas a estar *empufando* (endeudando) a la gente. Porque una cosa es lo de los bancos, que en un banco tengas un crédito y tal cual, porque eso ya sabemos que es un mundo de mierda, ¿no? (...). ¡Pero ostia! ¿Pero en algo de Lanbide (oficina de empleo) o en algo del ayuntamiento o en algo de servicios sociales andar así? Es que, a ver, que al final ya sabemos que el mundo es una mierda y que el sistema capitalista este va así. Pero no sé (Alba).

De hecho, a la par de la precarización del trabajo, el marco de austeridad es la otra gran fuente que las personas asocian con su inseguridad económica, al percibirlo como una amenaza a sus derechos presentes y futuros, y como una transgresión de la responsabilidad del Estado con el bienestar y la protección de la ciudadanía. Los continuos recortes y privatizaciones en sanidad, educación, sistema de pensiones y protección social, junto a la censura moral de quienes “habían estado viviendo por encima de sus posibilidades”, suponen un recorte del sentido de ciudadanía de las personas, de su sentido de derecho, y de las expectativas de mejora de los medios de vida a lo largo de generaciones (Matos, 2020: 324; Ezquerro, 2012: 132), algo que genera percepciones y sentimientos de desprotección, inseguridad e incertidumbre.

Por supuesto, ni la precarización del mercado laboral ni las políticas de austeridad han afectado de la misma manera y en el mismo grado a la población, de hecho, algunos,

los que menos, han visto la oportunidad de enriquecerse tal como plasman los datos que señalan un proceso de desigualdad creciente y polarización económica en la sociedad vasca (Gobierno Vasco, 2019: 74).

Mientras tanto, para un grupo creciente de trabajadores, compuesto desproporcionalmente por mujeres, jóvenes y migrantes⁷², las trayectorias precarias y la desprotección institucional del marco de austeridad se han vuelto parte de su experiencia cotidiana. Una gran parte de mis interlocutores/as tenía grandes dificultades de acceder de forma sostenida a los medios necesarios para la vida, ya fueran ingresos del empleo o de las prestaciones sociales, como Carmen, la madre de Maite. Cuando la conocí, a sus 55 años, llevaba alrededor de cuatro meses en el desempleo y de baja médica, a la espera todavía para que la llamaran para rehabilitación, sin saber qué pasaría una vez que se le terminara el desempleo, y sin perspectiva de grandes oportunidades laborales. Carmen expresó varias veces esta vivencia de inseguridad:

Ahora estoy más tranquila. Tengo mejor la tensión. Bueno, estoy siempre pensando en qué situación estoy, porque es muy mala. Pero, aun así, también necesitaba un relax total también. Poder hacer lo que quiero. Eso es una gozada. Pero luego empiezo a pensar. ¿Qué voy a hacer? ¿Se terminará el paro y qué voy a hacer? Y me pongo nerviosa. Pero estoy llevándolo como muy bien (Carmen).

También Iker, el hermano mayor de Maite, de 33 años, sentía esa inseguridad. De hecho, años atrás montó una pequeña cooperativa dentro de la red de economía social y transformadora con un par de amigos, precisamente como forma de ganar algo de seguridad económica y “poder vivir sin la ayuda de los padres”, es decir, ganar autonomía. Después de siete años, habían conseguido subir el sueldo hasta los mil euros, y si bien opinaba que “trabajar por su cuenta” y en “red dentro de una economía social y transformadora” era lo más seguro que veía en el actual marco laboral, todavía seguía sintiéndose inseguro y persiguiendo esa “autonomía” soñada. Iker describió su pequeña cooperativa como “un barco” que esperaba le protegiera.

⁷² Históricamente mujeres, jóvenes y migrantes han ocupado en mayor medida el empleo informal, el temporal y el parcial, así como el sector de servicios, caracterizado por altas tasas de precariedad. Por ejemplo, el 29,6% de las mujeres vascas ocupadas no tenía una jornada a tiempo completo, frente al 8,5% de los hombres. Pero además de estar más sujetos a la precariedad laboral, numerosos estudios indican el impacto diferencial en mujeres, población migrante y jóvenes de las políticas de ajuste y austeridad. En primer lugar, porque han recortado un empleo público ocupado mayormente por mujeres (sanidad, educación, administración), lo que además de aumentar el desempleo femenino trastoca las oportunidades y aspiraciones de trabajo profundamente feminizadas (Martínez-Tola et al. 2018). En segundo lugar, porque ha supuesto una reducción de derechos y restricciones de acceso a los recursos públicos a la población migrante (sobre todo la irregular), basados frecuentemente en la nacionalidad (Malgesini, 2013; Ruiz-Azarola et al. 2020). Y por último, porque amenaza o pone en cuestión los derechos futuros que pueden esperar los más jóvenes.

Lo que no sabemos es cómo será esta tormenta, si va a ir a peor, seguramente vaya a peor, en qué sentidos vaya a ir a peor, puede ser que la situación de crisis empeore, puede que suceda una guerra, pueden pasar muchas cosas, que no sabemos. Nuestro objetivo es estar lo más preparados posibles para ello (Iker).

En resumidas cuentas, las inseguridades que para amplias capas de la población se creían superadas con el Capitalismo de Bienestar, han vuelto y tienen una tendencia ascendente (Castel, 2002). Por lo que yo pude observar, la consideración de que no habrá recursos en un futuro inmediato, o de no saber cómo serán estos a medio plazo, entra de lleno en los cálculos de muchos hogares de Errenteria.

El objetivo de este capítulo es entender la relación entre esta inseguridad socioeconómica y la capacidad subjetiva y objetiva de hacer (planes en) el futuro. Luego, me pregunto: ¿Las condiciones de precariedad reforzadas con las políticas de ajuste limitan la capacidad de las personas de apostarle al futuro?, y si lo hacen, ¿de qué manera? ¿Cuál es la “distancia mínima” de la necesidad que se necesita para poder concebir y hacer planes a futuro? Por otro lado, como consecuencia de estas condiciones limitantes sobre las capacidades de hacer planes a futuro, ¿se ha transformado las formas de entender o visionar el mismo futuro? Es decir, el tiempo, y en concreto el futuro, como categoría social subjetiva de la que se apropian y entienden reflexivamente los individuos, más allá de su existencia cronológica objetiva, ¿ha sufrido transformaciones? ¿Cómo son las perspectivas o los horizontes de futuro en condiciones de existencia precarias y de austeridad neoliberal?

Primero mostraré algunos casos en profundidad haciendo hincapié en sus posibilidades (o limitaciones) y capacidades –percibidas y objetivas– de trazar planes a medio y largo plazo. Después, me centraré en las visiones, actitudes, representaciones o proyecciones sobre el futuro. En ello argumento que la precariedad sostenida genera serias dificultades tanto para construir futuros a medio y largo plazo como para dibujar horizontes de futuro.

2. “En cuanto pueda”: las dificultades de considerar y hacer planes a futuro

Una dimensión no siempre estadísticamente captada de la recurrencia de la precariedad y la austeridad prolongada tiene que ver con las limitaciones materiales y subjetivas que estas imponen para llevar a cabo proyectos de vida a futuro.

Las limitaciones objetivas pueden resultar obvias. Para empezar, estarían las limitantes asociadas a la inestabilidad y la imprevisibilidad de ingresos y de tiempo disponible, que hacen que sea muy difícil anticipar o hacer interpretaciones concretas sobre el

futuro, ya que el futuro no se percibe como una previsible extensión del presente, donde se tendrá un empleo, se contará con tantos ingresos, se tendrá derecho a tal prestación, etc. Tampoco se percibe como algo que se pueda planear y prever donde se pueda decir que se estudiará por las tardes porque se tendrá tiempo libre, o que se hará tal inversión porque se contará con tales recursos los siguientes meses, etc. En ese sentido, la precariedad y la austeridad prolongada dificultan poder movilizar recursos para el futuro.

Mis interlocutores/as manifiestan así una preocupación sobre la seguridad y durabilidad de sus recursos: ¿Hasta cuándo durará este *curro*? ¿Hasta cuándo tendré derecho a la RGI? ¿Hasta cuándo me mantendrán la baja? ¿Hasta cuándo trabajaré de tardes? En su vida cotidiana estas personas se encuentran con la necesidad de hacer anticipaciones sobre el futuro, pero solo consiguen hacer parcialmente imágenes sobre los escenarios posibles, imágenes que a menudo se contradicen entre sí y, sin embargo, deben de tomar decisiones en esas circunstancias.

Esta inestabilidad e incertidumbre, junto a las bajas cuantías de sus sueldos o prestaciones que limitan su capacidad de ahorro en el presente, llevan a que la consideración de que no haya recursos en un futuro inmediato, o de no saber cómo serán estos a medio plazo, entre de lleno en los cálculos cotidianos de las clases precarizadas. De ahí que el futuro para muchos es un estado temporal de pura especulación, y por ello invertir a futuro, o considerar proyectos y posibilidades a largo plazo, es considerado un acto de riesgo. Tanto así que, los interlocutores/as precarizados/as señalan tener un sentimiento de vulnerabilidad ante el futuro, un futuro lleno de factores fuera de su control donde éste es percibido, incluso, como amenaza por algunos. Desde esta perspectiva no se puede esperar gran cosa del futuro, es más, para muchos el futuro se presenta como “peor”, lo que contrasta enormemente con la perspectiva temporal de las generaciones fordistas pasadas que creían poder incidir en el futuro, y entre las cuales éste era percibido como mejor: “cuando muera Franco”, “cuando llegue la democracia”, “cuando entremos a Europa”, decían.

Al respecto, dice Pierre Bourdieu (2003: 332), que el futuro es una categoría social y simbólica proyectada por el individuo según una lógica de adecuación entre las expectativas subjetivas y las posibilidades objetivas que permite el marco social y económico de su existencia, lo que denomina “*la causalité du probable*”. De esta manera, señala que la agencia de los actores y sus acciones del presente están condicionadas, en gran medida, por el pasado social de la persona y sus condiciones de existencia que le imponen limitantes o disposiciones (*habitus*) por las que percibe, siente y juzga la realidad.

Es decir, hay una limitación subjetiva de las posibilidades objetivas futuras donde lo posible se reduce en lo probable. Al fin y al cabo, Bourdieu viene a decir que el pasado delimita las posibilidades y las voluntades futuras también de pensarlas. Esta operación

mental no tiene por qué ser conscientemente asumida⁷³, es más bien un cálculo práctico que consiste en descartar las prácticas improbables, que son, en primera instancia, impensables. Por tanto, hay posibilidades de que ni se consideran, ni se piensan. La capacidad práctica de hacer el futuro en el sentido de imaginarlo, o de producir expectativas razonables en el presente, depende entonces de la experiencia material cotidiana de la precariedad y la austeridad. Desde esta perspectiva, un presente caracterizado por un alto grado de inseguridad dificultará formular proyectos a futuro.

Como veremos mediante los distintos casos, la dificultad de considerar y llevar a cabo planes a futuro tiene fuertes implicaciones sobre las expectativas de vida y plantea obstáculos para la autonomía individual de las personas, como, por ejemplo, dejar un hogar o formar una familia. Estas dificultades presentan, a su vez, trabas para el reconocimiento social como personas adultas, así como en la autoestima y el respeto propio. Y es que el bajo nivel de ingresos y la irregularidad e imprevisibilidad de estos, generalmente complementado con periodos de desempleo, con o en ausencia de prestaciones sociales, frecuentemente se traduce en un estado de dependencia con la red familiar, –independientemente de si se vive fuera del hogar de los padres–, y la postergación de planes y expectativas de vida.

Y así fue también para Maite, que, a pesar de que deseaba ser madre, se veía aplazando el tener hijos para “en cuanto se pueda”. Para esta chica de 30 años, que pensaba que había dejado atrás la precariedad, esta agarró presencia en su vida en el contexto de las políticas austeridad, cuando los ayuntamientos recortaron el gasto público, y las grandes compañías demostraron su fuerza para tirar los precios abajo y hacerse con la gestión de los servicios públicos.

Nuestra protagonista es nieta de extremeños que llegaron a Errenteria en la década de los cincuenta siendo ellos apenas unos niños. Sus abuelos se conocieron porque sus respectivas hermanas compartieron casa como *pupilos*. De esa relación, nació Carmen la madre de Maite, quien de joven decidió casarse con un joven mecánico llamado Iñaki, con el cual formaría una familia.

Maite empezó a trabajar a los 16 años y su trayectoria laboral refleja una secuencia de trabajos informales, parciales y temporales, en general, de subempleo hasta los 27 años. Su primer trabajo fue en el 2004 y sus vecinos/as le pagaron 180 euros, sin contrato de por medio, por cuidar de sus hijos a media jornada. Unos meses más tarde comenzó

⁷³ Según Bourdieu (1974: 3), las acciones pueden ser razonables sin ser producto de un diseño o cálculo racional; habituado por algún tipo de propósito objetivo sin estar conscientemente organizado en relación con un fin explícitamente concebido; inteligible y coherente sin ser el producto de una intención inteligente y una decisión deliberada; ajustado al futuro sin ser el producto de un proyecto o un plan. De esta forma, rompe con la visión racionalista del término de estrategia –la hipótesis de un actor consciente que lleva adelante coherentemente sus líneas de acción según objetivos establecidos de antemano–.

a cuidar a otro niño, de tardes y de noches, en una casa pudiente de la capital, en casa de la empleadora de su tía. Ahí pasó cinco años –de 2005 a 2010– trabajando, también sin contrato y por un sueldo de 420 euros por 18 horas semanales mientras se esforzaba por terminar el bachillerato.

Maite no fue a la universidad al contrario de la mayoría de sus amigas. Estudió un grado medio de deporte por el que tuvo que hacer unas prácticas obligatorias en un centro educativo, el cual compaginaba con su trabajo de niñera. La escuela le propuso continuar con un contrato de voluntariado de 7 horas a la semana a cambio de 350 euros mensuales. Maite trabajaría como voluntaria durante siete años –de 2007 a 2014–, siempre compaginándolo con otros trabajos. A los 23 firmaría su primer contrato laboral formal, un trabajo de verano como socorrista en una piscina, por cuatro meses y 300 euros al mes por dos horas al día, también fines de semana. De hecho, este es el primer contrato que consta en su certificado de vida laboral. Con 25 años, en 2013 llegaría a compaginar hasta cuatro trabajos para, a duras penas, llegar a los mil euros: por las mañanas cuidaba a un niño –sin contrato–, al mediodía a otros dos niños –con contrato–, y además de esto trabajaba como socorrista y camarera, trabajos que iba intercalando por semanas.

Ese mismo año, una compañera le avisó que en un polideportivo cercano a Errenteria buscaban monitores de piscina. Los gerentes eran dos señores de la misma localidad que llevaban alrededor de veinte años gestionando el servicio público. Empezó con media jornada y un contrato de limpieza, aunque hacía trabajos de socorrista, monitora y camarera. En un par de años pasó a trabajar en una jornada al 70%, ya contratada como monitora y ya empezó a ganar algo más de 1000 euros. Maite pensó que a partir de entonces sus condiciones cada vez serían mejores, por lo que cumplió su deseo postergado y se animó a salir de la casa familiar a sus 27 años. Primero se fue a vivir con su amiga Sara y después con su pareja actual. Maite se veía trabajando en ese polideportivo toda la vida, es más, pensaba que se jubilaría ahí. Se imaginaba estudiando más especialidades, que le darían más clases hasta completar una jornada entera, y que, junto a la antigüedad, el sueldo iría subiendo con el transcurso de los años.

Cuando la conocí, a finales de 2017, Maite había firmado un contrato indefinido, y para ella aquello fue una muestra más de que estaba abandonando la precariedad para siempre. En ese momento ganaba 1300 euros y su jornada se mantenía al 70%. Aunque lo consideraba escaso y ahorraba menos de 100 euros al mes, confiaba en que su situación con el tiempo iría mejorando. Por el momento, se conformaba con que su trabajo le permitía hacer sus viajes, pagarse sus caprichos y alquilar la casa, sin embargo, su perspectiva hacia el futuro se transformó conforme la precarización de sus condiciones de trabajo.

Uno de los efectos más claros que experimentó Maite, como consecuencia de la precarización de su trabajo, fue la dificultad de hacer imágenes sobre el futuro, algo que

vivía con ansiedad. Ante esta desorientación, Maite intentaba adelantarse a los escenarios futuros creando “expectativas ficticias”, es decir, imaginarios actuales de situaciones futuras y la creencia en mecanismos causales que conducen a ese futuro, ofreciendo ilusiones de realidad (Beckert, 2013: 220). Sin embargo, muchas de estas ficciones se contradecían entre sí, y eso agotaba a Maite. A veces llegaba ilusionada a nuestro encuentro en el bar, por ejemplo, al haber escuchado que en un municipio donde la nueva empresa operaba había llegado a acuerdos con los trabajadores, y nos decía que pronto volverían las cosas a su cauce. Otras veces, llegaba y nos contaba que estaba pensando en estudiar algo más para abrir oportunidades laborales, dando por sentado que en poco tiempo se quedaría sin trabajo.

Maite tenía la sensación de que el futuro escapaba de su control y eso le producía una gran impotencia. Era consciente de su imposibilidad de hacer imágenes precisas sobre lo que podría pasar, algo que le impedía, decía, actuar con estrategia. De este modo, la perspectiva de que al final nada de aquello imaginado sucediera, o que las cosas terminaran sucediendo de un modo que ni había contemplado, también entraba dentro de sus cálculos. Ni a un mes del cambio de empresa le pregunté cómo veía su futuro, a lo que se mostró agobiada y me explicó que no era capaz de hacer una imagen del futuro. Maite no disimuló el agotamiento físico y emocional que le producía la percepción de un futuro incierto que amenazaba su sustento diario:

Antes pensaba que terminaría (jubilándome) ahí. Pero ahora, en estos momentos, no lo sé. No lo sé. En octubre veía mi futuro muy bien. De hecho, me apunté en una autoescuela, mañana tengo el examen teórico. Decía, como ya soy fija, el dinero siempre estará ahí, siempre. Bueno que siempre me pueden echar, pero bueno. Por eso dije, ahora puedo sacarme el carné (Maite).

La precarización de sus condiciones de trabajo impactó también en sus posibilidades y capacidades de sostener y hacer planes a medio plazo. Por ejemplo, Maite se planteó varias veces dejar el plan de sacarse el carné de conducir pues le parecía arriesgado dejarse todos sus ahorros en ello, ahora que no resultaba descabellado que la echaran o que terminara renunciando. Además, la irregularidad y la poca antelación con las que le establecían los horarios de trabajo le dificultaba organizar las clases de conducción. Pero no sólo era eso. Maite decía tener la cabeza descentrada, sentía que no podía estudiar, su agotamiento físico y emocional era observable, incluso empezó a ir al fisioterapeuta por dolores producidos por el agarrotamiento del cuerpo achacado al estrés.

En estos casos, donde las condiciones se precarizan de un día para otro, mis interlocutores/as buscaban ayuda principalmente en la familia. Esta re-familiarización, que será analizada en el capítulo 5, permite a muchos mantener vivas las expectativas y los

planes a futuro, sin embargo, Maite era muy reticente de pedir ayuda a sus padres, sobre todo a su madre, quien estaba en el desempleo. Al final, a pesar de la vulnerabilidad y la inseguridad que sintió los primeros meses, Maite decidió sostener la apuesta. Valoró que, a malas, se podría acoger a una prestación por desempleo. Además, su pareja recién había empezado a trabajar en una gran cooperativa de la Corporación Mondragón y aunque era un contrato eventual, tenían la esperanza de que lo volvieran a contratar. También tomó en cuenta que, en caso de algún aprieto, podía acudir a padre pensionista o a su hermano. De hecho, decía que la ayuda de su familia, incluida su madre, era lo que más seguridad le daba.

No obstante, hubo planes a medio plazo a los que tuvo que renunciar por su inestabilidad laboral. Por ejemplo, Maite solía ir con las amigas de vacaciones cada año, pero aquel año se pasó los primeros 6 meses sin calendario laboral, enterándose de una semana a otra los días que trabajaría, así que, cuando sus amigas empezaron a organizar el viaje, ella no sabía precisar los días que tendría de vacaciones. Aquello la enrabó y le generó más de un conflicto con la gerencia pues la acusaron de hablar mal de la empresa, a lo que ella, nos confesó a Sara y a mí, les contestó enfadada: “Es que no es hablar mal, si los clientes me preguntan que haré en Semana Santa, pues les digo, no lo sé, porque todavía no tenemos horarios”. Al final Maite tuvo unos días de vacaciones, pero ya era demasiado tarde para coordinarlo con sus amigas y optó por viajar sola.

La imprevisibilidad del tiempo de trabajo dificulta organizar la vida social, de ahí que la gente intenta hacer pequeños arreglos informales para mantener el equilibrio entre el mundo laboral y social. Esta incapacidad de anticipar los horarios y días de trabajo hizo que, para Maite, también fuera complicado hacer planes con su gente. Aunque a veces se turnaba los días de trabajo con sus compañeros, ella valoraba que, el no poder organizar su día a día con antelación, la condenaba a pasar más tiempo sola del que quisiera o sin sus amigos. Tampoco fue fácil coordinar las rutinas de la casa con su pareja, como la preparación de las comidas, algo que convertía las tareas que antes percibía como sencillas en más pesadas y conflictivas. Me dijo que se sentía como nadando a contracorriente, sin poder establecer rutinas duraderas y con una sensación continua de estrés.

Con los meses Maite comenzó a expresar un gran sentimiento de impotencia y desprotección laboral en nuestros encuentros, que además se agudizaba al percibir que no estaban siendo capaces de presionar a los directores de la nueva empresa. Maite lo comparaba con la gerencia anterior y decía que, si antes tenía cualquier problema solo tenía que ir a donde los gerentes que estaban en el mismo polideportivo y decírselo. Ahora, sin embargo, la dirección no se encontraba en el polideportivo y, en su lugar, un encargado hacía de puente entre unos y otros. Este básicamente se limitaba a comunicar órdenes “de arriba”, decía. Aunque se quejaban al encargado, Maite dudaba que sus reclamaciones

llegaran a dirección, de hecho, decía que solo conseguían que aparecieran los “de arriba” en el polideportivo cuando lo hacían mediante la intermediación del sindicato.

Para cuando me fui del trabajo de campo, a finales de agosto de 2018, sus condiciones laborales habían mejorado levemente. Ya tenía calendario laboral y, aunque los ritmos de trabajo habían aumentado y todavía había muchas incógnitas, parecía que las jornadas de cada trabajador se respetarían. Así que aproveché para volverle a formular las mismas preguntas sobre sus proyectos futuros. Esta vez Maite mostró más reparos y cautela con el futuro que cuando le formulé las preguntas a últimos de 2017, antes de que la nueva empresa entrara en acción. La situación, decía, podía volver a cambiar por motivos que escapan al control individual y que no son posibles de anticipar. Aunque su situación económica fuera similar a la de antes, la vulneración de sus derechos laborales durante esos primeros meses, la hacían sentirse ahora más insegura. Maite expresaba por ejemplo, no tener un presente mínimamente asegurado como para poder considerar algunos proyectos a largo plazo, como, comprarse una casa. Para argumentarlo, Maite se comparaba con amigas funcionarias para evidenciar las desigualdades en la capacidad de considerar, aspirar, y de hacer el futuro de unas y otras:

Yo por ejemplo soy fija, pero no es lo mismo que una amiga mía que es profesora y sacó las oposiciones y esa sí es fija. Ella sabe que ganara siempre casi 2000 euros. En ese caso, igual sí que me compraría una casa. Jon (su pareja), acaba de empezar a trabajar, tiene un contrato por seis meses. ¿A dónde vamos comprándonos una casa? Es que no lo veo (Maite).

En sus condiciones de existencia precarias cualquier inversión a largo plazo se convierte en un riesgo para Maite, porque el futuro, desde esta perspectiva, es pura especulación:

Yo no me compraría una casa. Todo el mundo dice “una casa”. Yo no. Yo seguiría viviendo de alquiler. Hombre, si me tocara la lotería pues igual si me compraría una casa, así al *tacatún*, y olvidarlo. Es que veo que una hipoteca a 30 años... y vale luego dices, un alquiler para toda la vida. ¡Ya! pero con el alquiler, cuando yo quiera me voy y no tengo problemas. Yo no sé muy bien cómo funcionan los bancos, pero con una hipoteca de 30 años, ¿y si me canso al quinceavo? ¿o si pasa lo que pasa y lo dejo con mi pareja? Yo veo una vida más tranquila viviendo de alquiler que comprando una casa, es mi opinión (Maite).

De este modo, si bien decía no afectarle demasiado el no poder comprarse una casa, como lo estaban haciendo muchas de sus amigas, el no poder cumplir con su expectativa de ser madre joven sí le causaba frustración. Sin embargo, creía que postergarlo era lo más responsable: “Ser madre en esta situación me crea algo de inseguridad. Porque a ver

un hijo, la casa, el dinero. (...) Porque las cosas hay que pensarlas antes, no como esas familias con hijos, con hipoteca y sin trabajo”.

Por lo pronto, quería pensar que los malos años habían pasado, y que, aunque les esperaba unas condiciones más duras y habría que ajustarse a ello, podría más pronto que tarde, tener un hijo: “Yo creo que todo irá a mejor. No sé la verdad, igual soy un poco optimista. Pero han pasado unos años malos, pero creo que ya está pasando. No sé si tendremos trabajo mejor pagado, pero igual sí más empleo”.

En definitiva, el caso de Maite muestra las dificultades cotidianas que muchas personas en empleos precarios, y con un acceso inseguro a los medios de vida, tienen para hacer proyectos a futuro y mantener vivas las expectativas de vida. Como ella, fueron muchas las personas que me expresaron sus dificultades para desarrollar su autonomía individual, como por ejemplo de salir de la casa familiar, de crear nuevas familias, de emprender un negocio o hacerse cargo del alquiler. El caso de su amiga Sara nos puede permitir observar las dificultades añadidas, de hacer proyectos a futuro, que tienen las personas que, además, acceden a prestaciones sociales.

El régimen de austeridad ha añadido más inseguridad económica –real y percibida– para muchos de mis interlocutores/as encadenados/as a empleos y/o prestaciones sociales precarias. Para empezar, las políticas de austeridad han implicado una condena moral al modo de vida de la gente, tachando su consumo de despilfarrador e irracional, y su sentido de derecho como excesivo. Esto se expresa muy intensamente en aquellos que reciben las prestaciones sociales y que han sido acusados de hacer un uso ilegítimo e ilegal de los recursos públicos. Además de que los recortes materiales, en la mayoría de las prestaciones, no permiten que las personas receptoras superen condiciones de existencia precarias, las reformas han endurecido los requisitos de acceso, generalmente reforzando criterios de nacionalidad y dejando fuera del acceso a la población migrante, sobre todo la irregular. De hecho, las reformas como la del Sistema Vasco de Protección Social se realizaron a la par de una intensa campaña mediática que apuntaba el “efecto llamada” que ejercían las prestaciones vascas, y por el cual hordas de migrantes estaban llegando al País Vasco, lo que derivó en un debate público sobre quienes eran merecedores de los recursos públicos, alimentando posturas defensivas de tipo xenófobo entre la población.

En el tiempo que realicé el trabajo de campo, el Gobierno Vasco de coalición PNV y PSE, preparaba una nueva reforma con una clara vocación disciplinadora. Por un lado, pusieron más leña al fuego al debate sobre los usos ilegales e ilegítimos de los recursos públicos, y, por otro, legitimaron el control permanente y reforzado a quienes recibían las prestaciones sociales; por ejemplo, mediante la obligatoriedad de la huella digital a todos los receptores para evitar fraudes, aunque estudios han situado que este no llega al 1% de los casos.

Desde años atrás, los medios de comunicación venían creando noticias de usos fraudulentos de las prestaciones. En mi estancia en Errenteria, fue frecuente estar en conversaciones grupales en que se traspasaba el debate legal e ilegal de uso de las ayudas, para señalar comportamientos a sus ojos legítimos o ilegítimos de las prestaciones. Parados que recibían la prestación por desempleo mientras trabajaban informalmente, perceptores de la RGI a los que se les ponía en duda el derecho de irse de vacaciones, o familias perceptoras señaladas por no garantizar a los hijos, lo que a sus ojos son necesidades básicas, por ejemplo, unas zapatillas de deporte o una bicicleta. En muchas de esas conversaciones grupales, en las que estuve presente, había personas que recibían o habían recibido la RGI, aunque generalmente el resto no se percatara ni ellos manifestaran que lo recibían. Aunque había matices, casi siempre se mostraron de acuerdo o reprodujeron ellos mismos estos juicios morales, diciendo que había gente que se aprovechaba de los recursos públicos. De este modo, la mayoría justificaba el control y las sanciones hacia las familias perceptoras, para garantizar que se hiciera un uso legítimo del dinero.

De hecho, para muchos de mis interlocutores/as perceptores de ayudas sociales, la intensificación del control y el juicio moral sobre los usos de las prestaciones era recibido como un juicio hacia su persona, lo que además de generar inseguridad convertía a estas prestaciones costosas de mantener socialmente. Así también para Sara:

Parece que estás en deuda. Cuando llega la carta o no llega, siempre estoy nerviosa, si habré hecho bien este papel o no. Es como si todo el rato debieses algo y joder, esto es un derecho. Pero es como si tener una ayuda tuvieras que estar en un agujero (Sara).

Sara (30 años), una de las amigas íntimas de Maite, considera que mantener la prestación de la RGI resulta un trabajo agotador. Ella era perceptora desde que sus padres fallecieron hacía cinco años, y por aquel entonces Sara hacía unas prácticas sin remuneración en una undación de Donostia, así que los servicios sociales la dirigieron a la “renta mínima”.

Cuando la conocí vivía sola en la casa que había heredado de sus padres y trabajaba en una cadena de cafeterías en la ciudad a jornada parcial. Previamente solo había tenido trabajos de prácticas, trabajos de verano enfocados a los jóvenes, trabajo por horas en hostelería o dando clases particulares por cuenta propia, mucho de ellos de manera informal. Su precariedad laboral, junto al hecho de no poder refugiarse en la ayuda de sus padres, —aunque recibía apoyo de su familia extensa regularmente—, la hacía sentir desprotegida:

Sobre todo, me preocupa el trabajo, sobre todo eso, porque no sé, pienso que si no tengo un trabajo fijo no tendré una estabilidad. O un trabajo fijo o un trabajo que me

dé para vivir. Y el tema del dinero sí que me da ese miedo. A ver, ostras, a ver si me voy a quedar sin dinero o no sabré gestionarlo, y de repente se me va a caer toda la pirámide. Eso sí me da mucho miedo. Si pienso bastante, mucho, en el dinero. Es que al final, viendo cómo está la vida, en cuantos cambios puede haber, sí que me veo ese peligro de que te quedas, de repente, sin nada, y que no tienes de donde sacar, y eso me da un poco de inseguridad, y sí me entra un poco de intranquilidad. ¿Alguna vez tendré algo que se sostenga en el tiempo? (Sara).

El “miedo a caer” (Ehrenreich, 1990), que expresaba Sara con frecuencia, atravesaba también sus cálculos y sus visiones sobre el mañana. Tenía miedo a gastarse la herencia de sus padres y que, a partir de entonces, no fuera capaz de hacer frente a un gasto extraordinario por enfermedad, accidente, desempleo etc. El futuro para Sara aparecía como una amenaza que puede destruir sus recursos presentes, de ahí que, después de unos primeros años en las que dice se descontroló con el dinero, ahora prefería no tomar grandes riesgos porque podía decir “caer la pirámide”.

El contacto con ella, durante más de medio año, me permitió observar algunas de las dificultades que añade la prestación de la renta mínima en la búsqueda y construcción de los proyectos de vida. Las dudas de cada principio de mes sobre si le ingresarían la prestación son un primer reflejo de lo poca seguridad que percibía sobre la prestación. El resto del mes se sentía insegura sobre sus derechos, sobre lo que podía hacer y lo que no, y sobre lo que estaría bien visto hacer y lo que no. Si podía compartir piso, si podía hacer un viaje de ocio o ir a formarse, si podía pagar con la tarjeta de crédito unas entradas a un concierto, si era legítimo irse a un festival, a cenar con las amigas etc. Muchas veces renunciaba a esos planes, otras veces los decidía hacer, pero sin avisar a la administración, y es que ya la habían sancionado y dejado sin el salario social alguna vez. Me contó, por ejemplo, como una vez le quitaron la prestación por un mes porque se fue con sus amigas a Cuba. El billete fue comprado antes de que sus padres fallecieran y que a ella le concedieran la prestación. Decidió avisar a la administración y le avisaron que, si iba, no iba a recibir la prestación aquel mes. Después de eso, la sancionarían más veces, como cuando recibió otra pequeña prestación que, al de meses, se dio cuenta de que eran incompatibles. Sara, como el resto de mis interlocutores/as que han recibido la RGI, han sido sancionados una que otra vez, lo que genera la percepción de que la prestación es insegura e irregular. En general, mis interlocutores/as decían que no podían confiar en el acceso a la prestación, ni anticipar con exactitud lo que recibirían, porque casi siempre acumulaban alguna sanción.

Como decía, cuando conocí a Sara trabajaba como camarera a jornada parcial. Empezó a trabajar en la cafetería, en parte, porque no encontraba trabajo de lo que había estudiado y pasarse el día sin trabajar decía la hacía sentir “vacía”. También porque sentía

presión administrativa y pensaba que, si no aceptaba un empleo, le quitarían la ayuda. Pero además porque se sentía juzgada por la sociedad y no quería que sus amigos y familiares pensaran de ella que era una “aprovechada”, me dijo, por recibir la prestación y no trabajar. Así que aceptó el trabajo que le ofrecieron de la oficina de empleo, lo que implicó que le redujeran la prestación y ganara prácticamente lo mismo con que sin ella. Es decir, si antes recibía unos 600 euros de la RGI, ahora recibía alrededor de 200 euros y el resto era compensado con el salario⁷⁴.

Sara comenzó a trabajar 11 horas a la semana, de viernes a domingo, jornada por la que ganaba 365 euros. Al de poco, el encargado de la cadena de cafeterías le ofreció hacer algunas horas extras de manera informal por 10 euros la hora. Sara decidió aceptar el trabajo extra porque valoró que tendría tiempo para seguir formándose y seguir buscando trabajo de lo que había estudiado. Sin embargo, la poca antelación con la que le avisaban los horarios de trabajo hizo que le costara organizarse, por lo que empezó a renunciar a algunas formaciones e incluso a unas entrevistas de trabajo o de prácticas. Normalmente le llegaba un mensaje, los domingos por la noche, con su nuevo horario semanal, pero era muy frecuente que también la requirieran de un día para otro. De hecho, y como en el caso de Maite, era bastante difícil acordar los días para reunirnos. Confirmar los encuentros el mismo día era habitual en sus circunstancias irregulares.

El miedo a tener problemas con la administración, más todavía desde que había aceptado hacer horas informalmente, hizo que Sara estuviera siempre disponible y aceptara las condiciones de trabajo, aunque le parecieran injustas:

Pero es que no les importa, e igual te avisan a las once de la noche eh. Te mandan un WhatsApp. Por no hacer el feo vas, y porque igual tendría problemas con la ayuda, porque si igual me echan del trabajo es como que... no sé (Sara).

Tampoco reclamó cuando le pagaron menos de lo acordado por las horas extras. Cuando la conocí le debían alrededor de 1000 euros y, aunque Sara les insistía, temía ponerse demasiado dura por si la empresa la fuera a denunciar a la administración.

Al fin y al cabo, nadie tiene constancia que yo he metido esas horas y yo no puedo decirlo, no puedo ponerles una denuncia, por ejemplo, que no voy a hacerlo, pero en el caso de que quisiera joderles de alguna forma o desde el sindicato, yo no puedo sacarlo a la luz, porque es en *negro*, y como se enteren (Sara).

Al final consiguió que le pagaran las horas extras que le debían, pero le dieron 200 euros menos. Sara quiso dejar el trabajo en repetidas ocasiones, pero no se atrevía pensan-

⁷⁴ Las últimas reformas a la RGI también han reducido el incentivo del empleo.

do que no tenía ese derecho como perceptora, así que esperó hasta que terminara el contrato y pidió a los jefes que no la renovaran. Incluso entonces, Sara temió por su derecho a no renovar, y pensaba que si la administración se enteraba la podrían sancionar, de modo que hasta el mes siguiente no vio de nuevo ingresada la prestación no estuvo tranquila. De ahí que Sara y muchos otros interlocutores/as que recibían el RGI percibieran y manifestaran en repetidas ocasiones lo costoso y agotador que era mantener la ayuda. Sara añadía que para ella, era en ocasiones incluso humillante:

A mí no me compensa por 600 euros vivir así. Tengo que estar todo el rato avisando lo que hago y lo que no hago. A mí me ha llegado un momento ya que esto no me compensa, porque siempre estoy con el miedo de que a ver qué me hacen esta vez y cuanto tenga que devolver. No sientes como si (el dinero) fuera tuyo, es como algo que te viene, pero que siempre estás con el miedo, de a ver cuándo me dan la ostia (Sara).

Los peores presagios sucedieron cuando la llamaron para actualizar el expediente y leyendo los formularios se dio cuenta de que la vivienda de la abuela, la que recibió en herencia familiar junto a su tío cuando ésta falleció al segundo año de ella comenzar a recibir la prestación, vivienda que estuvo sin utilizar todos esos años, iba contra las normas de la prestación. Sara se angustió y decidió renunciar a la RGI con la esperanza de que no se dieran cuenta. Así me lo contó un día antes de irse a las oficinas de empleo a renunciar:

Mañana iré al INEM. He pensado decirles que dejo la ayuda, que me ha salido unas entrevistas en Barcelona y que igual me voy fuera a vivir. Con suerte cierran el expediente y no se ponen a revisar. ¡Es que me muero! ¿cómo voy a darles yo ahora todo ese dinero? (Sara).

No fue así. Unos meses después, cuando yo ya no estaba haciendo trabajo de campo, a Sara le exigieron la devolución de 22.000 euros. Afortunadamente llegó a un acuerdo con su tío y vendieron la casa, por lo que utilizó parte del dinero para el desembolso de la prestación. “Ahora puedo hablar de ello, pero antes, es que ni podía”, me dijo mientras encendía un cigarro en una visita posterior al campo con la voz entrecortada todavía.

Ya sin la prestación, Sara me contó que volvió a trabajar de camarera, en la cafetería de un familiar, mientras recibía la ayuda económica de la familia extensa, algo que vivía también con gran frustración. Seguía sin encontrar trabajo de “lo suyo”, pero estaba decidida a encontrarlo, aunque fuera sin remuneración. Al menos decía que se había quitado un peso de encima al dejar la prestación, ahora, en todo caso, sólo debía explicaciones a su familia.

En definitiva, como se ha mostrado mediante los casos de Maite y Sara, la precariedad y la austeridad prolongada generan serias dificultades para poder considerar

y llevar a cabo proyectos a futuro. Mis interlocutores/as destacan el carácter inestable, irregular e incierto de sus trabajos, los bajos sueldos, las facilidades de despido, o los recortes y controles en las prestaciones sociales como la fuente de su percepción de inseguridad. Señalan la angustia que produce no poder dar por hecho ciertas regularidades de acceso a los recursos, ni tener ahorros ni la posibilidad de generarlos para hacer frente a un gasto extraordinario, o para desarrollar proyectos de vida o planes de futuro, y sobre todo, para hacerle frente a una contingencia. Esto último los hace sentir vulnerables ante el futuro, percibiéndolo como amenaza. También señalan el miedo a endeudarse y después no ser capaces de poder hacer frente a los pagos. En ese sentido, la Encuesta de Pobreza y Desigualdades Sociales (EPDS) alerta del crecimiento de la población que ha perdido la capacidad de ahorro y de hacer frente a un gasto extraordinario (situado en 2018 en 860 euros), que asciende a 23,1%. Alerta también, del crecimiento de las personas con impagos o con atrasos en el pago del alquileres, créditos, hipotecas o recibos, población que ha crecido un 122% en números absolutos desde el 2008, abarcando al 6,5% de la población.

De este modo, la inseguridad del presente condiciona la capacidad objetiva y subjetiva de considerar y hacer planes futuros, tanto nuevos como sostener los pasados. Como hemos visto, esto tiene implicaciones sobre las expectativas de vida, como en el caso de tener hijos, de abandonar la casa familiar o de crear nuevas familias. Muchos de mis interlocutores/as precarizadas manifestaron estas dificultades. Como Alba (25), que con su trabajo de sustituta en la educación no se veía capaz de salir del hogar familiar, algo que deseaba mucho debido a la tensión creciente en casa después de que su padre quedara en el desempleo, además de que le urgía salir también debido a que, al contabilizar sus ingresos como parte de la unidad familiar, su padre perdió el derecho al acceso al RGI:

Si yo trabajara todo el mes, ganaría 1700 euros en jornada completa, claro, si trabajara todo el mes, pero ¿cuándo sucede eso? ¡Eso no pasa! –y Alba se echa a reír–. Porque si eso pasara, yo ya me hubiera independizado –se volvió a reír, haciéndome ver que era de sentido común–. Quiero decir, si tuviera un sueldo garantizado cada mes, pues sí, podría plantearme irme de casa, agarrar un alquiler, empadronarme en otro lugar y ya está. Problema resuelto. Pero lo que sucede es que yo soy sustituta. Yo soy sustituta, yo estoy en listas en colegios privados, me llaman hoy y mañana no (Alba).

Esta dependencia familiar y falta de autonomía individual tiene implicaciones también en su reconocimiento como personas adultas y responsables, así como también en la concepción de sí mismos, en el respeto propio y la autoestima. De hecho, mis interlocutores/as también reconocieron su inestabilidad e incertidumbre económica como un obstáculo para poder convertirse en personas valiosas, ya sea en desarrollar habilidades,

acceder a conocimientos o demostrar compromiso político, que, más allá del crecimiento económico, también definen lo que ellos entienden por una persona y una vida de valor.

Por ejemplo, Alberto (43), quien trabajaba como sustituto en el sector público, se debatía entre comenzar o no una carrera universitaria, debido a que temía poder quedarse sin trabajo en breve y no sabía si podría sostener el compromiso en el futuro. O Itziar (37), en esos momentos profesora sustituta en la enseñanza pública, que justificaba no comprometerse con las luchas de su empresa porque, de todos modos, estaba de paso:

¿Para qué voy a empezar a hacer pancartas si no sé ni si estaré en la próxima huelga?
¿Para qué voy a ir a hacer no sé qué? ¿O para qué voy a tomar la responsabilidad de algo si igual no voy a estar aquí? (Itziar).

O Xavier, también profesor sustituto, quien expresaba lo frustrante que le resulta estar cambiando de escuelas cada pocos meses, algo que afectaba a su concepción del esfuerzo y trabajo realizado: “Si no hay continuidad no ves los avances. Veía mi ayuda muy limitada”, comentó.

No poder proyectar a futuro genera una vulnerabilidad mayor en la vida, que implica, incluso, la salud y la integridad física de estas personas. Fue recurrente que varios/as de mis interlocutores/as manifestaran aplazar las visitas médicas que no estaban cubiertas por la sanidad pública, a falta de certezas de saber si podrían darles continuidad a los tratamientos. Aunque, en la mayoría de las ocasiones, se agarraron a la creencia de que estaban posponiendo ciertas inversiones, una perspectiva más amplia de sus trayectorias hacía ver que esas postergaciones tomaban cada vez más forma de renunciadas. Al final, una parte importante de sus capacidades de hacer planes futuros, y de mantener vivas las expectativas de vida, dependen del acceso al apoyo familiar que se tenga.

3. Horizontes de futuro: visiones y aspiraciones sobre el mañana

“¿Cómo te ves en 5 años?”, le pregunté a Iker, el hermano de Maite: “¿En 5 años?”, respondió entre risas haciéndome saber que le sorprendía mi pregunta. “Pues no sé, ¿Cómo te ves en 3?” le insistí. “¿En tres años? En tres cómo me veo... –me dijo muerto de risa, como si mi pregunta no tuviera ni pies ni cabeza, suspiró y señaló– :

Es que para mí es muy no sé, mirar a tres años. Mi objetivo ahora es vivir más tranquilo, corregir cosas en el trabajo, en el sentido de trabajar menos y ser más efectivo, más tranquilo y llevar las cosas mejor. Y económicamente también vivir más tranquilo, o me gustaría cobrar más en tres años (Iker).

Así como él, durante el trabajo de campo me encontré, recurrentemente, con que mis interlocutores/as precarizados/as no eran capaces de hacer imágenes precisas sobre el futuro, y que, incluso, rechazaban pensar en términos a largo plazo. Como vengo argumentando durante todo el capítulo, la inseguridad presente representa un factor inmediato de limitación relativa en la capacidad del individuo para llevar a cabo planes a largo plazo, pero también para concebir, anticipar y delinear un horizonte futuro determinado.

En mi estancia en Errenteria, se hicieron evidentes las distintas formas de proyectar horizontes de futuro entre las personas sujetas a la precariedad y las que no. Mientras que para los primeros el futuro no es una extensión del presente, y no se puede dirigir completamente debido a que se mueve por factores fuera de su control, para los segundos es algo que se podía construir, orientar y mejorar mediante la movilización de los recursos presentes. Es decir, la precariedad y la austeridad prolongada dificultan el control auto percibido que estos individuos tienen sobre su futuro, y eso tiene implicaciones a la hora de aspirar y delinear horizontes de futuro. En lo que sigue, me gustaría retratar en profundidad qué representa el futuro para los sujetos precarizados, e identificar cuáles son los factores o elementos que contribuyen a oscurecer sus perspectivas y posibilidades futuras.

La pregunta “¿Cómo te ves en 5 años?” se la hice, en algún momento u otro, a los vecinos y las vecinas que aparecen en esta etnografía, y a muchos/as de ellos/as en varias ocasiones durante mi estancia en la ciudad. Cuando les pregunté sobre el futuro, la mayoría de la gente me explicitó sus problemas para visualizar futuros concretos. La reacción a mi pregunta siempre era parecida, comenzaba con una risa nerviosa seguida de un suspiro y un “no sé, no sé, no sé, no sé”. Así fue también para Eider (42 años) que trabajaba como eventual en el departamento de cultura de Donostia, y quien comenta: “Es que no sabría qué decirte, porque hace cinco años tampoco sabía. O sea, no lo sé. Al final mi inestabilidad me ha derivado a eso, a no saber que haré en cinco años”.

Cuando Eider me contestó esto hacía pocos meses que se había quedado en el desempleo, después de encadenar cinco años de sustituciones con cortos periodos de desempleo en un centro cultural público. Ahora, por primera vez, no tenía grandes esperanzas de que la volvieran a contratar, debido a que el ayuntamiento recién había empezado a aplicar una medida de las políticas de austeridad que, hasta entonces, había hecho la vista gorda, la de no reposición, y por la cual sólo se podrían cubrir de personal las bajas médicas, no por vacaciones o por excedencias como resultaba que estaban haciendo. Con ello, las oportunidades y aspiraciones de estabilizarse en esa institución pública como técnica se disminuyeron drásticamente.

Ahora en el desempleo, valoraba sus decisiones pasadas y se lamentaba de haber priorizado ese trabajo a sabiendas que era eventual, en vez de haber aceptado una plaza fija en otra institución: “En algunos momentos me digo, si hubiera agarrado ese otro

trabajo por lo menos sabría qué hacer con mi vida, cuándo empiezo las vacaciones, qué sueldo tengo, ¿un poco tendría todo eso un poco más claro no?”.

Ahora, Eider no era capaz de concretar un mínimo en su horizonte de futuro. “¿Te ves viviendo en Errenteria?” le pregunté, “Si, pero también en cualquier otro lugar” me respondió, ella que en más de una ocasión me alabó la cualidad de ser una persona adaptada y abierta al mundo. También le pregunté sobre sus perspectivas laborales, el tipo de puestos a los que aspiraba y dónde se veía, presumiblemente, en cinco o tres años. A pesar de su extensa y cualificada trayectoria laboral y académica, Eider dejaba abierta la posibilidad razonable de volver a empleos no cualificados.

Como digo, fueron muchos los que expresaban limitaciones para concebir y delinear un horizonte futuro determinado. Señalaban que anticipar el futuro era un ejercicio de ciencia ficción, donde salían como resultado imágenes fantásticas y poco exactas. Que no tenían recursos para pensar el futuro que razonablemente podría ser. Por ejemplo, Ana, de 52 años, que toda su trayectoria laboral había encadenado un trabajo eventual tras otro, en una diversidad de sectores y actividades (desde transportista a agente de seguros, cuidadora o vigilante), y ahora tenía un trabajo protegido por seis meses para mujeres en peligro de exclusión, me decía que para el futuro tenía “demasiados planes y ninguno”. O Alberto, de 43 años, esperaba la noticia de si tenía o no posibilidades de continuar en la plaza del centro cívico donde trabajaba desde hacía 3 años, decía no poder hacerse imágenes concretas de lo que le podía esperar el futuro más allá de que le quedan 25 años de hipoteca.

A lo máximo que llegaron mis interlocutores/as con unas condiciones inseguras, fue a formularme sueños, deseos y esperanzas. Alberto me contó que deseaba trabajar en un gran teatro de la capital. Ana me hablaba de su sueño de abrir una pequeña cafetería-panadería en un barrio pequeño de la ciudad o de abrir una escuela autogestionada para mujeres, como había visto en sus viajes a Latinoamérica. Eider hablaba de que le gustaría algún día trabajar en algo que le interesara y que le diera cierta estabilidad. Y Sara, después de rechazar mi pregunta de pensarse a cinco años, me formuló sus sueños de encontrar un empleo ya no acorde a su formación, pero si por lo menos que tuviera algo de relación:

En un futuro cercano si pienso, de aquí a un año, vale. Ese espacio vale. ¿De aquí a un año cómo estaré? Pero, es que no sé, no lo imagino. Espero, haber hecho lo suficiente para conseguir un curro, ya no en lo mío, pero si, aunque sea, en el ámbito social. Pero para eso sé que me tengo que mover yo. Un ámbito social, trabajando con gente que me puede aportar. Y eso me lo puedo imaginar porque soy muy soñadora, me puedo imaginar un poco así, un poco más decente, pero creo que me queda mucho que hacer en el trabajo (Sara).

En todas estas formulaciones no había ni fechas, ni recursos necesarios, ni estrategias concretas para la consecución de dichos sueños, lo que contrastaba enormemente con las formulaciones a futuro de mis interlocutores/as con condiciones seguras y sostenidas de acceso a los medios de vida, los cuales, además de formular horizontes concretos a futuro, especificaban proyectos, es decir, planes que contenían estrategias, fechas, recursos etc.

Por ejemplo, Xabier (33), hijo de José Luis, un trabajador de la papelera, pudo darme una imagen concreta y bastante definida sobre su futuro. La pregunta no le produjo agobio ni risa nerviosa, ni ninguna tensión aparente como al resto. Me especificó dónde viviría, el crédito que pediría para ello, los plazos de devolución, la cantidad de hijos que buscaría tener, las carreras de bicicleta que estaba pensando hacer, y mucho más. Y eso que cuando lo conocí, a principios de 2017, había empezado a hacer una sustitución de un año en una escuela pública a un tercio de jornada y a unos 70 km de casa, por un sueldo de unos 650 euros. De hecho, Xabier me dijo que la totalidad de su sueldo lo gastaba en el desplazamiento a la escuela y, sin embargo, consideraba aquello una inversión y una estrategia, debido a que así conseguiría acumular los puntos necesarios para conseguir una plaza mientras tenía el tiempo suficiente para estudiar las oposiciones. Xabier vivía gracias a los ahorros que acumuló durante los 6 años que trabajó en la papelera y al cheque que recibió de cuando vendieron la fábrica. Él, la tercera generación de su familia de trabajadores de la papelera, dejó la fábrica en el 2011, un par de años después de comenzar a estudiar magisterio, debido a que dudaba del futuro de la fábrica –recordemos que el Grupo Gallardo se declaró en crisis y durante esos años había una gran incógnita sobre el futuro de la papelera– y de sus posibilidades de ganar estabilidad dentro de ella.

“¿Cómo te ves en tres años?” le pregunté, y Xabier fue concreto. Me dijo que él y su pareja seguirían viviendo en la casa de la abuela donde vivían en la actualidad, que su pareja vendería la casa de protección oficial que tenía en otra localidad, y que, en aproximadamente un año, una vez que consiguiera la plaza en las oposiciones, pedirían un crédito familiar a su madre para hacerse con la propiedad de la casa. Se podía proyectar a sí mismo trabajando en la educación pública, con estabilidad, en alguna escuela cercana y desarrollando proyectos e ideas pedagógicas que hasta ahora no había tenido oportunidad de dar seguimiento. Esperaba también, tener un hijo para entonces. Creo que fue de las primeras personas que me respondió con precisión a la pregunta, así que seguí insistiendo “Y en 10 años, ¿cómo te ves?” La imagen era parecida, se veía en la misma casa, con el préstamo familiar ya pagado y con una jornada reducida para poder cuidar a sus hijos. “No tenemos necesidad de dinero”, sentenciaba, al prever el sueldo con el que contaría una vez que ganara la plaza, que junto al de su pareja, también en la educación, rondaban los 4000 euros al mes. Xabier no le temía al futuro, así que seguimos hablando de lo que

se podía esperar. Xabier se imaginaba, incluso, a cuarenta años vista: “es que lo puedo ver” decía sonriendo, alegre mientras me formulaba a un hipotético Xabier de 70 años viviendo con su pareja en la misma casa.

Este joven de 33 años no siempre había tenido claros sus horizontes de futuro. Cuando tenía condiciones de trabajo precarias también percibía un futuro difícil de incidir y mejorar. De hecho, recuerda cómo, cuando trabajaba en la papelera, los trabajadores mayores les acusaban a ellos (los jóvenes, subcontratados, eventuales) de no tener visión de futuro, de solo preocuparse del presente, y Xabier que empezó a trabajar ahí a los 22 años les respondía que era cierto, pero que si no veían futuro era porque la empresa no les ofrecía ninguno:

Me acuerdo cuando trabajaba en la papelera y respondía a la gente de ahí “Vosotros muy bien pensáis en el futuro: nosotros no podemos pensar en el futuro. Nosotros no vamos a conocer la sociedad tal como la conocemos ahora, no la conoceremos, entonces vuestros sueños no sirven para nosotros” (Xabier).

La apuesta que años atrás tomó de dejar la papelera y ser profesor de la educación pública no se entiende solo como manera de mejorar las condiciones futuras, sino también de ganar cierto control sobre su futuro. De hecho, este renovado interés en el empleo público es bastante generalizado sobre todo entre las generaciones jóvenes de la ciudad, que lo ven como una forma de gobernar la vida y mantener vivas las expectativas de vida. En este sentido, el empleo público no solo contiene la promesa de que los sacrificios del presente se recompensarán en un futuro mejor con un empleo estable, sino que permite orientar las acciones de forma objetiva. Para mis interlocutores/as el empleo público permite ser estratégico, a diferencia de un sector privado donde el futuro funciona por variables que no son propias y escapan a la voluntad del individuo. Así también para Xabier:

En la pública eres un número, es más objetivo. Tiene sus contradicciones, pero no hay fijaciones personales. Eres un número. Tienes x puntos, que son objetivos. Yo ahora ya sé cuántos puntos tengo y cuántos puedo tener si hago esto, o hago esta formación o lo que sea, y a partir de eso sabes con más claridad qué camino tomar, es más limpio vaya (Xabier).

Los ahorros y el cheque de la venta de la papelera en el 2007-2008 permitieron a Xabier intervenir sobre su futuro. Comentó que, a gracias ese dinero y medida que fue ganando seguridad en el presente, fue planteándose el futuro:

Fue cuando empecé con Leire, o cuando fui a vivir con ella. Y si, luego estuve, por primera vez, siete meses en un lugar en el que estaba a gusto, o bueno, no tan in-

cómodo. Y me decía a mí mismo “bueno, si trabajara aquí, tendría una estabilidad, y aunque no voy a cambiar el mundo, por lo menos no estoy trabajando contra mis principios, ¿no?” Y, sobre todo, eso, veía oportunidades para poder seguir trabajando ahí, y eso te da para poder pensar “pues me voy a mirar una casa con Leire, o esto y lo otro, o a dónde iremos, aquí o allá”. Si, tal vez, haber anticipado o creído que tendría una estabilidad mínima en el trabajo, y luego también, el estar bien con la pareja, y decir “vamos a ir a vivir juntos”. Esas dos cosas (Xabier).

Como Xabier, Jone Miren también tenía su presente asegurado, por lo que también hacía proyecciones concretas a futuro. Jone Miren era una de esas que Maite llamaría “fijas de verdad”. Trabajaba como educadora infantil en una escuela semipública de un pueblo vecino, desde hacía más de 14 años. A sus 36 años nunca había conocido el desempleo. Nada más terminar la universidad, unos amigos le avisaron de que en la escuela se necesitaba gente y al de una semana de ser entrevista empezó a trabajar ahí. Al cabo de cuatro años, la hicieron fija. Aunque en los últimos años habían bajado las matriculaciones, ella no temía por su trabajo porque sabía que, en el peor de los casos, el criterio de despido sería el orden de llegada. Además, veía sumamente improbable que pudieran hacer grandes recortes de plantilla debido al costo político que le supondría al ayuntamiento. Ella me explicó que seguiría trabajando unos años más en la misma guardería y que ya estaba mirando la forma de cambiar de puesto, porque con la edad trabajar con niños se le hacía cada vez más agotador. Según sus proyecciones, seguirían pagando la casa de protección oficial y en breves tendrían otro hijo. Como hija única, Jone Miren contaba, además, con que le llegaría en herencia las propiedades de sus padres, del tío, y la abuela, así que no le temía demasiado al futuro. Lo que más le preocupaba era cómo se las arreglaría para cuidar a su familia, pero tenía previsto que vendería alguna de las casas y con ello se costearía los cuidados necesarios.

3.1. Entre la inutilidad de pensar a futuro y el presentismo

Más allá de la postura estratégicamente orientada hacia la construcción de horizontes de futuro, donde éste se presentaba como algo gobernable, llama la atención que las personas con seguridad socioeconómica no se agobiaban ante las preguntas sobre el futuro como sí lo hacían el resto de las personas en situaciones presentes inseguras, tal como indicaban sus risas nerviosas cada vez que lanzaba la pregunta.

Seguramente no era tanto la pregunta, como no poder dar respuestas claras y concisas, y es que, mientras que para los/as primeros/as el futuro era una extensión del presente, para mis interlocutores/as precarizados/as el pasado, presente y futuro se mostraban discontinuos. En efecto, para mis interlocutores/as precarizados/as el futuro era evidente

y naturalmente imprevisible, y por tanto no anticipable ni planeable del todo. El futuro para ellos puede imponerse, sobrevenirse, revelarse a su antojo. Algunos como Iker y Sara se basaban en los cambios repentinos y no anticipados que tuvieron en el pasado para ahora comprender, de esa misma manera, el futuro, a saber, fallecimientos, rupturas, cierres de empresa etc.

Así que, a mi pregunta de ¿cómo te ves en 5 años?, Iker expresó lo siguiente: “Es que, no suelo hacer esos ejercicios, es que luego la vida da muchas vueltas. Yo hago planes muy a corto plazo. Mi plan ahora mismo es mudarme”, pero ¿por qué?, insistí, “porque el futuro es muy incierto”, contestó él y siguió:

Ahora ilusionarme con qué quiero para dentro de cinco años, me parece tan irreal. Hace cinco años estaba creando la empresa, igual los últimos cinco años han sido los más estables de mi vida, pero dentro de esta estabilidad ha habido unas vueltas de la ostia, entonces, no, no me lo planteo (Iker).

Sara también utilizó los recuerdos del pasado, en su caso del fallecimiento repentino de sus padres, para argumentar que el futuro, igual que en el pasado, era esencialmente incierto e impredecible:

Pienso que la vida es tan impredecible que no tienes ni idea dónde puedes estar el 2021. ¿Qué lo puedas imaginar? Vale, pero lo imaginas desde este momento. ¿Igual es por lo que he vivido eh? Igual me ha llevado a plantearme las cosas de otra manera (Sara).

El futuro también es imprevisible porque según ellos existen factores que escapan a nuestro control y que no se pueden anticipar ni gobernar. En ese sentido el futuro depende de dinámicas propias e internas del sistema que escapan a la voluntad de los individuos, como si tuviera vida propia. Generalmente mis interlocutores/as asociaban estas dinámicas incontrolables e incomprensibles de la economía mundial y financiera, de modo que el horizonte de futuro se ve afectado por estos sistemas de poder complejos y autónomos que son, además, difíciles de entender. Por ejemplo, Alberto señalaba la incapacidad de descifrar dinámicas, como cuando, en plena crisis, a él se le rebajó la hipoteca porque al parecer algo como el Euribor, que no entendía bien lo que era, había bajado: “Viendo todo lo que ha pasado, viendo cómo está estructurado todo, puede pasar que todo el mundo esté jodido y que tú estés de puta madre porque el Euribor ha bajado”.

En resumidas cuentas, desde esta perspectiva, la incertidumbre del futuro se explica por la precariedad y la inseguridad de las experiencias pasadas y la comprensión de que el futuro depende de dinámicas autónomas, y por lo tanto ajenas a la intervención y voluntad de la acción del individuo, y que son, además, imposibles de descifrar. Dice Marina Gar-

cés (2017: 14-16) que esto genera una “experiencia del límite”, la cual tiene que ver con la impotencia vinculada a la imposibilidad de ocuparse y de intervenir sobre las propias condiciones de vida. Esta perspectiva sobre el futuro alimenta a su vez dos lógicas o posturas relacionadas entre sí. La primera obedece a la inutilidad de apostar a futuro, en tanto que no vale la pena pensar en el futuro porque está fuera de tus manos. Iker por ejemplo, me señaló que evitaba pensar en el futuro, y lo argumentó de la siguiente manera:

Yo escapo de eso (pensar en el futuro) porque viendo mi trayectoria es absurdo. O sea, no, no. Porque hace un año no me hubiera imaginado que ahora me estuviera planteando ir a vivir a Goizueta. Que es como súper loco si lo planteo solo hace un año atrás. Entonces, plantearme qué voy a hacer a cinco años me parece una pérdida de tiempo y una forma de engañarme de alguna manera (Iker).

Son muchos los interlocutores/as que señalan el agotamiento físico y emocional que genera enfrentarse cotidianamente a la incertidumbre. No ilusionarse por algo que tal vez no vaya a pasar es una forma de regular las emociones en contexto de incertidumbre. De hecho, mostrar sus sueños y deseos cuando no había herramientas para que estos se llevaran a cabo, para algunos era un acto de desnudez de su vulnerabilidad. De este modo, Alberto, que, aunque estaba a pocas semanas de saber si continuaría en su trabajo, y aunque esa decisión le importaba y sabía que estaba algo nervioso, me decía agarrándose a esta comprensión del futuro como autónomo y aleatorio: “Estoy en un momento en que realmente no sé a qué aspiro y realmente no me importa mucho”. No era resignación, ni fanfarronería lo que expresaba, o no sólo eso, sino también una voluntad consciente de no abrumarse con el futuro.

Esto deriva en una segunda dinámica, la lógica de la “presentificación”, es decir, la reducción de la atención y los actos al presente, puntual o alargado, desgajado de los horizontes de futuro y pasado (Leccardi, 2005: 141 en Carmo et al. 2014: 350; Jameson, 1995: 64-66; Ramos, 2014). Desde esta lógica, no vale la pena pensar e ilusionarse más allá del día a día, porque el futuro es imprevisible y el presente es lo único alcanzable e intervenible. Así lo argumentaba Sara:

No me gusta pensar en el futuro porque no me gusta adelantarme, y porque pienso que la lección más grande que quiero aprender es a vivir en el día a día, un poco en el presente, pero todos tenemos esa tendencia de mirar adelante y atrás (Sara).

Iker, que gastaba la totalidad del sueldo mes por mes, reconocía que, si bien, vivir al día era un imperativo de su frágil economía, también le veía cosas positivas como vivir más intensamente el presente olvidándose del futuro.

No me planteo cuándo tener hijos. No me planteo cuándo iré a vivir con mi pareja. No, son cosas que ya vendrán. Ya las viviré, como ahora estoy viviendo lo de mudarme, que para mí significa un proyecto nuevo, una vida nueva, y cada cosa a su tiempo (Iker).

Iker añadía, además, que una planificación excesiva podía limitar la propia libertad de la voluntad del individuo, el cual comprende en constante cambio. Lo único certero entonces es el presente, dijo:

O sea, veo bien que la gente planifique a cinco o diez años lo que quiere, pero en términos generales. Para mí, los términos generales son vivir mejor, ¿cómo? ¿de qué manera? En el momento sabré, porque igual dentro de quince años quiero tener una familia o igual tengo decidido que no quiero tener hijos (Iker).

Ahora bien, él distinguía entre “vivir al día” de la gente sin recursos escasos, es decir como imperativo y el “vivir al día” de los que van sobradamente de recursos, como despreocupación por el futuro al sentir que se tiene asegurado. Señalaba también que, ahora que había ganado algo de estabilidad en la cooperativa, aunque su sueldo no rebasará los mil euros, le permitía preguntarse por su vida, mirar el horizonte de futuro y orientar su presente, aunque sea un poco, de ahí que señaló que pudo plantearse dónde quería vivir y decidir mudarse:

Si tuviera mogollón de *pasta* (dinero) no viviría así (al día), lo tengo clarísimo. Seguramente sería un desgraciado, pero no viviría tan al día. O igual viviría al día, pero de otra manera. Pero, otra razón para vivir al día es que los recursos que tengo son limitados entonces no me da para planificar a cinco años vistas. Pues me gustaría comprarme una casa, pero no me da. Voy a un banco y se ríen de mí. O sea, no. El alquiler tampoco. Es que esta puta sociedad no se puede planificar a cinco años –suspira fuerte– si tienes mucho dinero sí. Pero, aun así, vivir al día me da cosas positivas, porque también es vivir más en el momento y vivir más lo que estás haciendo. Entonces sí, las necesidades te llevan un poco a eso y tú también vas amoldándote a eso, y vas viendo qué más te conviene. Otra razón para vivir al día es que, si estas muy metido en lo que estás o muy atrapado en lo que estás, tampoco te da para levantar la cabeza ¿no?, y preguntarte qué es lo que quiero en cinco años. Ahora si estoy en una fase de “venga, ¿qué estoy haciendo?” (Iker).

Esta comprensión del futuro como algo incierto y prácticamente imposible de anticipar e intervenir genera múltiples experiencias y emociones hacia lo desconocido, entre ellas la angustia y la desorientación, que generan una sensación de atascamiento o paralización en el presente. Esta sensación ha sido ampliamente recogida en trabajos antropológicos sobre situaciones de crisis, austeridad e incertidumbre prolongada, siendo

descrita como atascamiento existencial (Hage, 2009), vértigo temporal (Knight, 2016), suspensión de la vida (Hänsch, Kroeker y Oldenburg, 2017) o concentración del presente (Bryant, 2016) entre otros. En líneas generales, afirman que los contextos de crisis e incertidumbre prolongadas generan un estado de confusión y desorientación que llevan a muchos a la experiencia del atascamiento en el presente o que el presente se convierta en algo “extraño”.

En el contexto del Estado español, académicos como Amador Fernández-Savater (2011), Pablo Romero (2013), Mari Luz Esteban (2015) o Ion Andoni del Amo y Arkaitz Letamendi (2020) han recuperado el concepto que acuñó Ernesto de Martino en 1961 de “crisis de presencia” (*crisi della presenza*), para iluminar las transformaciones socioculturales en el marco de crisis y austeridad prolongada en el contexto vasco y español. Con el concepto de “crisis de presencia”, Ernesto de Martino (2007) se refería a las consecuencias que genera la pérdida de la capacidad de acción sobre el mundo objetivo, de tal forma que el sujeto es actuado por el mundo más que actuar por sí mismo, perdiendo su capacidad de agencia. Para Ernesto de Martino esto se expresa en la pérdida de la distinción entre sujeto y objeto, entre pensamiento y acción, entre representación y juicio. Si bien De Martino se refería a las sociedades campesinas donde esta crisis se resolvía mediante rituales mágico-simbólicos, los autores que están releendo este concepto entienden que puede ser adecuado para describir el momento actual de crisis, en tanto permite resaltar las consecuencias epistemológicas que provoca la ruptura de las expectativas de vida en contexto de crisis, en concreto el de la pérdida de anclajes de sentido.

Para mi trabajo de campo este concepto sirvió también para iluminar algunas percepciones que provoca la inseguridad y la incertidumbre del futuro. Como describe De Martino, mis interlocutores/as precarizados/as también se sienten actuados por el mundo, sin poder ocuparse e intervenir sobre las condiciones de vida y de futuro.

Algunos de mis interlocutores/as precarizados/as, como Sara, expresaban un sentimiento de “vacío” y de “ver el mundo pasar”. De hecho, Sara pensó que aceptando el trabajo de camarera que le ofrecieron en la oficina de empleo, aunque apenas ganara dinero con ello, le quitaría ese sentimiento de vacío. Como señala Ghassan Hage (Hage y Papadopoulos, 2004: 112), en el capitalismo la perspectiva de ser explotado se presenta mejor que la perspectiva de no ser útil para nadie. Sara lo argumentó de la siguiente manera:

A la vez estoy haciendo algo. No sé. Es como eso de levantarme de la cama y sentir que no tengo nada que hacer, vale, qué siempre tienes cositas ¿no?, pero no sé, necesito hacer cosas. Pero igual no tiene que ser un curro, eh, pero sí ponerme a hacer cosas, no quedarme mirando a la vida pasar. Yo creo que el trabajo te da esa rutina (Sara).

Otros interlocutores/as expresaron la percepción de un atascamiento existencial generado por la imposibilidad de actuar y mejorar el futuro. Dos de mis interlocutores/as que ya habían pasado los 55 años, ambos en el desempleo, explicitaron la pérdida total de confianza en el futuro, y en su capacidad de intervenir en él por la falta de recursos y cualidades necesarios para movilizar el futuro. Ambos tenían diagnosticados cuadros de depresión y ansiedad, por lo que era complicado hablar con estas personas sobre el futuro. De hecho, en más de una ocasión expresaron que no querían hablar de ello: “Prefiero no pensar, porque si no...” me dijo una de ellas, indicando que se ahogaba.

Una de estas personas era Manuel, el padre de Alba, un desempleado de larga duración quien trabajaba como azulejero por cuenta propia, oficio que aprendió de su padre. Manuel vio suspender su vida con el derrumbe de la construcción. A punto de cumplir los cincuenta años se dio cuenta de que no tenía ni los medios, ni las habilidades, ni las credenciales, ni la edad apropiada para resituarse en la nueva organización económica. Alba (25) dice que ella ha tenido dos padres, el Manuel de antes de la crisis y otro de después:

Al final yo creo que mis padres, y mi madre no tanto, pero yo creo que mi padre ha sido una de esas personas que el trabajo le ha dado su identidad. Que él era azulejista. Y si no es azulejista no es nadie. Y si no vale para trabajar no vale para nada. Jo, es que él no sabía hacer muchas cosas, él ha aprendido a cocinar cuando se quedó desempleado. No sabía hacer nada. Lo único que él sabía hacer era levantarse de buena mañana, ir a trabajar, estar ahí no sé yo cuántas horas, volver y dormir. No hacía más. Y si tenía tiempo libre para disfrutar de sus hijos (Alba).

En 2013 Manuel pagó la última cuota de autónomos y poco después le diagnosticaron depresión. Ahora su familia esperaba, sin gran confianza, que el Estado le diera una solución como una invalidez permanente, debido a que con el pasar de los años y sin una atención médica adecuada Manuel se encontraba paralizado, sin ser capaz de sacar adelante las tareas más cotidianas del día a día. Es más, su hija acusaba al régimen de austeridad de maltratar a la gente que considera desechable: “Ha estado toda la vida trabajando, trabajando, y trabajando. No ha hecho nada más, le quitan el trabajo y no tiene vida”, Alba se queda en silencio y sostiene la mirada y continúa:

¿Qué tiene? No tiene nada. No tiene dinero para vivir, no tiene trabajo. No tiene nada. ¿Y no hay nadie que no se haya dado cuenta? Los médicos “no, va, va, pastilla y ya está”. ¿Cómo que “pastilla y ya está”? Tío, esto son personas que hay que obligarles que sigan una terapia o algo, porque no va a ir por su propia cuenta. O no sé. O cuando va a servicios sociales o a Lanbide, le da un perrenque ¿no? O sea, se pone nervioso, no sabe qué hacer, no sabe cómo hacer y tal, y lo único que hacen es tacharle de “¡mira! a ese que se le está yendo la olla” ¡No tío! ¡no tío! No es que se le

esté yendo, es porque lleva toda la semana, todos los días, recibiendo una carta de la oficina de empleo diciendo que debe dinero, que debe dinero y que debe dinero. No tiene trabajo, lleva cinco años sin trabajo y viene a reclamar a decir que no lo puede pagar. No sé, ¡Atiéndele bien!, ¡llévalo a otro lado! Me parece a mí que tiene que estar de otra manera, y más sabiendo lo que hay. Porque es que además no se ve. Es que joder, no se ve y nadie sabe (Alba).

4. A modo de conclusión

Si bien la inseguridad económica ha sido la norma en la mayoría de los contextos históricos, culturales y sociales, y por tanto dista mucho de ser un fenómeno novedoso dentro de la historia del capitalismo global (Polanyi, 1957; Kasmir, 2018; Narotzky y Besnier, 2014), en el contexto vasco actual se observa un aumento de la preocupación por la seguridad en amplias capas sociales, a raíz del debilitamiento de la –parcial y limitada– “estabilidad Keynesiana-Fordista”. Esto es particularmente evidente en los antiguos bastiones industriales, después desindustrializados, como Errenteria.

A lo largo del capítulo se ha mostrado las formas en que la precariedad y la austeridad presentan limitaciones para poder considerar y hacer planes a mediano y largo plazo. Se ha argumentado que un presente mínimamente asegurado es una condición previa para una capacidad sostenida de extensión temporal más allá del presente inmediato. La propia capacidad de formular proyectos y estrategias hacia el futuro depende de estas condiciones más o menos aseguradas. Sin embargo, la precariedad y la austeridad prolongada dificultan a muchos considerar y llevar a cabo planes a futuro lo que deriva en la ruptura de las expectativas de vidas, que pasan a ser postergadas, renunciadas o mantenidas vivas generalmente sólo gracias al apoyo familiar. Estas dificultades de hacer el futuro presentan a su vez trabas para el reconocimiento y la valía como personas, lo que también impacta en la autoestima y el respeto propio.

Se ha mostrado también que esta inseguridad en el presente, y la dificultad de movilizar recursos para el futuro, lleva a una comprensión del futuro marcada por la incertidumbre, la cual limita el poder establecer o vislumbrar horizontes de futuro. De este modo, para las personas con condiciones de vida precarias el futuro representa una amenaza, un ente que puede revelarse e imponerse a su antojo, por lo que cualquier inversión pasa a considerarse bien un riesgo, o bien un acto inútil. De ahí que muchos vean que apostar y concentrarse en el vivir al día, sea la apuesta más razonable. A algunos además, la impotencia de actuar sobre el futuro, o la imposibilidad de que en el presente se movilicen los recursos necesarios para construir el futuro, los empuja a la percepción de no tener (sentido de) futuro. La comparación de las proyecciones y comprensiones de

los horizontes de futuro de los grupos sociales con condiciones de existencia desiguales nos muestra que el futuro no es un estado neutro ni un marco evolutivo donde se dan las relaciones sociales.

Por último, cabe preguntarse si estas dificultades de hacer el futuro han comenzado a repercutir las aspiraciones sobre un futuro mejor de las clases trabajadoras precarizadas. ¿Estamos ante una clase trabajadora que ha renunciado a dirigir y perseguir sus planes y aspiraciones de vida o lo que cambia son las formas de perseguir y conseguir esos futuros, a saber, a través de estrategias familiares?

**LOS MALABARISMOS DE LOS HOGARES
PARA GANARSE LA VIDA Y CONSTRUIR
UN FUTURO MEJOR:
POSIBILIDADES Y LÍMITES
EN TIEMPOS DE AUSTERIDAD**

**1. Introducción: luchas por una vida digna y un futuro mejor
en tiempos de austeridad**

“No sé cómo me las voy a apañar este año”, me dice Eli (37) mientras tomamos café en la terraza de su casa una tarde de tormenta de verano de 2018, “van pasando los meses y me digo ¡Bien!, un mes menos, lo he conseguido, y al otro, ¡bien!, un mes menos, lo he conseguido”. Su preocupación de no llegar a fin de mes refleja lo que voy viendo, en muchos otros hogares, al confirmar un proceso de estrechamiento de las posibilidades reales de los hogares de sacar su vida y la de los suyos adelante, acentuado por el marco de la austeridad. Y es que, más allá de la escasez de los recursos monetarios (sueldos bajos, prestaciones reducidas, etc.), resultado de políticas de devaluación interna, los hogares se enfrentan a tener que lidiar con la irregularidad e incertidumbre de sus recursos, fruto de la precarización del mercado laboral, pero también de la degradación de sus derechos y de los continuos recortes al Estado de Bienestar.

De este modo, muchos de los hogares con los que interactué sopesan continuamente la posibilidad de que puedan quedarse sin trabajo de un día para otro, que les reduzcan el sueldo, o que pierdan una prestación social. De tal modo que la consideración de que no haya recursos monetarios en un futuro inmediato, o de no saber cómo serán estos a medio plazo, entra de lleno en sus cálculos del día a día. En estas circunstancias donde el futuro para muchos se percibe como algo amenazante, apostarle a él se convierte en pura especulación y en un acto de riesgo. De esta forma, y como concluíamos en el capítulo anterior, la capacidad de considerar y llevar a cabo proyectos a medio y largo plazo se ve ampliamente mermada para muchos hogares de clase trabajadora. Y es que, como dijo Eli, para muchos, “llegar a fin de mes ya es suficiente”. El mes

que viene se volverá a hacer todo lo posible para resolver los problemas que se vayan presentando.

¿Significa esto que los hogares están renunciando a sus proyectos y deseos a medio y largo plazo? La observación de sus finanzas, en términos de ingresos y gastos, parecen indicar que no tienen otro remedio que concentrarse en resolver el día a día, además, como vimos en el capítulo anterior, muchos hogares admiten estar ya postergando, o bien, renunciando a algunas de sus expectativas y planes a futuro. Incluso hemos visto como se extiende un sentido común de que pensar en el futuro es inútil.

Sin embargo, el trabajo de campo también muestra que los hogares hacen toda clase de esfuerzos para, además de resolver lo cotidiano, llevar a cabo los proyectos que desean y consideran importantes a mediano y largo plazo, como puede ser el estudiar una carrera, hacer un viaje, hipotecarse para una casa o tener hijos. También es cierto, que no siempre lo consiguen o que si lo consiguen los esfuerzos que han tenido que hacer son significativos. De esta forma, a pesar de que la gente insistía en una sensación generalizada de que sus vidas estaban atravesadas por decisiones y condiciones que iban más allá de su control, y que se sentían atrapados entre regulaciones que perciben arbitrarias y en constante cambio, también apuntaban a un margen de agencia ante las estructuras que los constriñe, utilizando expresiones como “se hace lo que se puede”, o “hay que jugar con lo que tienes a mano”, apuntando al hecho de que no había otro remedio que lidiar con ello y seguir viviendo.

En este sentido cabe preguntarse ¿cómo se las apañan si es evidente que los recursos materiales con los que cuentan son insuficientes, intermitentes e inciertos? Durante el trabajo de campo pude observar una variedad de esfuerzos desplegados desde los hogares, enfocados a rebuscar recursos y/o reducir gastos intensificando el trabajo remunerado como el no remunerado. Por ejemplo, la gran mayoría de personas con las que interactué tenían más de un empleo o se apoyaba en empleos (formales e informales) puntuales con regularidad, como trabajos de fines de semana, por campañas concretas, días sueltos etc. También pude observar micro emprendimientos o formas de autoempleo de emergencia entre personas que ocasionalmente elaboraban artículos de artesanía, y que esperaban con ello tener unos ingresos de apoyo. De hecho, el equilibrio financiero y la protección del bienestar de los hogares parece que es ahora más dependiente de estos trabajos informales extras.

Los hogares, así mismo, llevan a cabo una gran cantidad de actividades no remuneradas como la producción doméstica de bienes y servicios para el autoconsumo, en sustitución de los servicios públicos que el estado deja de proporcionar, o los que ahora resultan prohibitivos comprar. Incluso, buscan formas de estar presentes en redes informales que puedan servirles para acceder a recursos o abrirles formas de compartir servicios. En

suma, una variedad de estudios señala que, en el marco de austeridad, se han intensificado las prácticas necesarias para poder sacar la vida adelante en los parámetros que antes se venía haciendo, por lo que los hogares, y en especial las mujeres, están trabajando más (Gálvez y Rodríguez, 2011; Pérez Orozco, 2011; Ezquerra, 2012; Federici, 2012, entre otras). En el actual proceso de reestructuración capitalista Sandra Ezquerra (2012: 134) llama a esto un proceso de “re-hogarización de las responsabilidades de la reproducción social”, alertando que, en el contexto de austeridad, buena parte de los esfuerzos y la responsabilidad que permiten darle continuidad a los micro proyectos de ganarse la vida han sido desmercantilizados y quedado en manos de los hogares.

Ya desde hace tiempo muchas teóricas, especialmente feministas, han alertado de este proceso: Amaia Pérez Orozco (2011: 35) o Diane Elson (2002) señalaban que el “ajuste final” se produce dentro de los hogares; mientras que Mercedes González de la Rocha (1988; 1991) y Lourdes Benería (1992), en sus estudios sobre el ajuste estructural en México, lo piensan en términos de “privatización de la crisis”. Además, la crítica feminista, apunta a que la re-hogarización no es un efecto colateral si no que constituye un aspecto central de la acumulación actual por desposesión (Ezquerra, 2012; Pérez Orozco, 2014).

El objetivo de este capítulo es proporcionar una imagen amplia que capte la variedad de formas en las que los hogares logran sostener sus proyectos de vida cuando su entorno es percibido cambiante, irregular, impredecible, arbitrario, amenazante y confuso. Pero para ello necesitamos alejarnos de una visión de la economía y las finanzas en términos de sumas y restas monetarias. Porque si solo miramos a los recursos monetarios difícilmente nos salen las cuentas. ¿Cómo se las arreglan los hogares que no tienen claros sus recursos monetarios para llegar a fin de mes y, además, hacer proyectos a largo plazo? ¿Cómo lo resuelven si no saben con cuáles ni con cuántos recursos podrán contar a medio plazo?

Para ello fue necesario incorporar en la observación, por un lado, las relaciones y formas de trabajo no asalariadas e incluso no mercantilizadas, relaciones que usualmente son consideradas no económicas, pero que tienen un papel clave en el sostenimiento de nuestras vidas, más en épocas de crisis, cuando las personas tienen dificultades de conseguir ingresos del mercado laboral formal. De hecho, ante un Estado de Bienestar en continuo recorte y un mercado laboral precario y eventual, para mis interlocutores/as las redes de relaciones informales, como la amistad o la familia, se perciben más seguras, duraderas y anticipables.

Por otro lado, es necesario abrir el campo de lo que entendemos como práctica económica, e incorporar que existen formas de controlar y organizar “lo económico” que tiene que ver con significar y moralizar objetos y relaciones sociales, como por ejemplo

otorgarle un valor y un significado distinto al dinero (Zelizer, 1994), o hacer malabarismos con rasgos o “divisas sociales” (Villarreal, 2020) para acceder a los recursos. Es en estas prácticas, y muchas otras, donde podemos descubrir todo el ingenio y la creatividad de los hogares para apañarse a pesar del marco económico y político de privaciones.

En este capítulo apuesto por utilizar la metáfora y el concepto analítico de “malabarismos” propuesta por Magdalena Villarreal (2004, 2020; Villarreal y Angulo, 2012; Villarreal et al., 2017), en tanto que centro la atención en los equilibrios, los movimientos y las negociaciones que han de hacer los hogares precarizados para sostener sus vidas. En primer lugar, con malabarismos busco hacer referencia a la habilidad de mantener más objetos en el aire de los que se tiene manos para manipular (Villarreal et al., 2017: 92). De esta forma, analizar las finanzas populares desde los malabarismos es partir de la premisa de que los hogares necesitan mover y mantener recursos en circulación entre distintas redes sociales simultáneamente, algo que exige saber hacer equilibrios para adecuarse a los marcos normativos y morales de cada red. En las redes personales, por ejemplo, saber jugar con las expectativas y obligaciones no contractuales que entran en juego es crucial, así como estimar cuándo es necesario regresar un favor antes que resolver una necesidad propia o pagar una deuda.

Esto nos lleva al segundo punto. Para entender quién accede a unos recursos, o tiene derecho de exigirlos, es necesario ver cómo se entremezclan elementos pecuniarios, pero también sociales, culturales, geográficos, morales y emocionales. Así pues, la gente hace esfuerzos conscientes por sacarle partido a ciertas formas de sociabilidad que dan acceso a recursos materiales y simbólicos, o lo que Bourdieu denomina el “capital social” (1980)⁷⁵. Para ello, deben de jugar o hacer malabares con lo que Magdalena Villarreal (2020: 1) denomina “divisas sociales”, es decir rasgos sociales (identidad, estatus, reputación, filiación, etc.) que, según las normas, costumbres o códigos de cada red, pueden resultar provechosas o un lastre en una interacción determinada. De este modo, estas divisas sociales se construyen como valores que, si ya vienen enmarcadas en “regímenes de valor⁷⁶” específicos –es decir en marcos de interpretación moral históricos y geográficos

⁷⁵ Bourdieu (1980: 2) define el capital social como “el conjunto de los recursos reales o potenciales que van ligados a la posesión de una red duradera de relaciones más o menos institucionalizadas, de interrelación inter-reconocimiento”. Por capital, el sociólogo francés entiende una energía social que puede ponerse en juego en los diferentes “campos” por actores sociales constreñidos por un *habitus*, pero capaces de desarrollar estrategias. En ese sentido, el capital social sería algo así como las conexiones de esa red social que pueden ser conscientemente utilizadas para el propio beneficio. Bourdieu define cuatro capitales: el económico, social, cultural y el simbólico, pero le interesa estudiar cómo el resto de los capitales pueden transformarse en el económico.

⁷⁶ Villarreal (2014) toma la noción de “regímenes de valor” hecha por Appadurai (1986) para hacer referencia al marco de interpretación moral –histórica y geográfica– presenta en la reproducción de los valores, en tanto se reconocen ciertas jerarquías particulares y donde ciertos aspectos se consideran triviales o simplemente se ignoran. El término “regímenes de valor” no implica una distribución o jerarquización

particulares–, se van negociando en cada interacción social, pudiendo devaluar o aumentar su valor. En gran medida de esto dependerá la circulación y el acceso a los recursos (Villarreal, 2008: 114). En todo este proceso, los cálculos que entran en esta consideración no son meramente monetarios, sino que tienen que ver con cuestiones sociales y morales, a saber, cuestiones de dignidad personal, honor, orgullo, reputación, lealtad o pertenencia entre otros.

En tercer lugar, pensar las economías cotidianas desde los malabarismos es poner valor analítico a lo que significa sacarse la vida con unos recursos y un entorno que se perciben irregulares e imprevisibles. Es partir de la premisa de que buena parte de las economías cotidianas se mantienen gracias a la improvisación, y a apaños instantáneos a corto plazo. Es decir, el malabarista puede comenzar el juego con patrones de movimiento de pelotas o estrategias a largo plazo, pero en un momento u otro deberá adaptarse cuando una pelota agarre más altura de la esperada, o lancen más pelotas al aire, o el ritmo o la fuerza de estas cambie. Y qué decir si, en lugar de una pelota lanzan una maza ardiendo, o en lugar de una pelota lancen tres. Así también con las economías cotidianas.

A pesar de que estos hogares pueden tener estrategias económicas a largo plazo, pensar en términos de malabarismos es poner la atención en las improvisaciones donde el equilibrio financiero de los hogares depende de la agilidad de sus miembros por adaptarse a unos círculos y a unos recursos que, para ellos, son un tanto impredecibles.

El presente capítulo se organiza en tres partes, en la primera describiré los malabarismos que ejecutan dos casos de estudio que se caracterizan por tener unos medios de vida precarios e inciertos. Como espero haber mostrado, en ambos casos sus recursos monetarios no alcanzan ni para llegar a fin de mes y mucho menos para elaborar proyectos a largo plazo, sin embargo, estos hogares consiguen considerar y llevar a cabo algunos planes a futuro. ¿Cómo? Mediante el manejo de relaciones sociales y prácticas culturales o morales que les permiten acceder y controlar los recursos para que sirvan a planes remotos. En la observación de sus prácticas económicas cotidianas sobresalieron dos aspectos que en este capítulo analizaremos a fondo. El primero es el uso de sus presupuestos domésticos, es decir, el manejo que hacen de sus dineros, en especial, el cómo significan y distinguen los dineros para que sirvan a distintos propósitos, o lo que Viviana A. Zelizer (1994) denomina “marcados del dinero”. De esta forma, estos hogares consiguen llevar adelante, en un contexto de privaciones, imaginativas prácticas de ahorro –aunque no

completa de supuestos, sino que ésta puede ser variable, pero nos permite identificar un conjunto de valores con cierta coherencia. El concepto, dice Villarreal (2014), sigue siendo bastante resbaladizo, pero es útil en la medida en que pone de relieve cómo se reproducen de manera diferencial las apreciaciones sociales de los bienes, servicios e interacciones en relación con determinados alineamientos de categorías. De este modo, los regímenes de valor sirven analíticamente para identificar la interpretación moral histórica y contextualmente presente en la reproducción de los valores.

sean asumidas como tal—, es decir consiguen formas prácticas de reservar, guardar, separar, proteger y hace servir recursos para el futuro (Villarreal, 2004; García Sepulveda, 2018; Roig, 2018). Y el segundo es el manejo de sus “divisas sociales” (Villarreal, 2020) con tal de acceder a los recursos de una serie de circuitos económicos informales como son las redes de amistad, vecindad, militancia, familiares, entre otras.

En la segunda parte me centro en las luchas de los hogares por reclamar derechos y asegurar la satisfacción de sus necesidades y deseos, en un contexto caracterizado por la “devaluación de las necesidades humanas” (Matos, 2020: 317) como parte del proyecto de las políticas de austeridad. En ese sentido, se observan las moralidades y los valores que movilizan y reclaman para defender su sentido de una vida digna, es decir, las cosas que para ellos dan sentido y son importantes en su vida, cuando las élites y voces expertas destacan que la gente común tiene que ajustar sus necesidades y comportamientos a las nuevas condiciones de vida impuestas por el régimen de austeridad.

En la última parte del capítulo abordo los límites de estos malabarismos a la hora de sacar la vida adelante y sostener proyectos de vida. De hecho, la metáfora de los malabarismos, igual que nos induce a la agilidad de los equilibristas, nos apunta también a la fragilidad del juego de pelotas, donde un soplo de aire o una bola lanzada más rápido que otra puede hacer caer todas las pelotas. Además, sostengo que el incremento de los esfuerzos necesarios para sacar la vida adelante se está traduciendo en cuerpos sobreexplotados y agotados (Sarkis, 2018; Sarkis y Matos, 2020). Concluyo señalando que este “hacer lo que se puede” no siempre es suficiente para frenar la degradación de las condiciones de vida y la crisis de reproducción social.

2. Malabarismos para salir adelante y hacer un futuro mejor

Eli y Ana son dos personas a quienes, en muchas ocasiones, sus recursos formales no les alcanza ni para llegar a fin de mes. Eli tiene 37 años, es madre de tres hijas y es perceptora de la RGI desde hace más de 10 años, aunque en ocasiones le han quitado la ayuda o le han disminuido la prestación por razones que, para ella, han sido arbitrarias e incontrolables. Ana tiene 52 años y siempre se ha sacado la vida con trabajos que han durado unos pocos años o meses. Cuando las conocí, ambas me dijeron que vivían al día. Eli señaló que, debido a sus escasos recursos, tenía que hacer un uso exhaustivo y diario de ellos. Ana, en cambio, resaltó su imposibilidad de calcular a futuro debido, básicamente, al empleo eventual. Sin embargo, una observación más detallada de sus prácticas permitió observar que ambas contemplan esta incertidumbre a futuro en la forma de organizar y calcular sus prácticas económicas. Es más, sus prácticas económicas son el reflejo de esta experiencia de la irregularidad e incertidumbre sobre el futuro. Es decir, ambas sopesan

poder quedarse sin recursos de un día para otro, ya sea que les quiten la prestación o que las despidan, y para ello han desarrollado todo un sistema de prácticas de subsistencia, para salvaguardarse de un futuro que se les presenta muchas veces como amenaza.

En lo que sigue, mostraré algunas de las prácticas de subsistencia, formales e informales, mediante las cuales ambas consiguen sacar sus vidas adelante, e incluso llevar a cabo esos proyectos que ansían, como un viaje, la compra de una vivienda o comenzar unos estudios. Para ello me esforzaré en relucir sus “marcos de calculabilidad” (Callon, 1998; Villarreal, 2008; 2010), es decir, los tanteos, las especulaciones o las conjeturas sobre los costos y las ganancias, los valores de las cosas que son monetarios, pero también sociales. Dichos tanteos están llenos de sistemas de valores así como de emociones, mientras que los miedos y las esperanzas también son importantes a la hora de tomar decisiones. Estos marcos de calculabilidad superan por mucho la dicotomía legal-ilegal, y en su lugar se observan esfuerzos por definir aquello que les resulta legítimo, aunque sea ilegal. Como se verá, la invisibilización de sus prácticas y la búsqueda de dinero en efectivo se hacen necesarias para garantizar sus condiciones de bienestar.

La observación de sus prácticas económicas nos deja ver cómo han desarrollado un sistema complejo que les permite hacer planes a largo plazo, buscando formas de “solidificar” (Roig, 2018) sus dineros y que no se deslicen en las urgencias cotidianas, al tiempo que sirven como una especie de seguros para hacer frente a las incertidumbres del futuro. Además, contemplan las distintas orientaciones temporales que tienen las relaciones como fuentes de recursos, y las tantean en base a reducir la contingencia del futuro. Por ejemplo, si bien un empleo es deseable tiene un carácter transitorio, mientras que el valor de la amistad, la familia o los/las vecinos/as reside en su potencial de ayuda a largo plazo. De esta forma, hacen esfuerzos extraordinarios para mantener estas relaciones sociales que pueden servirles para reducir la incertidumbre en el futuro, aunque como veremos no siempre son manejables del todo.

Se espera que la observación rigurosa de las prácticas en estos casos nos permita observar, en profundidad, algunos de los dilemas que atraviesan los hogares precarizados en este régimen de austeridad por garantizar unas vidas y unos futuros que consideran dignos. Asimismo, estudiar desde abajo sus formas de organización y cálculo económico nos servirá para desmontar muchas de las categorías que se aplican a las finanzas populares.

2.1. Los presupuestos domésticos y los intentos para dominar el tiempo

¿Cómo se elaboran los presupuestos domésticos? Uno de los grandes supuestos sobre las economías domésticas, que vehicula una fuerte presuposición normativa, es la mensualización sistemática de recursos y gastos, que equivale a suponer que estos se renuevan de

forma idéntica cada mes (Perrin Heredia, 2014: 33). La mensualización depende del desarrollo histórico y las fuerzas económicas de cada lugar, y está vinculada tanto al sistema de producción como a la normativa laboral o la fuerza de la moneda entre otros factores. En nuestro caso, el sistema mensual de pagos y gastos es un reflejo más de la centralidad del empleo industrial estable del modelo económico Keynesiano-Fordista, independientemente de que coexista con otras formas de pago como el quincenal, el semanal, el pago diario, o por obra realizada.

De esta forma, la regularidad y estabilidad mensual se ha tomado como la base de la capacidad de previsión presupuestaria, ya que se presupone que lo que ha ocurrido en los meses anteriores permite predecir lo que ocurrirá en los meses siguientes. Partiendo de esta estabilidad, se entiende que el resto de los ingresos y gastos irregulares pero previsibles, como aguinaldos, facturas bimestrales, etc., se acomodan a lo largo de los meses, mientras que una parte de los recursos se supone que se ahorra para gastos imprevistos y se utiliza para proyectos.

¿Qué ocurre entonces en los casos en que los ingresos cambian considerablemente de un mes para otro, y la escasez del ingreso hace imposible el ahorro monetario? ¿Cómo pueden elaborar o calcular estas personas sus presupuestos y, sobre todo, tener equilibrio financiero? Estas y otras cuestiones se plantean, por ejemplo, para los trabajadores temporales que suelen tener que sacarse la vida alternando ingresos de cuantías distintas con pagos que se hacen en días cambiantes, y en temporalidades distintas a la mensual (pagos semanales, quincenales etc.), las que además suelen combinarse con meses en el desempleo, con o sin ingresos. Cuando estas personas dependen, además, para su subsistencia, de las prestaciones sociales como la renta mensual de la RGI, se acumulan más preguntas: ¿Cómo impacta el ser evaluados bajo premisas contables que asumen la estabilidad?, y ¿qué estrategias o apañes desarrollan para sortear esas evaluaciones?

2.1.1. Caso 1. Eli o la economía cotidiana de una perceptora de prestaciones sociales

La primera vez que Eli me invitó a su casa se definió, entre risas, como una “*maruja*”⁷⁷. Decía gustarle llevar la casa, que era de esas mujeres que disfrutaba de estar atenta a las necesidades de los demás, y que hacer la compra o pasar la aspiradora la relajaban. Por aquel entonces vivía con su actual pareja Hodei y sus tres hijos en una casa que recién, ese mismo año, se habían comprado. Su casa se mostraba impoluta a pesar de que tres niños corretearan por ella, nada estaba fuera de lugar: las mantas dobladas en cada es-

⁷⁷ Maruja es un apelativo que, con frecuencia, es utilizado despectivamente para hacer referencia a la mujer que se dedica exclusivamente al trabajo doméstico y a los cuidados.

quina del sofá, el mando perfectamente alineado en el borde de la mesa, camas hechas, mesas recogidas y ni rastro de polvo. Ella defendía haberse dedicado al hogar y al cuidado de los hijos, y además se sentía satisfecha de sus habilidades para llevar la casa, en su comprensión más amplia de lo que “llevar la casa” significa. Estaba orgullosa de haber podido salir adelante en los peores momentos, y eso le llenaba de confianza y esperanza a futuro. Este orgullo por sus habilidades de administración de las finanzas domésticas, contrastaba con la percepción que la mayoría de las personas tenían de sí mismas, en las que abundaba una sensación de incompetencia y descontrol.

Eli era perceptora de la RGI desde hacía 10 años, cuando con 27 años se divorció con dos hijos pequeños en brazos. Durante una década se había dedicado a ser ama de casa, mientras su marido, trabajador de la construcción, traía el dinero suficiente para la familia. Cuando se divorció, ella apenas tenía experiencia laboral. En su veintena había cuidado informalmente a niños durante unos pocos meses, así que, aconsejada por sus amigos, acudió a Asuntos Sociales del Ayuntamiento y éstos le derivaron a la Renta de Garantía de Ingresos (RGI) y otras prestaciones sociales.

Desde entonces Eli ha tenido que aprender, como el resto de las personas que reciben la RGI, a compatibilizar su vida con la prestación, en el sentido de que ha tenido que aprender a manejar sus presupuestos domésticos acorde a la normativa de las prestaciones sociales de la administración pública. Aunque se presenten neutrales, universales y objetivas las prestaciones sociales utilizan unas categorías que tienen un carácter implícitamente normativo y moralizante en el que habría una forma correcta de contar o manejar los presupuestos domésticos y otra manera menos correcta de hacerlo (Perrin-Heredia 2011; 2014). Por ejemplo, las normativas de las prestaciones suelen establecer gastos máximos en determinados bienes y servicios que obviamente se basan en suposiciones morales y sociales de cómo tiene que gastarse el dinero de las prestaciones sociales.

Aunque ella nunca había sido sancionada por esto, me contó que sabía de un caso de una perceptora a la que le habían sancionado por gastar más de lo permitido en la celebración de cumpleaños de su hijo en un restaurante, o a perceptores que les habían sancionado por gastar en un billete de avión para visitar a la familia. Cuando Eli me contó esto, me lo dijo indignada. Lo que le producía este sentimiento era la ceguera institucional sobre los motivos o los contextos sociales en los que se producía estos gastos (celebrar un cumpleaños, juntarse con la familia), que para ella era el elemento que establecía qué es legítimo o ilegítimo.

Los perceptores de prestaciones sociales experimentan así un choque de lógicas, racionalidades o culturas económicas que tienen que resolver en el día a día, pero, además las administraciones públicas suelen basarse en categorías que, más allá de estar lejos de ser la norma, suelen ser muy poco frecuentes en las condiciones de existencia entre las

clases trabajadoras precarizadas. Por ejemplo, las ayudas sociales suelen basarse en unos modelos determinados de familia y de indiferenciación de gastos y recursos entre los miembros del hogar, que, como ya han demostrado numerosos científicos sociales, no se corresponden con la realidad de la mayoría de los hogares (Zelizer, 1994; Perrin-Heredia 2011; 2014). Por ejemplo, la administración pública entiende, que la unidad presupuestaria es el hogar, frente a las unidades diarias más lábiles de los hogares, que se componen en redes domésticas. Tienen también una visión armónica de las relaciones intrahogar, en el sentido de que entiende que los ingresos y los gastos del hogar se dan de forma indiferenciada e igualitaria. De este modo estas categorías contables, supuestamente técnicas, están explicitando cómo debe funcionar una pareja o una familia, así como la forma en que el dinero debe ser usado y distribuido dentro y entre los miembros del hogar. De ahí que se pueda considerar que la aplicación de estas categorías juega un papel de disciplinamiento o de dominación económica (Perrin Heredia, 2011: 69).

Durante el trabajo de campo fue común ver cómo los perceptores suelen terminar sancionados o castigados por no ajustarse a esos modelos. Por ejemplo, hace unos años, a Eli le quitaron la prestación cuando se casó por segunda vez, entendiendo que los recursos de su pareja se compartían con ella y con sus hijos. De este modo, ella se quedó sin dinero propio, sin capacidad de decidir sobre el manejo de los dineros y dependiendo de una persona que, además, no la trataba bien. O el caso de Manuel, desempleado de larga duración, que perdió la prestación cuando su hija Alba, empezó a tener los primeros ingresos formales. También tuve conocimiento de un hogar compuesto de varias mujeres con sus respectivos hijos, que perdieron la ayuda y se planteaban disolver su unidad convivencial porque desde las últimas reformas solo se aceptaba un único titular de la ayuda por hogar.

De la misma forma, la administración parte también de una premisa de estabilidad a la hora de adjudicar las cuantías de las prestaciones, la cual no se ajusta a las realidades laborales de las clases trabajadoras precarizadas. De este modo, compensa en las evaluaciones mensuales las diferencias de ingresos que haya podido haber en los prestatarios. Como los ingresos de estos hogares suelen ser generalmente irregulares, los prestatarios se encuentran después con la obligación de devolver las cuantías de más recibidas en el pasado, lo que generalmente se hace reduciendo el monto a recibir de los siguientes meses o años. Eli, como el resto de los perceptores que conocí, solía entender estos ajustes de la administración como una sanción, y señalaba que con ello se reducían los pocos márgenes de maniobra que ganaba mediante el empleo, desequilibrando su complicado estado financiero y generando una desorientación en torno a sus competencias financieras, así como de sus derechos. Cuando la conocí, por ejemplo, llevaba más de dos años devolviendo una sanción de 30 euros mensuales, además, señalaba que no conocía la cuantía exacta que le correspondía ya que siempre se daba alguna pequeña variación.

De hecho, cada vez más voces⁷⁸ señalan que las prestaciones sociales, a menudo, exponen a una “doble penalización económica” al hacerles pagar el doble por sus difíciles condiciones de vida económicas y sociales (Perrin Heredia, 2014: 34), penalización que con las reformas de las políticas de austeridad se ha visto reforzada. Y es que, en este marco, se han reducido, por ejemplo, los incentivos por trabajo, por lo que al prestatario se le reduce la prestación social cuando consigue ingresos del empleo. En consecuencia, para muchos perceptores, invisibilizar o esconder sus prácticas económicas es la única opción que tienen para no ser penalizados, para tener un equilibrio financiero y poder ganar algo de autonomía económica.

Así también Eli, que viendo que la administración la penalizaría, decidió esconder sus empleos, su relación sentimental y la administración de sus dineros. En primer lugar, decidió empezar a emplearse informalmente, porque después de unos años aceptando trabajos formales mientras recibía la RGI veía que aquello la precarizaba más que permitirle vivir mejor. Por ejemplo, en el pasado aceptó un trabajo en un comedor escolar por el cual ganaba 300 euros, pero decía que gastaba más en pagar la guardería para sus hijos durante su horario laboral, por lo que decidió, a partir de un momento, esquivar en todo lo posible las ofertas de empleo formales que le hacía la administración pública. En esta decisión se observa un cálculo donde se sopesan factores subjetivos y objetivos, desde creencias sentimentalistas sobre el cuidado (es decir, creencias sobre que el mejor cuidado es el que están involucrados los sentimientos, por tanto, el de un familiar), la reducción de la cuantía de la prestación, o la posibilidad de trabajar en algo que le interese más en el autoempleo, frente a la oportunidad de un salario al que se renuncia.

En segundo lugar, cuando se fue a vivir con su pareja actual, Eli también decidió decirle a la administración que él era un amigo que la acogía a ella y a sus hijos en casa, en lugar de decir que era su pareja. De este modo, ella perdió la Prestación Complementaria de Vivienda (PCV) de unos 200 euros, pero consiguió mantener la RGI, evitando así que la administración la convirtiese en dependiente de su pareja. De hecho, como tantas otras parejas, ellos tienen sus dineros separados y comparten los gastos de la casa en partes iguales.

Y por último, Eli borraba, en la medida de lo posible, el rastro de los dineros que recibía de la prestación, por lo que, cada vez que le depositaban el salario social, acudía al banco a sacar casi la totalidad del dinero (dejando un pequeño monto para hacer frente a las domiciliaciones) para llevarlo a casa y así evitar la vigilancia y las posibles sanciones. Así, el dinero en efectivo le ofrecía cierto margen para poder utilizar el dinero según sus

⁷⁸ Colectivos sociales vascos como Argitan o Berri-Otxoak son algunos de los colectivos que en la actualidad están haciendo una presión social contra las reformas restrictivas al Sistema Vasco de Protección Social.

criterios y sin miedo a que la sancionaran. O parafraseando a Zelizer (1994: 249), encuentra en el efectivo su posibilidad para hacer “contramarcados”, es decir, la posibilidad de resistirse a utilizar el dinero según los criterios administrativos para, de esta forma, poder distinguir o marcar el dinero según sus marcos morales.

Un día le pedí que me explicara cómo administraban en casa el dinero. Lo primero que remarcó fue que ella y su pareja tenían los dineros separados. Después de que su pareja estuviera años trabajando de forma eventual y con salarios irregulares, ese mismo año le hicieron fijo en una empresa del sector de la logística por el cual ganaba aproximadamente 2000 euros. Después, con una minuciosidad que me asombró, Eli calendarizó todos sus ingresos y detalló cuales se hacían a mes en curso y a mes vencido.

Por aquel entonces sus ingresos eran los siguientes: por un lado, recibía 940 euros mensuales: 640 de la RGI y 300 por parte de su primer marido, correspondientes a la pensión alimenticia de los dos niños mayores. También recibía 436 euros anuales (repartidos en dos cuotas: enero y julio) de la Seguridad Social, lo que equivalía a 12 euros al mes por cada menor de edad, y otro ingreso anual de 900 euros por su condición de Familia Numerosa. Además, tenía acceso a dos o tres canastas de alimentos al año por parte de la Cruz Roja.

Eli empezó a detallar sus gastos encima de un papel. A diferencia de los ingresos que tenían cierta regularidad y, por lo tanto, previsibilidad –a pesar de percibirlos algo inseguros o incluso haber tenido experiencias de quedarse temporadas sin prestaciones–, los gastos eran mucho más irregulares. Sus hijos podían manifestar una necesidad no siempre fácil de prever o controlar, como una atención dental, un viaje escolar inesperado o unas zapatillas rotas, entre otros. Aun así, ella intentaba en todo lo posible anticiparse a los gastos. Empezó a detallar los gastos fijos domiciliados (escuela, factura eléctrica, gas, internet etc.) y a continuación empezó a detallar los gastos fijos del resto del año (libros escolares, seguros, impuestos etc.). Decía que era básico conocer las fechas exactas de cada gasto e ingreso. De hecho, libreta en mano, acudía semanalmente al banco a actualizar los números, y se aseguraba de que los movimientos de gastos e ingresos fueran los previstos. Con la RGI estaba obligada a priorizar también gastos como las facturas de los suministros energéticos, así que era importante que en la cuenta hubiera dinero suficiente para que los pagos se hicieran y así mantener la prestación. Hasta que no veía que el ingreso se había efectuado, no respiraba tranquila hasta que de nuevo, a últimos de mes, volvía a empezar a preocuparse y a estar alerta.

De hecho, desde que con su actual pareja Hodei decidieron hipotecarse para comprarse una casa, sus miedos se habían acrecentado al ver que se reducía su margen económico. Como perceptora era ilegal que Eli se hipotecara o utilizara su dinero para comprarse una casa, así que decidieron que sería Hodei el que solicitaría el crédito bancario.

De este modo firmaron con el banco una hipoteca a 30 años con una cuota de 500 euros mensuales. También pidieron ayuda a los padres de Eli, con mejores pensiones que los padres de Hodei, para que los apoyaran con la entrada de la hipoteca. Los padres se ofrecieron a prestarles 30.000 euros con la condición de que se los devolvieran en 5 años, con una cuota mensual de 500 euros. De nuevo oficialmente a nombre de Hodei.

De esta forma Eli daba 500 euros en mano a su pareja cada principio de mes para hacer frente a su parte de la hipoteca bancaria y familiar. Básicamente ella agotaba casi la totalidad de su salario social en afrontar sus pagos hipotecarios informales, cerca de un 80% de su dinero. Después de esto le quedaban 140 euros del RGI, que normalmente dejaba en la cuenta corriente para afrontar las facturas domiciliadas. De este modo tenía que arreglárselas con los 300 euros que le pasaba el padre de sus hijos como pensión alimenticia.

Un cálculo matemático básico entre ingresos y gastos pronto dejaba claro que, con ese presupuesto, a duras penas llegaba a fin de mes. Entonces, Eli sacó a relucir un saber básico de los hogares precarizados –ya sea que cuenten con ingresos que se perciben amenazados y, por lo tanto, se creen inciertos, o que cuenten con ingresos irregulares, intermitentes o escasos–, que es la necesidad de apoyarse en arreglos temporales amplios para conseguir el equilibrio financiero. Es decir, a pesar de que ella tenía que resolver la vida diariamente, su sostenibilidad dependía del juego de varios meses, de ahí que para ella resultaba crucial poder anticipar los meses, e incluso los días exactos, en los que le depositaban las prestaciones mensuales, semestrales y anuales. Así me lo señaló:

Hay que planificar, pero no cuando te queda un mes, sino que tienes que planificar durante todo un año. Ver cuándo hay prioridades, cuándo vas a necesitar ese dinero y ahí pensar cómo lo vas a poder ir consiguiendo de a poco (Eli).

Por lo general sus ingresos eran previsibles y su planificación correspondía a una minuciosa distribución de esos dineros durante todo el año, sin embargo, le ha tocado también que las prestaciones se retrasaran por dinámicas propias de la administración pública, como el retraso de presupuestos generales, fallos informáticos, etc., teniendo que esperar durante meses. Un retraso así, desequilibraba sus ya frágiles finanzas y, aunque intentaba estar preparada para ello, generalmente esto le llevaba a tener que pedir favores a su pareja o familia para poder llegar a fin de mes.

Aunque Eli me había mostrado lo ajustado de su presupuesto y las limitaciones a la que estaba sometida, había desarrollado un sistema complejo de “marcado de dinero”, que hacía que, por primera vez, me creyera aquella frase leída a Viviana A. Zelizer (1994: 38) que afirma “cuánto dinero es menos importante que qué dinero”. En este sentido, para Eli, significar el dinero y dotarlo de moralidad, era lo que le permitía obtener el control

sobre lo que no es inmediato y poder proyectar a futuro. En tanto que como ampliamente ha estudiado Zelizer (1994: 46-47), este dominio depende básicamente de la capacidad de los hogares para limitar previamente los posibles usos del dinero asignándolo a gastos predefinidos.

¿Pero cómo consigue esta mujer guardar un dinero para un viaje o apartar un dinero para pagar la cuota anual de extraescolares de sus hijos? Es decir, ¿cómo consigue salir del día a día y cubrir los planes a futuro? Como relata Zelizer (1994: 47) y veremos en los “marcados” de esta joven de Errenteria, hay una variedad de técnicas populares como la restricción de los usos del dinero, los modos de control de asignaciones, la invención de rituales para su presentación, la modificación de su aspecto físico, las separaciones en distintos lugares donde se guardan sumas en particular, el otorgamiento de significados especiales a determinadas cifras, la designación de los usuarios apropiados para algún dinero específico o el marcado de las fuentes adecuadas de dinero para usos específicos. En su caso, Eli distinguía lo que para ella eran distintos tipos de dinero, principalmente dependiendo de su fuente, a los que otorgaba significados, destinatarios y usos específicos. De este modo, el dinero del salario social (la RGI) era distinto al dinero de la pensión alimenticia, lo que a su vez era distinto a los dineros de Familia Numerosa o al de la Seguridad Social. Y como tenían distintos significados tampoco podían manejarse de la misma manera.

Por ejemplo, entendía que los dineros de Familia Numerosa y el de la Seguridad Social habían sido otorgados para sus hijos y, por lo tanto, creía que éstos tenían que ser utilizados exclusivamente en ellos e incidir en su bienestar. De este modo, según Eli era legítimo utilizar este dinero para pagar los extraescolares de los críos, la cuota familiar de la piscina, parte de los gastos de unas vacaciones familiares, o el dentista de los niños, mientras que sería reprochable que lo destinara a pagar el seguro del coche, la hipoteca o la compra de electrodomésticos para la casa. En efecto, el qué aportaba bienestar a sus hijos era una valoración subjetiva mediada por marcos culturales, sociales y morales, donde la ideología familiar o las concepciones sobre la maternidad y la ética de los cuidados tenían un peso importante. Aunque la finalidad del dinero fuera similar, esta podía ser concebida como adecuada o inadecuada según cómo se manejaran estos marcos. Por ejemplo, a ella no se le ocurriría gastar ese dinero en el abastecimiento eléctrico, pero sí lo utilizaría para comprar pantalones a sus hijos. La finalidad, digamos, de mantener calientes a sus hijos podría ser la misma, pero la valoración que comportaba destinar ese dinero a la factura eléctrica o a la compra de unos pantalones era completamente distinta. Es más, un gasto idéntico tanto en producto como en valor monetario, por ejemplo 30 euros de gasolina, podía tener valoraciones diferenciales según el contexto o la interacción social en que se hiciera. Para ella era adecuado gastar el dinero proveniente de la prestación de Familia

Numerosa en la gasolina si se destinaba a un viaje familiar, pero era ilegítimo utilizarlo para pagar la gasolina de los días cotidianos, aunque Eli agarrara el coche prácticamente sólo para llevar y traer a sus hijos a los extraescolares. Eli entendía que esos gastos debían de cubrirse preferiblemente con el dinero de la manutención alimentaria o con sus dineros del RGI, o, si no, mediante los dineros de algún trabajo informal, mediante la renegociación de la pensión con el padre de sus hijos o incluso mediante la deuda.

Asignándole al dinero los usuarios y usos legítimos, Eli conseguía obtener cierto control sobre el dinero para que le sirviera para propósitos futuros, pero ¿cómo apartaba y usaba diferenciadamente cada dinero en la vida cotidiana?

Después de significar y moralizar los dineros según las fuentes o los destinatarios con los que institucionalmente se habían otorgado los mismos, Eli separaba, guardaba y asignaba usuarios, usos concretos y un gasto predefinido a cada dinero. Esta forma de actuar solía ser igual con cada nuevo ingreso. Primero sacaba de golpe el dinero del banco, lo clasificaba por sobres y le asignaba unos usos al dinero mediante gastos futuros predefinidos. Después lo guardaba y apartaba en un cajón de la casa a espera de utilizarlo cuando llegara el momento. “Sobre todo no tocar”, insistió varias veces, “pase lo que pase, no lo toques”. Esta técnica de separar el dinero físicamente pretende que el dinero no se deslice entre los dedos en el presente (Roig, 2018), de modo que lo que ella apartaba en los sobres no era un dinero disponible para contingencias potenciales. El objetivo de separarlo en un cajón de la casa, casi hasta el punto de olvidarlo, era no hacer uso de este, aunque se necesitara. Al separarlo y asignarle unos usos o gastos predefinidos, este se convertía en un dinero ya previamente gastado. Alexander Roig (2018) dice que la moralización del dinero opera como un proceso de alejamiento de su carácter líquido, es decir, es como si ese dinero se congelara para otro tiempo permitiendo poder dar continuidad a una necesidad previa. En sí, es un acto de proteger y resguardar el dinero ante otras posibles contingencias del presente.

Por ejemplo, en agosto de 2018, mientras me explicaba lo apurada que estaba económicamente, ya en su octavo mes de haber empezado a asumir los pagos de la hipoteca de la vivienda y pensando en acudir a sus padres para pedirles dinero, me decía que ya tenía guardados en un sobre los 900 euros que le habían ingresado por Familia Numerosa. Estos los utilizaría para pagar, en diciembre, la cuota anual de la piscina (240 euros), y después, en mayo del siguiente año, es decir, dentro de diez meses, para pagar las clases de baile del curso próximo, tanto de las niñas como el suyo (500 euros pasados). Los 200 euros ingresados en julio por parte de la Seguridad Social también estaban en un sobre y se destinarían a las vacaciones de agosto. Los dineros que ganó ese verano en un trabajo informal, cuidando al bebe de un amigo (120 euros en julio y 320 en agosto), también estaban gastados de antemano. El pago de julio lo destinó a comprarse los libros que en

septiembre necesitaría para empezar su grado medio de auxiliar de enfermería, mientras que el de agosto lo había destinado a la revisión del coche en el taller para poder irse de vacaciones en los próximos días a la segunda residencia que sus padres tenían en la costa mediterránea. Y aunque todavía no había cobrado, el coche ya estaba arreglándose. Cuando le dijeron que serían poco menos de 300 euros se alegró de que el dinero ganado le bastara, e incluso le sobrara un poco, a lo que me dijo con una sonrisa: “para los helados de las vacaciones”.

Además de moralizar y aislar el dinero, otra de las técnicas que Eli utilizaba frecuentemente en su intento por contrarrestar la incertidumbre futura era “solidificar el dinero” (Roig, 2018) o “almacenar valor” (Mansell Cartens, 1995: 60) como una práctica de ahorro no monetario. En este caso el patrón general era convertir el dinero en satisfactores, es decir, en bienes de consumo (comida, productos de higiene, ropa etc.) a los cuales agotaría su utilidad de manera paulatina, en tanto que eran bienes que previsiblemente necesitaría antes o después, y a los que accedía por medio de promociones, rebajas etc. Ella me presumió orgullosa su despensa, llena de productos congelados y enlatados, señalándome que le encantaba ir al supermercado y llenar el maletero. Argumentaba que su forma de almacenamiento era una forma de prevenirse y protegerse ante un futuro permeado por la incertidumbre, y ante unos medios de vida que percibía amenazados y sobre los que sentía no poseer ningún control. Con ello quería protegerse de los periodos de escasez que ya en el pasado había experimentado, y que ahora buscaba evitar a sus hijos. De esta forma, el miedo a quedarse sin la ayuda y la intención de proteger a sus hijos a toda costa permeaban sus cálculos y prácticas de subsistencia, haciéndola actuar bajo una “lógica de seguro” (Roig, 2018). Así lo explicó ella:

Yo siempre compro doble, por si acaso, y compro antes de que se termine, que no me pille. Es una forma de prevenir también ¿no? Igual un mes no puedo comprar, pero dices “vale, no compraré, pero ya lo tengo (Eli).

En este sentido, las reservas de alimentos son un elemento que permiten a hogares precarizados ajustarse a los tiempos difíciles. Y aunque reconocía que en el pasado los niños se habían quejado por la falta de variedad en los alimentos, lo cierto es que, mediante estas reservas, Eli conseguía hacer el ajuste y suavizar el gasto del consumo a lo largo de los meses.

2.1.2. Caso 2. Ana o la economía cotidiana de una trabajadora eventual

Si bien Eli se mostraba orgullosa de cómo planificaba y manejaba lo unimaginable con su escaso presupuesto, anticipando con una minuciosidad asombrosa cada ingreso y cada

gasto, Ana, en cambio, señalaba que ella no hacía otra cosa que improvisar debido a la imposibilidad de calcular. Argumentó esta imposibilidad asociándola a sus trabajos eventuales y, por tanto, a la irregularidad de sus ingresos, remitiendo en especial al monto cambiante y escaso de sus ingresos, pero también a no poder anticipar el día exacto de las pagas del salario o los meses no previstos en el desempleo. A toda pregunta sobre sus formas de control del dinero contestaba: “No, no, no calculo. Soy un desastre. No, no, qué va, qué va. Eso jamás he hecho”.

La corta durabilidad de los empleos ha sido una constante en su vida, por lo general con trabajos que duraban de un año a tres años, pero últimamente los trabajos, decía, cada vez le duraban menos. Sin ir más lejos, durante el trabajo de campo tuvo más de seis empleos, en momentos compaginando varios a la vez y en otros sin ninguno. A sus 52 años, para Ana, un empleo estable o a largo plazo era casi inalcanzable, y las únicas oportunidades de empleo formal que accedía eran trabajos mal pagados, poco cualificados y generalmente de corta duración en el sector de los servicios. Así había sido gran parte de su experiencia laboral. Ella se refería a sus empleos pasados como “currillos”, expresando precisamente el poco estatus y la mala remuneración de los mismos. Ana ha trabajado en una diversidad de sectores y actividades económicas, mayormente en hostelería, pero también en el sector del transporte y logística, seguros, cuidados, vigilancia, artesanía o agricultura. También había experimentado en dos ocasiones el autoempleo, y durante un periodo corto de tiempo también percibió la RGI. En definitiva, su trayectoria laboral era una secuencia de contratos eventuales, a veces con periodos en el desempleo y otras veces con trabajos múltiples.

De ahí que no sea extraño que Ana considerara rotundamente su imposibilidad de cálculo, debido a que no tenía regularidad y, por tanto, una forma de anticipar los ingresos y calcular presupuestos. Es más, decía que se sentía incompetente cada vez que tenía que enfrentar gestiones del banco o de la administración pública, y que no entender el lenguaje económico de estas instituciones le producía ansiedad. Además, daba la impresión de que su sentimiento de incompetencia venía amplificado por un rechazo hacía el dinero, es decir, por la carga moral negativa que asociaba al dinero como algo sucio, o como origen de la mezquindad o avaricia humana.

Ana había expresado muchas veces que la estabilidad económica nunca había sido su meta. Lo cierto es que a ella le coincidió la veintena en los noventa, cuando Erretería estaba inmersa en la crisis, y tampoco es que hubiera conocido un mercado laboral con demasiadas oportunidades laborales estables. Aun así, insistió repetidamente en que lo único que le pedía a un empleo era que le diera lo suficiente para vivir. Cuando yo le preguntaba qué significaba para ella “suficiente para vivir”, respondía cosas como “para comer, para echarme unos traguillos, para fumar y poco más”. Un día profundizó un poco más en ello señalando que ella había priorizado otra forma de vida ante la estabilidad:

O sea, que te quiero decir que yo soy consciente de que podría tener más *pasta* (dinero), que hubiera podido tener un curro seguro, pero yo qué sé. He optado por otro tipo de vida, como ir a México y montar La Habanera (un centro cultural). Si hubiera tenido una hipoteca, familia y un curro fijo pues no hubiera montado La Habanera. Y no hubiéramos bailado así (Ana).

En marzo de 2018 ella me habló de su intención de irse de viaje por unos tres meses a Sudamérica, tan pronto como se le terminara el contrato. Por aquel entonces tenía un trabajo protegido dentro de un programa para mujeres en peligro de exclusión, con fondos de la administración pública, de una duración de seis meses. Para ello había dejado la cocina del bar donde llevaba año y medio trabajando a media jornada los fines de semana, sopesando el salario (900 euros) y sus ganas de abandonar –aunque fuera por un tiempo– la hostelería y el trabajo de fin de semana. Su decisión de marcharse de viaje me sorprendió mucho. Sabía que iba justa de dinero, que no tenía más de 2.500 euros en el banco y que, además, como en repetidas ocasiones me había dicho, que en los últimos años cada vez le costaba más encontrar trabajo. Irse en esas condiciones lo vi arriesgado. Un día me atreví a preguntarle si no le daba miedo el retorno, el no conseguir ingresos al volver, a lo que respondió ser consciente de no tenerla fácil, aunque añadió: “ya me preocuparé a la vuelta”.

Ana ponía sobre la mesa uno de los pilares de un buen malabarista, la improvisación y la maleabilidad de las prácticas de subsistencia. En ese sentido pareciera que, de algún modo, su imposibilidad de calcular le permitía despreocuparse del futuro, de cualquier manera, me dijo, no lo podía anticipar ni prever. Pero entonces ¿cómo conseguía llegar a fin de mes, hacer planes a futuro y mantener además en equilibrio las cuentas? ¿Era todo fruto de la improvisación?, ¿o sí había cálculos por más que ella no los entendiera como tal? E incluso, ¿cómo conseguía vencer el miedo al futuro que tantos otros interlocutores/as en circunstancias similares solían señalar, y, además, mostrarse confiada?

En el intento por responder estas preguntas me fui dando cuenta de que, para ella, la irregularidad e incertidumbre sobre el acceso a los medios de vida no eran nuevas, que habían sido una constante en su vida y que, por lo tanto, era de suponer que ya habría desarrollado maneras que, sin ser conscientemente asumidas como tal⁷⁹, le permitían enfrentar esas circunstancias.

Una de estas prácticas, ampliamente documentada en los recursos de supervivencia de las clases empobrecidas o precarizadas, es la de combinar distintas fuentes de ingresos

⁷⁹ Siguiendo a Bourdieu (1997: 144-145) y su crítica a la teoría de la acción racional, es erróneo presuponer que los agentes se mueven por razones conscientes, planteando desde principio los fines en tanto objetivos. Mediante la noción del *habitus*, Bourdieu argumenta que no son sujetos frente a objetos, que los actores están involucrados en el que hacer, en la práctica del presente y, añade, que los agentes sociales tienen “estrategias” que muy pocas veces se fundamentan en una verdadera intención estratégica (Bourdieu, 1997: 147). En contra, los agentes tienen el “sentido del juego” (Bourdieu, 1997: 148).

y trabajos (González de la Rocha, 2001: 225). Así también Ana, que aseguraba múltiples y/o simultáneos empleos (formales e informales), consciente de los peligros de apostarle todo a un único trabajo o fuente de ingresos, en un contexto caracterizado por la pérdida de derechos laborales, bajos sueldos y creciente eventualidad laboral. De este modo, ella acostumbraba a tener una fuente de ingresos o empleo principal, pero solía buscar compaginarlo con distintos trabajos puntuales que le iban saliendo, de hecho, conservaba desde hacía años dos trabajos puntuales que le aseguraban tres ingresos regulares al año. El primero llevaba haciéndolo alrededor de 30 años. Era un trabajo en hostelería durante las fiestas patronales de Bilbao, al cual accedió por primera vez a través de sus redes de militancia, y por el cual ganaba unos 1.500 euros en mano por dos semanas de trabajo. El otro eran dos campañas de distribución de publicidad, a la cual accedió por medio de unas amigas, un trabajo a destajo que podía durar hasta dos meses y por el cual ganaba 1.000 euros por campaña (cantidad a la que había que descontar los gastos de gasolina).

A pesar de su atípica regularidad, para Ana estos eran sus trabajos más seguros en tanto previsibles y confiables, aunque fueran trabajos informales o sin contrato. La relación de confianza en la que estaban sustentadas y el pasar de los años habían hecho que Ana considerara estos trabajos como fijos. De esta forma ella se aseguraba tres ingresos al año, –junio, julio y diciembre– independientemente del trabajo principal que tuviera. El trabajo de hostelería era una relación laboral informal del cual recibía dinero en efectivo tan pronto como terminaba el trabajo, mientras que la campaña de publicidad venía condicionada a asumirla como un autoempleo y generalmente cobraba al de pocas semanas de finalizar el trabajo. Como la cantidad de dinero a recibir era pequeña, podía facturarlos sin darse de alta en el régimen especial de trabajadores autónomos, declarándolo como una operación a terceros en la declaración de la renta, de manera que la empresa se ahorraba los gastos laborales.

Gracias a estas entradas de dinero Ana tenía la tranquilidad de marcharse pues sabía que al volver entraría dinero en casa y, más bien, organizaba su viaje según esa campaña, es decir, volvía unas semanas antes para poder hacer el trabajo. Pero más allá de la estrategia de asegurarse más de un acceso de dinero, también es interesante observar que, es el hecho de acceder a esos dineros en momentos del año distintos lo que le permite a ella hacer planes a futuro. En este sentido, Alexander Roig (2018: 7) apunta que una de las grandes claves que hacen posible el no tocar un dinero es su “aislamiento físico”. En el caso de Ana, los dineros de los trabajos irregulares, pero previsibles, permiten aislar físicamente (o temporalmente) el dinero para que funcionen como reservas, protegidos de las contingencias del presente y que no se deslicen entre los dedos. Desde esta óptica, asegurarse fuentes de ingresos en épocas distintas del año podría entenderse como una manera de aislar físicamente el dinero, al fin, una práctica de ahorro, aunque Ana no lo percibiera como tal: “No, no, no yo no ahorro, y si ahorro, ahorro involunta-

riamente”, me comentó más de una vez. Y es que, si bien están ampliamente documentadas las crecientes dificultades de ahorro monetario de amplias capas de la población vasca (Gobierno Vasco, 2019), detrás de esta afirmación de no ahorro, pronunciada por ella como por otros tantos interlocutores/as, también se encuentra la tensión existente entre el ahorro como práctica social y el ahorro como categoría de análisis de la ciencia económica, en tanto que esta última permea las representaciones y entendimientos que la gente ordinaria tiene sobre sus propias prácticas, hasta el punto que la gente común asocia únicamente la noción de ahorro a unas prácticas determinadas relacionadas con los bancos y el dinero.

De hecho, a Ana le costó categorizar el dinero que juntaba en las huchas como ahorros, porque no lo hacía de una forma ordenada y porque la cantidad, decía, era pequeña, aunque después reconociera que en algunos años llegó a ahorrar hasta 500 euros de esta manera. Y es que el ahorro, como categoría científica, se mueve entre dos concepciones (Roig, 2018: 2): en la primera este es una acumulación previa y voluntaria de dinero que implica un renunciar presente para un consumo futuro, mientras que en la segunda es un residuo involuntario que surge después de la satisfacción de las necesidades a través del consumo. Sin embargo, ambas categorías no encajan teóricamente con las prácticas de ahorro de los hogares populares, ya que éstas operan en principio bajo el mandato de la escasez y en una lógica de supervivencia, de ahí que la gente niegue y no perciba sus prácticas de ahorro, que a mis ojos eran ingeniosas.

La dificultad de hacer que el dinero no se deslice entre los dedos fue explicitada por Ana en varias ocasiones con comentarios como “gasto lo que tengo”, y con ello señalaba que tampoco planificaba el gasto.

Uzuri: Pero ¿cómo calculas cuánto puedes gastar?

Ana: Según lo que tengo.

U: Por ejemplo, ahora mismo que no tienes ningún ingreso.

A: No me organizo, realmente no me organizo.

U: Pero ¿miras cuánto tienes en la cartilla?

A: ¿Eh?

U: ¿Que cómo haces el cálculo? ¿Miras cuánto te queda en la cartilla para saber cuánto puedes gastar?

A: No, no, no calculo –y empieza a reírse–. Soy un desastre. No, no, qué va, qué va. Eso jamás he hecho.

U: ¿El qué?

A: El calcular “este mes puedo gastarme esto”, qué va, qué va.

Pero, de pronto, Ana señaló su capacidad de hacer el ajuste en el consumo: “gasto

lo que tengo, depende de si tengo dinero o no. Es que no tengo ni idea. Si tengo dinero, como unas cosas, y si no tengo dinero como otras”.

A diferencia de Eli, que a toda costa buscaba salvaguardar las necesidades de sus hijos y a veces mostraba grandes dificultades para controlar y reducir los gastos, Ana apuntaba a cierta facilidad de hacer el ajuste, aunque a veces fuera a costa de su bienestar. Como Eli, en los momentos que más tenía también intentaba aumentar su despensa todo lo posible, alcanzando la cocina, el pasillo, incluso el baño, habiendo comida para meses en pastas, legumbres, enlatados, y una congeladora a rebosar. La despensa como “dinero sólido” es más fácil de hacerlo durar para el futuro, al tiempo que actúa como seguro ante un futuro que presumiblemente tendrá periodos de escasez. Tal obsesión de que no falte, decía ser herencia de su madre, que “rozaba lo absurdo”, pero al mismo tiempo era el reflejo de “la necesidad de saber que en casa hay comida y que, si el mes que viene no tengo pasta (dinero), voy a tener comida” me dijo.

Por último, una de las formas en que Ana intentaba reservar recursos para que le sirvieran para el futuro se basaba en dedicar tiempo y esfuerzo al cuidado y el mantenimiento de bienes materiales (ropa, coches, muebles etc.), buscando de alguna forma “parar” o “ralentizar” el tiempo. Yo me quedaba absorta mirándola, por ejemplo, cuando en cambios de estación se ponía a ordenar el armario, doblando la ropa cuidadosamente y almacenándola en bolsas al vacío. Ana también le hacía el mantenimiento a su coche regularmente, sabiendo de su importancia para que durara más y echándome en cara: “por eso se termina estropeando el tuyo”. De hecho, había aprendido habilidades como mecánica, fontanería, electricidad, o cocina, que le daban un margen de autosuficiencia y ahorro. Como ella decía, “no haber tenido un duro y tener que buscarse la vida”.

En definitiva, sus formas de aprovisionamiento, tanto de acceder, organizar y controlar los dineros y los recursos, eran un reflejo de sus condiciones irregulares y precarias de vida, donde no solo había conseguido buscar formas de llegar a fin de mes, sino también, en la medida de lo posible, buscar mantener vivas las expectativas y planes a futuro.

2.2. Las redes informales como relaciones orientadas a largo plazo: el peso de las “divisas sociales”

La primera vez que Eli me dijo “sin comer no te vas a quedar” pensé que se refería a la despensa. Le había pedido que me explicara cómo priorizaba el orden de los pagos con su limitado presupuesto cuando me di cuenta de que, más bien, se refería a la expectativa de recibir apoyo dentro de una red de amistad, vecinos/as, compañeros/as de trabajo y parientes:

Primero (pagar) la casa, para tener un techo, tener una casa y ver qué gasto supone. Y con ese gasto, después dejar un mínimo para luz y todo eso, y ya, con lo que te queda, hacer lo que puedas. Hacer lo que puedas. Pero no muevas eso, déjalo ahí. No lo muevas porque con eso ya por lo menos tienes la casa. Porque la comida es importante, pero si realmente no tienes nada, nada, nada, nada para comer, tendrás a un amigo que no te dejará sin comer, o algún vecino o los padres. Normalmente sin comer no te vas a quedar. Pero claro eso en mi condición. Porque una persona extranjera, siempre pienso lo mismo, alguien que no conoce a nadie, a quien le va a pedir (Eli).

Esa confianza para acceder a recursos mediante las redes sociales informales también la tenía Ana. “Algo saldrá”, dijo en más de una ocasión mostrando su expectativa de que, antes o después, algún vecino, amistad o antiguo compañero de trabajo le ofrecería un *currillo*. De hecho, Ana cuenta que la mayoría de sus trabajos han venido precisamente de estas redes informales, es más, que nunca ha pedido trabajo, que siempre se lo ofrecen y ella siempre dice que sí.

Ana: Tomo lo que me va saliendo.

Uzuri: ¿Y cómo te van saliendo las cosas?

A: Me llaman, siempre me llaman.

U: ¿Y por qué te llaman?

A: No tengo ni idea, nunca he buscado trabajo.

U: ¿Pero ¿qué son, gente conocida?

A: Sí.

U: ¿Gente con las que has trabajado?

A: Sí.

U: ¿Familiares también?

A: No, no, no. Es gente del pueblo que me llama cuando ha tenido trabajo y así.

El intercambio social, o el flujo de bienes y servicios dentro de las redes vecinales, de amistad o familiares es un elemento central para la subsistencia de los grupos domésticos urbanos (Lomnitz, 1975), tanto que no se puede llegar a entender el equilibrio presupuestario sin tener en cuenta estas otras relaciones por las cuales las personas acceden a recursos. En estas redes se comparten bienes, servicios, información, contactos, trabajos etc. en forma de regalos, favores, compromisos, deudas, préstamos y otros.

Aunque las reglas de los intercambios son ambiguas, la obligación moral en la que están sustentados hace que configuren flujos de transferencias a largo plazo (Mauss, 1923; Stack, 1975; L'Estoile, 2014), convirtiéndose en la fuente de recursos más duradera para las clases precarizadas. La percepción de que estas redes informales son una

fuentes de acceso a recursos más seguras o duraderas fue puesta de manifiesto por todos mis interlocutores/as precarizados/as, una percepción posiblemente acentuada en el contexto de austeridad con un mercado laboral eventual creciente, y un Estado de bienestar en constantes recortes.

En una ocasión, Sara (30) lo explicó de manera sencilla: “La vida no es todo fijo. Los amigos sí son fijos, o la casa, pero la vida es cambio”. De ahí su importancia no solo como una fuente de recursos crucial para sacar la vida adelante entre aquellos que tienen que sobrevivir con salarios bajos e irregulares, sino como una fuente que, por su potencial orientación a largo plazo, permite o abre posibilidades subjetivas y objetivas para hacer planes a futuro y mantener vivas las expectativas sociales.

De este modo, mis interlocutores/as, inmersos en una diversidad de circuitos económicos en su día a día, se esfuerzan por mantener y cuidar los circuitos informales (amistad, vecindad, militancia, compañeros de trabajo, asociaciones de padres/madres etc) para que los flujos de bienes y servicios que ahí se dan no se detengan, al tiempo que mantienen abiertos los circuitos económicos formales. Ahora bien, aunque se perciban más duraderas e incluso anticipables, es decir, aunque se pueden generar expectativas definidas dentro de un marco común de normas y valores compartidos (por ejemplo, se puede apelar a la lealtad, el honor o el sentido de familia para acceder o exigir recursos), estos intercambios informales no son del todo controlables, acumulables o seguros, y los flujos pueden detenerse. Para que esto no suceda las personas tienen que manejar con cuidado y astucia sus “divisas sociales”, las cuales toman valores distintos en las interacciones dependiendo de los códigos, creencias o normas por las cuales esté regido cada circuito (Villarreal, 2020). El malabarismo de divisas sería el acto de mantener estos múltiples circuitos en movimiento al mismo tiempo, lidiando en cada circuito con las divisas que adquieren distintos valores (Villarreal, 2020: 1). Sin embargo, como en la vida cotidiana, las redes pueden superponerse y ensamblarse, en vez de ser circuitos bien delimitados, saber manejar correctamente las divisas y leer bien los códigos de cada contexto no es tarea fácil (Villarreal, 2020: 6).

Gran parte de las prácticas de subsistencia de Eli y Ana se basan en el acceso a los recursos de las redes informales, las cuales no solo operan en momentos puntuales de crisis, sino que constituyen una parte básica de sus vidas económicas. Dicho de otra forma, sus vidas económicas están ligadas a sus relaciones sociales. Desde estas redes acceden a trabajos, bienes, dineros, deudas, cuidados, información y un largo etc. difícil de recoger por su amplitud.

El peso de las redes informales en la vida económica de Ana era particularmente evidente. Me daba cuenta de la magnitud de su red cuando paseaba con ella por la calle: Ana, saludaba y se paraba a hablar continuamente con unos y con otros. Años trabajando

de cara al público, así como su militancia en diversos colectivos le habían hecho conocer una extensa red de personas. La misma con la que, con el tiempo, se había ido formando una extensa red de confianza, apego y favores por los que ella había accedido a empleos, ropas, comidas, coches o información pertinente. Aunque en la actualidad Ana no era militante de ninguna organización en específico era una de esas personas que, abalada por su trayectoria y su disposición a involucrarse y echar una mano en el presente, seguía manteniendo una posición reconocida en las redes de militancia de base de la ciudad.

Ana comenzó su militancia de base a principios de los noventa, en un momento de gran conflictividad social en el País Vasco, y más aún en Errenteria. Aunque ahora se encontraba en pleno proceso de “desencantamiento”, (Gaxie, 2015) –concepto que define la práctica militante como una práctica fascinante o hechizada por los imperiosos afectos que moviliza– contaba que el universo militante había sido el elemento principal que había dado sentido a su vida, en tanto que el compromiso con la causa, la satisfacción derivada de la defensa del ideario, y las amistades y relaciones alrededor de ese universo habían hecho que su vida mereciera la pena. Pero la priorización de la militancia tuvo también visibles costos –percibidos o no⁸⁰–, como la renuncia a trabajos estables por otros trabajos que le resultaran más compatibles con la vida militante, hasta multas, juicios o la amenaza potencial a ser detenida. Aunque la “*illusio*” (Bourdieu: 1997: 141) de estar metida de lleno en el juego hacía que para ella mereciera la pena.

Aunque lo importante para Ana siempre fue la causa y no los efectos económicos que eso pudiera tener, ello no quita que su trayectoria le haya comportado ciertos beneficios sociales, simbólicos y materiales, –lo perciba ella como tal o no, poco importa para nuestro análisis–. La cuestión de las retribuciones de la militancia ha sido una cuestión difícil de abordar por numerosos puntos ciegos analíticos, principalmente porque el universo militante es un “campo” con disposiciones (*habitus*) hacia el desinterés –en el sentido que critica Bourdieu (1997: 149) como comportamiento gratuito, generoso, virtuoso–, y en el que se recompensa aún más el “desinteresamiento” (*désintéressement*) (Bourdieu, 1997: 153). Si, como apunta Bourdieu (1997: 141), el interés ha sido reducido a una visión economicista de utilitarismo, no es extraño que la ausencia de remuneración se convierta en sinónimo de desinterés (Gaxie, 2015: 138) y, por tanto, de entrega a los otros, sobre todo cuando se conjuga con ausencia de poder como es en el caso de los militantes de base.

La misma Ana condenaba con dolor, en muchas conversaciones entre amigos en los que tuvo lugar, la “institucionalización” y la “profesionalización” de las luchas socia-

⁸⁰ Daniel Gaxie (2015: 146) apunta a cómo lo que, en algunos contextos, algunos consideran un “coste” es, a ojos de los militantes comprometidos, una fuente de satisfacciones que atestigua la autenticidad de su entrega.

les: “Lo que antes hacíamos gratis, ahora la gente vive de ello”, me dijo en una ocasión, visiblemente desencantada. En los universos donde el interés económico está mal visto por normas explícitas e imperativos morales, produciendo lo que Bourdieu (1997: 153) define como “*habitus* desinteresados” o “*habitus* antieconómicos” dispuestos a rechazar los intereses, podemos comprender que Ana tuviera comportamientos desinteresados, que no eran en principio calculados desde un objetivo del desinterés o de mostrar que es capaz de superar ese cálculo. De todos modos, es evidente que la trayectoria militante desinteresada –sincera o no– reporta ciertas gratificaciones materiales, sociales y simbólicas. Sin embargo, así como le reporta ciertos beneficios también le traía perjuicios, ya que ni el capital social se mueve en una única dirección, ni los elementos sociales tienen las mismas implicaciones en todos los contextos y redes (Villarreal, 2020).

En varias ocasiones fui testigo de cómo Ana accedía a recursos por medio de estos circuitos informales donde su trayectoria como militante tenía un valor positivo. Ahora bien, en la práctica era imposible definir si una red era de militancia, de amistad o de vecindad debido a que en la vida cotidiana las redes se dan de forma superpuesta. Normalmente accedía a información sobre trabajo o a un trabajo en sí, pero también a bienes (verduras, ropa, etc.) o servicios concretos (electricidad, fontanería, etc.) que le ayudaban a salir adelante. De la misma forma, ella también solía mostrar una predisposición a echar una mano a la gente de sus distintas redes, y era frecuente que se fuera a casa de alguien a ayudarle con tareas de electricidad, a arreglar el coche o que le cocinara a alguien cuando enfermaba. También era frecuente que compartiera sus bienes con amigos cercanos, dejando el auto o acogiendo a gente en casa. Ana también se las ingeniaba sin apenas recursos monetarios para hacer regalos a unos y otros, dando bienes que ya no utilizaba, haciendo una artesanía o regalando cosas que le habían regalado a ella y que por lo que fuera, no le servían. Ana les daba valor a estas muestras de apoyo mutuo y, tal como ella apostaba a ello, esperaba que los demás también lo hicieran.

Por lo general el acceso a los distintos recursos comenzaba con encuentros casuales y conversaciones más o menos corrientes en el que se ponían al día y compartían alguna que otra anécdota, y entre tanto se pasaban información relevante sobre una convocatoria de trabajo, se ofrecía algún currillo, se pedía algún favor, o se recibía algún obsequio. En otras ocasiones las retribuciones sucedían en la misma práctica militante, muchas veces inesperadamente, como cuando Ana hacía un trabajo gratuito por la causa (como cocinar en unas fiestas populares) y, al momento o al de años, le ofrecían hacerlo bajo remuneración (con más horas, responsabilidades, etc.).

Ahora bien, las divisas sociales con las que contaba Ana, si bien le permitían acceder a una amplia red de solidaridad, también la orientaban hacia un tipo de recursos debido a que las divisas sociales forjan procesos de exclusión (Villarreal, 2020: 10). Por

ejemplo, su disposición por la causa, que en la práctica significaba hacer trabajos gratuitos que normalmente requerían de esfuerzo físico, se había traducido en una identificación de “curranta”, lo que le ayudaba a que la gente pensara en ella cuando sabía o podían ofrecer trabajos, pero estos trabajos generalmente eran temporales, puntuales y mal pagados. Es decir, si bien accedía con facilidad a trabajos, estos normalmente tenían carácter de subempleo. Ciertamente, estas redes eran un apoyo en momentos de necesidad, pero también podían ser un obstáculo al tratar de escapar del subempleo.

Esto a veces se traducía también a los bienes a los que accedía: “me confunden con un container de reciclaje”, me dijo riéndose un día mientras en su habitación abría una bolsa llena de ropa que claramente no eran ni de su talla y ni de su estilo. Aun así, Ana se mostraba agradecida y siempre la aceptaba porque, en muchas ocasiones, podía salvar algo o compartirlo con otra persona. En definitiva, para ella, estas redes eran una fuente de seguridad incuantificable a largo plazo, “porque igual un año no lo necesitas, pero al otro sí”, me dijo un día mientras, visiblemente agobiada y cansada, intentaba cuadrar horarios del empleo extra a su trabajo principal del momento. Dejó así en evidencia que, en sus cálculos, la consideración de que no haya recursos monetarios en un futuro inmediato, o de no saber cómo serán estos a medio plazo, entra de lleno en sus cálculos del día a día. Pero, además, señaló que mantener abiertas las redes informales exige una obligatoriedad a la disponibilidad, “estas cosas van así, una vez que dices que no, ya no te llaman”, comentó.

A pesar de la orientación a largo plazo que la gente asocia a estas redes, la fragilidad de las redes informales y la necesidad de tener que estar siempre disponible y abierta fue puesta de manifiesto también por Eli. Por ejemplo, una vez, en relación con las transferencias de ropas a las que accedía por medio del grupo de madres de la escuela comentó:

Muchas veces te dicen “he hecho limpia, ¿alguien quiere ropa?”, y yo siempre digo que sí. Sea lo que sea, siempre que sí, porque si una vez dices que no, ya no te vuelve a dar nadie. Muchas veces dicen “si me ha dicho que no, no la voy a molestar”, o “si me ha dicho que no es que ya no quiere”. Pero yo siempre digo que sí. Entonces siempre traigo todo lo que me den a casa, lo miro todo y lo que nos vale y nos gusta pues nos lo quedamos (Eli).

Como Ana, Eli también accedía a una variedad de recursos por medio de las redes informales, como trabajos informales, ropa, alimentos etc. tanto de las relaciones de vecindad, amigos, madres de la escuela, pareja o familia. Las transferencias continuadas realizadas a través de todos estos círculos ayudaban a Eli a ir haciendo el ajuste, sin embargo, decía que no era suficiente, por lo que su única salida era hacer malabares con las deudas. “Es que yo no quito, porque no puedo quitar. Lo que hago es pedir. Es en esos momentos cuando pido. Yo intento hacerlo todo por mi cuenta, pero no puedo quitar”.

Una factura del dentista más elevada de lo esperado, unas zapatillas rotas antes de tiempo, una excursión escolar no programada o una sanción de la administración, más que sucesos extraordinarios o anómalos, eran parte de la vida económica ordinaria que desbarataban su ya frágil equilibrio económico. En ese contexto Eli optaba, generalmente, por pedir dinero prestado a sus padres y a su pareja, de quienes esperaba una ayuda más desinteresada y continuada, ya fuera apelando al amor o a los lazos familiares, además de que evaluaba que tenían los recursos suficientes para ayudarla⁸¹. Los malabares con deudas son un modo importante de supervivencia de los hogares con bajos ingresos, de hecho, si Eli conseguía en gran parte hacer proyectos y planes a futuro y mantener el dinero separado en sobres, era porque accedía a recursos y especialmente a la deuda por medio de estas relaciones sociales que le ayudaban a sacar el presente adelante.

“No te queda otra que negociar”, apuntó después de remarcar la inevitabilidad de su endeudamiento. Pero mantener las vías de acceso a deudas abiertas en distintas redes no es tarea sencilla debido a que, mostrar la fachada de firmeza, estabilidad o control de las finanzas, es decir dar la apariencia de que la deuda se podrá devolver, es vital para poder generar confianza y seguir teniendo acceso a las deudas (Villarreal, 2020: 16). De ahí la importancia que Eli daba, por ejemplo, a pagar las deudas a tiempo, hasta el punto de que, de ser necesario se endeudaba con alguien más para devolver la deuda primera. Por ejemplo, si debía un dinero a sus padres, podía pedir un dinero a su pareja o al hermano para devolver esa deuda a los padres. En los malabares para acceder a la deuda, Eli también introducía bienes que aún no existían pero que esperaba que pronto estuvieran, como ingresos futuros, lo que influía no solo en su predisposición a endeudarse si no también a que le concedieran la deuda. Por ejemplo, según sus cálculos, una vez que terminara los estudios de auxiliar de enfermería tendría trabajo en el sector público, por lo que podría ir devolviendo sus deudas con cierta facilidad. En su acceso a la deuda, esta carta también operaba como garantía de seguridad de que la deuda se devolvería. Pero la apariencia de firmeza y, por tanto, el acceso al endeudamiento estaba también mediado por el manejo que hacía de sus divisas sociales, para que su imagen y su persona no se devaluaran. De esta forma, los cálculos involucrados en el acceso a la deuda trascienden con mucho a los cálculos puramente económicos. Eli evalúa detalladamente a quién pedirle qué y para qué, tomando en consideración cuestiones sociales y morales, a saber, cuestiones de dignidad personal, honor, orgullo, reputación, lealtad o pertenencia entre otros. En su caso, el hecho de ser madre joven, doblemente divorciada y desempleada era una carga que debía de saber manejar.

⁸¹ Las transferencias intrahogar se estudiarán más detenidamente en el siguiente capítulo, pero ahora me gustaría avanzar en la gestión de las divisas sociales de Eli, para poder entender sus prácticas de subsistencia.

Por ejemplo, a sus padres lo común era pedirles dinero prestado para pagar facturas, asumir algún arreglo del coche o de la casa, o pedirles ayuda para imprevistos, como cuando le quitaron un mes la ayuda social, mientras que evitaba pedir dinero relacionado con las necesidades directas de sus hijos, como ropa, libros escolares o dinero para extraescolares. Y es que, como madre joven, se resistía a mostrar necesidad delante de sus padres en cuestiones relativas al cuidado de sus hijos, y evitar cargar así con el estigma de “mala madre”. También evitaba pedir dinero en grandes cantidades a su pareja por miedo a que la relación se viera afectada por ello, intentando calcular los límites del afecto y el interés.

Aunque ella se esforzaba en alcanzar este ideal, cada vez más frecuentemente fracasaba en su intento, especialmente desde que se hipotecó con la casa. Ni conseguía devolver las deudas a tiempo ni podía hacerlo según los criterios que había estimado, lo que, además de menoscabar su autoestima y reputación, ponía en peligro el acceso a futuras deudas. Por ejemplo, en el verano del 2018 su apuro económico era tal que se veía de nuevo pidiendo dinero a sus padres para cubrir gastos relativos a sus hijos. En ese contexto debía renegociar, con base en otros criterios, el acceso a la deuda, apelando y reforzando por ejemplo al sentido de familia o los sentimientos de amor, y reclamando, por ejemplo, dinero en forma de regalo o apoyo familiar. Además, ya fuera que el dinero se transfiriera en forma de regalo o de préstamo “siempre terminas debiendo”, comentó haciendo alusión las deudas morales y sociales que implican esas transferencias informales.

En definitiva, los circuitos informales son una parte fundamental donde las personas ganan y dan sentido a su vida en el día a día. En ello se descubre que los hogares se extienden por una diversidad de redes, conformando hogares prácticos, sin límites precisos ni fijos y con responsabilidades más compartidas de sostener las vidas. A pesar de la importancia de las redes informales en contexto de crisis, como forma de hacer el ajuste, dista por ver si son arreglos volátiles y precarios de afrontamiento o si van constituyendo responsabilidades más amplias de reproducción social.

3. Malabares de y contra la austeridad: reivindicaciones de valor, dignidad y reconocimiento

Más allá de las visibles transformaciones materiales que implican las políticas de austeridad, hay una serie de transformaciones de orden moral que están en el núcleo de las políticas de austeridad y que están relacionadas con los márgenes en los que han definido las últimas dos generaciones el valor de la persona y de la vida, y que han sido protegidos o regulados mediante derechos por los marcos del Estado de Bienestar (Matos, 2020; Garcés, 2017; Ezquerro, 2012). En ese sentido, las políticas de austeridad se pueden entender

como una transgresión de los pactos de la postguerra que buscan redefinir las expectativas y las relaciones entre el poder político, el capital, el trabajo y las bases de las condiciones de reproducción social.

Y es que, como ha estudiado Patricia Matos (2020: 339-340), las políticas materiales de austeridad para el sur de Europa estuvieron apoyadas en una retórica política, de orden moral, de devaluación de necesidades humanas que legitimaron, en última instancia, las políticas de austeridad. A grandes rasgos, esta retórica política tuvo dos ejes. Por un lado, una censura moral de aquellos que han estado viviendo “por encima de sus posibilidades” y que, implícitamente, evalúa los patrones de consumo de los ciudadanos como superiores a sus “necesidades reales” y derechos. Por otro lado, un discurso que resta importancia al lenguaje de los derechos y privilegia el lenguaje de las necesidades nacionales, aludiendo al momento de emergencia nacional y apuntando a que hay que “vivir con menos”.

De este modo, estos dispositivos de orden moral funcionaron de instrumentos para legitimar la coherencia y la validez de la necesidad de llevar a cabo las medidas de austeridad, desplegando una serie de políticas laborales, fiscales y de bienestar, que resultaron en la precarización del trabajo, la devaluación salarial, la degradación de derechos, el aumento de impuestos y los recortes del Estado de bienestar, entre otros. Ello provocó una transferencia rápida de ingresos del trabajo al capital con mediación del Estado.

Ahora bien, a pesar de la intención de las políticas de austeridad, de reconfigurar –o devaluar– las concepciones históricas y sociales sobre el valor o la dignidad del trabajo, las personas y la vida, y a pesar de las medidas de austeridad que impactan directamente en las condiciones de vida, los malabarismos de los hogares son una muestra de las luchas que hacen las personas en su intento por contrarrestar las políticas de austeridad. En concreto la de enfrentar la devaluación de las necesidades humanas, y satisfacer y defender lo que entienden los hogares como necesidades, pero también los sueños y deseos, que no son más que valoraciones históricas, sociales y morales sobre las condiciones de vida y su dignidad como personas. En ese sentido, en la elaboración y el manejo de los presupuestos domésticos no solo podemos apreciar límites, posibilidades, subordinación o poder, sino también sentidos de valor, de derechos y reconocimiento. En ello se pasan de largo las delimitaciones entre lo que se considera ilegal, para reclamar lo que según ellos es legítimo o lícito.

Estos esfuerzos por contrarrestar la devaluación de las necesidades humanas son particularmente evidentes entre aquellos hogares que luchan en el día a día con limitaciones materiales. De este modo, la observación del manejo de los presupuestos domésticos muestra cómo estos hogares buscan satisfacer y proteger tanto las necesidades materiales inmediatas (comida, vivienda, ropa, etc.) como las necesidades inmateriales (reconoci-

miento, afecto, valor), impugnando el imperativo de la austeridad de que hay que vivir con menos, y defendiendo comprensiones más amplias del bienestar.

Esto fue especialmente notable cuando pedía a mis interlocutores/as que establecieran prioridades en sus presupuestos domésticos. En ello identificaron y justificaron sus necesidades en base a razonamientos o valoraciones morales sobre lo que entienden por unas condiciones de vida aceptables. El siguiente pasaje etnográfico de Eli, haciendo las cuentas, puede ilustrar brevemente esto que estoy argumentando.

Estábamos sentadas en la terraza de su casa cuando, con una hoja en mano, le pedí que me detallara las prioridades de pago. Eli se mostró segura: lo principal me dijo era asegurarse el techo, la hipoteca de la casa. “¿Y qué le sigue?” insistí, a lo que respondió con firmeza: “la comida”. Pero de pronto se paró, se quedó en silencio, miró la hoja donde estábamos apuntando y, un tanto alterada, me dijo: “es que no es verdad, es que todo son prioridades”. La negación de Eli a establecer prioridades puede entenderse como una resistencia a aceptar la devaluación de las necesidades humanas o como la afirmación de que el bienestar dependen de dimensiones amplias. Después detalló una lista grande de necesidades de sus hijos, desde la comida, libros escolares o dentista, hasta ropa, extraescolares, regalos o viajes, y agregó:

Por ejemplo, para mí es muy triste no poder hacer un deporte en tu vida. El deporte es importante para la salud, así que claro que es una prioridad para la salud, pero también mentalmente, a mi es que me hace feliz. Mira cuántos altibajos hemos pasado, cuantas historias tenemos, y con el deporte consigues evadirte. ¿Entonces, es dinero? Si es dinero, pero es un dinero que lo estoy invirtiendo en mi felicidad, para mi bienestar ¿no?, el mío y el de mis hijos. Entonces no podré hacer tres o dos cosas, pero por lo menos una sí. Entonces garantizar eso para mí es importante (Eli).

Además, la identificación y reivindicación de las necesidades está mediada por obligaciones morales de parentesco y redes de cuidados y apoyo mutuo. Eli priorizó en todas las ocasiones el bienestar de sus hijos al suyo propio, señalando recurrentemente los sacrificios que estaba dispuesta a hacer, y que hacía, con tal de garantizar a sus hijos lo que ella entendía como unas buenas condiciones de vida, aunque fuera a costa de las propias: “Al final es el bienestar de mis hijos. Prefiero quitarme de comer, pero decir, ahí vas a ir (una celebración)”.

Los malabarismos que mis interlocutores/as hacen se entienden como resistencias a la devaluación de las necesidades humanas, que están en el núcleo de las políticas de austeridad, disputando una tras otra, qué es considerado un gasto excesivo o qué es vivir por encima de las posibilidades. Por ejemplo, Ana defendía sus gastos del bar negándose a clasificarlos como caprichos, y reivindicando de paso el valor de juntarse en el bar con la gente, como forma de ser parte de un colectivo:

O sea, no lo veo como un capricho. Tal y como veo que es la sociedad de Euskal Herria, no lo veo como un capricho el salir a echar unos *potes*⁸². Porque si no salgo a echar unos *potes* no me encuentro con la gente en ningún otro lugar. En misa no frecuentamos, vaya. Es que es verdad tía. ¿Es que al final no? El tipo de relaciones que tenemos es en base al consumo de alguna manera (Ana).

Además de negarse a la retórica de la devaluación de las necesidades humanas, mis interlocutores/as reivindicaron y movilizaron argumentos que subrayan su legitimidad de satisfacer estas necesidades. Eli, por ejemplo, criticando la sanción que a otros perceptores les pusieron por ir a celebrar un cumpleaños en un restaurante o hacer un viaje, señaló que esos gastos eran necesidades básicas para una vida buena, y señalaba su derecho a poder hacerlo también como perceptora: “Y eso, no es un capricho, no es un capricho. Y si lo es, pues oye, porque seas pobre no significa que no puedas”. Atacó así la censura social y moral que sentía por ejemplo por rechazar, como perceptora, ciertos recursos (en particular donaciones de ropa o comida, pero también trabajos) reivindicando su derecho a elegir y rechazar oportunidades:

Porque seas pobre no significa que no tengas gusto. Muchas veces te dan comida, pero los niños no les gusta esa comida. Y no lo comen. Y yo muchas veces lo he tenido en casa, pero es que no lo comen. ¿Entonces, para qué lo voy a tener? Y con la ropa pasa lo mismo. Prefieren una ropa que les guste y ya. Porque a mí también me dan ropa, pero cualquier cosa tampoco me pongo. Los básicos sí, pero cualquier cosa tampoco. Y me pueden dar algo muy caro y que no me gusta y no me lo voy a poner (Eli).

En la defensa de sus necesidades, sus argumentaciones ampliaron en ocasiones los sentidos de dignidad y de derecho. Eli, quien depende en gran medida de unas prestaciones sociales que no solo han sido recortadas en el contexto de austeridad, sino que han sufrido un desplazamiento de un marco de derechos universal a otro de merecimiento y responsabilidad de los perceptores, bajo el eufemismo de “inclusión activa” defendió, por ejemplo, su derecho a tener un trabajo que le dé suficiente para vivir, al tiempo que muestra la trampa del merecimiento:

Si dices que no (a un empleo) te quitan la ayuda. Entonces es un arma de doble filo. Te dicen que es una ayuda para reinsertar, pero yo, para reinsertar, no necesito esto. No necesito que me deis un trabajo por el que tenga que mandar a mi hija a la guardería cuando al final me supone tener que pagar más. No, eso no es. Con 200, 300 euros no voy a salir adelante. O sea, yo necesito un trabajo, en el cual puedo decir “ya está” a la ayuda. Yo me lo quiero quitar de encima porque siempre estás super pendiente de a ver como muevo ficha para que no me lo quiten. Porque si no, a ver qué hago. Yo lo que necesito es un trabajo para vivir. No eso (Eli).

⁸² Salir a tomar unos tragos de bar en bar.

De la misma manera, al defender sus necesidades de ir a celebrar el cumpleaños de sus hijos a un restaurante, o de poder vestir con ropa que considera bonita, proponía modelos de redistribución de los recursos más amplios basados en sentidos universales de derechos:

A una mujer le quitaron la RGI porque, al entregar los movimientos de los últimos 6 meses de la cartilla, había llevado a las hijas al chino a comer, gastarían como 30 euros porque era el cumple. Y como gastó ese dinero le dijeron que ¡fuera! Por tomarse su momento, por vivir bien, no en la miseria. Aquí debería de haber un mínimo, pero para todos, todos. Que la RGI no fuera una ayuda sino un derecho. Y con eso vivir dignos. Y luego si tú tienes tu trabajo pues mucho mejor. Pero unos mínimos. Quien decida vivir con esos mínimos que viva (Eli).

En definitiva, aunque se ha sostenido que el marco de devaluación de las necesidades humanas está consiguiendo reconfigurar las concepciones históricas de las nociones del valor de la vida y la persona, reduciendo sus sentidos de derecho sobre los servicios públicos, bienes comunes o sobre lo que entienden lo que es una vida digna, el trabajo de campo revela las luchas de los hogares por proteger, mantener e incluso aumentar sus sentidos de dignidad y derecho. En ello, la invisibilización de sus prácticas, es decir, la informalidad, es una de las pocas salidas que encuentran las clases precarizadas.

4. Los límites de los malabarismos: el cuerpo

Es julio de 2017. Falta poco para que empiecen las fiestas de la ciudad. Veo a Ana en la otra acera, sentada en una banca delante de un bar. Me invita a quedarme y tomar con ella una cerveza. Me cuenta que además de su trabajo en la cocina de un restaurante, ahora va a hacer unas horas extra de noche en este bar. Hablamos de las fiestas, de que ya están montando las *txosnas*⁸³, de que ha estado echando una mano en el montaje. Dice que en un rato más tiene que ir a ayudar de nuevo y me invita a hacer un turno con ella y sus amigos en la barra, que se necesita gente. Le pregunto por su madre, la cual se cayó unos meses atrás y sabía que desde entonces Ana se había trasladado a su casa para cuidarla y estar cerca. Me dice que termina la cerveza y que la recogerá para llevarla a comer, que la ha dejado en una plaza sentada con sus amigas de toda la vida. “Estoy molida” me dice en varias ocasiones durante la conversación. De pronto saca una cajita de una bolsa diminuta de la farmacia. Son pastillas de cafeína. “Si no, no aguanto tía” me dice.

Nota de diario de campo. Julio 2017.

⁸³ Txosna es el nombre en vasco de las tabernas callejeras que los movimientos sociales y culturales ponen en las fiestas patronales para recaudar dinero.

“Estar molida”, “estar agotada”, “estar muerta” fueron expresiones recurrentemente manifestadas por mis interlocutores/as precarizados, que expresan la dimensión corporal que toma la austeridad y la precariedad prolongada en el día a día. Con ello no solo destacan la sobrecarga de trabajo y la explotación de los cuerpos, tanto como resultado de las políticas de austeridad y precariedad como consecuencia de los esfuerzos desplegados para resistir a dichas políticas, sino también la ansiedad emocional y el estrés que genera la vulnerabilidad de saber que son ellos los que “cargan” con el bienestar y las esperanzas de un futuro mejor para sus familias (Sarkis y Matos, 2020).

En efecto, esta sobrecarga de trabajo y responsabilidad se materializa en los cuerpos agotados, adoloridos, ansiosos y estresados de las personas de clase trabajadora. Dolores de espalda, brazos lesionados, bronquitis crónicas, insomnios, depresiones y estrés son la otra cara de la resistencia y del aguante a las políticas de ajuste y la precariedad prolongada. Durante el trabajo de campo pude observar, de primera mano, cómo muchos de mis interlocutores/as enfermaban directamente por la intensificación de estos esfuerzos y, aunque muchas veces era relativamente evidente que sus lesiones estaban vinculadas a las condiciones de trabajo de sus empleos formales (condiciones ambientales, cargas pesadas, movimientos repetitivos), no obtenían atención y reconocimiento médico. Como cuando Ana, en la primavera de 2018, después de semanas de aguantar una tos constante debido a que decía no poder parar de trabajar para afrontar no solo su trabajo si no también el trabajo extra a la que ya se había comprometido (la disponibilidad obligatoria que señalaba anteriormente), decidió por fin asumir los límites de su cuerpo e ir al médico, con la esperanza de que tal vez le daría unos días de baja. Sin embargo, Ana volvió a casa cabizbaja, señalando que el médico apenas levantó la vista del ordenador para atenderla y agregó resignada: “nada, unas pastillas, inhalador y venga a trabajar”. Los siguientes días, Ana aguantó y sacó los trabajos adelante, a pesar del cuerpo enfermo y a pesar del agotamiento. “Es un agotamiento mental y emocional. Necesito quitármelo de encima”, insistió varias veces esos días, enfatizando la carga sobre su espalda al buscar cuadrar, como fuera, horarios entre unos trabajos y otros. Y lo hizo, pero a costa de su salud e integridad física.

“Aguantar” como valor o ética de la clase trabajadora apareció en muchos de los testimonios. Aguantar a que vengan tiempos mejores, aguantar a que los dolores desaparezcan, aguantar a que pase el invierno y no haya goteras, aguantar hasta encontrar un trabajo para poder ir al médico y así recibir la baja. Aguantar, aguantar, aguantar. Sin embargo, a pesar del valor que le dan a esta capacidad de “aguantar”, algunas personas también manifestaron el “miedo a derrumbarse”, a no ser capaces de resistir mucho más tiempo las condiciones de sobrecarga actuales. Ese era, por ejemplo, uno de los mayores miedos de Alba:

Mi madre es muy fuerte, pero esa fuerza puede desaparecer un día, pero no sabemos hasta cuándo. Eso es lo que yo me pregunto siempre. ¿Hasta cuándo? Porque ella también tiene momentos de bajón (Alba).

Alba, a sus 25 años, se preguntaba hasta cuándo podría cargar su madre, Almudena, todo el peso de la familia. Desde que el padre de Alba entró en depresión a raíz del desempleo, Almudena estaba cargando con lo inimaginable para sacar a su familia adelante. Trabajaba de día en actividades económicas que pensaba había dejado atrás (dependienta, cuidadora, etc.), se autoempleaba a las noches, limpiaba casas los fines de semana, intensificaba el trabajo no remunerado del hogar y de cuidados para, como dicen los economistas, “suavizar el consumo”, y gestionaba la tensión creciente del hogar, haciendo malabarismos con familias, compañeros de trabajo o amigos para acceder a recursos. Sin mencionar, la energía para lidiar con un marido en depresión y un hogar con una tensión creciente.

A pesar de todos los malabarismos y el ingenio demostrado por los hogares precarizados para resistir a las políticas de austeridad, mis observaciones siguieron que la capacidad económica de los hogares se está reduciendo. Ni los trabajos informales, ni el aumento de los trabajos remunerados y no remunerados, ni el acceso a círculos sociales de aprovisionamiento, ni los ingeniosos mercados de dinero permiten superar las medidas de ajuste estructural. Así lo evidencia el trabajo de campo y los casos analizados en este capítulo.

Ana, por su parte, observaba cada vez un mercado laboral con menos oportunidades, y con el avance de la edad, las preguntas de cómo se las arreglará en la vejez eran cada vez más frecuentes. Las prácticas de subsistencia empleadas hasta ahora (mecanismos de generación de ingresos extra o patrones de consumo austeros como no ir casi nunca a la peluquería, reciclar ropa, etc.) le estaban resultando insuficientes para mantener las condiciones de vida. “Así están de desnutridas las pobres, tía”. Ana se refería a las huchas que tenían forma de vaca, “Ese dinero es para viajar. Pero es mentira. Últimamente ha sido para el frigorífico, para la lavadora, para... es la primera vez en mi vida que me pasa. Que vacío la hucha para otras cosas que no son.”

Mientras tanto, a Eli no le queda otra que recurrir al endeudamiento de su círculo familiar para poder asegurar su bienestar y el de sus hijos, intensificando las transferencias intergeneracionales e intrafamiliares que la hacen cada vez más dependiente, lo que, además de ponerle en una situación vulnerable económicamente, tiene efectos también en su autopercepción (autoestima, respeto propio) y en su reconocimiento social como persona adulta.

De esta forma, a pesar de sus ocurrentes prácticas de subsistencia, los hogares reconocen dificultades crecientes para mantener algunas dimensiones del bienestar, pos-

tergando consumos presentes y planes a futuro. Mis interlocutores/as extrañaban los tiempos en los que la vida y el futuro parecía más fácil, como Ana, que recordaba los tiempos en los que viajar, conocer nuevos países y vivir nuevas experiencias no requería tanto esfuerzo.

Además, y a pesar del orgullo de clase que sienten por su capacidad de aguantar, mis interlocutores/as también dan testimonio de vivencias de humillación y devaluación generadas por la precariedad y austeridad prolongada. Ya sea por trabajar en peores condiciones, volver a actividades económicas que se habían pensado dejado atrás, la degradación de derechos o la dependencia familiar y de servicios sociales (prestaciones, bancos de alimentos etc.), se están generando sentimientos profundos de humillación entre varios vecinos/as precarizados/as que conocí. Eli, por ejemplo, varias veces utilizó la metáfora “vivir de rodillas”, refiriéndose al sentimiento que le producía la continua vigilancia institucional y social que padecía como perceptora.

En definitiva, la capacidad de supervivencia de los hogares con escasos e inciertos recursos no es inagotable. Como ya han alertado autores como Mercedes González de la Rocha (2001: 235) para otros contextos como el mexicano, que llevan desde los ochenta enfrentado las políticas de ajuste estructural, destacar las estrategias de subsistencia al punto de no ver los límites es erróneo además de peligroso, ya que nos lleva a la idea de que las clases populares pueden sobrevivir en cualquier circunstancia, y en particular puede llevarnos a negar la importancia de la erosión del empleo digno y las políticas de bienestar en una sociedad como la nuestra. Mientras tanto, el ajuste final está siendo enfrentado por los hogares, y las tensiones y los conflictos generados por las luchas por mantener los niveles de bienestar están quedando invisibilizadas y absorbidas por estas.

El aumento de la tensión y la violencia en los hogares también fue puesto de manifiesto por mis interlocutores/as, quienes señalaban en algunos casos ambientes insostenibles en casa. Entre otros factores, resaltaron las tensiones generadas por los cambios de roles de género y generación (hijos o mujeres como cabezas de familia, abuelos como sustentadores de hogares de hijos adultos, etc.), así como las tensiones de los roces generados por las rupturas en las expectativas de vida y las responsabilidades. Sin una perspectiva colectiva que saque el conflicto de las casas y lo convierta en un horizonte común de transformación social, el poder de los hogares para apañárselas y tirar adelante se derrumba en cuerpos no solo física y emocionalmente agotados, sino también moralmente humillados.

Como apuntan Diana Sarkis y Patricia Matos (2020: 583) las formas individualizadas de responsabilidad y lucha tienen dificultades para construir una política de esperanza, a través de las generaciones, que no sea la reproducción de formas volátiles y precarias de afrontamiento, sostenidas por la transferencia continua de trabajo y recursos (del trabajo pasado) de las generaciones mayores a las más jóvenes.

5. A modo de conclusión

En este capítulo se ha abordado el proceso de re-hogarización de la responsabilidad de la reproducción social, resultado de las políticas de ajuste estructural, considerando que, lejos de ser un mero efecto colateral de la crisis, constituye un aspecto central de la acumulación por desposesión actual (Ezquerria, 2012).

Para ello, se han abordado las ingeniosas prácticas que los hogares inventan y llevan a cabo para detener, no solo, las medidas de devaluación interna, sino también las de “devaluación de las necesidades humanas”, que están en el núcleo de las políticas de austeridad (Matos, 2020), con el fin de proteger sus sentidos de dignidad, bienestar y de un futuro mejor. Apoyados en dos casos de hogares con ingresos bajos e irregulares, se ha sustentado que, sin tener y poder anticipar en principio los medios materiales suficientes, consiguen amortiguar en parte las políticas de austeridad recurriendo a esferas y relaciones informales y no mercantilizadas y a prácticas sociales y morales. Estas otras esferas, flujos, prácticas sociales, culturales y morales que se han narrado son centrales y no deben entenderse como esferas fuera de la economía, sino más bien como una muestra de cómo las cuestiones sociales, culturales, emocionales y políticas están en la ecuación económica. Es más, como señala Magdalena Villarreal (2020: 10), estas cuestiones son en última instancia las que hacen funcionar a la economía. Ahora bien, en nuestro contexto tenemos que observar de cerca las implicaciones que tiene el acceso a los recursos en base a posicionamientos sociales, más que en derechos.

La observación de estas formas de sacar la vida adelante nos ha permitido cuestionar, por lo menos, dos categorías normativas y moralizantes que se aplican a las finanzas o las economías domésticas. La primera remite a lo que definimos como hogar y a lo que se presupone que allí sucede, o bien, a cómo actúan sus miembros. Es decir, por un lado y como se ha mostrado en este capítulo, el hogar como unidad económica o presupuestaria se esparce más allá de su sentido del censo o de lo que pueden capturar cuatro paredes, y en su lugar se muestran redes, responsabilidades compartidas y obligaciones de cuidado que nos remiten a unidades diarias más lábiles de los hogares prácticos, y que establecen formas de sostenimiento de la vida orientadas a largo plazo.

El equilibrio financiero de estos hogares solo se puede entender en base a estas redes, es más, y como se analizará en el siguiente capítulo, si los hogares precarizados consiguen hacer frente a las políticas de ajuste y mantener sus condiciones de vida es gracias a las transferencias continuas de trabajo y de recursos (del trabajo pasado) de las generaciones mayores a las más jóvenes. Por otro lado, el hogar muestra formas diferenciadas de acceso y distribución de recursos, en función de obligaciones morales mediadas por el género y el parentesco. La mayoría de los hogares demuestran que no

tienen en cuenta sus recursos y gastos de forma indiferenciada, si no que distinguen usos sociales del dinero.

La segunda categoría es la unidad temporal de las cuentas domésticas. Mediante los casos presentados se ha querido mostrar que la erosión del trabajo estable conlleva a que la irregularidad e inseguridad de los ingresos sea una realidad común para gran parte de los hogares de clases trabajadoras. En ese sentido, se ha argumentado que la consideración de no saber con qué ingresos se contará a medio plazo entra de lleno en los cálculos y la planificación económica de estos hogares. De ahí que estos hayan desarrollado prácticas que buscan reducir estas contingencias, tratando de obtener el control sobre todo lo que no es inmediato, aislando el acceso al dinero de formas varias, asignándole usos predefinidos, o solidificándolo, entre otras. De esta forma, a pesar de que sus recursos materiales parecen indicar que a duras penas consiguen vivir al día, se observa que el equilibrio financiero solo lo pueden conseguir, en todo caso, mediante el juego de varios meses.

Ambos cuestionamientos tienen una importancia añadida en estos tiempos de austeridad, debido a que algunas prestaciones sociales como el RGI han reforzado ambos supuestos normativos seguidos de efectos económicos, haciendo que éstos tengan más posibilidades de ser sancionados y, además, juzgados como incompetentes, irresponsables o defraudadores. La inadecuación de las categorías administrativas expone así a los hogares de clases trabajadoras a una especie de “doble penalización económica”, al hacerles pagar el doble por sus difíciles condiciones de vida socioeconómicas (Perrin Heredia, 2010: 88-89; 2014: 34). Más allá de apuntar la tendencia política restrictiva que desplaza estas prestaciones hacia el campo del merecimiento, cabe preguntarse también si dichas políticas consiguen proteger a quien dicen y pretenden proteger. Como señala Florence Weber (2011: 5), criticar el método de cálculo que se aplica a los hogares no es criticar cualquier cálculo, ni siquiera la posibilidad de un cálculo, es lanzarse al campo abierto con herramientas conceptuales imperfectas. Por lo tanto, cabe, por lo menos, intentar adaptar las categorías administrativas a las condiciones económicas y sociales de existencia de los hogares precarizados, sin estigmatizar las normas sociales y morales por las que se guían las prácticas económicas.

Mientras tanto, en el día a día, las clases trabajadoras precarizadas demuestran manejar lo inmanejable para sacar su vida adelante y defender sus sentidos de dignidad, negándose a aceptar la “devaluación de las necesidades humanas” en el núcleo de las políticas de austeridad. Y aunque sea a costa de la sobreexplotación, la sobrecarga de responsabilidades, el endeudamiento y la dependencia, las clases precarizadas se resisten a aceptar los imperativos de la austeridad. En ese sentido, aunque se entiende que la re-hogarización de la responsabilidad de la reproducción social es un imperativo de las políticas de austeridad, son también la forma en que las clases trabajadoras se resisten

parcialmente a ellas. Mis interlocutores/as precarizados/as, aunque puedan reproducir ideas de la crisis como fracaso moral, también impugnan en la práctica y en sus argumentaciones los dictados de la austeridad de que “hay que vivir con menos”, defendiendo nociones amplias del bienestar en base a obligaciones y argumentaciones morales. En la defensa de su derecho al acceso a los recursos, las argumentaciones pusieron en duda la división legal-ilegal a favor de legítimo-ilegítimo, al tiempo que formularon argumentos que amplían sentidos de dignidad y derecho.

Sin embargo, el incremento de los malabarismos y los esfuerzos para contrarrestar las políticas de austeridad se materializan en el día a día en los cuerpos agotados, adoloridos, ansiosos y estresados. Aunque se sientan orgullosos de la capacidad de la clase trabajadora de “aguantar”, ni siquiera así consiguen en muchos casos superar las políticas de austeridad. Las limitaciones de las clases trabajadoras para enfrentar las políticas de austeridad y ajuste son visibles. De esta forma, si las políticas de austeridad siguen apretando a los hogares, ya sea mediante la precarización del mercado laboral, los recortes en bienestar o la degradación continuada de derechos, la crisis de reproducción social que enfrentan estos hogares será cada vez menos excepcional y más generalizable será lo aquí expuesto.

– Capitulo 5 –

LA ECONOMÍA MORAL DOMÉSTICA DE LA PRECARIEDAD: OPORTUNIDADES, OBLIGACIONES Y EXPECTATIVAS CAMBIANTES

1. Introducción: la nueva economía moral doméstica de la precariedad

El contexto de crisis económica y austeridad ha dejado al descubierto, como hemos visto en el capítulo anterior, la transferencia continua de trabajo y recursos de las generaciones mayores a las más jóvenes, en su intento de paliar la degradación de las condiciones de vida. En esa línea, en un artículo publicado recientemente, Susana Narotzky y Antonio María Pusceddu (2020) basándose en el concepto de “economía moral doméstica”⁸⁴ de Chris Gregory (2009), describen la emergencia de una “economía moral doméstica de la precariedad”, que ya había comenzado en los años noventa pero que toma especial importancia en el actual contexto de crisis económica e institucional en Europa. Los autores buscan, con ello, captar la reconfiguración de prácticas y comprensiones de las interdependencias generacionales que han roto con el anterior modelo industrial de ciclos vitales y domésticos, que en el pasado distribuían las obligaciones entre las redes de parentesco y los miembros de los hogares en función de sus capacidades durante los años de la edad adulta activa.

De este modo, en la actualidad se observa un desplazamiento temporal hacia atrás en la responsabilidad de la subsistencia, así como en el mantenimiento de las aspiraciones colectivas y estándares de bienestar forjadas durante los años dorados del capitalismo.

En el presente capítulo abordaré a detalle cómo las rupturas del campo económico y social han ido reconfigurando los sentidos comunes sobre las interdependencias gene-

⁸⁴ Con el concepto de “economía moral doméstica”, Chris Gregory (2009 en Narotzky y Pusceddu 2020: 457-458) busca ampliar el concepto de “aprovisionamiento doméstico” como un proceso general a caballo entre la división del mercado y la del no mercado y vinculado a diversas dimensiones de valor. Es decir, propone pensar el aprovisionamiento doméstico y la economía moral como dimensiones articuladas.

racionales a escala doméstica, al tiempo que me pregunto cómo se articula ello con las condiciones de ajuste estructural. A través de la narración de tensiones y conflictos, busco mostrar el complicado y violento terreno de la reproducción social contemporánea, y poner en cuestión la viabilidad de esta nueva “economía moral doméstica de la precariedad” a largo plazo.

2. La ruptura generacional de las condiciones de reproducción social

Eran primeros de junio de 2017 cuando acudí a una charla organizada por el sindicato LAB junto a una organización juvenil y otra estudiantil, en el barrio de Gaztaño, la cual era dirigida a socializar entre los jóvenes las herramientas sindicales y de acción directa al alcance en las clases trabajadoras. En el local de la asociación de vecinos del barrio, había unas quince personas, cinco del sindicato que tendrían alrededor de los cuarenta años, y el resto jóvenes, en su mayoría chicas que, diría, no sobrepasaban los veinticinco años. La charla comenzó apelando al conocido eslogan “*There is not alternative*”, atribuido a Margaret Thatcher, el cual se utiliza para indicar que el libre mercado, o la mundialización, son un destino inevitable, para, acto seguido, argumentar que la juventud vasca se había resignado a este imperativo, señalando lo mucho que les sorprendía a las sindicalistas presentes que los jóvenes recurrieran con tanta frecuencia a la expresión “es lo que hay”.

La charla quiso centrarse en mostrar a los/las jóvenes los instrumentos, tanto legales como las formas de acción directa, por los que se estaban consiguiendo mejoras en las condiciones laborales. De este modo, después de explicar que la reforma laboral del 2012 había significado un retroceso en el equilibrio de fuerzas entre la patronal y los sindicatos, se dispusieron a explicar el marco regulador del sistema de negociación, así como los derechos que se garantizan mediante el Estatuto de los Trabajadores y la Ley de Libertad Sindical. Entonces hicieron un repaso a los distintos tipos de convenios o ámbitos de negociación, al funcionamiento de las elecciones sindicales y al papel de los delegados y representantes sindicales. Acto seguido, recordaron algunas de las prácticas de acción directa llevadas a cabo en la comarca por el sindicato y los trabajadores, como los piquetes, las huelgas, los paros o las manifestaciones, que habían funcionado como presión o estrategia para escalar el conflicto, generando condiciones más favorables para los acuerdos con los empresarios. Todos los ejemplos que pusieron correspondían a acciones realizadas en las grandes empresas, desde las industriales hasta la administración pública o los hipermercados, y entre los trabajadores sindicalizados o con cierta estabilidad. Los sindicalistas aprovecharon el clima creado para terminar apuntando a la necesidad de que los trabajadores tomaran conciencia y se implicaran en la lucha sindical y laboral.

A la exposición le siguió un silencio incómodo que los sindicalistas intentaron romper preguntando en qué trabajaban los presentes. Sentados en círculo, nos dispusimos a explicar cada uno nuestras condiciones y trayectorias laborales. La mayoría, declararon, trabajaban de manera informal en pequeños negocios de hostelería y comercio. Había alguna con contrato de prácticas en una oficina y otro que recién se le había terminado el contrato en una fábrica de dimensiones medias. Absolutamente todos estaban subempleados en jornadas parciales o por horas, eran eventuales, con contratos o sin estos, y su permanencia laboral más duradera había sido de unos pocos meses. Por supuesto, a pesar de estar trabajando, la gran mayoría vivía en la casa familiar y dependía de los recursos familiares.

Enseguida, los pocos que se prestaron al debate rechazaron ser tildados de conformistas o resignados, y apuntaron al hecho de que el marco de oportunidades, y por ende sus capacidades de lucha, no correspondían a lo explicado minutos atrás por los sindicalistas. En gran parte porque ni siquiera existían los instrumentos de lucha que habían mencionado: en sus trabajos no tenían elecciones sindicales, ni delegados o comités, ni convenios de empresa⁸⁵. Es más, uno de ellos, después de mirar detenidamente al resto de los compañeros y poner encima de la mesa que ninguno de los jóvenes de la charla estaba sindicalizado, ni pretendía estarlo a medio plazo, cuestionó la utilidad de los sindicatos para los jóvenes que solo conocían un mercado laboral fragmentado, flexible y precario. En su lugar, abogó por las redes de autodefensa laboral, organizaciones, según él, más combativas y preocupadas por la mejora de las condiciones de los trabajadores eventuales o subcontratados, o, en general, de aquellos que están en sectores como los servicios o en empresas pequeñas donde no llegaban siquiera los sindicatos. Los sindicatos respondieron que los sindicatos seguían siendo útiles para también esos contextos, aunque había que trabajar en ello. Después de esto, la charla se estancó, ni los jóvenes vieron qué utilidad encontrarle a los sindicatos en sus contextos laborales, ni los sindicalistas supieron qué ofrecer.

La ruptura de las condiciones o herramientas para la reproducción social que aquel día se manifestó claramente a nivel generacional, volvió a expresarse en varias ocasiones durante el trabajo de campo, tanto a escala familiar como social más amplia. Para la generación criada en los años cincuenta y sesenta, la falta de oportunidades similares para sus hijos alimenta sentimientos ambivalentes. Por un lado, reconocen las dificultades actuales

⁸⁵ La Ley Orgánica de Libertad Sindical de 1985 acota el derecho a la representación sindical y la posibilidad de establecer la negociación en el ámbito de la empresa a trabajadores que están en empresas con un alto número de empleados, lo cual es poco habitual en el entramado empresarial del País Vasco. En consecuencia, el vasto de los trabajadores no pueden ejercer estos derechos. La falta de recursos de sindicatos para convocar elecciones en empresas pequeñas reduce todavía más el derecho a convocar elecciones sindicales.

para ganarse la vida debido a los bajos salarios, el desempleo, la inestabilidad o la temporalidad. Por el otro, se quejan de la falta de ética del trabajo y espíritu del sacrificio entre los más jóvenes, cualidades que en su opinión les permitieron a ellos, no solo sustentar sus propios logros sino también superar las adversidades y crisis pasadas. Como resultado, las relaciones entre generaciones se encuentran marcadas por una mezcla de recelo, desilusión y preocupación, que crea tensiones y malestares en el día a día y que solo son mitigados por el sentido de responsabilidad parental.

Para abordar las transformaciones económicas y políticas que han reconfigurado el marco de las obligaciones morales, y las condiciones de reproducción social propias de la sociedad industrial, me basaré principalmente en las experiencias vividas por una familia industrial de Errenteria, los Olaizola, compuesta por Anabel y Juan Antonio, –padres de Martín– ambos obreros del metal en las antiguas fábricas. Brevemente los compararé con la experiencia de la familia Etxeberria, compuesta por Carmen e Iñaki, dependiente y mecánico, –padres de Iker y Maite–, para observar las distintas derivas que han tomado las familias con las grandes transformaciones que han atravesado la ciudad. Sus trayectorias de vida y reflexiones nos muestran las principales rupturas de las condiciones de reproducción social en Errenteria, y las transformaciones morales que esta ha generado, sobre todo a nivel generacional.

Hoy prejubilada y con 65 años, Anabel observa de cerca el marco político y económico al que se enfrentaban muchos jóvenes adultos. Cuando la conocí hacía trabajo voluntario dos días a la semana en un sindicato, atendiendo a personas que llegaban del sector de los servicios para después darles paso con los abogados. Anabel destacaba la frustración de las personas que pasaban por su mesa, generado por empleos que no dan suficientes ingresos para poder sacar su vida y la de los suyos adelante de forma autónoma:

La frustración es impresionante. Porque con 800 euros no puedes. Y por lo menos tienes una protección. Tienes la protección de los padres. Antes no era así. Antes la protección de los padres era en lo mínimo, entonces las perspectivas no las bajas (Anabel).

Anabel percibía una generación dependiente que difícilmente puede mantenerse a sí misma y a sus familias, y que no puede luchar por sus derechos por temor a perder sus empleos precarios. Ella los comprendía en cierta manera. Anabel era parte de la generación que vivió en los ochenta el drama de la reconversión industrial, por lo que también sabe lo que es que los medios de vida, las aspiraciones, los ciclos de vida, y las interdependencias familiares se pongan patas arriba. Ella y su marido consiguieron salir adelante, pero Anabel sigue teniendo muy presentes las penurias de las familias que perdieron el salario del cual dependían, de la gente jubilada forzosamente, del alcoholismo y de la

violencia en las casas, de la precarización que acompañó a la desindustrialización, de la entrada de la heroína a las calles y de la muerte de una generación que tenía alrededor de los cuarenta años.

Ella era parte de una generación de jóvenes trabajadores industriales que experimentaron el crecimiento, la estabilidad y la prosperidad económica del *boom industrial* de los sesenta articulado con el contexto de crecimiento económico europeo. Una coyuntura de largo plazo donde el trabajo industrial estable para los varones era el elemento central que pivotaba el camino hacia la autonomía y condicionaba los ciclos de vida y domésticos con fuertes marcas de género, siendo los hombres, generalmente, los principales proveedores de ingresos, y las mujeres las proveedoras de cuidados, trabajaran o no fuera de casa. Las transferencias, obligaciones y expectativas entre las generaciones también venían condicionadas por el acceso al trabajo industrial estable. A grandes rasgos, los jóvenes dejaban todo o parte de su salario en casa como contribución al hogar familiar, hasta que decidían salir y formar sus propias familias. Entonces, los jóvenes se establecían de forma autónoma a sus padres e, incluso, con el tiempo, podían llegar a transformar parte de sus ingresos en propiedad de vivienda, todo gracias a los ingresos relativamente decentes y al derecho a una pensión contributiva después de la jubilación. De hecho, el principal punto de inflexión del ciclo de vida de esta generación era cuando alcanzaban la autonomía respecto a la generación anterior, algo que los convertía automáticamente en personas adultas. Mientras tanto, los padres podían confiar en pasar la vejez con la pensión de la jubilación, mientras esperaban que, cuando llegara el momento, sus hijas o nueras adultas se ocuparan de sus cuidados.

Este fue el modelo que rigió la vida de la generación que se crio durante los cincuenta y sesenta, entre ellos, también el de Anabel y su esposo, hasta que la reconversión industrial rompió la autonomía lograda mediante el trabajo industrial, y tuvieron que reconfigurar las prácticas y los sentidos de las interdependencias generacionales para tirar adelante. La reconversión también alteró la comprensión de un proyecto de vida que, durante tres décadas, se entendió de modo lineal y ascendente.

Ella tenía apenas 20 años cuando en los sesenta entró a trabajar a Niessen, una de las antiguas fábricas familiares de la ciudad dedicada a la fabricación de piezas de material eléctrico. Hija de un obrero errenteriano de la antigua Fábrica de Lino, Anabel entró a trabajar a la fábrica Niessen nada más solicitarlo, debido al contexto de pleno empleo y a las relaciones de confianza y cercanía con los gerentes y jefes de personal de las fábricas:

Yo tenía idealizado el movimiento de las fábricas porque, claro, mi padre y los de mi casa era obreros. Entonces fui a las fábricas y solía enviar las cartas pidiendo trabajo. Y me llamaron de un día para otro de Niessen. Porque coincidió que el que era jefe de personal entonces, pues claro, los de Errenteria nos conocemos todos, de familia

y así, y me llamaron enseguida. “Pero ¿cómo no me has dicho que estabas buscando trabajo aquí?”. En aquellos años estaban cogiendo a trabajadores en todas las fábricas y pues inmediatamente. “Empieza cuando quieras”. Y así, nada más. Listo. Solo pedían certificado de estudios primarios y listo, no pedían más (Anabel).

Anabel entró a trabajar a la cadena de producción montando enchufes, una tarea solo realizada por mujeres y la cual consideraban era más fácil y menos pesada que las tareas que hacían los hombres, por lo que también eran peor pagadas y tenían pocas o nulas oportunidades educativas (programas de aprendizaje) y de promoción interna. Al de pocos meses de entrar a la fábrica Anabel se casó con Juan Antonio, un joven obrero de las antiguas Fundiciones Victorio Luzuriaga que trabajaba en la planta de Pasaia. De este modo, para ella, que hasta entonces entregaba todo su salario en casa, generalmente a diferencia de los hombres que entregaban a su madre solo parte del salario –y guardaban otra parte como ahorros para su futuro hogar o para *dinero de bolsillo*–, casarse significó una forma de desvincularse de las responsabilidades con la casa de origen y comenzar una vida de forma separada⁸⁶, hipotecándose para obtener una vivienda en el barrio de Galtzaraborda, un barrio construido a toda velocidad en los sesenta. Los Olaizola disfrutaron desde el principio de estabilidad, sobre todo porque Juan Antonio trabajaba en la metalurgia, uno de los sectores protegidos por el franquismo.

Para los últimos años de los setenta ya había parido a los dos hijos que tendría. Anabel echa la vista atrás y remarca lo agotador que fue criarlos y trabajar en la fábrica al mismo tiempo, en contra del modelo de mujer ama de casa que alentaba el régimen franquista: “Las que nos quedábamos (de entre las casadas) era por ideología o por necesidad. Y luego las que se les llamaban solteras”, comenta. El carácter de complementariedad de la fuerza de trabajo femenina hacía que ellas siguieran ocupándose, en mayor medida, de las responsabilidades de cuidados. Esto, junto con la falta de un sistema de provisión social adecuada, hacía que, para estas mujeres, fuera algo realmente agotador el conciliar su responsabilidad de cuidados con otras dimensiones de la vida. De ahí que Anabel y otras muchas mujeres trabajadoras no lograron desvincularse del todo de la familia de origen, y se apoyaron en sus madres, suegras o hermanas para poder llevar a cabo el cuidado de sus hijos.

Todas estas carencias y dificultades impuestas por el régimen franquista limitaban el modelo fordista de autonomía, tal y como se estaba dando en otros Estados europeos, sin embargo, gracias a las presiones del movimiento obrero se fueron consiguiendo au-

⁸⁶ Durante el trabajo de campo, me llamó la atención que varias mujeres criticaron expresamente la economía moral en la que ellas fueron criadas, apuntando la falta de autonomía que para las mujeres implicaba permanecer en casa y tener que dejar todo el salario a sus madres, y cómo casarse fue una de las pocas opciones que encontraban para romper con esas obligaciones con la casa de origen.

mentos salariales en los setenta. Juan Antonio y Anabel fueron notando que su economía era cada vez más holgada, él iba ascendiendo en la fábrica y su sueldo fue mejorando considerablemente. De este modo pudieron pagar la hipoteca de la vivienda en menos de diez años. Empezaron también los primeros viajes, e incluso pudieron dejar de apoyarse en la madre de Juan Antonio y pagar a una vecina para que le ayudara con los críos. Además, con la llegada de la democracia se empezaron a desarrollar las estructuras del sistema de bienestar y los ciudadanos adquirieron derechos negados por la dictadura, lo que alivió también la economía de los hogares. Anabel recuerda, por ejemplo, el sosiego que supuso tener derecho a la reducción de jornada o poder valerse de guarderías públicas con su segundo hijo.

En definitiva, esta generación experimentó una vida llena de logros laborales, sociales y políticos que le dio una comprensión lineal y ascendente de los proyectos de vida, por lo menos hasta los ochenta, cuando los primeros gobiernos elegidos comenzaron a reestructurar todas las industrias estatales, supuestamente para preparar al país para su adhesión en la Comunidad Económica Europea, y ante el “desafío de la competitividad” del mercado libre. Si ya desde la crisis de la industria, en los sesenta, las antiguas fábricas textiles de la ciudad, las cuales tenían un alto empleo femenino, se estaban ahogando, ahora le llegaba el turno a algunas de las industrias estratégicas que sustentaban la estabilidad masculina, como la siderurgia integral, aceros especiales, construcciones mecánicas, construcción naval o astilleros, o la industria pesquera, sectores que además estaban altamente sindicalizados y organizados.

Aunque los trabajadores intentaron, por todos los medios, conservar sus puestos de trabajo, finalmente sucumbieron a las prejubilaciones, indemnizaciones y prestaciones de desempleo que llegaban de los cuantiosos fondos europeos. Anabel y Juan Antonio fueron una de las tantas familias jóvenes que se vieron afectadas por los planes de reconversión industrial. Fundiciones Luzuriaga, donde trabajaba Juan Antonio, aprobó una reestructuración donde se perderían alrededor de 1.000 empleos. Mientras a los compañeros de más edad los prejubilaban forzosamente, él se vio afectado por varios Expedientes de Regulación Temporal de Empleo, por lo cual le redujeron la jornada y le mandaron a casa sin trabajo, pero siempre asistido por subsidios. Finalmente, en los noventa, ante la falta de perspectiva sobre la viabilidad de la planta, Juan Antonio dejó de luchar por conservar su puesto y se agarró a una indemnización, no sin antes haber encontrado un nuevo trabajo en un pequeño taller. Poco después se cerró la planta de Pasaia.

Anabel recuerda con dureza los años de la reconversión. Mientras su marido recibía prestaciones por desempleo ella acudía a la fábrica sin sueldo y sin trabajo, y sin la atención especial de los sindicatos y las administraciones públicas, bajo la esperanza de que con la presencia diaria en la fábrica, aunque fuera para estar con los brazos cruzados,

asegurarían su puesto de trabajo. A pesar de que la empresa en la que trabajaba no fue incluida en ningún plan de reconversión, la crisis industrial y la fiebre de vender fábricas de la época hicieron que temiera por su trabajo. Ella resistió en su puesto mientras se iba reduciendo la plantilla drásticamente, aceptando congelaciones de salario y aumentos de la productividad por años, de todos modos, señala, tampoco había alternativas de trabajo digno fuera del sector industrial. De hecho, las mujeres obreras que perdieron sus empleos industriales rebuscaron a la desesperada trabajo en el sector doméstico y en el de servicios, o tomaron trabajos a domicilio –costura, cuidados, etc.–, para los cuales tuvieron que reactualizar conocimientos tradicionales de género transmitidos en el seno del hogar. En su mayoría eran trabajos con salarios femeninos e inestables, ocupaciones no cualificadas que no dotaban de prestigio social. Así me explicó Anabel sus razones para aguantar:

Tenía dudas de si la empresa saldría adelante, pero luego me decía “que sea lo que Dios quiera” y me quedé. En ese momento todos pensábamos “¿esto saldrá adelante?” Pero bueno, ya no estábamos muy atados con la casa y dijimos “a ver qué pasa”. Porque si no la alternativa era cuidar niños o trabajar en alguna casa porque todas las fábricas se estaban cerrando, entonces pues no veía dejar la empresa (Anabel).

Afortunadamente ella y Juan Antonio consiguieron conservar sus trabajos industriales. Además, el joven matrimonio ya contaba con ahorros. De este modo, a pesar de los años duros de la reconversión, los Olaizola pudieron tirar adelante. Además, Juan Antonio siempre estuvo asistido por las prestaciones por desempleo y las ayudas de los planes de reconversión. Una vez que abandonó la fábrica también recibió una cuantiosa indemnización.

Sin embargo, para muchos otros hogares, los noventa fueron años durísimos en los que tuvieron que reajustar sus finanzas, sus pautas de trabajo y las obligaciones morales intergeneracionales, mientras la ciudad se engullía en una larga crisis. Ese fue el caso de la familia Etxeberria Martínez. Iñaki, mecánico, y Carmen, dependiente de unos grandes almacenes, se casaron a principios de los ochenta, con apenas veinte años. Aunque el sueldo de ella siempre fue bastante limitado, comparado con el de él, el matrimonio experimentó incluso en los ochenta, cuando la ciudad estaba engullida en una depresión, una sensación de prosperidad en base al crédito. En esta década el matrimonio se hipotecó para la casa, pidió un crédito para el coche o incluso apostaron por abrir un pequeño negocio en base a las perspectivas de que la situación pronto mejoraría. Sin embargo, la alegría no duró mucho. Para los noventa, el desmantelamiento de la industria había dejado una economía local terciarizada, con empleos temporales, desprotegidos y con salarios precarios. De este modo, cuando Carmen se vio abocada a cerrar su pequeña tienda de bisutería

y complementos en el contexto de crisis en los noventa, se encontró con un mercado laboral todavía más precarizado, de la cual no ha conseguido escapar desde entonces. Con dos hijos pequeños, una hipoteca de vivienda por pagar, y con el crédito del coche recién pedido, el matrimonio se vio con la soga en el cuello. Con ella en el desempleo, el salario de mecánico de él no bastaba para hacer frente a los pagos de los créditos y los gastos del día a día, por lo que, además de renegociar la deuda con el banco y aceptar, a la larga, peores condiciones, Carmen acudió a su hermana y su madre para que le ayudaran con la crianza de sus hijos, mientras aceptaba trabajos que pensaba había dejado atrás (como el empleo del hogar, de cuidados o ventas a domicilio). Las reformas laborales de los años ochenta y noventa precarizaron todavía más un sector que ya era precario históricamente, así que a partir de entonces Carmen tuvo que pluriemplearse para poder conseguir un ingreso que antes conseguía de un único empleo, al tiempo que intensificaba el trabajo del hogar para reducir costes y tensiones.

Pero no solo el sector servicios estaba precarizado, la industria que sobrevivió empezó a apoyarse, en mayor medida, en formas flexibles de contratación de empleo. Desde los noventa, apenas se generó trabajo industrial estable o lo que es lo mismo, el grueso del trabajo industrial estable quedó en manos de la generación ya empleada y altamente sindicalizada. Así pues, esto se manifestó en una dualidad por tipo de contrato muy visible a nivel generacional: los trabajadores industriales estables tenían una protección laboral y un poder negociación elevado gracias a los sindicatos y a los marcos de regulación, mientras que los jóvenes trabajadores que recién se incorporaban y apenas estaban sindicalizados lo hacían en condiciones de temporalidad y subcontratación elevadas, y con un escaso, o prácticamente nulo, poder de negociación y protección laboral (Polavieja, 2003).

A pesar de la expansión económica en la primera década de los 2000, que se visibilizó con un aumento considerable de oportunidades de empleo, la precarización del empleo dificultó a muchos, especialmente a los jóvenes, mujeres y migrantes que se concentraban en mayor medida en el sector de servicios, poder elaborar proyectos de vida con la autonomía de aquellos que disfrutaron de trabajo industrial estable. De hecho, muchos hogares se apoyaron en las facilidades de acceso al crédito para poder hacerlo, lo que terminó generando una generación joven sumamente endeudada.

Esta ruptura del marco de oportunidades se manifestó en términos generacionales, sobre todo en las familias industriales caracterizadas por salarios altos o buenas pensiones. Por ejemplo, en casa de los Olaizola, mientras Anabel y Juan Antonio disfrutaban de una gran estabilidad, e incluso se agarraban a promociones internas ascendiendo dentro de las fábricas, (lo que no quita que no estuvieran alerta y con cierta inseguridad subjetiva por el miedo a posibles malas rachas de la empresa), los hijos, que habían estudiado en

universidades privadas, empezaban a incorporarse aun así a un mercado laboral terciario, inestable y precario.

La entrada de la crisis del 2008 y las posteriores medidas de ajuste estructural, que dejaron un paisaje económico y político caracterizado por el desempleo, la precariedad, los recortes públicos y el cierre del acceso a los créditos bancarios, condujeron al fortalecimiento de las transferencias intrafamiliares de trabajo y recursos (del trabajo pasado) como una de las pocas vías disponibles para contener la situación de crisis y mantener vivas las expectativas de los ciclos de vida. Las familias de antiguos obreros, caracterizadas por tener salarios o pensiones relativamente altas, con vivienda en propiedad, ahorros, y muchos de ellos prejubilados a temprana edad, pudieron apoyar a sus hijos sin demasiados problemas, tanto con recursos monetarios como con trabajos de cuidados, entre otros.

Así fue también para los Olaizola. Como ellos, buena parte de los últimos trabajadores industriales estables que resistieron a los planes de reconversión de los ochenta y noventa, terminaron siendo prejubilados en el contexto de la crisis del 2008. A Anabel le ofrecieron la prejubilación en el 2010 con 57 años, mientras que su esposo se jubiló poco antes con alrededor de 62 años. Al matrimonio se le disminuyó la pensión final, pero aun así les quedó una pensión alta debido a sus cotizaciones a la Seguridad Social y la Pensión Complementaria de Empresa cobrada en un único pago.

Cuando los conocí en 2018 decían estar tranquilos. Ambos hubieran continuado trabajando, pero los recuerdos dramáticos de la reconversión, me dijo Anabel, fueron decisivos para que agarraran la prejubilación. Los ahorros de toda la vida y la pensión final les permitían ahora tener una vida digna según ellos, en tanto que tenían autonomía y podían seguir ayudando a sus hijos, quienes, aunque estaban teniendo una carrera con cierto éxito, todavía tenían una gran inestabilidad. De hecho, que las pensiones fueran lo suficientemente altas para que les permitieran poder seguir apoyando a sus hijos era fundamental para ellos. Y es que, aunque estos ya eran prácticamente independientes y se las arreglaban con sus sueldos, para Anabel y Juan Antonio era importante que sus hijos pudieran alcanzar ciertos estándares de bienestar, entre estos una casa en propiedad. Es decir, Anabel entendía que las transferencias intergeneracionales eran cruciales no solo para hacer frente a la precariedad impuesta por un marco de oportunidades cada vez más salvaje, sino también para paliar en cierta forma la movilidad social descendente, ofreciendo sus propios recursos para que sus hijos pudieran aspirar a los estándares y expectativas de vida que ella y su generación aspiraron.

Sin embargo, no todas las familias de la ciudad pueden contener el marco de austeridad y crisis con base a las transferencias intergeneracionales. Para los Etxebarria, y en especial para Carmen Martínez, poder apoyar a sus hijos cuando ella batalla para llegar a fin de mes, no era sencillo. Cuando la conocí a principios del 2017, ya separada de su

marido, estaba desempleada y de baja médica, después de que se le terminara su contrato eventual como trabajadora doméstica en una empresa subcontratada del sector público. A Carmen le asignaron durante un tiempo una prestación de 600 euros, y con ello no solo debía salir ella adelante sino también ayudar en todo lo posible a sus hijos. La situación económica de su ex marido, ya pensionado, era relativamente mejor.

En definitiva, las familias Olaizola y Etxebarria nos acercan a las transformaciones en las formas de ganarse la vida que se han dado en Errenteria a raíz de la reconversión industrial. Ambos matrimonios vivieron una época en la que, aunque con notables diferencias pudieron entablar el camino hacia la autonomía y la vida adulta mediante el trabajo y el crédito. Si bien en las familias de antiguos obreros como los Olaizola las rupturas en el campo de oportunidades y las expectativas de vida se ven claramente a nivel generacional, la familia de los Etxebarria, y sobre todo Carmen, visibiliza también las dificultades que atraviesan algunos trabajadores terciarios desde por lo menos los noventa. Aun así, en ambas familias son los padres quienes toman la responsabilidad de ayudar a sus hijos a contrarrestar el marco de la crisis y la austeridad, y paliar de esta manera la crisis de las condiciones de reproducción social, dando lugar a una reconfiguración de las obligaciones morales entre las generaciones.

3. Nuevas prácticas y comprensiones de las interdependencias generacionales: entre la obligación de ayudar y el derecho a ser ayudado

La crisis del 2008 y las políticas de austeridad que le siguieron han intensificado el modelo de obligaciones de precariedad que comenzó en los años noventa, basado en la provisión de ingresos, vivienda y cuidados por parte de la generación mayor. Ahora los padres sienten la responsabilidad continua de mantener a sus hijos adultos y a sus nietos, para paliar la degradación de las condiciones de vida y mantener vivas las expectativas de los ciclos de vida. De este modo, renunciando a la separación que en el pasado se producía cuando los hijos adultos obtenían sus propios ingresos y salían de casa. Mientras tanto, los jóvenes adultos que son cada vez más dependientes de las transferencias de sus padres, al verse abocados a ingresos inciertos e insuficientes, exigen su ayuda al entender que viven en un marco más difícil, y al ver en ellos la única forma de mantener vivas sus expectativas de vida. En un sentido general, estas transferencias intergeneracionales intentan contener la crisis de las condiciones de reproducción social y la amenaza de movilidad social descendente.

3.1. La extensión de la obligación parental

“Yo en eso no tenía ni una duda. A la hija como al hijo. Ayudarles para que empezaran con una vivienda también, sin ninguna duda”, contestó Anabel cuando le pregunte si no tuvo reparos en ponerse de aval de sus hijos en un contexto marcado por embargues inmobiliarios. Anabel apeló a la confianza que sentía en sus hijos para argumentar su decisión de apoyarlos:

Yo tenía mucha confianza en ellos. Es que yo nunca puse en duda que me pudieran perjudicar, ni pensarlo. Siempre hay formas de salir de esa. Si no puedes pagar, pues lo vendes o lo alquilas, pero sí, lo solíamos comentar, sí, sí. Pero no tenía miedo a que me fueran a hacer una faena. Eso sí, lo solíamos comentar mucho, que se quedarán sin trabajo, por ejemplo, pero bueno pues lo alquilas y vuelves a casa o lo vendes de nuevo si no lo puedes pagar. No, no, yo nunca he puesto en duda que mis hijos pudieran hacerme una putada (Anabel).

No fue la única que se expresó de esta manera. El hecho de que los padres deben de apoyar a sus hijos adultos como sea, con la provisión de ingresos, vivienda y cuidados, para que puedan sobrellevar el marco de precariedad y austeridad actual, parece ya un nuevo sentido común instaurado en la generación mayor de pensionistas en Errenteria. Esta responsabilidad parental generalmente viene acompañada de un sentido de preocupación profundo y un sentimiento de lástima, al considerar que sus hijos tienen que enfrentar un marco económico más duro que el suyo. Por eso dicen sentirse obligados moralmente a apoyarlos a ellos y a sus nietos/as, poniendo los recursos necesarios para garantizar estándares de bienestar y expectativas de vida similares a los suyos. Es decir, estas transferencias intergeneracionales no solo responden momentos extraordinarios de los hijos, como es el caso de una deuda, una pérdida de ingresos inesperado, una separación o una enfermedad, sino que atiende a todo un marco económico y político caracterizado por la precariedad y la austeridad, donde se entiende que los jóvenes adultos comienzan a experimentar una movilidad social descendente. Por tanto, hablamos de una responsabilidad duradera que busca mantener vivas las expectativas de los ciclos de vida y de horizonte de bienestar forjados en las últimas generaciones. De esta forma, estas transferencias constantes son clave también para despegar proyectos vitales de los jóvenes adultos y mantener ciertas aspiraciones, como comprarse una casa, montar una empresa, emprender unos estudios o tener una familia.

En términos generales, los padres ayudan a sus hijos en la provisión de ingresos, vivienda y cuidados de los niños, pero también en otras formas de apoyo que quedan oscurecidas dentro de este concepto paraguas de cuidados, y que consisten en preparar alimentos, prestar el coche o hacer por ellos gestiones administrativas, entre otros, y

más generalmente que los padres actúen como salvavidas o un sistema de protección para los hijos.

A grandes rasgos, se da por hecho que la generación mayor tiene la capacidad de asumir esta responsabilidad debido a que con su trabajo pasado pudo acumular ahorros y adquirir una vivienda, y porque ahora tiene acceso a una pensión pública que le permite disfrutar de ingresos estables seguros y tiempo en la vejez. Es decir, la capacidad de asumir esta responsabilidad esta mediada por el mercado, a través de unos sueldos dignos, y por el Estado a través de unas pensiones dignas.

En las familias industriales que disfrutaban de pensiones altas y ahorros provenientes del trabajo pasado, el sentido común de que los padres tienen que apoyar los proyectos de vida de los hijos adultos es bastante extendido. Sin embargo, para otras familias, como la de Carmen, que hoy deben de arreglarse con sueldos o pensiones precarias, esta reconfiguración de las responsabilidades parentales se convierte en fuente de estrés. A sus 55 años, divorciada y desempleada frecuentemente buscaba la manera de apoyar a sus hijos ya treintañeros y que vivían fuera de casa, ya fuera preparando tápers de comida, o estando disponible para ayudarles en recados que ellos no podían hacer debido a sus horarios laborales. Aunque a duras penas sus ingresos daban para llegar a fin de mes, Carmen no ha dudado en prestar parte de sus pequeños ahorros⁸⁷ a sus hijos, como por ejemplo cuando prestó dinero a su hijo mayor para que emprendiera. Aun así, confiesa que le gustaría poder apoyarlos en mayor medida, algo que le genera frustración.

Sobre todo, fueron las mujeres de la generación mayor las que remarcaron el valor moral de esta forma de apoyo parental, mediante un lenguaje de afectos que se traducía en señalar lo importante que eran sus hijos y los sacrificios que estaban dispuestas a hacer por ellos.

Esta generación mayor evalúa y reconsidera sus prácticas económicas teniendo en cuenta la situación socioeconómica y las necesidades de sus hijos adultos. Por ejemplo, cuando Anabel me explicó la decisión de aceptar la prejubilación, me señaló que hicieron números y evaluaron que fuera “suficiente”. Cuando le pregunté qué significaba suficiente, ella apuntó sus obligaciones morales hacia sus hijos como criterio principal, en base a un doble argumento. Por un lado, las pensiones debían ser suficientes para, junto a los ahorros de toda la vida y la casa en propiedad, para que ellos no se convirtieran en una “carga” para sus hijos, es decir, no depender de sus hijos, o ser autónomos y autosuficientes también en la vejez cuando previsiblemente necesitaran cuidados más intensivos. Por el otro lado, las pensiones debían de ser suficientes para poder seguir apoyando a sus hijos, es decir, tener suficientes recursos para si llegara el caso poder hacerse carga también de sus hijos.

⁸⁷ Estos ahorros correspondían básicamente al dinero que recibió por venderle a su exmarido su parte de la casa cuando se divorció.

En definitiva, la generación mayor ha asumido como propia la responsabilidad de contener la precarización de las generaciones jóvenes, así como garantizarles ciertos estándares de bienestar, y lo hacen en gran parte apoyados en sus pensiones, ahorros y la casa en propiedad, todos ellos recursos provenientes del trabajo pasado. La intensificación de esta obligación, junto a las distintas capacidades de asumirla, nos permite vislumbrar el gran estrés que están aguantando las redes familiares.

3.2. El derecho de ser ayudado ante la ruptura de expectativas

En julio de 2016 Itziar volvió a la casa paterna con 35 años, después de doce de haberse salido de la casa familiar. Abandonaba su carrera de investigación en el extranjero y volvía al País Vasco, y aunque tenía ahorros, la incertidumbre de no saber ni cuándo ni donde encontraría trabajo al regresar hizo que valorara la casa paterna como la mejor opción. Su padre, que trabajaba como personal de seguridad, la acogió en casa sin fecha de salida. Itziar no duró mucho y dos meses después, cuando le ofrecieron trabajo en la educación pública a un tercio de jornada, decidió alquilarse una vivienda. Esta vez, por lo menos, podía hacer mano de sus ahorros y no pedir dinero a sus padres para la fianza, como tantas otras veces en su vida lo había hecho.

Volver a la casa familiar cuando las cosas se complicaban es una práctica recurrente entre los jóvenes adultos de Errenteria. Sus trayectorias residenciales muestran que gran parte de ellos han regresado a la casa familiar en un momento u otro. Por ejemplo, Alex, ahora un hombre de 42 años socio trabajador de una cooperativa cultural, regresó a casa familiar con 24 años, allá por el año 2000, cansado de malvivir con sus primeros empleos de becario en la universidad. “No aguanté mucho”, me dijo. Seis meses después se marchó de nuevo de casa aprovechando que unos conocidos dejaban una vivienda con un alquiler barato y se fue a compartir piso con un amigo. También Iker, el hijo de Carmen, volvió a la casa familiar, cuando en el 2012 con 28 años y más de 10 años fuera de casa, señaló que se vio obligado a retornar para poder enfrentar las deudas que tenía después de cerrar su pequeña empresa a la que fue impulsado a emprender por programas locales que utilizan fondos europeos. Para entonces, con sus padres ya divorciados, Iker decidió ir a casa de su padre pensionado, quien tenía una pensión relativamente buena, y así no dar más carga a su madre.

Ni Itziar, ni Alex, ni Iker consultaron su retorno ni les dijeron a sus padres el tiempo que se quedarían en casa. Solo lo comunicaron, simplemente volvieron dando por hecho su derecho a volver siempre que lo necesitaran. Cuando me explicaban ese retorno desproblematizaban cualquier conflicto que pudiera existir en el volver, dejando claro que contaban con poder hacerlo y que tenían casi un derecho natural a ello. Ninguno de ellos

vio la necesidad de colaborar monetariamente con sus padres durante el tiempo que estuvieron en la casa. Entendían que los padres eran un salvavidas a quien recurrir cuando las cosas se complicaban y así lo hicieron. Es decir, los jóvenes adultos esperan de sus padres que los protejan de hechos inesperados o puntuales, como por ejemplo la pérdida de un empleo o una enfermedad, pero también que sean un facilitador para alcanzar lo que se suponía debía de traer la vida adulta a través del empleo. Desde su perspectiva, la familia debe de ayudar a contener la crisis de las condiciones de reproducción social y la ruptura de las expectativas de los ciclos de vida.

Los jóvenes adultos recurren a la solidaridad intergeneracional no solo en materia de vivienda, también en transferencias monetarias y provisión de cuidados de sus hijos, y utilizan, principalmente, tres tipos de argumentos para justificar su derecho a la ayuda.

El primero recalca la ruptura del marco de oportunidades de una generación a otra, por la cual a ellos se les dificulta enormemente ser autónomos, cumplir con las expectativas de vida y poder desligarse completamente de sus padres. En ese sentido, aluden a la casa en propiedad libre de hipoteca, a los ingresos seguros (ya sea de trabajos estables o pensiones que consideraban altas) y a los ahorros de sus padres para reclamar la ayuda.

El segundo argumento, de orden moral, hace referencia a una concepción particular de la familia, que entiende las relaciones familiares como un conjunto de relaciones no económicas y altamente emocionales que se rigen por un principio de reciprocidad generalizada, donde los intercambios y sus valores no son cuantificados ni cuantificables.

Por último, un tercer tipo de argumento está relacionada con una percepción cultural sobre la vejez, que distintos autores (Butler, 1969; Salvarezza, 2002) han denominado el “viejismo” como aquella conducta compleja que devalúa consciente e inconscientemente el estatus social de la ancianidad y, por tanto, rebaja las necesidades, ambiciones, consumos y proyectos de las personas mayores. Bajo este argumento los padres no tienen necesidades y ambiciones, o no tanto como los jóvenes –las que tienen ya han sido cubiertas, por ejemplo, la propiedad de la casa–, por lo tanto “no gastan” y “tienen tiempo”, de manera que pueden compartir sus recursos monetarios y temporales. Generalmente los jóvenes en sus discursos utilizan estos tres tipos de argumentos indistintamente.

Eli (37) por ejemplo, pensaba que sus padres debían de ayudar porque tenían los recursos suficientes para hacerlo. Destacó por una parte las buenas pensiones, las dos viviendas en propiedad o los ahorros, pero también una idea particular de familia. Eli defendió la idea de que las transferencias en la familia debían darse voluntariamente, e insistió en el hecho de no tener siquiera que pedirlo porque “eso es ser una familia”, al tiempo que la motivación para hacerlo, según ella, debía de nacer del amor y el afecto. Aunque, agradecía que sus padres la apoyaran cada que les pedía ayuda, y de hecho, como se ha visto en el capítulo anterior en gran medida gracias a esas ayudas conseguía salir adelante,

remarcaba que le gustaría que sus padres se ofrecieran espontáneamente, porque si no, decía, sentirse continuamente en deuda: “Yo creo que una familia somos todos, aunque sean mis hijos/as son también sus nietos/as y ellos tienen que disfrutarlos sin que yo se los pida. En mi opinión. Yo por lo menos funcionaría así”.

Las transferencias intergeneracionales en materia de provisión de vivienda se dan de formas muy variadas. Además de poder volver a la casa paterna, los jóvenes adultos también acuden a sus padres para que les ayuden a acceder a una vivienda en propiedad. Una de las formas en que esto se da es mediante préstamos o donaciones –formales e informales– que sirven para acceder a la hipoteca. Y es que son muy pocos los jóvenes que poseen los ahorros suficientes exigidos por las instituciones financieras para abonar la entrada de la hipoteca –normalmente el 20% de la tasación de la propiedad–.

Así lo hizo Alex en el 2016. Con cuarenta años cumplidos y alrededor de 15 años trabajando como cooperativista con un salario aproximado de 1,200 euros, les pidió ayuda a sus padres para la entrada de la hipoteca y comprarse una casa como tantas veces ellos le habían insistido. Aunque sus padres tenían una pensión limitada Alex les pidió ayuda, evaluando que tenían recursos suficientes para apoyarle, al fin y al cabo, estos vivían en una casa en propiedad libre de hipoteca, contaban con otra vivienda que tenían de alquiler, por la cual ingresaban mensualmente dinero y tenían ahorros. Alex también apuntó a su vida austera en la casa del campo donde residían, una vida sin necesidades aparentes más que el cuidado de la huerta y recibir las visitas de los hijos/as y nietos/as los domingos. También fue decisivo que los padres hubieran donado dinero con anterioridad al resto de los hijos, por lo que Alex sobreentendió que a él también debían ayudarlo.

Es más, cuando Alex acudió a ellos no solo esperaba que le prestaran el dinero suficiente para poder acceder a una hipoteca, sino que confiaba en que, debido al vínculo afectivo, la deuda se perdonaría con el paso del tiempo. Alex explicó de la siguiente manera cómo les pidió el dinero a sus padres:

Sé que a los demás hermanos/as les habéis ayudado y yo me estoy planteando comprar. ¿Me ayudaréis?, ¿Tenéis dinero? “Si te ayudaremos”. Yo les dije que necesitaba dinero con la entrada. Hicimos cálculos y ellos tenían el dinero y me ayudaron. “Sí tenemos el dinero, ¿cuánto necesitas?” Justo habían recuperado 30.000 euros de una fianza de un juicio. Me dieron 15.000 euros. También me dijeron para devolverlo y tal, y les dije “Si, si, ya hablaremos”. Hablé con mis hermanos y hermanas y les pregunté “¿vosotros les habéis devuelto el dinero?”. “No”. “Pues yo tampoco” y así fue (Alex).

Alex reforzó el componente o significado social de cuidado y amor de ese dinero para reclamarlo y no devolverlo. También sabía que ese dinero no era, ni sería, la única

transferencia entre las partes, sino que era una más dentro de un flujo de transferencias donde circulan bienes y servicios, por lo que su retorno también se evaluaría dentro de todo un conjunto de transferencias materiales e inmateriales en el que él intentaría ganar la buena fe de sus padres.

Tanto es así que, generalmente, los hijos adultos intentan dejar sin clarificar los términos del préstamo con la esperanza de que el componente emocional de la relación, y la responsabilidad que los padres sienten sobre su bienestar, pese más que la deuda monetaria. Además, como se ha señalado, el paso del tiempo hace que las transferencias se introduzcan en un flujo mayor de intercambios que hace que se olviden o difuminen, aunque claro que no siempre sucede y hay ocasiones en que los padres exigen el dinero, o que los hijos lo devuelven siempre que pueden y ven la necesidad.

Generalmente, cuando pregunté cómo se plantearon esas transferencias de dinero a mis interlocutores/as, manifestaron ambigüedades sobre los términos en los que se dio el trato, teniendo dificultades para precisar si fueron ellos o sus padres los que se ofrecieron a ayudarles con la vivienda. Estas transferencias siempre aparecían como una más dentro de la relación de padres e hijos, donde insistían que los padres ya habían mostrado previamente esa predisposición a ayudarlos. Incluso señalan que, a veces, la iniciativa de comprar la casa habría estado alentada por los mismos padres que querrían que sus hijos accedieran a una vivienda en propiedad. En casi todos los casos intentaron quitar cualquier ápice de conflicto a esas transferencias, presentándolas desde el consentimiento mutuo. Los adultos jóvenes intentaban mostrarme esas transferencias de dinero desde el sentido común, apelando a una lógica redistributiva que tenía su base en los ahorros y a las propiedades de vivienda sin hipoteca de la generación mayor.

Otra de las formas en las que se dan estas ayudas en materia de vivienda es el contrato hipotecario entre familiares. Esto básicamente es un préstamo formal en el que se especifican los plazos y el importe en que se devolverá la cantidad prestada, y que permite establecer una tasa baja o nula de interés. Precisamente suele ser esta posibilidad de anular el interés lo que atrae a los jóvenes adultos y que, además, suele ser explicada como una forma racional de “no dar dinero a los bancos”. Normalmente los jóvenes apelan a que los ahorros de sus padres están en desuso o no se les está sacando el provecho que se podría. Por ejemplo, Xabier (33), quien es profesor recientemente con plaza en la educación pública, entendía que era un sinsentido pagar al banco cuando su familia (padre trabajador de la papelería y madre funcionaria pública, ambos activos todavía) tenía ese dinero parado en el banco.

Sin embargo, Xabier no tuvo solo en cuenta la cantidad de ahorros de sus padres. A pesar de que su padre tenía una cantidad mucho más elevada de ahorros que su madre –pues años atrás había recibido una cantidad considerable de dinero de la venta de las ac-

ciones de los trabajadores de la papelera—, él prefirió pedirle el dinero a su madre debido a la relación de cercanía e intimidad que tenía con ella. Además, decía que la predisposición y la preocupación que su madre siempre habría mostrado hacía algo “natural” el acudir a ella. Por último, también valoró la autosuficiencia económica de su madre más allá de los ahorros. A diferencia de la madre de su pareja, que tenía una limitada pensión, él apeló al trabajo estable y bien remunerado de su madre, la casa en propiedad, y a la futura alta pensión que recibiría para justificar pedirle el dinero a su madre.

Finalmente, su madre no solo le prestó el dinero a él sino también a su pareja, acordando una cuota de 600 euros mensuales por 10 años, y Xabier me señaló que le parecía importante que su madre pudiera recuperar rápido el dinero prestado. Él había conseguido una plaza pública unos meses atrás y su pareja tenía un trabajo fijo desde hacía siete años, así que no veían ningún riesgo de no poder hacerse cargo de los pagos. De todos modos, los jóvenes adultos esperan flexibilidad y comprensión por parte de sus padres en caso de que no puedan devolver la deuda. Así también Xabier:

La tranquilidad que nosotros tenemos es que pasara el cataclismo que pasara, cuando al final a quien le debes es a tu madre, y cuando tu madre tiene la voluntad de ayudar, o que un mes por alguna razón no le pagáramos o porque se me ha olvidado, no tendríamos problemas para devolverle dos el siguiente mes y que mi madre lo entendiera. En principio no lo preveo. Pero ella tiene su trabajo, tiene la casa pagada. Nosotros agarramos desde sus ahorros entonces tampoco era algo que necesitara en su día a día. Mi madre no gasta (Xabier).

Como decía anteriormente, cuando el dinero circula en estas redes de confianza y cuidados adquiere otros significados sociales que pueden, incluso, llevar a la percepción de no estar endeudado. Por ejemplo, Xabier, seis meses después de comenzar este contrato de hipoteca familiar, y a pesar de que seguía haciendo los pagos mes por mes, decía no sentirse endeudado: “La casa ya está pagada, lo de la madre solo es un trámite”, aseguraba.

Ante las dificultades crecientes de algunos jóvenes adultos para poder hacer frente a los pagos de las hipotecas o los alquileres, también es recurrente que pidan ayuda a sus padres para que asuman la totalidad o parte de esos gastos como propios. Por lo que pude observar, esta forma de ayuda en provisión de vivienda solía generar una sensación de inadecuación, insuficiencia y vergüenza en los jóvenes adultos, de no sentirse capaz de asumir las responsabilidades de la edad adulta y de depender, cual niños, de sus padres. En la intención de los jóvenes adultos prevalecía el objetivo de terminar tan pronto como pudieran con esta forma de ayuda.

Por último, en el trabajo de campo pude observar algunos pocos casos donde los jóvenes reclamaban el acceso privilegiado de uso, compra, o alquiler de las propiedades

familiares. En estos casos reivindicaban su derecho, como familiar, de acceder ventajosamente a esas propiedades. Así lo hizo Xabier, cuando a la hora de comprar la casa de la abuela a su padre y a sus tíos, les señaló que lo haría siempre y cuando “no fuera a precio de mercado”.

Los jóvenes adultos también acuden a sus padres cuando necesitan dinero para otros fines. Generalmente piden dinero para pagar deudas, para afrontar gastos comunes durante el desempleo, para enfrentar un gasto inesperado –a saber, una avería, una necesidad de salud etc.–, o para gastos que se consideran inversiones, como el coche, un emprendimiento o unos estudios. También es recurrente que pidan a sus padres el acceso a algunos bienes como el coche o la segunda residencia para ir de vacaciones.

El cuidado es otro de los recursos clave que se reivindica y se transfiere intergeneracionalmente. Los jóvenes adultos con hijos señalan que con sus empleos precarios, de salarios insuficientes y horarios irregulares, no pueden conciliar sus necesidades reproductivas y productivas. En respuesta a ello, reivindican el apoyo de sus padres, muchos prejubilados y con relativamente buena salud, en el cuidado de sus hijos. Sin embargo, todavía siguen siendo las abuelas las que toman mayor protagonismo en estos trabajos.

Este cambio en las prácticas de cuidado a través de las generaciones también se ha visto influido por la insuficiencia o la disminución de la oferta de servicios de cuidado públicos, que hace que muchos hogares no puedan asumir los nuevos costes y tengan que arreglárselas por su cuenta.

Pero más allá del marco de la austeridad que les empuja a ello, mis interlocutores de jóvenes adultos también mostraron una percepción de los cuidados donde se sobredimensiona el papel de las emociones, lo que influye a que estas no sean concebidas como un trabajo, sino como un acto de amor, y por lo tanto, a que se crea que el mejor entorno para proveerlo es el familiar, y en concreto el realizado por parte de las mujeres, consideradas socialmente seres emocionales en mayor medida que los hombres (Esteban, 2017: 41). “Lo hacen a gusto”, “las abuelas desean estar con los nietos/as”, “lo pasan bien”, “los niños, con las que mejor están es con las abuelas”, fueron frases recurrentes dichas por los jóvenes adultos con los que conversé para justificar que los abuelos, y especialmente las abuelas, cuidaran de sus hijos.

En este contexto de horarios flexibles y recortes públicos, la provisión de cuidados que hacen, sobre todo las abuelas, se ha convertido en uno de los recursos claves para las jóvenes familias. “Gracias a ellas puedo tener una familia” me dijo Mikel, un vecino de Errenteria de 40 años casado con Elene y padre de dos hijos de 6 y 2 años. Mikel y Elene habían, incluso, dejado atrás su sueño de mudarse de la ciudad, por no quedarse sin la provisión de cuidados de las abuelas. Él, operario de la papelera, trabajaba a tres turnos,

mientras que su esposa compaginaba un horario intensivo de mañanas en el hospital con cinco guardias al mes. Mikel señalaba así la imposibilidad de conciliar de otro modo los horarios irregulares de sus trabajos con los cuidados de sus hijos.

Los jóvenes adultos critican, además, que los servicios públicos de cuidados como guarderías y escuelas no se amoldan a las necesidades horarias que imponen sus trabajos, por lo que, o contratan de forma privada ese servicio o lo familiarizan. De hecho, ese fue el debate que tuvieron Mikel y Elene en su momento, hasta que, bajo la idea de que el mejor cuidado es el que brinda un familiar, optaron por pedir ayuda a las abuelas.

En contra de esos horarios rígidos y desfasados de los servicios públicos, para los jóvenes adultos los horarios de las abuelas son más adaptables. “Tienen tiempo” o “si no, se aburren” también fueron expresiones que utilizaron algunas parejas jóvenes que conocí, lo que también puede estar indicando la devaluación del estatus del tiempo de las personas mayores. De hecho, esta devaluación hace que los jóvenes puedan adaptar más fácilmente el tiempo de sus padres a sus necesidades, permitiéndoles tener tiempo para disfrutar de la vida social, ya sea acudir a una celebración, practicar un deporte, ir a una reunión política, mientras los abuelos/as se encargan del cuidado de los nietos/as.

Sin embargo, también existe una tensión de no sobrepasarse en esas demandas de cuidados y buscar el complicado equilibrio entre el interés y el amor, o la reciprocidad y la explotación. Por ejemplo, Mikel señalaba que intentaba, en la medida de lo posible, “darles fiesta” cuando él tenía días de descanso para que ellas también pudieran descansar. En la expresión Mikel aceptaba inconscientemente que, al fin y al cabo, sus respectivas madres estaban de algún modo trabajando para ellos. De ahí que muchos jóvenes adultos busquen compensar ese trabajo en forma de ayuda, con contraprestaciones monetarias o en especies, normalmente en forma de regalos, a saber, una comida, un perfume, una bufanda, un fin de semana de hotel, etc.

En definitiva, es una práctica habitual que los jóvenes adultos reivindiquen ayuda en la provisión de vivienda, ingresos y cuidados. Los padres se sienten obligados de ayudar a sus hijos, mientras que los jóvenes adultos defienden el ser ayudado en base a argumentos materiales, pero también morales. De esta forma, el amor, el sentimiento de responsabilidad o el cuidado, sirven para responder desde de los hogares las transformaciones de las condiciones de reproducción social, lo que puede estar reproduciendo y prolongando la dependencia de los adultos jóvenes y la sobrecarga de las generaciones mayores. De esta forma, los hogares, como redes de solidaridades, cuidados y apoyos se convierten también en lugares de tensiones y formas de conflicto íntimas.

4. Luchas, tensiones y conflictos ante la ruptura de expectativas de los ciclos de vida

Aunque las transferencias intergeneracionales eran presentadas desde el consentimiento y enmarcadas dentro de los deberes morales entre padres e hijos, estas son también fuente de luchas crecientes en el hogar, provocado por la incómoda inversión del ciclo de vida que antes eran la norma en las economías morales domésticas de un entorno industrial estable. Los jóvenes adultos tienen un sentimiento de inadecuación, insuficiencia y vergüenza al ver que no pueden afrontar las responsabilidades de lo que debía ser la edad adulta, mientras que los mayores se encuentran recelosos al ver que no pueden descansar y disfrutar de su pensión y su tiempo de vejez. De esta forma, estas tensiones generadas por la ruptura de expectativas de los ciclos de vida, ya sea como prolongación de la dependencia o como extensión de la responsabilidad parental, van estallando en formas íntimas de conflicto que hacen de los vínculos intergeneracionales una relación de sospechas, malestares y violencias.

4.1. Frustración, inadecuación y celos en la tensión entre la dependencia y la autonomía

Tener que volver a casa de mi padre me mataba. Desde que tenía 23 años he vivido fuera de la casa de mis padres y de pronto volver a casa de mi padre –Itziar resopla como si se frustrara con solo recordarlo y se queda callada–. Y mira que me dieron toda la manga ancha del mundo ¡eh! Pero, –resopla de nuevo y baja la mirada– ¡otra vez! (Itziar).

En efecto, la vuelta a la casa familiar o la imposibilidad de salir de ella, pero más generalmente la ruptura de expectativas sobre lo que tenía que significar la vida adulta, es algo que se vive con frustración. El “tuve que volver” con el que también se expresó Iker para explicar su retorno a casa después de diez años, con deudas y apenas ingresos, expresa esta frustración que sienten los jóvenes adultos cuando sus trayectorias de vida no son lineales como habían esperado, y en cambio vuelven a etapas o ciclos que creían haber superado. Esta vivencia, suele ser entendida y explicada también como un paso hacia atrás.

En el marco actual de austeridad, obtener un empleo (o un salario familiar) ya no es para muchos jóvenes adultos, el punto de inflexión principal que marca el cambio de ciclo de vida, a diferencia de la generación de sus padres en el que obtener un empleo y construir una familia involucraba generalmente poder asumir nuevas responsabilidades

desvinculadas de la familia de origen. En cambio, para las generaciones jóvenes, aun tengan ingresos, se hayan hipotecado, o esperen a su segundo bebé, siguen dependiendo permanentemente de las pensiones, salarios, ahorros, bienes y cuidados de sus padres.

Así era también para Iker que, cuando lo conocí en el 2017, a pesar de haber formado una pequeña cooperativa y pagar con ello un pequeño apartamento que compartía por temporadas, no podía generar ahorros ni enfrentar gastos inesperados o extraordinarios. En esos casos, Iker seguía acudiendo a sus padres mientras ansiaba el día en que tuviera unos ingresos seguros y suficientes que le permitirían tener una vida autónoma. De hecho, esta fue una de las razones principales para montar la pequeña cooperativa: “la esperanza de poder vivir independientemente, poder vivir sin la ayuda de los padres, poder alquilar un piso que hoy en día es una aventura y ganar algo de dinero para poder vivir”.

Más allá de la frustración generada por la ruptura de las expectativas de los ciclos de vida, el no poder asumir nuevas responsabilidades que en el pasado venían con la vida adulta, a saber, acceder a una casa de forma autónoma o poder cuidar de los hijos con recursos propios, crea un sentimiento profundo de inadecuación con respecto a sus obligaciones domésticas, que puede afectar a la percepción de su valor como personas, sintiéndose insuficientes. Muchos jóvenes adultos que regresaban a su hogar familiar o dependían de las transferencias monetarias de sus padres, decían sentirse y ser tratados como niños, algo que entendían devaluaba su valor como personas adultas y responsables. En efecto, estas personas señalaban que no tener autonomía individual se traducía en no ser considerados personas adultas y responsables.

La devaluación de su valor como personas responsables puede adquirir otras formas cuando entra en juego el género, la raza o la etnicidad, entre otros factores. Por ejemplo, Eli llegaba a sentirse a ratos una “mala madre”, al verse a sus 37 años y con tres hijos pidiendo favores a sus padres para llegar a fin de mes. Valoraba que sus padres podrían ayudarla sobradamente, los cuales estaban prejubilados y se pasaban el tiempo haciendo pequeños viajes con el Imserso⁸⁸ y disfrutando de la segunda vivienda que se compraron años atrás en la costa mediterránea. Aún así, a Eli no le gustaba pedir favores a sus padres, menos aun cuando esa ayuda era para cuestiones relativas a sus hijos y, de hecho, como veremos más adelante, hacía cualquier malabarismo antes de acudir a ellos. Y sin embargo, muchas veces y cada vez más frecuentemente no encontraba otra salida que acudir a ellos.

Por otra parte, la devaluación de su valor como personas responsables, generado por la ruptura de expectativas de los ciclos de vida, también está relacionado con cómo se concibe la dependencia en una sociedad que asume el modelo normativo de autosuficiencia de la escuela neoclásica. Como han denunciado las feministas, “la falacia de la

⁸⁸ El Instituto de Mayores y Servicios Sociales (IMSERSO).

autosuficiencia” se basa en que, si bien todos estamos involucrados en relaciones de interdependencia, unos tienen el poder de aparecer como agentes autónomos sin reconocer los cuidados recibidos, mientras que otros no pueden salir de la sombra de la dependencia (Pérez Orozco, 2014: 224). En este modelo que trata la dependencia como algo negativo, es obvio que nadie quiera ser reconocido y valorado como tal. A Sara, por ejemplo, que dependía de las transferencias monetarias que mensualmente le hacían sus tíos desde que murieran sus padres, le preocupaba que su familia pensara de ella que era una “aprovechada”. Aunque agradecía enormemente el apoyo brindado por sus tíos, más todavía desde que perdiera el derecho al RGI, le generaba un fuerte sentimiento de vergüenza y culpa, seguir dependiendo de ellos a sus treinta años. “Eres una mantenida y con esa sensación yo no vivo bien”, me dijo en varias ocasiones.

En efecto, a pesar de que los jóvenes adultos se defienden diciendo que el marco de oportunidades que les ha tocado vivir es más difícil que el de sus padres, también muestran sentimientos de culpa que pueden indicar que asumen cierta responsabilidad ante su falta de autonomía y de lo que entienden como un fracaso propio. Como apuntan Narotzky y Pusceddu (2020: 454-455), la sociedad del Estado español ha adquirido en gran medida una ideología neoliberal que otorga valor social a la autonomía individual, al espíritu empresarial, la riqueza y el consumo conspicuo. Si en esta ideología es la consecución de estos elementos lo que convierte a una persona en un adulto responsable y exitoso, es obvia la presión y la ansiedad que deben sentir quienes no logran ni siquiera acercarse a ello.

Entre tanto, la generación mayor que confiaba poder disfrutar de su vejez mediante sus pensiones señala sentirse sobrecargada. Ellos, que esperaban que sus responsabilidades hacia sus hijos irían disminuyendo con el tiempo, ven ahora que sus obligaciones filiales continúan hasta que el cuerpo les aguante. Más allá de la sobrecarga generada por la extensión de la obligación parental, muchos de ellos comienzan a mostrar sentimientos de decepción y desengaño con la misma estructura político-económica al ver que los esfuerzos que ellos, pero también sus padres, realizaron para dar una vida mejor a las siguientes generaciones están desapareciendo.

4.2. “Esto no es un hotel”: cuando estallan los límites de la solidaridad intergeneracional

“No aguanté mucho”, dijo Alex riéndose al recordar su retorno a la casa familiar. “Aquello era insostenible”, dijo Iker al recordar los conflictos continuos con su padre cuando regresó a la casa paterna, ya fuera porque llegaba tarde, porque no limpiaba o por las comidas. El retorno que de por sí es vivido con frustración, se convierte para muchos en

inaguantable cuando comienzan a estallar los primeros conflictos en casa en torno a las tareas domésticas, la sexualidad o la ociosidad, por mencionar algunos. El volver a la casa familiar, además de ser un proceso que es vivido como un paso atrás o por lo menos como una ruptura de las expectativas de los ciclos de vida, y un recordatorio de su fracaso, se traduce en la práctica cotidiana como un proceso de pérdida de autonomía en las otras dimensiones de sus vidas. Como señaló Itziar sobre su corta estancia en la casa paterna cuando regresó del extranjero, por más “manga ancha” (libertad) que le dieran, asumir las normas y rutinas de la casa, significaba perder los últimos espacios de autonomía que le quedaban.

Mientras, la acusación de “esto no es un hotel”, que algunos de mis interlocutores/as escucharon al regresar a la casa de origen, cristalizaba el sentir de sobrecarga de la generación mayor y la percepción de que los jóvenes adultos se excedían en sus demandas de apoyo.

La ambivalencia de sentimientos que genera la ruptura de expectativas de los ciclos de vida tanto en unos como en otros, ya sea como prolongación de la dependencia o como extensión de la responsabilidad parental, van llenando de ansiedad y conflictos los vínculos intergeneracionales, en el complicado ejercicio de saber moverse entre el interés y el cuidado. De esta forma, muchas veces estas transferencias y responsabilidades morales se analizan y son vividos desde una lógica de la sospecha.

Por ejemplo, la gratitud que Sara decía sentir por sus tíos por transferirle dinero mensualmente, pero más en general por protegerla y sostenerla, en ocasiones se transformaba en dudas o desconfianza sobre las verdaderas intenciones del apoyo que le brindaban. Un día, mientras tomábamos café en la alameda, como de costumbre, Sara agarró el móvil y con cara agobiada volvió a dejarlo bruscamente sobre la mesa; su tío le acababa de enviar una oferta de trabajo para cajera en un supermercado. Sara interpretó aquello como que su tío estaba infravalorando su formación y que le estaba diciendo, sutilmente, que buscara un trabajo para que no le tuviera que dar dinero. “¿Qué me quieren decir con eso?, ¿Que me ponga a trabajar ya?” nos dijo visiblemente molesta. Ese día no quiso enfrentarse a sus tíos y contestó con brevedad, pero sin mostrar su enfado. Sara se movía entre esa ambivalencia de reconocer la ayuda familiar y hacer valer su valía como persona: “Me pagan, me pagan, pero yo también tengo derecho a optar a algo mejor que eso”, reconociendo la relación de los cuidados con el control.

Ya sea por no querer someterse a ningún control y defender su derecho de poder utilizar el dinero en lo que le apeteciera, ya sea por la vergüenza y la culpa que sentía de seguir dependiendo de sus tíos, o porque no quería que le cortaran las transferencias de dinero, o tal vez porque no quería que su familia pensara de ella que se estaba excediendo, Sara optó por amoldar y no contar algunos aspectos de su vida a su familia, sobre todo los

relacionados con la ociosidad y los que podían ser susceptibles de ser entendidos como consumos excesivos o caprichos. A pesar de que prefería omitir esa parte a su familia, Sara me defendió su derecho a disfrutar también de esa ociosidad como el resto de la gente: “Entonces no me gusta decir si voy a un festival o algo, para que no se lo tomen mal, como si estuviera aprovechándome del dinero, como si solo tuviera que buscar, buscar, buscar y olvidarme de vivir”.

Los conflictos dentro de los hogares también estallan cuando los términos de las transferencias se rompen, por ejemplo, préstamos que no se pueden devolver a tiempo o recursos que se comparten y se estropean. Como, por ejemplo, cuando en el verano de 2018 Alex tuvo un accidente cuando tomó prestado el coche de los padres, quedando el auto en condición de siniestrado. Alex, visiblemente preocupado y con un gran sentimiento de culpa, nos contó a un grupo de amigos que mostró a sus padres la intención de comprarles un coche, pero que no tenía los ahorros suficientes para ello.

Otra de las formas habituales de conflicto íntimo que pude observar es cuando la responsabilidad parental no se adecúa a las expectativas de ayuda de los jóvenes adultos. Es común que la generación mayor piense que los jóvenes adultos se han acomodado a depender de sus padres, y en ese sentido les reprochan que deberían de luchar y pelear más por mejorar sus condiciones. En esas situaciones algunos intentan poner límites a las transferencias intergeneracionales, por ejemplo, dando dinero en términos de préstamo en vez de regalo, o donando una cantidad de dinero establecida por ellos para evitar que les pidan un préstamo mayor. Los jóvenes adultos, mientras tanto, creen que los padres han vivido una época privilegiada y aunque reconocen las luchas que llevaron a cabo en el pasado, valoran que pueden y deberían de ayudarlos más.

Este conflicto lo expresaba Eli, quien pensaba que la familia debía de moverse desde un principio de reciprocidad generalizada, y no comprendía, además de que le dolía, que sus padres pusieran límites a esa responsabilidad parental, por ejemplo en lo relativo a los cuidados de los nietos/as: “Los padres se ofrecen cuando alguna vez estoy enferma, pero si no, no. Son más de tú los has tenido, pues tenlos tú. Y yo no soy partidaria de eso, pero bueno”. Para ella, sus padres no solo debían de mostrar predisposición a ayudarla, sino que tenían que mostrar las ganas genuinas de hacerlo:

Y se echa de menos que con 21 años, yo soy su hija, siempre voy a ser su hija, desde que nací ellos están ahí. Cuando tenía 21 años, como padres que me dijeran de vez en cuando “joe, pues sal”, darme un empujón ¿no? “Venga que nos quedamos nosotros con el bebé”. Que se quedaran contentos. Yo lo hubiera agradecido. Pero eso lo he echado de menos. Pero no lo he echado de menos solo porque he sido madre soltera de joven, lo he echado de menos toda mi vida. Ya les he comentado eso, ya hemos hablado sobre eso y parece que ya ellos lo entienden mejor y que se han dado cuenta

¿no? Y así no tengo que pedir tanto yo. “Eh, veniros”. Que luego hacen todo muy a gusto. Pero no me gusta tener que pedirlo. ¿Por qué tengo que pedirlo yo? “A si, igual puedo ir”. ¡No! yo quiero que les salga a ellos. Si yo no les llamo no vienen todo el verano. ¿Que salga de ellos no? Bueno sin más. Eso. Sobre todo, siendo yo sola (Eli).

Si parte de los jóvenes adultos creen que los padres deben ayudarlos más, una parte de la generación mayor opina que están siendo explotados –o que se autoexplotan– por amor a sus hijos. En mis idas y venidas al campo hablé largo y tendido sobre este tema con Bego, una peluquera a punto de jubilarse, que se quejaba al ver a sus amigos ocupados todo el día cuidando de los nietos/as. A Bego le indignaba ver esta situación que definía en términos de “abuelos trabajando para los hijos”. Se quejaba de la explotación y la sobrecarga, de la poca consideración hacia el tiempo y los intereses de las personas mayores, y del empeoramiento en la salud ocasionada por la extensión de los trabajos de cuidados. Ella era una gran defensora de la contratación de personas externas a la familia para ocuparse de las necesidades de cuidados de los hijos/as, como lo había hecho ella cuando tuvo a los suyos, y añadía, y así se lo hacía saber a sus hijos/as, que había una línea muy grande entre echar una mano y ser esclavos de las necesidades de los ellos/as.

Esta mujer, que estaba orgullosa de trabajar fuera de casa y no haber seguido los mandatos de la ama de casa, defendía su derecho a disfrutar de su vejez después de haberse pasado trabajando toda la vida. Por aquel entonces Bego aprovechaba esta etapa de la vida para hacer pequeños viajes con su esposo y amigos. Y aunque no sabemos cómo se involucrará en el caso de que vengan nietos/as a la familia, lo cierto es que, mientras decía poner límites a esta explotación de las personas mayores por parte de los hijos/as, ella seguía apoyando a los suyos, que habían pasado la treintena, de diversas maneras, compartiendo sus dineros, tiempo, vivienda y energía (por ejemplo, entre otras cosas, convivía con uno de los hijos que había vuelto a la casa familiar para ahorrar dinero, y ayudaba monetariamente a la otra hija).

En definitiva, aunque la reconfiguración de las prácticas intergeneracionales para ganarse la vida muestre el gran compromiso de estas redes por la solidaridad interna y el apoyo mutuo, estas también son el escenario de relaciones de poder y explotación, así como de distribución desigual de recursos y reconocimiento que genera conflictos dentro de las redes domésticas. La lucha de estas redes por sacar la vida adelante refleja el difícil equilibrio de saber moverse entre la autonomía y la dependencia, o entre el interés y el cuidado, colmando el día a día de solidaridades, pero también de desconfianzas y recelos entre las relaciones intergeneracionales.

5. Dependencia, respeto propio y políticas de devaluación interna

A Anabel, todavía hoy militante sindical aun estando prejubilada, le entristecía y enraabiaba ver una generación que, a su parecer, carecía de respeto propio en tanto no ponían límites a la explotación ni luchaban por mejorar sus condiciones de vida y de trabajo. Ella, que en los setenta guiada por la idealización de la lucha obrera, abandonó su trabajo de secretaria para entrar a la cadena de producción de una gran fábrica uniéndose desde entonces al movimiento obrero y sindical, opinaba que los jóvenes de ahora se dejaban pisar a cualquier precio:

La gente viene (al sindicato) con grandes problemas, pero nunca se han planteado desde el principio que igual hay que poner condiciones. Yo no puedo trabajar 45 horas a la semana ¡Que no! Que hay leyes ahí. La gente no se informa. A los jóvenes también, a más de uno/a les daba un coscorrón ¡No es posible! Además, para un trabajo de mierda en la hostelería. Si te están tratando como un esclavo/a, me voy a otro lado (Anabel).

En parte, ella entendía el comportamiento de esta generación que difícilmente puede luchar por sus derechos cuando el miedo a perder sus empleos precarios es tan fuerte. El marco actual dificultaba, según ella, no solo la capacidad de lucha si no también las posibilidades de éxito de esas luchas. En contraste a lo que a ellos les tocó vivir, Anabel reconocía la creciente fragmentación de los trabajadores; la racionalidad neoliberal de las empresas que solo velan por la maximización de los beneficios y se olvidan de la reproducción y el bienestar de sus trabajadores; el capital (multinacionales, fondos de inversión etc.) desincrustado de las necesidades del territorio, de su población y sus trabajadores; o la falta de ahorros y solvencia económica que permite poder plantarse ante la explotación. Todo ello, decía, dificultaba a las nuevas generaciones el poder luchar para mejorar las condiciones de vida y de trabajo, pero también criticaba la falta de conciencia, respeto y solidaridad que demostraban los jóvenes:

Me acuerdo cuando luchábamos el convenio del metal, que estábamos en piquetes y cerrando talleres, cuando había huelga, una huelga grande y venga a cerrar talleres. Me acuerdo de que, en un taller, unos chicos jóvenes nos gritaron “¿Qué pasa?” “Oye, que estamos de huelga, estamos por el convenio, ¿vosotros qué?” “A nosotros no nos contéis nada, dejarnos en paz, nosotros no tenemos nada que ver con eso.” Y en nuestra época había lo que te he comentado antes (trabajadores que trabajan por encima de la productividad acordada), gente que venía con otra perspectiva, que metía muchas horas, pero ellos también lo tenían claro, que lo estaban haciendo por eso,

pero se sentían clase obrera ¡eh! Pero claro, lo que querían era ganar mucho dinero. Pero es que estos ni se sienten, y es una pena (Anabel).

Según Anabel, los jóvenes adultos se habían acomodado a la protección de los padres. Por su mesa del sindicato, decía, pasaban en su mayoría jóvenes desorientados y desinformados que todavía estaban dentro del caparazón materno: “Oye, tu tendrías que ver aquello. Vienen y te dicen ‘Me ha mandado mi madre’. Muchas veces. Eso me toca la moral. ¿Me ha mandado mi madre?”. Esa era la gran diferencia según ella, la gran dependencia de los hijos hacia los padres, de forma que, las nuevas generaciones aceptaban sueldos bajos, prácticas sin remuneración o no peleaban ciertos recortes porque apoyarse en los padres, es decir, compensar la precarización con los recursos de los padres era algo más que normalizado.

No era la primera vez que uno de mis interlocutores/as apuntaba esta misma idea. Si bien todos habían hecho hincapié que gracias a las transferencias intergeneracionales los jóvenes adultos conseguían tener unas mejores condiciones de vida materiales, algunas personas también reconocían que gracias a ese apoyo familiar podían apostar por trayectorias laborales más arriesgadas y precarizadas. Una de ellas fue Eider, trabajadora del sector cultural de 42 años, que señalaba que ella había podido priorizar ambiciones profesionales a la estabilidad, porque contaba con la ayuda familiar:

Yo creo que he priorizado trabajar en lo que me gustaba. Sí, porque, por ejemplo, hace un año y medio o dos salió un empleo, para ser técnico en el departamento de cultura y yo saqué la plaza y lo rechacé para seguir en trabajando aquí. Aunque el puesto de técnico me diera más seguridad que el otro, pero el aquí me gustaba más. Entonces sí. Yo creo que he priorizado eso. Pero también es verdad y soy consciente de ello, que es porque soy una privilegiada. Quiero decir, vivo de alquiler, pero si en algún momento no lo puedo pagar, es la casa de mis padres y tengo esa protección. Y eso me da mucha seguridad. En otro contexto, no podría decidir eso. Soy consciente de ello. Y si, yo creo que le he dado prioridad a eso, porque he tenido la oportunidad, otros no lo pueden hacer, y en mi caso sí (Eider).

Otros interlocutores también mostraron argumentos similares cuando les pedí que me evaluaran sus decisiones laborales.

Estas prácticas y valoraciones económicas vendrían a mostrar la contradicción existente en las transferencias intergeneracionales que, al tiempo que se utilizan para compensar el marco de devaluación interna de la austeridad también la refuerzan, debido a que naturaliza o normaliza salidas hogarizadas a la crisis colectiva de las condiciones de reproducción social. De ahí que, según algunos académicos, la rehogarización no sea solo un efecto colateral, si no que ha sido un mecanismo para reconfigurar un

nuevo marco político de redistribución y remodelar las relaciones entre el capital y el trabajo (Ezquerria, 2012).

En este sentido, señalan por un lado, que los recortes de los servicios públicos y de los sistemas de bienestar y protección del último decenio fueron posibles en gran parte mediante la recuperación ideológica y discursiva de la familia como responsable moral y principal garante del sostenimiento de la vida. Para el caso concreto del Estado español, Sandra Ezquerria (2012: 143) repasa las campañas políticas de los gobiernos españoles de la época de la recesión, concluyendo que fomentaron el protagonismo social de la familia como red de apoyo en tiempos de crisis, mostrando la habilidad de las clases dirigentes de articular neoliberalismo y neoconservadurismo.

Por otro lado, Narotzky y Pusceddu (2020:509-510) advierten que la prolongada dependencia de las generaciones activas de los subsidios estatales, entre ellos, las pensiones, está permitiendo una “devaluación interna” es decir, la reducción de los costes laborales, la cual ha sido uno de los objetivos de las políticas de ajuste. Estos, señalan, una forma de transferencia del trabajo al capital a través de la mediación del Estado.

En definitiva, ambos procesos refuerzan el énfasis neoliberal en la responsabilidad individual del bienestar futuro. Y es que, por un lado, se da una moralización de las luchas de sacar la vida adelante, ya sea como consecuencia o como causa de las políticas de austeridad, y por otro lado, el Estado posibilita el proceso de devaluación interna mediante un peso creciente de las pensiones y subsidios estatales en las prácticas de subsistencia de los hogares, en lugar de otras políticas (generación y reparto de empleo, políticas industriales etc.) que lo articulen en términos de la estructura social y económica.

Ahora bien, en la medida en que las políticas de ajuste y austeridad reducen los sistemas de pensiones y subsidios, algunos de los recursos que utilizan las familias para contrarrestar la crisis de reproducción social quedan en entredicho a mediano plazo.

6. Los límites de la economía moral doméstica de la precariedad: el caso de la familia García Jiménez

6.1. Hijos adultos como responsables del hogar

No todos los hogares pueden reforzar la “economía moral doméstica de la precariedad”, pues no siempre la generación mayor tiene los recursos para apoyar a la generación joven, de hecho, hay hogares en los que son los jóvenes adultos los que se sienten obligados a dar el apoyo a la generación mayor, generalmente en ingresos, cuidados, y vivienda. Hogares y redes domésticas que destacan por el desempleo o el empleo precario de las generaciones mayores, por la escasez de recursos y las dificultades de acceder a una pensión

digna, por deudas e hipotecas a medias. En esos casos es difícil que los mayores asuman la responsabilidad de mantener a sus hijos, y son éstos últimos quienes se convierten en los responsables de las familias, generando una ruptura también de los ciclos de vida y de los roles de los miembros de la casa.

Para el matrimonio compuesto por Manuel y Almudena, el detonante de empezar a depender cada vez más de su hija Alba para el sustento fue la crisis del 2008. Ellos tenían alrededor de 45 y 50 años cuando perdieron sus empleos. Manuel, azulejero, aguantó como pudo de autónomo hasta que, en el 2013, con la crisis inmobiliaria y de la construcción, cayó en el desempleo y en la depresión al verse sin recursos (habilidades, credenciales, edad, etc.) para hacer frente a las nuevas condiciones productivas. Almudena, por su parte, perdió el trabajo de administrativa en una empresa de pinturas en el 2012 mediante un expediente de regulación de empleo. Poco después encontró otro trabajo, pero la empresa terminó quebrando. Desde entonces se ha pluriempleado y ha vuelto a sectores que pensaba había dejado atrás, como trabajos de limpieza y dependienta, al mismo tiempo que ha recuperado las habilidades de costura transmitidos por su madre y abuela para poder obtener ingresos extras de manera informal.

Su hija Alba tenía 20 años cuando éstos perdieron el empleo. Fue entonces cuando empezó a entregar a su madre 50 euros para los gastos de la casa. Para ello, se pluriempleó dando clases particulares al mediodía, cuidando de niños de Donostia a las tardes y trabajando de camarera los fines de semana en una pizzería. En un buen mes ganaba alrededor de 400 euros y con ellos se costeaba gran parte de sus gastos cotidianos.

Ya antes, a los 16 años, había dejado de recibir dinero por parte de sus padres. Por aquel entonces Alba hacía algún que otro trabajo de manera informal, siempre que pudiera compaginarlo con sus estudios y el cuidado de su hermano:

Cuidaba a mi hermano y empecé a dar clases particulares porque lo podía compaginar con los cuidados de mi hermano. Sobre todo, en verano. Hacía de todo: duchar, dar de comer, estar con él, cuidarlo, llevarlo al parque, jugar, de todo. A ver, que yo hacía vida normal pero como si tuviera un hijo. Pues como las madres que tienen que hacer la compra pues se llevan al crío, pues yo tenía que ir a la universidad a apuntarme y me llevaba a mi hermano (Alba).

Comenzar a dejar dinero en casa trastocó las obligaciones filiales, por las que se suponía que los padres son los principales proveedores de la casa y responsables del mantenimiento de sus hijos. Sin embargo, con su padre en el desempleo y con depresión, Alba sintió la obligación moral de aportar económicamente en casa, ya fuera mediante ingresos o con tareas de cuidados, y sobre todo no siendo una carga económica para sus padres. Su responsabilidad creciente en la economía familiar también hizo que reconsiderara algunas

aspiraciones vitales como sus estudios. Alba antepuso así una carrera que se pudiera estudiar en una universidad cercana y que pudiera tener salidas laborales estables, a poder ser en el sector público. De este modo terminó eligiendo estudiar magisterio.

6.2. Dependencia, subsidios y categorías institucionales

Cuando Alba terminó la universidad y agarró su primer empleo formal, aunque eventual, como profesora, su padre perdió el derecho a la prestación de la Renta de Garantía de Ingresos (RGI) que llevaba cobrando desde hacía tres años atrás. El reglamento de la RGI sobreentendió que todos los miembros del hogar componen una misma unidad, y que todos los miembros adultos activos del hogar aportan indiferenciadamente a este sin importar las obligaciones morales entre padres e hijos ni las distintas expectativas de los ciclos de vida.

El matrimonio reclamó la denegación de la RGI aludiendo a que estas categorías administrativas no correspondían con su realidad, que su hija no aportaba económicamente en casa y, además, defendían el derecho de su hija a poder tener un dinero propio a pesar de vivir en la casa familiar. Sin embargo, la solución que le ofrecieron desde la administración fue que, para que no contara como ingreso de unidad familiar, Alba debía empadronarse en otro hogar, a lo que, según me contó, sus padres se opusieron:

Lo que le quería decir mi madre al alcalde era que “es que por qué se tiene que ir de Errenteria, si ella es de Errenteria, y me estáis pidiendo que se desempadrona, ¿Dónde se empadrona? ¿Dónde va a estar?¡ Si esta es su casa! Claro que gana dinero, pero es su dinero, para su vida, no para la nuestra (Alba).

Alba tenía un contrato eventual por aquel entonces, razón por la que irse a vivir por su cuenta no era una opción. Sus padres también se plantearon pedir a algún familiar para que la empadronaran en su casa, pero después rechazaron esa opción por no querer perjudicar a otros en el acceso a las ayudas y en la declaración de la renta.

La denegación del derecho a la prestación de Manuel obligó moralmente a Alba a aumentar su responsabilidad y a aportar más dinero en casa. La imposición de unas categorías institucionales desajustadas obligó a esta familia a depender más de su hija, de este modo, desde 2016 y a sus 24 años, Alba empezó a aportar a la casa 500 euros mensuales. Cuando la conocí en 2017 lo seguía haciendo y no veía el día en que lo dejaría de hacer. Con esos 500 euros y con alrededor de los 1000 euros que ganaba Almudena, hacían frente a la hipoteca y a los gastos de la vida, con la única esperanza de que Manuel pudiera pronto acceder a alguna ayuda por invalidez, debido a que cada vez ahondaba más en la depresión y sin apenas atención psicológica de unos servicios sanitarios marcados por la austeridad.

6.3. “Quiero comenzar mi vida”: la tensión entre la autonomía y la dependencia

La pérdida de la ayuda y el hecho de que la economía familiar pasara a depender más intensamente de la hija trastocó todavía más la poca armonía que quedaba en el hogar de los García Jiménez. Los conflictos y los sentimientos ambivalentes al interior del hogar cristalizaban las tensiones generadas por la búsqueda de autonomía y la vivencia de la dependencia. Alba intentaba salvaguardar su derecho a una vida autónoma y desvinculada de sus padres, y a no tener que hacerse cargo de ellos, pero pensar esto le generaba culpa, la cual paliaba mediante las transferencias monetarias cotidianas que seguía asumiendo. Almudena, por su parte, se desvivía compaginando varios empleos, además de lidiar con las responsabilidades y sentimientos adversos del hogar al tiempo que le corroía la culpa y el sentimiento de fracaso por depender de su hija, y no ser ella la que la ayudara a conseguir el camino hacia la vida adulta. Mientras tanto, a Manuel le había podido la desesperanza y la frustración.

Si ya años atrás, a raíz del desempleo de Manuel, se generaron los primeros conflictos ocasionados por el cambio de roles de género en el matrimonio, con él ocupándose cada vez más de los cuidados y ella convirtiéndose en la principal proveedora del hogar, las nuevas obligaciones morales intergeneracionales vendrían a tensionar ahora las relaciones entre padres e hija, sobre todo entre Manuel y Alba. Ella decía tener la sensación de que su padre creía que lo infravaloraba y lo despreciaba por no asumir sus obligaciones como padre responsable y como cabeza de familia. Al mismo tiempo, ella manifestaba celos hacia sus padres pues opinaba que ella estaba pagando las decisiones de vida de ellos, y ante eso seguía defendiendo su derecho de tener una vida y una economía aparte.

Lo que dicen es que yo estoy empadronada en casa y que yo tengo dinero en la cuenta. ¡Ya, tengo dinero! ¿pero tengo una vida aparte no? Es que quiero decir, tengo 25 años ¿y si quiero comenzar con mi vida cómo lo voy a hacer? ¿Desde cero? ¿de cero? ¡No! De lo que ya llevo toda mi vida. Llevo desde los 16 años trabajando. ¿Para qué? ¿Para pagar las decisiones de la vida de mis padres? ¿Por qué ellos decidieron no? ¿Tener una casa, estar juntos no? Si legalmente estuvieran separados tendrían más ayudas, pero eso en sus cabezas no entra (Alba).

Desde que Manuel perdió el subsidio a Alba se le hizo insoportable la tensión de la casa, de manera que, cuando en la escuela en la que trabajaba le dijeron que no sabía cuánto ni cuándo habría trabajo para ella, decidió irse de casa por seis meses y visitar a su novia a Argentina, quien se había ido a estudiar. Era la primera vez que se iría de casa. Con su marcha, Alba esperaba alivianar el ambiente y la relación con su padre. Unas pocas semanas antes de marcharse ella me decía lo siguiente:

Sí, necesito tomar un poco de aire, y pues eso, lo que le ha pasado a mi padre no sé, pero a mí me parece que el rol que he cogido de trabajar, ganar dinero y aportar en casa le hace sentir peor. A ver si yo me voy, y ya no ve eso en casa, a ver si él se puede sentir mejor (Alba).

Además, marcharse era una forma de empezar, aunque fuera por un tiempo corto, una vida más autónoma y perseguir sus deseos. La inversión de las expectativas de los ciclos de vida y la dependencia de sus padres hacia ella, la había dejado agotada a temprana edad.

Yo al final lo he pasado muy mal. Lo único que he hecho muchos años ha sido sobrevivir. Estudiar, trabajar, estudiar, trabajar, estudiar, trabajar y salir un poco a desconectar, pero ahora ha llegado un momento en que me apetece plantearme mi vida, con mis cosas, qué me va a hacer feliz, y que me va a hacer...–baja la voz y termina– y creo que me lo va a hacer irme de casa (Alba).

Alba se marchó en julio de 2017 y aun así siguió dando 500 euros mensuales a su madre. Quería que ese dinero se utilizase, sobre todo, para las necesidades de su hermano pequeño o para cubrir las necesidades psicológicas de su padre.

Sobre todo, para mi hermano, si necesita algo mi hermano, si no puede pagar el *cole* (colegio) o el kárate, o cosas así. O si necesita algo que lo hagan con ese dinero, a modo de ahorro. E igual en este momento hay que plantear que mi padre tiene que ir a un psicólogo privado, porque en la pública solo lo citan una vez al mes y vemos que eso no es suficiente. Entonces si eso no se gestiona bien desde lo público pues bueno, yo le ofrecí a mi madre que, con mi dinero, fueran al privado. No para la vida. Si no para la salud, no sé (Alba).

La inversión de las obligaciones morales de esta familia, visibilizan la fragilidad de las actuales condiciones de reproducción social, que en muchas familias se sostienen en base a los recursos de los trabajos de la generación pasada. Ahora ella vive con la preocupación de cómo se las arreglarán si un día su madre enferma, o cómo los mantendrá en la vejez en un contexto de reformas y recortes.

En este sentido, el caso de la familia García Jiménez no solo muestra las imposibilidades de una parte de la generación mayor de ocuparse de sus hijos, sino también el agotamiento y la ansiedad de jóvenes adultos que pasan a tomar unas responsabilidades que no se habrían esperado, al tiempo que menguan sus expectativas de futuro.

7. A modo de conclusión

Como se ha intentado mostrar a lo largo del capítulo, la reproducción social, como continuidad que vincula a las generaciones en torno a proyectos domésticos de ganarse la vida y mejorar las oportunidades futuras, se apoya cada vez más en la prosperidad del trabajo las generaciones pasadas, mediante nuevas pautas de obligación moral intrafamiliares e intergeneracionales. De esta forma, la generación mayor que, gracias a su trabajo pasado, pudo acumular un colchón de ahorros, capitalizar salarios en forma de propiedad libre de hipoteca, y que ahora gozan de relativas buenas pensiones, además de buena salud –y tiempo debido a que muchos están prejubilados–, se sienten en la obligación de sostener a sus hijos adultos que viven unas condiciones sociales más precarias.

Es así como muchos hogares consiguen paliar con recursos familiares la crisis de las condiciones de reproducción social. De esta forma, la crisis de las condiciones de reproducción social se invisibiliza y contiene dentro y desde de los hogares. Como hemos visto, esta hogarización y moralización no permite resolver la misma crisis, sino que la refuerza dentro de los límites de los hogares, permitiendo los procesos tanto de devaluación interna como de giro neoliberal del Estado.

Además, el desplazamiento temporal hacia atrás de las relaciones de reproducción social no solo resuelve parcialmente las contradicciones del capitalismo, sino que, además, hay serias dudas de su viabilidad a largo plazo, debido a que las nuevas pautas de obligación moral se basan en premisas materiales difícilmente reproducibles por las generaciones más jóvenes. De ahí que cabe preguntarse si nos dirigimos a una crisis de reproducción social similar a los ya vividos en el sur global.

Por el momento, la reconfiguración de las obligaciones morales entre las generaciones se salda con la sobrecarga de trabajo y de responsabilidades de la generación mayor, y la conformación de una generación joven que se siente y percibe insuficiente al no poder asumir las responsabilidades que entiende que hay que tomar en la vida adulta. La ruptura de expectativas de vida y la dependencia genera en los jóvenes adultos un sentimiento de insuficiencia y devaluación que puede llegar a ser un obstáculo para la transformación de las bases materiales de la vida.

“VIVIREMOS PEOR QUE NUESTROS PADRES”: ESPERANZA, RESPONSABILIDAD Y REPRODUCCIÓN SOCIAL

1. Introducción: la geografía menguante de la esperanza

Con la crisis de los medios de vida y las expectativas (de los ciclos de vida), en el marco actual de austeridad, las promesas de bienestar y movilidad social ascendente se han hecho cada vez más insostenibles para amplios segmentos sociales. Los vecinos y vecinas que participan en esta etnografía, y que en su mayoría pertenecen a familias que llegaron a Errenteria en los cincuenta y sesenta persiguiendo la promesa de una vida mejor unida al trabajo industrial, enfrentan ahora una ruptura de esperanzas de un proyecto de vida y un futuro mejor.

Estas personas manifiestan una percepción de retroceso en un doble sentido. Por un lado hacen alusión a una involución, a un “hemos vuelto para atrás”, refiriéndose a un periodo anterior a la democracia marcado por un conflicto de clases más duro. En ese sentido, señalan la pérdida de conquistas sociales en la que ellos, la antigua clase obrera, protagonizaron el cambio social, y por medio de la cual mejoraron sus condiciones de vida adoptando un estilo de vida de clase media. Esta percepción de retroceso también recoge la sensación de empeoramiento de sus condiciones de vida en comparación con tiempos pasados cercanos, en los que entienden que se vivía mejor, con expresiones recurrentes como “cada vez estamos peor”.

Por el otro lado, la percepción de retroceso alude al futuro y a lo que previsiblemente se puede esperar del mañana. Desde esta perspectiva se ha perdido el sentido de un futuro mejor, y es de esperar que se avencinen tiempos peores, como señalan las expresiones de “viviremos peor que nuestros padres” o “a nuestros hijos no les queda futuro”. Esta sensación de retroceso viene muy marcada con la imposibilidad de alcanzar las expectativas de los ciclos de vida. De este modo, perciben que las políticas de austeridad amenazan los derechos futuros, a saber, el sistema público de pensiones, el de salud o el de educación, y

que es más difícil aún volver a lo que ellos llaman “la normalidad”. Muchos señalan que en el contexto actual de pérdida de derechos es difícil anticipar imágenes concretas sobre el mañana y por ende, también formular esperanzas. Algunos, los que menos, apuntan a que nos avecinamos al desastre, al colapso, señalando que “esto va a petar”.

En la práctica, el doble sentido de retroceso, de “hacer para atrás” y de “viviremos peor”, suelen manifestarse juntos. Muy residualmente, y tras aclarar o advertir las pocas posibilidades de éxito, o achacarlo a una característica personal de ser optimista, mis interlocutores/as expresan la posibilidad de que las cosas vayan a mejor como sociedad en el futuro. Es decir, la esperanza como “impulso futurista”, como una manera de presionar hacia el futuro que intenta convertir ciertas potencialidades en realidad (Bryant y Knight, 2019: 134), apenas tiene lugar en sus testimonios, y cuando lo tiene se ve casi inalcanzable. De esta forma sus percepciones expresan, como otras veces en el pasado, la crisis de los medios y las expectativas (de los ciclos) de vida, pero ahora, y a diferencia de otros momentos críticos, también apuntan a que se ha perdido la esperanza de un futuro mejor, es decir, se trata de una crisis de esperanza.

De hecho, distintas encuestas publicadas en los últimos años sostienen esta percepción de retroceso y este miedo a caer (Ehrenreich, 1990) para el conjunto de la sociedad vasca. Sin ir más lejos, según los datos de Deusto Barómetro del invierno de 2018, la mayoría de la sociedad vasca no cree que las futuras generaciones vayan a vivir en mejores condiciones que las generaciones pretéritas. Apuntan que no creen que puedan encontrar un empleo considerado digno en el País Vasco, ni que puedan ganar más dinero que las actuales generaciones. Es más, tan solo un 12,9% de los encuestados considera que su hijo o hija será más feliz (Foessa, 2019: 64).

En este capítulo estudio etnográficamente esta crisis de esperanza vinculada a los proyectos de vida, con el objetivo de poder arrojar claridad analítica al sentir de la desesperanza. Es decir, comprendo que los modelos de proyectos de vida, son una traducción⁸⁹ de la esperanza como “proyectos de hacer la vida mejor” para ellos y para la próxima generación (Narotzky y Besnier, 2014: 10). Ahora bien, lo que significa la esperanza o “una vida mejor” está construido en un tiempo y un espacio determinado. La esperanza de una sociedad está relacionada con el sentido de bienestar de esa sociedad, así como con una forma particular de relaciones de producción y distribución, en nuestro caso el Keynesianismo Fordista. Argumento entonces que en nuestra sociedad una vida mejor se ha equiparado con los sueños de movilidad social ascendente, entendido en gran medida como aumento de consumo de bienes y servicios (Hage y Papadopoulos, 2004: 109).

⁸⁹ Señalo que traducen porque quiero hacer hincapié en que las formas dominantes de esperanza no agotan todos los resquicios en que las personas esperan del futuro, pero estos horizontes o esperanzas sí enmarcan de algún modo sus aspiraciones.

En ese sentido me interesa indagar en las transformaciones de las “experiencias vividas” que habrían llevado a la gente a la crisis de la esperanza de una vida mejor (Kosseleck, 1985). Estas experiencias, aclaro, son tanto propias como ajenas, vividas como transmitidas por generaciones e instituciones, así como reconfiguraciones míticas de los recuerdos de ese pasado. Es decir, son relecturas o reevaluaciones donde se resignifican con intensidad los tiempos pasados, debido a que la gente busca explicar, pero sobre todo afrontar, material, emocional y racionalmente los tiempos de crisis, austeridad y de ajuste estructural (Knight y Stewart, 2016: 3-4).

El presente capítulo se divide entonces en cuatro partes. En la primera mostraré esta percepción de retroceso, buscando identificar las grandes rupturas materiales y morales de los proyectos de vida que habrían generado esta percepción de desesperanza. ¿Cuáles son los elementos y por qué estos son, y no otros, los que producen una perspectiva de retroceso en Errenteria? Argumento que tales elementos están vinculados con las condiciones en las que se sustentó la esperanza en Errenteria, es decir, a cómo entienden estos/as vecinos/as “una vida mejor”.

En la segunda parte del capítulo vinculo la crisis de esperanza y el creciente desencanto con la economía moral. En ese sentido, sostengo que la crisis de esperanza y la perspectiva de retroceso expresa en el fondo la transgresión de la economía moral Keynesiana-Fordista, como aquel pacto en el que el crecimiento, la redistribución y la inclusión se basaba en la expansión del capital productivo, el empleo, el consumo y los beneficios sociales. En ese sentido, muestro la indignación que mis interlocutores/as sienten al observar que sus proyectos de vida no están conduciendo a ese horizonte de ascenso prometido. Señalo que la ruptura de la economía moral muestra que lo que está en juego es la estructura de la responsabilidad, y de quién cuidará de las personas de un lugar, en un contexto en el que las políticas neoliberales están desplazando la responsabilidad de la reproducción social al individuo. De esta forma, muestro el miedo a que la transformación de las condiciones de reproducción social, que ya llevan viviendo por lo menos cuarenta años, devenga al fin con las políticas de austeridad en una crisis irresoluble de reproducción social. “¿Qué será de nosotros? ¿Qué será de mis hijos?”, se preguntan mis interlocutores/as sabiendo que no existe una respuesta clara lo suficientemente tranquilizadora.

En la tercera parte del capítulo me centraré en identificar los elementos o mecanismos en los que estas clases trabajadoras de Errenteria confían para contrarrestar o paliar las políticas de austeridad y ajuste, y así protegerse de un futuro que, según ellos, “irá a peor”. Muestro como en Errenteria parece haberse instalado un sentido común de que las estrategias individuales y familiares son la mejor opción para enfrentar el futuro.

En ese sentido, apunto a que las instituciones financieras, con mediación del Estado, han encontrado una oportunidad de enriquecerse, ofreciendo una variedad de instru-

mentos como seguros de vida, planes de pensiones e hipotecas que se presentan como solución a la crisis de futuro. De esta forma, la clase trabajadora precarizada se encuentra en una contradicción, intentando apostarle a estos recursos sin tener la capacidad de hacerlo. Argumento que lo que expande el desencanto la crisis de esperanza y el desencanto que se respira en Errenteria muestra, la conciencia de estos vecinos y vecinas de no poder detener la crisis de reproducción social por mucho tiempo.

Termino el capítulo, con el ejemplo del movimiento por unas pensiones dignas y reflexiono sobre los márgenes para una política de la esperanza a través de las generaciones. Argumento que las generaciones jóvenes de la ciudad están dando por perdida la batalla de reescalar la crisis de reproducción social en términos políticos y económicos. Como defenderé en la parte final de este documento, esta resignación no debería de ser interpretado como conformismo o insolidaridad, más bien, su resignación apunta a las dificultades de enfrentar los desafíos que comporta sacar la vida adelante y luchar en una economía global financiarizada y bajo condiciones de ajuste estructural.

2. El sentido común de retroceder

La primera vez que escuché la expresión de “viviremos peor que nuestros padres” fue por parte de Alex (42). Él y Ana (52) tenían el hábito de juntarse al mediodía para tomarse un trago después de trabajar. Desde que Ana me invitó a unirme a la ronda mañanera, era habitual que, de cuando en cuando, me preguntaran por la tesis, y entonces cuestiones relativas a la crisis, el trabajo, o el futuro salieran a colación de forma distendida. Para Alex, que ya superaba los cuarenta, la experiencia de retroceso que estaba experimentando su generación era más que evidente. Según él, los buenos tiempos habían pasado y ahora ellos, las generaciones jóvenes, tenían que enfrentar un marco donde prácticamente era imposible reproducir las trayectorias o proyectos de vida que tuvieron las generaciones anteriores.

Desde luego, no fue el único que señalaría esta percepción de retroceso al comparar su situación actual en deterioro con la experiencia previa (propia y ajena) de relativa prosperidad. Una prosperidad pasada que, en parte, está ideológicamente construida en tanto que refleja un pasado que es reevaluado (del que se seleccionan unas partes, mitificándolas, y se olvidan otras) desde el colapso de los medios de vida que hoy viven (Knight, 2011).

En general, mis interlocutores/as expresaron esta perspectiva de retroceso y crisis de esperanza en términos generacionales, como lo expresó Alex:

Yo creo que teníamos metido, dentro del imaginario colectivo, que viviríamos mejor que la generación anterior ¿no? Yo por parte de mis padres también recibí ese men-

saje. Ellos tuvieron que trabajárselo mucho. El padre no fue a la escuela, y la madre sí que fue y quiso seguir estudiando, pero no pudo. Entonces, es eso ¿no? Poder dar esas oportunidades, no tener que trabajárselo tanto para poder disfrutar de la vida. Y en algunas cosas sí, pero en otras cosas... o igual sí que lo vivimos, igual hasta que yo fui a la universidad sí que había ese contexto socioeconómico, pero luego ya me di cuenta de que para conseguir una casa o tener otro nivel de bienestar, lo tendríamos más difícil (Alex).

Por un lado, mis interlocutores/as señalan que sus trayectorias y proyectos de vida están involucionando en comparación con las generaciones anteriores. Evalúan sus trayectorias de vida con los estándares de progreso material que vivieron sus padres en etapas similares de sus vidas. Ese progreso material, en su mayoría en forma de aumento de consumo, es lo que identifican con la representación social de una “vida mejor”. De esta manera, los proyectos de vida de sus padres funcionan como guías a la hora de llevar adelante las suyas.

Así también, Alex entendía que su trayectoria de vida estaba involucionando en comparación con la de sus padres. Él, hijo menor de cuatro hermanos, nació y se crió en el barrio de Galtzaraborda hasta su adolescencia, hasta que sus padres, Pilar e Iñaki, consiguieron hacerse una casa en el campo como siempre habían soñado. Ella llegó a Errenteria en los años sesenta dejando atrás un pueblo rural de Castilla y León, y con tan solo 17 años siguió el camino de su hermana y otras tantas mujeres del pueblo que se acercaron al norte en busca de un futuro entre las grandes industrias. Ahí conoció al que sería su marido, Iñaki, un joven de caserío de un pueblo aledaño a Errenteria, quien, aunque le apasionaba la agricultura, terminó convirtiéndose en albañil. Pilar trabajó en las fábricas, especialmente las textiles como La Lanera, hasta que la reconversión industrial la expulsó, y desde entonces se dedicó a la crianza y al cuidado de sus hijos. Alex se acuerda de los años duros de los noventa, de cómo durante un tiempo sus hermanos tuvieron que apoyar económicamente en casa. Pero también recuerda que lo superaron con cierta facilidad, que incluso sus padres se hipotecaron de nuevo en buenas condiciones, no como ahora, decía, que los préstamos eran muy abusivos.

De este modo, para finales de los noventa, se compraron una casa en el campo. Recuerda el boom de la construcción de los 2000, y que su padre no pisaba la casa del todo el trabajo que tenía. También me contó, que su padre se pre jubiló unos años antes de la crisis del 2008, con la hipoteca de la segunda casa ya pagada. Señala que fue entonces cuando su madre decidió volver al mercado laboral, para asegurarse una pensión por muy limitada que esta fuera, pero también por una cuestión de valía y de realización. No fue por necesidad económica, subrayó Alex. Miraba la vida de sus padres y creía que tenían todo lo que necesitaban. Era una historia de éxito de gente que no tenía nada y que se con-

virtió en una familia acomodada. Ahora en su vejez, disfrutaban de su vida en el campo, del trabajo en la huerta, de las visitas de los nietos y, económicamente, estaban cubiertos. Aunque sus pensiones eran limitadas, tenían ahorros, ninguna deuda y recibían una renta mensual del alquiler del primer piso. Con eso les bastaba para ellos y para ayudar a todos sus hijos, por ejemplo, con la entrada de la hipoteca.

Todos los vecinos y vecinas que conocí en Errenteria me contaron una parecida historia de prosperidad, de familias trabajadoras y migrantes que, de no tener nada, con trabajo y esfuerzo consiguieron labrarse un futuro mejor hasta convertirse en aquello que comúnmente suele denominarse “clase media”. Así, comenzaron destacando que provenían de familias que, en su mayoría, migraron a Errenteria en los años cincuenta y sesenta bajo la esperanza de que la industria les posibilitara una vida mejor. La mayoría provenía de pueblos rurales del interior del Estado español –de los que hoy han pasado a conocerse como parte de la “España vaciada”– y destacan la falta de recursos y la escasez con los que partieron. Después se centran en el trabajo duro que tuvieron en las fábricas, en los años viviendo como pupilos, en la vida austera o “sin alegrías”, y en la lucha dentro del movimiento obrero y asociaciones de vecinos, para después destacar el pleno empleo, el empleo estable, los sueldos ascendentes, la capacidad de comprarse una casa sin hipotecarse de por vida, o las vacaciones, los viajes, e incluso las segundas residencias.

Ellos glorifican los años setenta, la lucha antifranquista, las grandes huelgas de las fábricas, la conquista de derechos sociales y el movimiento sindical. Se detienen en la reconversión, clasificándola como “la gran crisis” o “la crisis de verdad”. Aclaran que fueron años duros en sus casas, pero, incluso entonces, hablan de que mantuvieron la creencia de que un futuro mejor sería posible. A pesar de la crisis, las esperanzas de movilidad social ascendente se alimentaron, según el momento, de un elenco variable de horizontes de progreso como: la integración a Europa, la modernización que superaría la crisis industrial, el acceso a la educación superior de sus hijos y, más tarde, la euforia financiera e inmobiliaria de los años 2000 (Rodríguez, 2022: 283).

De este modo, cuando actualmente los/las vecinos/as de Errenteria señalan esta perspectiva de retroceso, se refieren en gran parte a no poder alcanzar esos estándares de bienestar por sí mismos. Tales memorias nostálgicas del pasado dejan “sombras” en el presente. David Zeitlyn (2015: 399), lo define como los “futuros pasados”, aquellos que un día se prometieron y se creyeron posibles y hoy ya no lo son, o por lo menos no con la misma certeza. Las generaciones jóvenes expresan dificultades importantes para mantener vivas las expectativas sociales, mientras que las generaciones mayores se lamentan de que sus hijos no puedan alcanzar los mismos estándares de bienestar que ellos alcanzaron, después de todos los esfuerzos realizados.

La perspectiva de retroceso no se refiere solo al colapso de los medios de vida y a la imposibilidad de alcanzar unos estándares de progreso material, sino también a las implicaciones que tiene ello en la estructuración de los ciclos de vida. Mis interlocutores/as entienden como retroceso el no poder ser autónomos desde su trabajo o el depender de la ayuda de sus padres recurrentemente, lo que, como hemos visto anteriormente, tiene fuertes implicaciones en el valor de las personas. Además, la ruptura de los ciclos de vida, ha alterado la comprensión de las trayectorias vitales.

Por ejemplo, Alex a la hora de explicarme esta perspectiva de retroceso subrayó que su trayectoria de vida no era lineal y ascendente como era el de sus padres. Destacó los grandes impedimentos para poder tener una trayectoria de vida como el de ellos: la falta de oportunidades de empleo dignos (acordes a su formación), y las dificultades de acceso al crédito o los créditos abusivos. De este modo, subrayó sus dificultades de mejora económica, señalando que, a pesar de que llevaba más de 15 años trabajando como socio trabajador en una cooperativa cultural, su salario apenas había mejorado. Además, insistió que, a pesar de su teórica y aparente seguridad laboral, haciendo alusión a los años trabajados y a su posición como cooperativista, su jornada y sueldo dependían de las matriculaciones y de garantizar trabajo para todos los socios trabajadores, por lo que no sabía su jornada de trabajo del año siguiente, pues cada año debían de repartirse el trabajo total entre todos los socios. Por ejemplo, cuando lo conocí trabajaba a dos tercios de jornada.

Además, me señaló que su sueldo de poco más de mil euros estuvo congelado durante cinco años debido a las políticas de austeridad de la administración pública, que recortó las subvenciones a cooperativas y becas a estudiantes. Aunque con la congelación de sueldos y despidiendo a los trabajadores no socios, o mejor dicho, no contratándolos de nuevo (debido a que estos tenían contratos de curso escolar que se renovaban cada septiembre, y se daba por hecho que en verano agarraban el desempleo), consiguieron conservar los puestos de trabajo de los cooperativistas, insistía que el salario no le permitía hacer grandes inversiones. De hecho, su meta financiera era ahorrar entre 500 y 1000 euros al año, pero a duras penas lo conseguía. En el 2016 decidieron restablecer de nuevo los sueldos debido a que la administración había descongelado las partidas, de modo que Alex se atrevió a dar el paso y se animó a comprarse un pequeño piso, para el cual destinó todos los ahorros de su vida, necesitando aun así la ayuda de sus padres para la entrada. Alex acudió a la caja de ahorros con grandes dudas de si él era apto para optar a un crédito. Se sorprendió cuando le dijeron que sí. Aun así, esperaba que la caja le diera unas buenas condiciones después de que sus padres y sus hermanos hubieran tenido ahí las hipotecas, pero no fue así. Alex se hipotecó por treinta años y recurrentemente hacía bromas que dejaban entrever cierta indignación, cuando señalaba que no sabía si llegaría vivo al final de la hipoteca. A pesar de que a partir de la descongelación de salarios, su sueldo subió hasta casi los 1300 que ganaba actualmen-

te, con la hipoteca Alex perdió capacidad de ahorro y se sentía más inseguro que años atrás. Varias veces me señaló que éste no era el futuro que se había imaginado. Que pensaba que a los cuarenta, su situación económica sería más holgada.

La dificultad de reproducir los proyectos de vida de las generaciones pasadas y la dependencia a los padres en la edad adulta alimentan la percepción de retroceso. Para Alex, el horizonte de clase media se derrumbó cuando, ya como adulto, vio que no podía tener una vida autónoma, ni mucho menos alcanzar el progreso material de sus padres en los términos que ellos lo habían hecho, es decir, mediante el trabajo asalariado.

Es decir, para él, la promesa de movilidad social ascendente resultó falsa a pocos años de terminar la universidad, allá por el 2000, cuando se encontró con que ni con estudios superiores podía evitar la precariedad. Para él, que es el único de cuatro hermanos que cuenta con estudios universitarios, el principal motivo de estudiar sociología había sido la inquietud intelectual. Y aunque no le veía grandes horizontes, sí esperaba que esto le diera acceso a un tipo de trabajo cualificado y mejor pagado (que los trabajos sin cualificación). Sin embargo, rápido perdió la esperanza de poder vivir con lo que había estudiado al solo encontrar trabajos de becario, que por aquel entonces no efectuaban ni contratos laborales sino becas, de modo que volvió a la hostelería en pocos años.

Desde la adolescencia Alex había estado involucrado –como militante– en asociaciones y colectivos culturales y a favor del euskera, así que cuando una persona de uno de esos colectivos le llamó ofreciéndole trabajo en una cooperativa, aceptó el trabajo aunque no estaba relacionado con sus estudios. Empezó con una jornada muy reducida compaginándolo con el bar, y al de cinco años le ofrecieron hacerse socio. Por aquel entonces la rotación de trabajadores en la cooperativa era alta ya que los sueldos no eran gran cosa. Generalmente eran jóvenes que dejaban el trabajo tan pronto les salía una mejor oportunidad con la intención de abandonar “el mileurismo”⁹⁰, pero después de la crisis del 2008, lo que a principios del 2000 se consideraba un mal sueldo y un indicador de precariedad, empezó a verse como algo aceptable, incluso como una aspiración. Y así pasaron los años, y ahora Alex se mostraba sorprendido al reflexionar que llevaba ya más de 15 años en un empleo que pensó que sería transitorio.

A pesar de que mis interlocutores/as sitúan el retroceso en términos generacionales, incidiendo en las transformaciones estructurales político-económicas, generalmente el fracaso de los proyectos de vida despierta sentimientos de frustración y culpa individual. En una ocasión Sara (30) lo expresó de la siguiente manera:

⁹⁰ El término mileurista no hace referencia sólo a un tramo concreto de renta, sino que se utiliza para describir a toda una generación que cuenta con estudios superiores e idiomas, atrapada en un mercado laboral flexible y precario, rotando de un trabajo a otro. El término se le atribuye a Carolina Alguacil que escribió una carta al director del diario El País en el cual denunciaba las condiciones de una generación bajo el título “Yo soy mileurista” https://elpais.com/diario/2005/08/21/opinion/1124575203_850215.html

Te vas frustrando porque tú te has imaginado la vida de otra manera. Claro, cuando con veinte años te preguntan cómo te imaginas en los treinta, pues claro, yo no me imaginaba así. Me imaginaba con un trabajo de lo mío, un poco que me gustara, no sé, como más no sé, en otro, no sé. Pues igual sin más, pues a eso que te lleva la sociedad, a algo como más estable (Sara).

Por otro lado, la perspectiva de retroceso también está vinculada a lo que entienden como una involución democrática y del Estado de Bienestar, en el que se habrían perdido –o degradado– los derechos y las conquistas sociales que tanto pelearon anteriormente. En ese sentido, mis interlocutores/as señalaban que era una “vuelta atrás” a periodos anteriores de la democracia, sin apenas derechos laborales y servicios públicos. Éstos mencionaron los recortes, las privatizaciones o el encarecimiento de los servicios básicos como la educación y la sanidad, mientras el Estado se dedicaba a rescatar bancos. También señalaron la degradación de los derechos, en especial los laborales, como por ejemplo las facilidades de ser despedido.

Según ellos, han transitado de un momento en el que “todo estaba por hacer”, como señaló Anabel (65) en una ocasión, en el que construyeron un Estado de Bienestar –por muy limitado que este fuera–, a otro momento actual en el que “lo poco conseguido se estaba perdiendo”. Algunos atribuyen la culpa a los sindicatos, señalando que han dejado de proteger los intereses de las clases trabajadoras, mientras que para otros la responsabilidad es de la generación, por no haber luchado lo suficiente. Los jóvenes, que se han criado con historias sobre las batallas libradas por familiares como parte del movimiento obrero de la ciudad, aceptan parte de la culpa. Sara, por ejemplo, señaló lo que a su parecer era el conformismo y la poca conciencia de su generación:

Nuestros padres tuvieron que pelear muchas cosas, bueno no sé, porque eran otras épocas y porque había que pelear por muchos derechos, pero a nosotros nos ha tocado una comodidad, un poco de inconsciencia. Que sí trabajamos, pero somos más parados ¿no? Viene la crisis y me da igual porque a mí no me afecta tampoco, yo tampoco hago nada para que el mundo mejore (Sara).

Y, por último, la perspectiva de retroceso y la pérdida de esperanzas en un futuro mejor vienen alimentadas por la percepción de pérdida de derechos futuros, debido a que el Estado está completamente subordinado al poder económico cada vez más financiero. Para la mayoría, el régimen de austeridad muestra la tendencia neoliberal del Estado, el cual seguirá desresponsabilizándose paulatinamente de la reproducción social colectiva, al tiempo que seguirá fortaleciendo las alianzas con el poder económico a cualquier precio. En ese sentido, mencionan el previsible encarecimiento de la educación superior, las posibilidades de que se establezcan co-pagos en la sanidad y, sobre todo, la degradación

sustancial o la desaparición del sistema público de pensiones. De hecho, la pérdida del derecho a una pensión es lo que más alimentaba la percepción de un futuro peor.

Si bien el sistema de pensiones público viene revisándose desde los noventa, la última reforma reforzó el lenguaje de “insostenibilidad”, apelando básicamente a cuestiones de orden demográfico tales como el aumento de la población de más de 65 años y el aumento de la esperanza de vida, que sumándole el contexto de crisis que habría disminuido la contribución al fondo de pensiones de la Seguridad Social, habría dado como resultado que el sistema público de pensiones fuera inviable. Más allá de que los responsables políticos olvidaran elementos de suma importancia que afectan a la viabilidad financiera del sistema de pensiones público, como por ejemplo las formas inestables de empleo que acarrearán que las contribuciones a la Seguridad Social caigan, lo interesante del lenguaje utilizado en la reforma fue que resignificaron el término sostenibilidad. Pasaron de su sentido original, que hace referencia al compromiso con la reproducción social mediada por el Estado –como una cadena continua de dependencias que vincula generaciones– a una comprensión aritmética que reducía la sostenibilidad al equilibrio financiero de las cuentas del Estado (Narotzky y Pusceddu, 2020: 491-496).

De este modo, la reforma se concretó en el reforzamiento del principio de contributividad, alargando la edad de jubilación (de 65 a 67 años) y aumentando los años necesarios para el cálculo de la pensión (de 35 a 37 años), lo que dificulta el acceso a unas pensiones significativas, especialmente entre quienes tienen trayectorias laborales más inestables. Pero esta reforma además ayudó a consolidar un sentido común de inviabilidad del sistema público de pensiones a medio y largo plazo, al no solo tomar los datos demográficos como el principal factor, sino por presentarlos como si fueran parte del orden natural e imposibles de transformar (por ejemplo, mediante la derogación de la ley de extranjería). En este sentido, todas las personas con las que interactué en Errenteria, independientemente de su trayectoria laboral, veían más que probable que se dieran nuevas reformas que terminarían haciendo desaparecer o precarizando las pensiones públicas, de tal forma que no serían suficientes para vivir adecuadamente la vejez, y mucho menos para sostener las solidaridades familiares intergeneracionales.

Esto se convertía en algo especialmente angustiante sobre todo para las mujeres, jóvenes y migrantes, que en mayor medida tienen trayectorias laborales inestables, (periodos de estudio largo, o con retornos continuados a los estudios o al desempleo) y de bajos sueldos, por lo que eran conscientes de que, seguramente, no dispondrían de los años de trabajo acumulados ni de los niveles salariales suficientes para acceder a pensiones significativas. Ello era vivido en el día a día con mucha ansiedad, al percibir por delante un futuro que no saben cómo asumir. Así también Alex, que lo expresó de la siguiente manera:

La otra vez también creo que te lo dije. A mí me preocupa bastante, bueno que no lo tengo metido aquí –y se toca la cabeza–, porque si no me agobiaría, pero lo de las pensiones. Cuando nos retiremos, yo no sé qué será de nuestras vidas. No sé si tendremos pensión o cómo serán las pensiones, para qué nos dará eso. Y entonces yo, en esas cosas, veo que estamos haciendo para atrás. Lo que hablábamos antes al comer, que viviremos peores condiciones de vida. Que (a ver) al mismo tiempo tampoco es verdad, porque yo claro, he podido ir a la universidad y eso para mis padres era inimaginable (Alex).

En resumidas cuentas, la precarización de las condiciones de vida evaluada desde la prosperidad pasada, la imposibilidad de alcanzar el progreso material similar a las generaciones anteriores, la ruptura de las expectativas de los ciclos de vida y la dependencia prolongada, la degradación de los derechos y servicios públicos, así como la percepción de amenaza de derechos futuros se han identificado como algunos de los elementos principales que alimentan esta visión de retroceso y en concreto la crisis de esperanza en Errenteria.

3. La transgresión de la economía moral fordista-keynesiana

“Es que joder, terminar así es triste, ¡eh! Empecé a trabajar a los 14 años y ¿para eso? Es triste ¡eh!”. Así se expresó Carmen un día, después de contarme cómo sus abuelos llegaron desde Extremadura con sus hijos pequeños de la mano en busca de una vida mejor a principios de los cincuenta y cómo ahora ella, a pesar de haberse pasado la vida trabajando, estaba batallándole para llegar a fin de mes. A sus 55 años, Carmen estaba desempleada y de baja médica. En el momento que dijo esta frase, llevaba esperando por más de 4 meses a ser tratada en rehabilitación por la sanidad pública, –finalmente esperaría un año entero–, y con una preocupación que le quitaba el sueño de no saber qué sería de ella una vez terminara la prestación por desempleo:

Mira. Si no puedo hacer ese trabajo, ¿dónde voy a estar yo? Yo no tengo estudios, yo no tengo nada. Utilizar el ordenador solo para mí. O sea, poner música y otras dos o tres cosas, no más. Solo sé trabajar en tiendas. Yo eso sí, yo se vender y me gusta. Pero los sueldos en las tiendas son muy bajos y muchas horas. Y no me importa, yo estoy dispuesta. Pero para terminar (jubilarse) me quedan qué, diez o nueve años, ¿no? ¡Ah no! ¡11 años todavía! que lo han subido hasta los 67. ¿Y para calcular el sueldo miran los últimos ocho o seis años no?, ¿y hacen una media verdad? ¡A ver cómo estoy! Es que, y si encuentro algo, será algo pues eso, de 700 o 800 euros al mes. Y con eso, ¿qué pensión? si es que hay claro. De aquí a 10 años no sé cómo estará eso. Veo el futuro muy negro (Carmen).

Más allá de la precariedad material y la ansiedad emocional producido por no saber cómo se las arreglará en un futuro próximo, el caso de Carmen es un buen ejemplo de la indignación que sienten las personas con la crisis de los medios de vida y la ruptura de las expectativas de vida, lo cual lo perciben como una transgresión de la economía moral del capitalismo de bienestar.

Carmen entendía que se había violentado el principio de gratificación diferida vinculada a la ética del trabajo, según el cual existía una promesa de que el esfuerzo y el sacrificio en el lugar de trabajo, como en el hogar, serían recompensados en un futuro, ya sea por medio de mejores trabajos y sueldos, de una jubilación significativa, de ahorros, patrimonio, etc. En definitiva, una mejor vida. Eran esfuerzos que se hicieron en relación con las proyecciones de un futuro mejor. Esta ética del trabajo duro y el sacrificio fue especialmente importante en familias de migrantes como la suya, que aceptaron condiciones de trabajo y de vida extenuantes. De hecho, esta fue la causa recurrente del enfrentamiento entre los trabajadores en Errenteria por las primas y la productividad⁹¹.

Carmen señaló, por ejemplo, cómo en una casa similar a donde ella ahora vivía sola, vivió con sus tres hermanas, sus padres y otra familia de extremeños que durante un tiempo estuvieron en su casa como pupilos. “¡Imagínate! nueve personas en una casa de dos habitaciones”, me dijo echándose las manos a la cara. También recalcó cómo, cuando ella era pequeña, su padre compaginaba dos y tres empleos trabajando en talleres y de vigilante por las noches, hasta que un día encontró trabajo en las Fundiciones Luzuriaga. Gracias a ese trabajo y, según ella, gracias a todos los esfuerzos realizados anteriormente que le condujeron a ello, sus padres pudieron comprarse una vivienda, comenzar a generar ahorros, comprarse electrodomésticos, etc. Eran por fin una historia migratoria de éxito. Más tarde su padre accedió a una buena pensión y, aunque cuando falleció la pensión de viudedad de su madre fue más ajustada, dice que tenían lo suficiente para vivir bien.

Carmen también se crió y guió por esa misma ética del sacrificio, esperando ser recompensada en el futuro. Como la mayor de cinco hermanas, la sacaron de la escuela a los 14 años para mandarla como trabajadora doméstica en régimen de interna a Donostia, con

⁹¹ Anabel, recordando sus años como trabajadora del metal, me señaló este conflicto en una ocasión:

Mira, nosotros tampoco es que tuviéramos lujos, quiero decir, nosotros también éramos pobres, no teníamos demasiada ambición, pero la gente que viene de fuera siempre tiene otra perspectiva en esta vida, porque si no, no dejas tu casa. Entonces ellos hacían un trabajo –resopla– tremendo, tremendo, y claro pues alteraban los mínimos. Quiero decir, si el controlador creía que a partir de un tope ya era imposible producir más, y veía que algunos trabajadores superaban esa imposibilidad, pues subían el mínimo que había que producir. Claro era una trampa impresionante. Entonces nosotros éramos muy críticos con la gente de fuera. Claro, ahora lo entiendo, porque la edad te da otra perspectiva. ¡Pero es que venían a saco! ¡A saco! Y nosotros éramos pues, de otra forma. Buena que algunos de los nuestros también ya eran así e, pero quiero decir en general. Las perspectivas. Querían comprarse rápido una casa, porque vivían como pupilos en casas, un montón de gente, familias, lo entiendo, pero era un poco... Siempre tuvimos esa pelea (Anabel).

una de las grandes familias industriales gipuzkoanas, la familia Rezola. Desde entonces Carmen no ha parado de trabajar, tanto dentro como fuera de casa.

Recuerda con anhelo los finales de los años setenta, la ilusión por la llegada de la democracia o la cada vez más real adhesión a Europa, que los sacaría del retraso provocado por la dictadura y les equipararía a la realidad del resto de europeos, con buenos salarios, consumo de bienes, y un Estado de Bienestar con derechos en salud, educación y seguridad social. Se acuerda del tiempo que trabajó en una tienda de souvenirs en Donosti, y cómo llegaban turistas franceses bien vestidos comprando regalos para familiares.

También recuerda emocionada como en su adolescencia trabajó en una pequeña tienda dentro de aquel hipermercado de firma francesa que se construyó en las periferias de Errenteria a finales de los setenta, convirtiéndose en la primera gran superficie de consumo de todo el Estado. Ellos, que solo habían visto algo así en Hendaia o en los viajes al Estado francés, tomaron la construcción de aquel hipermercado como un indicador de modernidad y la prueba de que cada vez estaban más cerca de Europa y de que los problemas pronto se solucionarían. Me cuenta cómo se amontonaron los vecinos y las vecinas en las puertas, ansiosos/as por ver de primera mano la abundancia del hipermercado, o de subir las primeras escaleras mecánicas de sus vidas. Estaban avanzando los tiempos. Aunque su sueldo era muy bajo, y trabajaba muchas horas, cada año iba mejorando levemente por lo que eso les otorgaba una comprensión lineal y ascendente de los proyectos de vida.

De este modo y a pesar de la reconversión y la crisis de los ochenta, señala que había esperanza de que las cosas más pronto que tarde mejorarían: la inversión en las fábricas haría superar la crisis industrial, ganar competitividad, la economía se reactivaría y en consecuencia los trabajadores se acercarían a las condiciones salariales europeas. Además, ahí estaban también los fondos europeos, las ayudas. El retraso era evidente e ineludible. Así que eran momentos de sacrificarse y trabajar duro, pero no tenía dudas de que todo iría a mejor. Asimismo, en aquella época, dice Carmen, había una gran confianza en los sindicatos. Además, los créditos bancarios ayudaron a mantener esta comprensión lineal y ascendente de los proyectos de vida. Así también Carmen, que nada más cumplir veinte años, se casó y se compró su primera casa, ropa elegida por ella e hizo sus primeros viajes, en gran medida gracias a los créditos bancarios que estaban a la orden del día. Luego llegaron los hijos, Iker y Maite.

La cultura de la inversión con base a los futuros prósperos era algo extendido entre las economías domésticas de clase trabajadora, tanto que se esperaba y se les impulsó a arriesgar sus medios de subsistencia y se endeudaran, al igual que a los empresarios, para llevar a cabo sus planes de vida (Sabaté, 2016: 11). De esta forma, Carmen tampoco lo pensó dos veces para tomar el traspaso de la tienda de bisutería donde trabajaba cuando su jefe les comunicó su intención de cerrar la tienda a mediados de los ochenta, aunque para

ello también tuviera que pedir un préstamo. Carmen se convirtió de pronto en su propia jefa y empezó a tener por primera vez en la vida algo de autonomía respecto al dinero, ganando margen para tener dinero propio fuera de matrimonio. Incluso empezó a pagar a su hermana menor por cuidar de sus hijos. Carmen cuenta nostálgica aquella época donde parecían haberse borrado las fronteras de clase. De cómo se compró su primer auto, de los regalos que les hacía a sus hermanas y a su madre: gafas, bolsos, collares, etc. El nivel de consumo que permitió el crédito dio una sensación de movilidad ascendente. Además, aunque dice que se mató a trabajar y que su salario siempre fue inferior al de su marido, Carmen empezó a tener unos ingresos sustancialmente mejores que cuando era asalariada.

Durante estos años el joven matrimonio adquirió una gran deuda, porque a pesar de que la ciudad estaba engullida en una gran depresión, la esperanza de que las cosas pronto irían a mejor era un mantra repetido por los responsables económicos y políticos.

Y ella y su marido, como muchos otros vecinos y vecinas, lo creyeron y se endeudaron confiando que lo pudieran ir pagando en el futuro. Mientras tanto los dos sueldos ayudaban a mantener el estilo de vida conseguido: el suyo se dedicaba íntegramente al pago de la hipoteca mientras que con el de él, que trabajaba de mecánico, vivían. Para Carmen esta época de prosperidad se detuvo en los noventa, cuando se vio obligada a cerrar la tienda y con una gran deuda a las espaldas. El hipermercado iba a quitar todas las pequeñas tiendas de la entrada del hipermercado a favor de un pasillo ancho, y aunque en un primer momento se plantaron y comenzaron una protesta que duraría meses, después llegaron a un acuerdo con la que le indemnizaron años después.

A pesar de que ahora se puede juzgar como arriesgada la adquisición de la deuda en ese contexto de depresión económica, como señala Carmen, las esperanzas de que las cosas irían a mejor eran tan sólidas y compartidas, que no lo vieron venir. “Es que claro, todo eso fue de la noche a la mañana. Y no lo esperas. Y todo sin pagar”. Aquello alteró completamente la economía y la relación doméstica, tensándola tanto que años después, con los hijos ya crecidos, se separarían. Por lo pronto, renegociaron la deuda en peores términos y Carmen tuvo que recurrir de nuevo a sus padres, para que le echaran una mano, sobre todo en el cuidado de los hijos, no pudiendo ya costear el sueldo de su hermana. También redujeron considerablemente el consumo del hogar.

Desde entonces Carmen no ha parado de trabajar. Es más, ha trabajado más que nunca, tanto dentro como fuera del hogar, pero su trayectoria laboral y su autonomía y capacidad económica han ido cuesta abajo y con ello también su calidad de vida. Cuando cerró la tienda Carmen se encontró con un mercado laboral profundamente precarizado. Desde entonces, sus únicas oportunidades de trabajo serían en la informalidad o con contratos temporales mal pagados que le han exigido tener más de un empleo a la vez. Así ha trabajado de bordadora, dependienta, vendedora de libros puerta a puerta o agente de

seguros a domicilio, hasta que a principios del 2000 empezó a emplearse –hasta la actualidad– de nuevo como trabajadora doméstica en distintas casas, profesión que pensó que nunca más ejercería, desde que con 14 años la metieran de interna. Antes de quedarse desempleada, trabajó aproximadamente un año como empleada de limpieza a domicilio para una empresa subcontratada por el ayuntamiento de Donostia, con un contrato eventual que se iba renovando quincenalmente.

Cuando la conocí, a sus 55 años estaba de baja médica, con varias hernias y con un dolor en el brazo que le impedía volver a trabajar como trabajadora doméstica. Era beneficiaria de una prestación social que no sabía cuándo se terminaría. Carmen expresó varias veces sentirse defraudada y desencantada con “el sistema”. A pesar de que cuando la conocí conservaba cierta esperanza de que el Estado le concediera una prestación por invalidez, aunque consideraba vergonzoso y triste tener que depender de la asistencia social para vivir, con el pasar de los meses y al ver que ni siquiera era atendida por la sanidad pública, empezó a perder toda esperanza de recibir la prestación. Tanto a ella como a sus hijos les parecía humillante todo el tiempo de espera para ser atendida por la sanidad, a pesar de los dolores que decía tener. Pero se decepcionaron aún más cuando, después de un año de esperar la rehabilitación, le comunicaron que una vez que terminara las sesiones prescritas se quedaría sin prestación: “¿Qué voy a hacer? Se terminará el paro y ¿qué voy a hacer?”.

Carmen se sentía abandonada por el Estado y pensaba que no se le reconocía todo el trabajo que había realizado. Sin oportunidades laborales, pensó en tomar todos sus ahorros y abrir una tienda de alimentación y autoemplearse, idea que desechó después de que su hijo Iker le dijera que era arriesgado y que podía quedarse sin nada. Finalmente, a Carmen se le acabó la prestación, por lo que empezó a trabajar como ayudante de cocina en un restaurante en el que le pagaban 6 euros la hora. Los dolores del brazo volvieron poco después de ponerse el delantal. La última vez que la vi trabajaba en la tienda de una amiga, e iba camino al ambulatorio por dolores prolongados en el brazo y la espalda.

Como Carmen o Alex, son muchos los que expresan la percepción de una transgresión en la economía moral del Estado Capitalista de Bienestar, en tanto aquella promesa de que las políticas keynesianas de distribución como la acumulación ampliada del capital eran parte de un proyecto inclusivo que permitiría a grandes mayorías acceder a buenas vidas y mejores futuros. Una promesa que se basó en la idea de que cuanto mejor les fuera a las clases capitalistas, mejor les iría a las clases trabajadoras, y que con trabajo duro y sacrificio uno podía labrarse un buen futuro.

Esto se concretó en un doble pacto, por un lado, una norma de reciprocidad entre el Estado y la ciudadanía, por el cual estos últimos asumían ciertos deberes (pago de impuestos, el deber de trabajar, obligaciones militares, etc.) a cambio de las responsabi-

lidades estatales en la provisión básica de protección y bienestar. Por el otro, otra norma de reciprocidad entre el capital y los sindicatos nacionales, por la que el aumento de la productividad se vinculó con la seguridad laboral, los aumentos salariales y las prestaciones sociales.

La decepción e indignación que muestran Carmen y muchos otros se refiere a que este doble pacto ha terminado siendo un engaño, al no proporcionar la protección y el bienestar que prometieron dentro de unos marcos tolerados de desigualdad y explotación. Cuando Carmen señala “Empecé a trabajar a los 14 años y ¿para eso? ¡Es triste eh!”, no rechaza su predisposición a trabajar duro o su posición desigual ante las élites económicas y políticas. Lo que le parece triste, injusto e indignante es que el trabajo no garantice lo que prometió, a saber, autonomía, derechos, bienestar y prosperidad (aunque repartidos de manera desigual), y sobre todo un futuro mejor. Cuando Carmen reclama su derecho a una invalidez o una pensión, es una forma de reclamar que se le reconozca el esfuerzo realizado, pero también el valor social como persona.

También sus hijos señalaron quejas en términos morales al denunciar como injusta la situación de desamparo de su madre. De hecho, lo comparaban con la situación de su padre ya pensionado, señalando lo injusto que era que su madre, quien se había desviado por la familia, se encontrara ahora tan poco reconocida y protegida. La injusticia que todos ellos denuncian no es con la explotación o la desigualdad, sino con la ruptura de las expectativas de bienestar y protección que, aunque basados en la desigualdad, el “sistema” se había comprometido a proporcionar. En ese sentido, las políticas de austeridad y de ajuste, y más generalmente las nuevas formas de acumulación del capital, están destruyendo los viejos marcos (keynesiano-fordistas) de desigualdad dentro de los cuales los trabajadores-ciudadanos habían forjado una posición que entendían digna (Narotzky, 2016 a: 84).

Muchas veces mis interlocutores/as mostraron añoranza de los tiempos en que era compatible que el capital se beneficiara, mientras garantizaba a amplias mayorías de esta ciudad –a algunos más que a otros–, mantener lo que entendían como “una vida digna”. Para ellos/as, las medidas de devaluación interna, llevadas a cabo por las políticas de ajuste, son la muestra de que el capitalismo neoliberal y financiero ha roto los límites o marcos legitimados para desarrollar los proyectos de vida que consideraban dignos. Como decía la sindicalista Anabel (65) ahora todo era más “salvaje”, haciendo alusión a la falta de control, pero sobre todo a la falta de responsabilidad del capital hacia la gente y el territorio, algo que creen que antes sí había. Los vecinos y las vecinas de esta ciudad añoran los tiempos donde había una responsabilidad en la reproducción de las condiciones de vida de las personas trabajadoras y sus familias, de cuando el trabajo masculino industrial cubría los costes de la vida de toda una familia. De cuando conocían al patrón y

su familia y existía cierta obligación moral entre ellos. No como ahora, donde casi todas las empresas son parte de multinacionales europeas en que poco les importa una planta de un lugar determinado.

Para ellos, la última vuelta de tuerca es el capitalismo financiero, y la irrupción de los fondos buitres en la ciudad, donde las ganancias se vuelven cada vez más ajenas a la producción y al trabajo de estos/as vecinos/as. Cuando Carmen preguntaba “¿Qué voy a hacer cuando se termine la prestación?” señalaba la evidencia de que, en estas nuevas formas de acumulación del capital, los márgenes donde ella pueda construir una vida que entienda que merece la pena vivir, son cada vez más estrechos.

En la actualidad, la expectativa de una moral de solidaridad y redistribución con el capital, mediada por el Estado, se ha roto, y el sentimiento de abandono que se respira en la ciudad es el reflejo de ello. En este contexto, lo que ahora está en juego es la “estructura política de responsabilidad” (Narotzky, 2016 a: 86). “¿Quién cuidará de mí cuando me haga mayor?” me preguntó Alex, refiriéndose a un futuro próximo cuando ya sus padres no estén y no pueda “volver a casa” a “reclutarse en el hogar”, es decir, cuando no pueda apoyarse en sus padres como lo hace recurrentemente cuando las cosas se tuercen.

La nueva política de la responsabilidad apunta a principios neoliberales donde la responsabilidad moral del Estado, como garante de la reproducción social, es sustituida por la tarea gerencial de la contabilidad que transfiere a cada persona toda la responsabilidad de la reproducción social. La ansiedad emocional de mis interlocutores/as sobre el futuro, pero también la crisis de esperanza, es el reflejo de que saben y son conscientes de que sin una responsabilidad colectiva (y primordialmente mediada por el Estado), no hay hoy en día márgenes para una vida buena y un futuro mejor.

4. Las nuevas condiciones de la distribución de la esperanza: ¿quién se la puede costear?

Dice Ghassan Hage (2003; Hage y Papadopoulos, 2004) que las sociedades son mecanismos de producción y distribución de la esperanza y que, en ese sentido, lo que ha cambiado con el capitalismo transnacional neoliberal contemporáneo son las condiciones para la distribución de la esperanza en la sociedad.

Según su argumento (Hage y Papadopoulos, 2004: 109-110), el Estado de Bienestar Capitalista se caracterizó por una distribución relativamente igualitaria de la esperanza a pesar de la desigualdad de la riqueza. Sin embargo, el auge de políticas neoliberales que han llevado al retroceso del Estado de Bienestar ha contribuido a disminuir la capacidad de las sociedades para distribuir de modo equitativo la esperanza entre sus ciudadanos-laborales. A diferencia de ahora, en el pasado se consiguió hacer compatible el interés de

crecimiento y acumulación de los capitalistas con el compromiso de cuidar a los ciudadanos-laborales y de asegurar su reproducción social, al tiempo que alimentaba el sueño de progresar materialmente.

Las políticas de ajuste y austeridad de la última década parecen haber fortalecido la tesis que lanzó Hage a principios del milenio. Las políticas de devaluación interna y más generalmente el giro neoliberal del Estado, que transfiere al individuo la responsabilidad de la reproducción social, significaron un cambio en las condiciones y los instrumentos para mantener la esperanza de un futuro mejor (que sigue siendo la de la movilidad social ascendente como aumento de capacidad de consumo). Para la mayoría de la clase trabajadora, esto implica que los márgenes para mantener la esperanza menguan y los testimonios aquí recogidos así lo sustentan.

¿Cuáles son, ahora, estas nuevas condiciones y recursos de la esperanza? Y ¿quién puede costearlo? Si capas crecientes de la clase trabajadora no tiene acceso a estos recursos –como a continuación voy a argumentar– ¿cómo se aseguran un futuro?

Los recortes y el giro neoliberal hacia la responsabilidad individual de la reproducción social han venido acompañados del auge de instrumentos financieros (como planes de ahorro, seguros de vida, planes de pensiones privados, hipotecas familiares, etc.) que se han abierto paso en este contexto de crisis de esperanza. Las instituciones financieras han encontrado un campo de potencial enriquecimiento en la ansiedad emocional que las personas y las familias comienzan a experimentar ante un proceso de movilidad social descendente, y ante un futuro que se presenta como peor.

En este contexto, los responsables de políticas y expertos económicos están impulsando a los hogares a hacer uso de estos productos financieros, generalmente utilizando excepciones o beneficios fiscales y presentándolos como las únicas vías de protección y de asegurarse un futuro digno, al tiempo que continúan con los recortes. Esto deja a la clase trabajadora en una situación contradictoria, y es que, al tiempo que se les pide, por ejemplo, que aumenten sus ahorros, experimentan una precarización mayor en el día a día.

Un buen ejemplo para ilustrar esto son los planes de pensiones complementarios o privados⁹². Estos son impulsados desde las instituciones financieras y políticas que, si bien, tienen un largo recorrido, se han visto legitimadas y reforzadas como herramientas necesarias de las economías domésticas a raíz de las políticas de ajuste y austeridad que han degradado y amenazado la viabilidad del sistema público de pensiones, también de

⁹² La convención de Lovaina explicita que la cobertura de Seguridad Social en materia de pensiones se reparte en tres niveles: el primero es el público, de carácter obligatorio para todos los trabajadores; el segundo es el denominado popularmente “el de empresa”, que responde a la protección social derivada de pensiones pactadas entre empresas y trabajadores, como una fórmula de remuneración diferida; y el tercer pilar es el privado o individual, que corresponde a la decisión individual y voluntaria de las personas de destinar parte de su renta libre al ahorro (Valero 2014: 43).

forma discursiva con una retórica que ha expandido la percepción de insostenibilidad del sistema público de pensiones. De este modo, más allá de atestiguar que las instituciones financieras y bancarias impulsan estos planes de pensiones privados como una herramienta básica, si no la única, para asegurarse una pensión que garantice el bienestar en la vejez, observamos que las instituciones políticas, patronales e incluso sindicales se suman a darle legitimidad a las pensiones complementarias.

En concreto, el Informe de la Comisión de Expertos sobre el factor de sostenibilidad del sistema público de pensiones en vigor para la Seguridad Social, que evaluó que en cuatro décadas la parte de corrección a la baja de las prestaciones sería de un 20% (Izurietta y Zabala, 2014: 97-98), se convirtió en un instrumento para legitimar la coherencia y la validez del plan del Gobierno Vasco para impulsar planes complementarios de pensiones. De este modo, el Plan de Previsión Social Complementaria de Euskadi (PPSCE) de 2007 puso como objetivo que, para 2013, se lograría la adhesión del 70% de los perceptores de rentas de trabajo y profesionales al sistema complementario. Además, el Gobierno Vasco estimó que la pensión complementaria debería de cubrir en el futuro, al menos, el 20% de los salarios finales, esto para que la población vasca dispusiera de unas tasas de reemplazo que les permitiera mantener su nivel de vida (Izurietta y Zabala, 2014: 97). Es decir, habría que conseguir el dinero recortado de la pensión pública de forma privada o complementaria, si es que se quiere mantener el proyecto de vida actual.

Si bien el objetivo está lejos de alcanzarse, este impulso hacia los planes complementarios de pensiones del Gobierno Vasco es significativo, en tanto que manifiesta una tendencia a otorgar cada vez mayor importancia a los recursos privados para asegurar la reproducción social. Desde 2016 el Gobierno Vasco trabaja en el modelo de obligatoriedad o universalización del sistema complementario de pensiones, para expandirlo a todos los trabajadores asalariados y autónomos. Por el momento, ha implantado entre sus trabajadores públicos la obligatoriedad de adherirse a dicho sistema, de modo que, independientemente de que los trabajadores hagan o no una aportación individual, el Gobierno Vasco les deposita parte de lo que sería su salario como capitalización de pensión.

A su vez impulsa incentivos financieros, especialmente fiscales, tanto para el sector público como el privado con el objetivo de lograr la expansión de estos sistemas entre el resto de los trabajadores. En este sentido, llama la atención la aceptación de las pensiones complementarias especialmente dentro del tejido industrial gipuzkoano, donde existe una alta proporción de salarios altos y donde se pueden encontrar pensiones complementarias pertenecientes a la Cooperativa Mondragón, e incluso pensiones complementarias sectoriales, al estar acogidos a determinados convenios colectivos provinciales en parte promovidos por los mismos sindicatos. Sin embargo, en la actualidad, como señalan distintos

informes del Gobierno Vasco⁹³, el número de personas que tienen sistemas complementarios sigue siendo relativamente escaso, la cuantía media acumulada es baja y claramente insuficiente para generar una pensión significativa.

Más allá del debate político sobre si la administración pública debería dedicar recursos a financiar las pensiones privadas, cuando apunta a que no hay recursos para financiar siquiera las pensiones públicas, distintos informes como el de Zubiri (2014: 229) muestran las limitaciones de estas herramientas financieras para amplias capas de las clases trabajadoras como seguros de futuro, básicamente porque para adherirse a ellas hay que tener una capacidad considerada de ahorro de la que no se dispone. Zubiri (2014) destaca que los planes individuales de pensiones están siendo adquiridos a niveles significativos por quienes tienen rentas altas. Señala también que la mayor parte de la población, aunque esté en planes complementarios, no obtendrá pensiones complementarias significativas en la jubilación pues no dispone de los recursos suficientes para dirigirlos a estos. En consecuencia, concluye que los incentivos fiscales están beneficiando solo a quienes tienen rentas altas, debido a que es improbable que quien no puede ahorrar comience a hacerlo por más incentivos fiscales que existan.

Junto a las pensiones complementarias privadas, distintos instrumentos financieros están siendo legitimados como recursos básicos para poder asegurar un futuro mejor. Es el caso de los planes de ahorro, planes para la capitalización de la vivienda, hipotecas familiares, seguros de vida, o incluso programas públicos de autoempleo que impulsan préstamos para jóvenes y mujeres.

Sin embargo, es evidente que la gran mayoría de las clases precarizadas no puede acceder a dichos instrumentos debido a la precariedad material que experimentan. Por mucha ansiedad que tengan ante el futuro, éstos no representan formas de protección al alcance de las clases precarizadas, como comentó Alex cuando le pregunté si tenía o planeaba hacerse de un plan de pensiones: “No, no, lo he pensado, pero tampoco lo voy a hacer, bueno tampoco puedo permitírmelo”, dijo.

De esta forma las clases precarizadas se encuentran a menudo en circunstancias contradictorias –y propensas a la culpa– en tanto son impulsadas a tener una práctica económica que no es viable en sus condiciones de existencia, y por la que después son tachadas de irresponsables. Y es que los fondos de pensiones capitalizados individualmente, pero también otros instrumentos financieros como por ejemplo los planes de ahorro parten de una falsa premisa de una economía en crecimiento, un empleo permanente y salarios decentes, cuando para muchos el único empleo disponible es el empleo precario.

⁹³ Véase el *Informe Previsión Social Complementario en el País Vasco* del año 2019, elaborado por el Departamento de Política Financiera del Departamento de Hacienda y Economía del Gobierno Vasco.

Mis interlocutores/as son sobradamente conscientes de que, probablemente, no dispondrán de los años de carrera ni de los niveles salariales acumulados para acceder a pensiones adecuadas, ni tampoco tendrán posibilidades de protegerse con pensiones complementarias o individuales. También saben que en la precariedad que enfrentan no tendrán posibilidades futuras para generar ahorros, ni formas de capitalizarlos en una vivienda propia. Eider (42), quien como recordaremos había trabajado como eventual en la administración pública durante los últimos cinco años, y ahora estaba en el desempleo, lo explicaba de la siguiente manera:

Pienso en ello, pero soy un desastre. Ahorro, pero, en fin. Tengo dinero, pero no como para la jubilación. He pensado que no conoceré la jubilación, que no existirá para cuando yo llegue. Lo que no sé es cómo ostias vamos a vivir. No lo sé. Es que, además ¡es imposible! Es imposible porque yo me doy cuenta de cómo han andado mis padres los últimos años ahorrando, no sé, creo que tenían como un plan los últimos años, ahora creo que ya no lo tienen, pero bueno han ido ahorrando. Y yo ahorro algo, y los de mi alrededor bastante menos que yo. ¿Y quién va a tener ahorros para afrontar eso? ¿Quién va a cotizar tanto? ¡Es que no vamos a cotizar! O sea, yo llevo casi casi sin estar en el desempleo no sé cuántos años, y no he cotizado y si estoy trabajando desde 1999, pues 19 años no los tengo cotizados, ni 12. Bueno si, 14, creo que tengo cotizados 14 o 15 años. Pero no tengo todos los años cotizados. Pero la gente que ha andado como yo está bastante peor, ¡qué ostias va a tener cotizado! –se ríe–. Además, poblacionalmente es un desastre porque cada vez hay más personas mayores, y si los que tienen que sostener la economía no están. Entonces, será un desastre (Eider).

La vulnerabilidad de este grupo es doble: además de que tienen unas condiciones de existencia que los hacen más propensos a la crisis de reproducción social (sueldos bajos, desempleo, inestabilidad laboral, dependencia de prestaciones, servicios públicos en continuo recorte, etc.), son menos capaces de hacer frente a ella ya que no tienen garantizadas las formas de protección de las clases altas, como un patrimonio, ahorros o seguros privados.

A pesar de las limitaciones materiales de mis interlocutores/as para asegurarse un futuro, muchos se esfuerzan, como pueden, al ver que son las únicas vías al alcance en un contexto de empleos precarios y recortes continuos. Itziar (37) justificaba así sus prácticas de ahorro en vista del panorama amenazante respecto de los derechos futuros:

Yo creo que no tendremos pensiones. Por eso le doy tanta importancia a lo que te decía antes, a tener un colchón, porque no sé qué va a pasar de aquí en adelante. Lo que sí tengo claro es que, si tienes que vivir aquí, o tienes un mínimo de dinero o estás jodida. Porque en el futuro seguramente no habrá pensiones (Itziar).

Sin embargo, generalmente las cantidades que llegan a acumular son insignificantes (la mayoría me señaló que ahorra no mucho más que 100 euros al mes), por lo que previsiblemente también serán insuficientes en el futuro, una situación de la que son conscientes y en la que generalmente dicen preferir “no pensar”. Esta es una forma deliberada de no abrumarse por el futuro, sin embargo, la preocupación sobre la seguridad durante la vejez es latente.

La vivienda propia toma un significado especial en este contexto debido a que, más allá de la fe en su revalorización y porque se convierta en un fondo material de ahorro o dinero sólido, muchos dicen apostar por la compra como una forma de asegurarse un techo en la vejez. La compra de vivienda expresa la inseguridad creciente de los medios de vida vinculado también a un mercado de viviendas en alquiler y una legislación negativa para el inquilino y que genera gran inseguridad vital. De este modo, compran y se hipotecan de por vida para asegurarse que en un futuro seguramente sin pensiones suficientes tengan ya un techo asegurado.

También señalan que en las hipotecas les han ofrecido seguros de vida para que, en caso de fallecimiento o incapacidad total del titular, la entidad financiera se haga cargo del pago de los años que quedan de hipoteca. Este tipo de seguros parecen proliferar entre aquellos que cuentan con hipotecas a largo plazo (25, 30 años). Mis interlocutores/as que los tenían contratados bromeaban continuamente, aunque con cierta indignación, de no saber si estarían vivos una vez terminada de pagar la hipoteca porque, echando cálculos, tendrían más de 70 años para entonces. De esta forma, contratan estos seguros con la esperanza de poder dejar a sus hijos o familiares una casa en propiedad libre de hipoteca, o simplemente de no dejarles una carga económica.

Sin embargo, incluso para hacerse con una hipoteca, todas las personas que conocí tuvieron que acudir a sus familias en busca de ayuda, ya fuera que les hicieran de avales, les hicieran donaciones para la entrada o efectuaran hipotecas familiares. Aunque el crédito contemporáneo se presente como “desincrustado”, es decir, como si operara fuera de cualquier determinación social por pura racionalidad económica, las instituciones financieras han visto en la “incrustación” del crédito un nicho de negocio, ofreciendo toda una serie de posibilidades para que las personas precarizadas opten a créditos con el respaldo de sus redes sociales (Uzzi, 1999; Lacan et. al, 2009).

En este contexto, en que el Estado transfiere a cada persona individual toda la responsabilidad de la reproducción social, las clases precarizadas colectivizan dentro de los márgenes de la familia dicha responsabilidad. En este contexto, las transferencias entre las redes familiares se han intensificado y, en consecuencia, también se han tensionado.

El acceso a los recursos familiares, y más concretamente a las herencias, es uno de los pocos medios con los que se cuenta para protegerse del futuro, como lo demuestra el

caso de Jone Miren (36) y su familia, en el que esto es especialmente evidente. Ella, su pareja, y el bebé de ambos vivían en las casas de protección oficial desde hacía poco tiempo. Ella tenía un trabajo fijo como educadora infantil en una guardería semipública, mientras que él trabajaba como mozo de almacén. A pesar de tener seguridad laboral, los bajos sueldos de la pareja no les permitían ahorrar, decía Jone Miren. Como el resto, defendió el hecho de no ahorrar dejando claro que no era una conducta irresponsable sino que derivaba de la imposibilidad de hacerlo, lo que muestra el juicio que enfrentan estos desde los discursos expertos: “No estoy ahorrando. Tampoco me da eh. Antes sí, pero ya no”.

Desde que se hicieron con la hipoteca de la casa, Jone Miren y su pareja no tenían margen económico para el ahorro. Ella no sentía demasiada preocupación por esto, pero le pesaba el futuro de su hijo y, por ejemplo, decía haberle dado muchas vueltas a cómo se las arreglarán para ofrecerle acceso a la educación superior en un futuro, o, en general, ofrecerle las oportunidades con que ella se crió, ahora que todo se estaba encareciendo tanto. Jone Miren, vislumbraba el fin de un Estado de Bienestar no tan lejano, pero a pesar de eso estaba tranquila por las herencias que iba a recibir. Tanto ella como su madre habían sido hijas únicas, por lo que me confesaba que parte de su despreocupación provenía de dar por hecho las herencias. Lo que le preocupaba en todo caso era el cómo se haría cargo de los cuidados que en el futuro previsiblemente necesitarán sus familiares mayores.

Luego ¿sabes qué? Ya sé que es un poco egoísta pensar así, pero al final, cuando compramos la casa también pensamos en todo. Mis padres, mi abuela y mi tío. Mi abuela tiene dos casas. Mi tío otras dos. Al final todo eso será para mí porque no tenemos otra familia. Entonces pues me digo, “tendré suficiente para vivir”. Es un poco egoísta pensar en eso. Pero es que es mi abuela, mi tío y mi madre. No tenemos más familia. Entonces eso también me da perspectiva. Y no me preocupo demasiado porque sé que ahí tengo una oportunidad para no vivir mal (Jone Miren).

Si bien la gran mayoría de las personas que conocí no contaban con tal cantidad de herencias, todos daban por hecho recibir algo que les ayudará a enfrentar, en mayor o menor grado, la crisis de reproducción social. Así eran también los cálculos de Alex:

Sí he conocido algunos que tienen grandes herencias, pero creo que para eso también Orereta⁹⁴ (Errenteria) es muy proletaria. A mí no me ha tocado tanto. Por ejemplo, antes que me has preguntado si he recibido herencia o no. Con nuestra madre eran 5 hermanos, y entre primos somos unos 20 o 25. Y de Burgos. Y tenían poco más que

⁹⁴ Esta ciudad ha tenido diversas denominaciones. Una de ellas es Orereta, que dicen haría referencia a la población preexistente en el lugar, antes de que se fundara primero Villanueva de Oiarso y más tarde Renteria (Errenteria).

una casa. Y nuestro padre eran 11 hermanos y entre primos creo que seremos unos 30. Como mucho, nos llegarán dos ladrillos del caserío. Lo que sí nos llegará serán las dos casas de mis padres. De llegar lo de los padres. Pero por más arriba no. Y somos cuatro hermanos (Alex).

5. Entre el desencanto y el desclasamiento: ¿hay margen para una política de la esperanza a través de las generaciones?

A pesar de que las clases trabajadoras precarizadas son conscientes que gran parte de los instrumentos presentados para enfrentar la crisis de reproducción social son inaccesibles para ellos, parece haberse instalado un sentido común de que las estrategias individuales y familiares son la mejor opción para protegerse de un futuro peor. Incluso aunque señalan la urgencia de buscar soluciones colectivas a la crisis de reproducción social, muchos reconocen ver poca capacidad de mejora por esa vía.

Una de las excepciones tal vez sean las movilizaciones por unas pensiones dignas, que en Errenteria tienen una especial incidencia entre la generación mayor de la ciudad. Aunque las movilizaciones venían sucediéndose desde el 2013, fue a partir de enero del 2018 cuando se intensificaron las protestas, concentrándose y marchando el primer lunes de cada mes, acorde con el resto del movimiento de pensionistas y jubilados vascos que exigían unas pensiones de 1.080 euros. La fuerza de las movilizaciones en la ciudad, parece explicarse desde la experiencia pasada militante de las generaciones hoy jubiladas o a punto de hacerlo. Así también lo explicó Alfredo Rodríguez, miembro de la asociación de pensionistas Duintasuna (Dignidad) de Errenteria a la prensa⁹⁵: “Porque a la generación que está ahora en los hogares de jubilados de Errenteria le tocó vivir una época en la que hubo mucho movimiento sindical con toda la industria que había aquí, y tienen una experiencia en este tipo de reivindicaciones”.

Como apunta el mismo Alfredo, la base de las movilizaciones es la indignación generada por la transgresión de la economía moral Keynesiana-Fordista: “Han estado toda la vida trabajando para poder vivir bien cuando se jubilaran y ahora ven que todo eso por lo que lucharon se los están quitando”. Pero según mis observaciones, más allá de la indignación producida por la ruptura del marco moral, el peso creciente de las pensiones en el sustento de las familias extensas es otra de las grandes razones de la movilización. En ese sentido, las generaciones mayores salen a la calle, para defender uno de los recursos principales que les quedan a las familias para contener la crisis de reproducción social.

⁹⁵ Entrevista en Noticias de Gipuzkoa a Alfredo Rodríguez miembro de la asociación de pensionistas Duintasuna. 29/01/2020. Fuente: <https://www.noticiasdegipuzkoa.eus/gipuzkoa/oarsoaldea/2014/04/15/jubilados-errenteria-vivieron-epoca-movimiento/322035.html>

Aunque las generaciones jóvenes de la ciudad apoyaban la lucha por unas pensiones dignas, más discursivamente que movilizándose, la mayoría con la que conversé pensaban que a largo plazo la batalla estaba perdida. El discurso de la insostenibilidad de las pensiones entre las generaciones jóvenes ha calado fondo.

Durante el trabajo de campo, también se pudieron observar algunos proyectos que buscan poner en común los recursos para avanzar hacia comprensiones más colectivas de la reproducción (como cooperativas de consumo, economías sociales o proyectos de vivienda colectiva). Sin embargo, parecen todavía respuestas incipientes que dista por ver si son formas de organización precaria y de excepción o podrán configurar una economía popular capaz de hacerse cargo colectivamente de la reproducción social.

Según mis observaciones, aunque los jóvenes adultos apoyan material y discursivamente proyectos y luchas colectivas por una responsabilidad más compartida de la reproducción social, realmente depositan su esperanza y sus escasos recursos en apuestas individuales o familiares. Por ejemplo, fueron varios quienes, como Alex, Eli, Iker, Eider, Itziar, Martin o Alberto, aseguraron que en su entorno cercano recurrentemente hablaban de la necesidad de compartir vivienda y recursos en la vejez, con propuestas más o menos formales como las viviendas cooperativas, o más informales como el ponerse a vivir entre amigas. Sin embargo, al tiempo que ideaban estas apuestas colectivas, los que podían, apostaban individualmente (con el apoyo de los recursos familiares) por comprarse una casa, tanto por miedo a que estos proyectos colectivos no se materializaran y quedarse sin vivienda en la vejez, como porque realmente preferían no tener que vivir colectivamente. Así también Eli:

Lo de la jubilación creo que desaparecerá. Con Itziar solemos hablar mucho de ello. Como no habrá jubilación lo que haremos será vivir todas en una casa como unas marujas. Pues como de jóvenes con veinte años que vives con los amigos, cada una en su habitación. De acompañamiento y de todo. A una, cambiarle el pañal o si viene alguien a cambiar, pues primero cámbiame a mí, después a la otra y después a la otra. Y venga, todas a ver la tele. Yo creo que será una forma de vida. Esa es nuestra pedrada. No sé. Me parece. Es que si no ¿cómo vas a mantener la casa? Es que no sé. Porque Itziar, por ejemplo, no tiene la casa comprada, está de alquiler. Y entonces ¿si no hay jubilación? O no sé, es nuestra pedrada. ¿O habrá, pero poco? ¿Igual un poco de jubilación? Pero no sé, yo veo que será algo así (Eli).

El contexto de crisis y austeridad ha resquebrajado en parte el mito del *homo economicus* autosuficiente y autónomo, debido a que para muchos se ha descubierto como falso o inalcanzable poder salir adelante de manera autónoma o solamente mediante relaciones asalariadas. Ahora bien, esto no significa que estemos avanzando necesariamente hacia redes colectivas de solidaridad. Mis observaciones sugieren que son las redes familiares

las que, principalmente, se han fortalecido en este contexto de disminución de recursos y expectativas. En este sentido, la reclusión en el hogar es algo evidente en Errenteria. De esta forma las luchas por sacar la vida adelante se fragmentan, se invisibilizan dentro de los hogares y pierden su dimensión política, generando formas de “micro privilegio” para ganarse la vida, donde el acceso a los recursos dependen del estatus personal o la posición social más que en derechos universales (Narotzky 2020: 49).

Además, las formas individualizadas y familiarizadas de responsabilidad y lucha tienen dificultades para construir una política de esperanza a través de las generaciones. La gran mayoría de mis interlocutores/as son conscientes de la corta viabilidad de estos otros recursos para contener la crisis de reproducción social, por lo que la desesperanza y el desencanto es generalizada entre ellos. Algunos de los más precarizados observan un futuro donde previsiblemente tendrán que trabajar también después de la edad de jubilación. Ellos recuerdan los sueños que tenían de jóvenes, en tiempos de prosperidad, mientras que ahora creen que estos sueños han dejado de ser posibles, o por lo menos sí en los mismos términos. Alex por ejemplo se había imaginado una vejez en la que se dedicaría a estudiar y viajar. Ahora, le preocupaba cómo subsistiría en la vejez:

Me acuerdo cuando era más joven, en la universidad me fui de Erasmus y conocí a una chica sueca. Por aquel entonces yo solía decir que cuando me jubilara volvería a la universidad y volvería a ir de Erasmus. Los dos teníamos ese plan. Ahora me doy cuenta de que esto no podrá ser. O no sé. El poder vivir otras experiencias. Me acuerdo de que en la universidad hice un trabajo sobre los movimientos sociales de Montreal y solía decir, “tengo que ir por un año a vivir a Montreal” –Alex se ríe, me parece haciéndome notar, lo iluso o inocente que podía sonar aquel sueño—. ¿O tienes esos proyectos no? Sueños. Sueños de juventud (Alex).

Otros que se sienten parcialmente cubiertos, generalmente porque cuentan con patrimonios que heredarán de sus padres, expresan el miedo a perder un estilo de vida comúnmente atribuido a la clase media, es decir, de una capacidad de consumo relativamente elevado en bienes y servicios que, además, funcionan como indicadores de progreso y estatus. En una conversación con Eider (42), en aquel momento desempleada y sin grandes perspectivas de que la volvieran a llamar del sector público para unas sustituciones, ella reconocía que a lo que le temía del futuro no era la pobreza, el desamparo o la exclusión. Eider se sentía protegida por su familia, era hija única y, aunque el futuro le preocupaba, contaba con que tendría dos casas en herencia, algo que la tranquilizaba mucho. Además, tenía una amplia trayectoria laboral y académica y contaba con que, antes o después, encontraría algún trabajo. Lo que le preocupaba era perder una forma de vida, dijo.

De hecho, cuando le pregunté si temía perder su calidad de vida ella matizó y dijo: “calidad de vida no, forma de vida”. Cuando le pregunté a qué se refería, habló de poder viajar, de cenar en restaurantes, ir al cine, al teatro, comprarse ropa, pedirse una beca para estudiar, hacer cursos de formación, etc. Muchos expresaron este mismo miedo a “caer”, ya fuera respecto a ellos mismos o a sus hijos. En este sentido, Barbara Ehrenreich (1990) dice que lo singular de aquellos que se identifican como “clase media” es que dicha clase debe reproducirse, regenerarse con cada nueva generación. A diferencia de la clase alta o de la clase baja, que pueden contar con que permanecerán allí toda la vida, aquellos que se piensan como “clase media”, una clase aspiracional, son precisamente quienes deben esforzarse para mantenerse y no caer, pues ellos no pueden “heredar” la clase social.

Al contrario de éstos, los que desde siempre o desde hace años se han visto “abajo” reconocían que encontraban algo reconfortante el ver que la crisis de reproducción social se extendía. Por ejemplo, Encarna (55) que siempre ha trabajado en la informalidad, o Eli (37), que también cuenta con muy poca experiencia en el empleo formal, señalaban que toda la vida se habían preocupado por no lograr tener una pensión y que ahora, al ver que desaparecerá, todos estarían igual, les daba algo de consuelo. “Los que han trabajado también estarán como yo”, dijo Encarna en una ocasión mientras se le escapaba una sonrisa. Ana (52) también hizo comentarios en este sentido. Desde su perspectiva, la expansión de la crisis de reproducción social, podía ser una oportunidad, aunque lamentable, para empezar a cambiar los términos que se imponen para la reproducción social en la sociedad actual.

La falta de esperanza por un futuro mejor, expresada por mis interlocutores/as, no debe de interpretarse como conformismo. Su resignación expresa más la percepción de derrota de quienes, hace no tanto tiempo, estuvieron en el centro de la geografía de la esperanza y de la acumulación del capital, y que ahora se sienten incapaces de enfrentar los desafíos que implica el “competir” dentro de una economía global financiarizada y neoliberal. Ante esto, muchos hablan de la necesidad de recuperar la “soberanía nacional” frente a las políticas de austeridad que son percibidas como impuestas desde fuera. También señalan la necesidad de volver a una “economía real” que reconozca el valor de las personas y su trabajo. Algunas personas, generalmente militantes, como Anabel, apuntan a la urgencia de disputar el contenido ideológico de la esperanza social. Critican que la movilidad social ascendente como aumento de consumo sea la noción de un “futuro mejor” hegemónico en nuestra sociedad y, en su lugar señalan otras formas de esperanza social con base en la justicia ecológica o decrecentista:

Económicamente ya te digo, no tenemos ambiciones, entonces me adapto bien, me llega para vivir. Sin entrar en esos niveles de consumo, ni de vacaciones por ahí, ni

nada, no tenemos esas historias y estoy muy bien. Yo no veo por esa parte un problema grande. No creo en esas cosas que se dicen en la televisión. No me lo creo. Porque si no vamos a la guerra. Y entonces pues eso. Apoyar lo más que se pueda, de la forma más justa y punto (Anabel).

Recurrentemente, los/as vecinos/as que aparecen en esta etnografía añoran y ensalzan las épocas en las que Errenteria era una ciudad de esperanza. Cuando lo hacen no está del todo claro si expresan nostalgia del pacto moral Keynesiano-Fordista, bajo el cual sus familias prosperaron, o están reivindicando una lucha obrera que realmente creyeron que podría subvertir las causas de la desigualdad, es decir, cambiar las posiciones estructurales dentro de la propiedad desigual de los medios para reproducir un medio de vida. De hecho, la ruptura de la economía moral del capitalismo de bienestar ha permitido a muchos ser más conscientes de su posición desigual. Muestra de ello es que los/as vecinos/as a menudo utilizaban el concepto de “clase media” de forma irónica con expresiones como “se creían que eran de clase media”, que, aunque en parte reproduce el discurso hegemónico de la crisis y la desigualdad como fracaso moral e individual (merecido), también expresa el engaño que ha resultado ser el horizonte de clase media. De esta forma, gran parte de los y las vecinas de Errenteria viven hoy un proceso de desclasamiento que, aunque generalmente es vivido como un fracaso individual y social, les permite comprender en clave estructural su precarización. Así también lo argumentó Alex:

Es que yo creo que la clase social se nace, nunca ha existido un ascensor. Nos engañaron con eso de la clase media. Entonces la clave está en aquellos que desde siempre han tenido propiedades (Alex).

Por lo pronto, faltaría ver si esta ruptura moral puede crear la base de indignación por los términos que se imponen para la reproducción social de una sociedad capitalista, o si la desesperanza solo conducirá a una clase trabajadora carente de capacidad de lucha y confianza en sí misma, avocada a proteger las últimas parcelas de privilegio a toda costa.

6. A modo de conclusión

En este último capítulo he abordado etnográficamente la crisis de esperanza en la ciudad desindustrializada de Errenteria. Como he sostenido, tal crisis está vinculada al auge de las políticas neoliberales y la aplicación de las medidas de austeridad. En ese sentido, esta crisis de esperanza muestra la percepción de movilidad social descendente en capas cada vez más amplias de las clases trabajadoras, quienes se dan cuenta de que la promesa fundacional del pacto de la postguerra ha llegado a su fin con el régimen de austeridad neoliberal.

La nueva estructura de responsabilidad que se está implantando a raíz de esto está transfiriendo a los individuos la responsabilidad de la reproducción social que antes era competencia del Estado. Para la mayoría de la clase trabajadora esto significa que los márgenes para mantener sus proyectos de vida menguan, y con ello también sus esperanzas de un futuro mejor.

Por el momento observamos que las luchas por la reproducción social se están sosteniendo cada vez más en relaciones financiarizadas, sin embargo, como se ha mostrado, las clases trabajadoras no tienen capacidad de aprovechar estos instrumentos, por lo que su eficacia para contener la crisis de reproducción social es por lo menos discutible. En todo caso, las grandes beneficiarias de este giro hacia la responsabilidad individual de la reproducción social son las instituciones financieras, que están concentrando los escasos recursos que aún le quedan a la clase trabajadora. Y lo hacen con la mediación del Estado, que genera políticas de beneficios fiscales para quienes utilizan dichos instrumentos, de manera que se está dando una transferencia de recursos con mediación del Estado hacia entidades financieras en lugar de llevarlos hacia las arcas públicas.

Para una parte de la clase trabajadora precarizada estos instrumentos financieros son inaccesibles, de hecho, la gran mayoría de ellos son conscientes de que la crisis de reproducción social está al caer, y que podrá ser contenida con los recursos familiares solamente por un tiempo. Esto ejerce una presión significativa a los vínculos familiares (por ejemplo, luchas y tensiones por herencias).

De este modo, concluyo que la mayoría de estas salidas individuales y familiares tienen dificultades para construir una política de esperanza sólida a través de las generaciones. Es más, en tanto no se genere una responsabilidad más compartida de la reproducción social, estas salidas individuales solo cronificarán y reforzarán la crisis de reproducción social entre los más precarizados.

En definitiva, la transición de formas inclusivas de hegemonía del capital, basadas en modelos fordistas-keynesianos de “capitalismo incrustado” (Harvey, 2007), a formas selectivas de hegemonía del capital, basadas en procesos financieros y otros procesos de acumulación por despojo (Harvey, 2004), han convertido a una parte de los ciudadanos en sujetos desechables (Mbembe, 2003) en vidas desperdiciadas (Bauman, 2005) y en vidas que no merecen ser lloradas (Butler, 2006). En palabras de Hage (Hage y Papadopoulos, 2004: 112-113), estamos presenciando la transición de una lógica de la explotación (que es en realidad una lógica de inclusión, una inclusión distorsionada si se quiere decir así, pero inclusión, al fin y al cabo) a otra lógica de la exclusión. Lo que está en juego es quién cuidará de la gente de un lugar en este capitalismo contemporáneo cada vez más abstracto y distanciado del trabajo real.

Por lo pronto, la pregunta es la siguiente: ¿Nos apresuramos hacia una sociedad cada vez más desesperanzada donde cada uno luchará para conservar lo poco que tiene, acentuando prácticas autoritarias y excluyentes? o ¿puede esta vulnerabilidad por la subsistencia futura, convertirse en una potencia emancipadora?

CONCLUSIONES FINALES

El objetivo de esta tesis ha sido estudiar “desde abajo” el impacto de la crisis económica del 2008 y de las políticas de ajuste estructural en los esfuerzos de “ganarse la vida” de las clases trabajadoras de la ciudad desindustrializada de Errenteria, País Vasco.

Para ello se ha partido desde una perspectiva antropológica de “ganarse la vida”, la cual comprende a las economías cotidianas como un conjunto de prácticas diversas y complejas de subsistencia que involucran esfuerzos de reproducción material, luchas por las cuales se define qué es una vida digna, (es decir, cuestiones sobre la articulación del valor del mercado y el valor social de la persona y de la vida), así como obligaciones morales entre los miembros en su dependencia mutua. Estas prácticas se han analizado desde el marco de la reproducción social, entendiéndolas como el resultado tanto de micro proyectos que reúnen y dan continuidad a las generaciones, como de macro proyectos de configuraciones sociales de poder y de distribución de recursos.

De esta forma, la tesis se ha centrado en identificar y desentrañar qué entienden las clases trabajadoras de una ciudad desindustrializada por “una vida digna de ser vivida”, y lo que se esfuerzan para conseguirla bajo las nuevas condiciones impuestas por las políticas de ajuste estructural, entendiendo que previsiblemente estarán alterando estas formas de ganarse la vida. Es decir, se ha entendido que las crisis suponen una ruptura (material, de expectativas, obligaciones etc.) en las condiciones de reproducción social, en tanto rompen la “continuidad institucionalizada” de los modelos de proyectos de vida.

Sin embargo, esta investigación nacía con una complejidad añadida, y es que las clases trabajadoras vascas se han encontrado en una situación contradictoria en el marco generado después de la crisis de 2008. Por un lado, se les niega la vivencia de la crisis, señalando que ya superaron anteriormente la gran crisis fordista, que ya han hecho los deberes o que, incluso, no es para tanto. Mientras que, por otro lado, tienen que enfrentar un contexto de más precariedad, desempleo, servicios y prestaciones públicas de bienestar mermadas.

Si bien yo parto de la hipótesis de que la crisis de 2008 y las políticas de ajuste estaban limitando las oportunidades de sacar la vida adelante de las clases trabajadoras de esta ciudad (lo que también era algo bastante señalado por distintos indicadores económicos), lo que quería estudiar era cómo comprendían estas clases tales transformaciones en dicho contexto contradictorio. Es decir, ¿cómo han cambiado sus formas de ganarse

la vida y cómo enmarcan estas transformaciones? ¿Cuáles son las grandes rupturas que experimentan?

Mi segunda hipótesis señala que las clases trabajadoras no son sujetos pasivos de estas políticas, y que era de esperar que estuviesen luchando por superar las nuevas condiciones de posibilidad, desarrollando prácticas variadas en su intento por conservar sus estándares de bienestar. Pero ¿de qué forma?, ¿qué prácticas y relaciones estaban reforzando para ello?, ¿qué capacidades de afrontamiento individual y colectivo tienen? y ¿qué consecuencias tienen estas nuevas prácticas de subsistencia?

Por último, apuntaba a una última hipótesis o, mejor dicho, a una preocupación sobre si estas luchas serían suficientes para paliar o frenar la degradación de las condiciones y aspiraciones de vida en las nuevas condiciones de reproducción social. Es decir, ¿nos acercamos a una crisis de reproducción social?

A continuación, recupero los principales resultados que han emergido del análisis etnográfico y que merecen poner un foco especial para un desarrollo posterior.

1. Capitalismo europeo, horizontes de clase media y crisis de reproducción social

El trabajo de campo en Errenteria revela que la precariedad prolongada y las políticas de ajuste estructural han roto el anterior modelo fordista, que en el pasado estructuraba los ciclos y planes de vida en función de las perspectivas de estabilidad de ingresos y progreso material, entonces ligados al empleo y al salario familiar —una realidad para una parte de la clase trabajadora, pero sólo una promesa para el resto—.

En cambio, la falta de empleos estables y bien remunerados en la coyuntura actual dificulta el poder considerar y hacer planes a futuro, invirtiendo las expectativas de autonomía de los adultos activos que manifiestan serias dificultades para formar y mantener familias de la manera en que lo venían haciendo las últimas dos generaciones. Las clases trabajadoras precarizadas de esta ciudad, especialmente las generaciones jóvenes, experimentan un proceso de estrechamiento en las capacidades para ganarse la vida, y consideran improbable alcanzar el progreso material en forma de aumento de consumo de bienes y servicios, semejante a la de sus padres/madres y abuelos/as.

Para mis interlocutores/as, atravesados/as por la precariedad y la temporalidad laboral, la consideración de que no haya recursos en un futuro inmediato, o de no saber cómo serán estos, entra de lleno en los cálculos cotidianos. Como resultado, muchos tienen dificultades incluso para considerar y llevar a cabo planes a mediano y largo plazo. La falta de recursos para movilizar se suma a las dificultades de anticipar con precisión el porvenir. Se expande una visión del futuro asociada a la incertidumbre y disociada

del presente, donde no habría capacidad de actuar sobre el mañana. De ahí que muchos señalen la inutilidad de perspectivas a largo plazo al tiempo que muestran sensaciones de “atascamiento”.

Sin embargo, el material etnográfico demuestra que parte de estas rupturas preceden a la crisis de 2008 y a las políticas de ajuste, y que hay que situarlas en el marco de la desindustrialización y las presiones de la economía global. De hecho, la estructura de sentimiento de esta ciudad sigue vinculada a la crisis de los ochenta y a un estado de relegación estructural que se perpetúa desde hace ya cuarenta años, y que tiene que ver no sólo con la transición de lo que David Harvey (2007) llama un “capitalismo incrustado” a otro “capitalismo neoliberal” (Harvey 2005), sino también con las dinámicas históricas de diferenciación territorial dentro del capitalismo europeo.

Aunque la adhesión a Europa prometía la consolidación de los derechos democráticos, laborales y de mejores medios de vida que incidirían en una mayor capacidad de consumo de bienes y servicios, supuso la disminución drástica de oportunidades de trabajo, con un desempleo masivo que duró más de una década y una expansión de las condiciones precarias que se expresó abruptamente a nivel generacional. Las generaciones mayores fueron expulsadas de la economía mediante jubilaciones anticipadas, pero ese empleo no se sustituyó, y el que sí, se hizo generalmente a base de contratos temporales mediante sistemas de subcontratación. Esto generó desigualdades visibles por tipo de contrato y fragmentó la fuerza laboral industrial mediante relaciones laborales cada vez más individualizadas. Pero incluso, entre los trabajadores estables la presión de tener que ser competitivos en una economía global también generó miedos e inseguridades por la amenaza de despidos que continua hoy en día.

A pesar de la crisis de los medios de vida, las promesas de una vida digna se materializaron en parte mediante el desembolso de los fondos de cohesión estructural de la Comunidad Económica Europea. Las cuantiosas indemnizaciones y prejubilaciones, la expansión del Estado de Bienestar (salud, educación y seguridad social) y el acceso de un amplio mercado de consumo de bienes y servicios se entendieron como compensaciones a los sacrificios realizados. Sin embargo, la desregularización del trabajo continuó y, a pesar de su aparente contradicción, la financiarización se presentó como la forma de mantener vivas las expectativas sociales fordistas. El crédito fácil alimentó la burbuja inmobiliaria y de consumo, sin embargo, dio paso a una generación joven muy endeudada y a una desigualdad social creciente asociada al peso de la riqueza patrimonial.

A partir de la crisis financiera de 2008 se hizo visible el espejismo de los proyectos de vida de las clases trabajadoras, mantenidos básicamente con medios financieros y riqueza patrimonial. El cierre del crédito fácil, junto a las políticas de ajuste estructural impuestas por la Troika (recorte del gasto público, subida de impuestos, medidas de de-

valuación interna y privatización de bienes públicos), han estrechado, y a veces destruido, el poco margen para la reproducción social de las clases trabajadoras.

Esto explica por qué la crisis de 2008 no se vivió como una experiencia excepcional, sino como una profundización de la crisis de reproducción social que es anterior. Para muchos de estos/as vecinos/as lo novedoso y significativo de los tiempos actuales no es la vivencia de la precariedad o el desempleo, ni siquiera las dificultades de llegar a fin de mes, sino más bien la percepción de que la economía moral keynesiana-fordista (entendida como aquel acuerdo social entre Trabajo-Capital y Ciudadano-Estado) que una vez tuvo la promesa de apoyar proyectos intergeneracionales de mejora en los medios de vida, ha llegado a su fin.

Por un lado, las políticas de austeridad y la experiencia de pérdida de derechos sociales, asociados al Estado de Bienestar, han desgastado la confianza en el Estado como garante de protección y bienestar de la ciudadanía a través de los servicios públicos. Muchos dicen sentirse abandonados y traicionados por el Estado. Por otro lado, la expectativa de acceder mediante el trabajo a los ingresos necesarios para conservar sus sentidos de dignidad se ha esfumado. La ética del trabajo duro se ha corrompido. Para estos la economía actual no está comprometida con la reproducción de las personas. Ahora bien, la responsabilidad de ello recae en el Estado (política) más que en el capital (economía), entendido como algo que solo actúa por el beneficio propio. Como sea, estos/as vecinos/as viven el incumplimiento de promesas y futuros, así como la desaparición de un horizonte de clase media de movilidad social, que hasta ahora definía los proyectos de la clase trabajadora, vinculada a la adhesión europea. En la actualidad muchos hogares de Errenteria lidian ya con la amenaza de movilidad social descendente, sobre todo respecto a los hijos.

2. Resistencias a la crisis de reproducción social: estrategias familiares y posicionamientos sociales

Aunque se esperaba encontrar una proliferación de movimientos de base luchando por superar las rupturas de reproducción social, mis observaciones sugieren un reforzamiento de las estrategias familiares a la hora de sacar la vida adelante, a menudo siguiendo cálculos relacionados con la reproducción social del bienestar familiar.

El trabajo de campo revela el peso de las transferencias de recursos intrafamiliares, ya sean recursos monetarios, vivienda (propiedades, rentas baratas o gratuitas, avales, etc.) o trabajos de cuidados. La intensificación de esta vía refleja la reconfiguración de las obligaciones morales dentro de las relaciones intergeneracionales. En concreto, se observa una reconfiguración de la responsabilidad parental de la generación mayor, a

menudo pensionada, hacia sus hijos y sus familias, con la intención de mantener vivas las expectativas de vida y frenar la movilidad social descendente que estos enfrentan. Los hijos adultos han naturalizado la dependencia hacia sus padres, incluso después de abandonar el hogar y formar sus propias familias, apoyándose en los ahorros, las pensiones, la vivienda en propiedad, su tiempo y energía para realizar trabajos de apoyo. De hecho, el análisis etnográfico muestra que parece haberse instalado un sentido común del deber de los padres de apoyar los proyectos de vida de los hijos, como forma de dar respuesta a la ruptura de reproducción social.

El papel protagónico de las familias es particularmente interesante porque muestra que el reforzamiento de las obligaciones intrafamiliares e intergeneracionales se ha convertido en un elemento central en los procesos de acumulación por desposesión actual. Y es que, tanto la reducción de los costes laborales como los recortes y privatizaciones de los servicios públicos, ambos objetivos prioritarios de las políticas de ajuste estructural, han sido posibles gracias al papel protagónico que han tomado y se les ha dado a las familias y sus recursos, lo que significa una transferencia del trabajo al capital a través de la familia.

El análisis sobre el origen de los recursos familiares nos ha mostrado una constelación amplia de fuentes, donde están involucrados distintos agentes o instituciones. Es decir, según lo observado en Errenteria estos recursos provienen, por una parte, del trabajo y la lucha pasada por medio de las cuales pudieron acumular ahorros y propiedades libres de hipotecas, y, por la otra, del Estado a través del reconocimiento al derecho a unas pensiones públicas, que en el caso de las familias dedicadas a la industria suelen ser altas. De esta forma, estos recursos acumulados, junto a las pensiones, les permiten a las generaciones mayores tener bases materiales suficientes para responsabilizarse de las siguientes generaciones. Sin embargo, en el contexto actual de ajuste estructural, en el que se prevén reformas restrictivas significativas en el sistema de pensiones o la intensificación de medidas de devaluación interna, las premisas materiales que posibilitan estas solidaridades familiares son inciertas. De hecho, durante el trabajo de campo se pudieron observar hogares donde no se puede llegar a configurar esta economía moral doméstica y que están padeciendo una degradación considerable en sus condiciones y expectativas de vida. Si no se desarrollan formas colectivas para enfrentar esto, cabe esperar que muchos hogares se precipiten hacia una crisis de reproducción social.

Junto al reforzamiento familiar, la etnografía también ha permitido observar la importancia que en contexto de crisis tiene el acceso a recursos por medio de redes como la amistad, la militancia o la vecindad. Mediante estas redes de reciprocidad se transfiere información, empleos, recursos materiales, trabajos de cuidados, deudas, etc. Para mis interlocutores/as estas redes adquieren especial importancia porque les ofrecen accesos

privilegiados a los recursos. El material etnográfico muestra la confianza que las clases trabajadoras precarizadas depositan en las redes personales, al percibir las como formas de sostenimiento a largo plazo en contraste con un mercado laboral temporal y un Estado de Bienestar en retirada. Según estos, las obligaciones morales en las que se sostienen las relaciones personales hacen este tipo de vía de aprovisionamiento se perciba más duradera, anticipable e incluso controlable. Respecto a esto, el trabajo de campo ha dejado entrever la importancia del estatus, la reputación o, en general, los posicionamientos sociales a la hora de acceder a los recursos. Ahora, cabe reflexionar más profundamente sobre las implicaciones de fortalecer el acceso a los recursos en base a obligaciones no contractuales y de posicionamiento social más que en base a derechos. Y es que, aunque estas transferencias entre relaciones personales se entienden como formas alternativas de ayuda mutua, también expresan formas de “micro privilegio” que marcan fronteras de inclusión y exclusión generalmente basadas en el merecimiento (Narotzky, 2020: 47).

3. Estrategias financieras como forma de protección

Si bien las clases trabajadoras estudiadas hablan de la necesidad de una respuesta común a la crisis de reproducción social, la observación de su día a día muestra que, a la mínima estabilidad de ingresos que tienen, apuestan por salidas individuales de sacarse la vida y asegurarse un futuro. Tanto las formas de acceder a los recursos, como de invertir y de asegurarse ante el riesgo son individuales, o, como mucho, dentro del ámbito de la familia y redes de personales.

También se observa que las instituciones financieras aprovechan el miedo de las clases trabajadoras precarizadas para impulsar una serie de instrumentos de aseguramiento privado (planes de pensiones, de ahorros, seguros, etc.) con las facilidades puestas por el Estado. Sin embargo, es evidente que la gran mayoría de las clases trabajadoras no pueden costearse estos instrumentos debido a la precariedad material que experimentan. Por mucha ansiedad al futuro que experimenten, éstas no son formas de protección al alcance de gran parte de la población.

4. Devaluación y despolitización

Se ha observado un sentimiento permanente de insuficiencia, humillación y devaluación relacionado con experiencias prolongadas de precariedad, dependencia y austeridad. El no poder cumplir con obligaciones domésticas y de la vida adulta, la dependencia de padres y prestaciones, la vuelta a sectores que se pensaba se había abandonado, la acep-

tación a prácticas de explotación, el agotamiento, la devaluación salarial, la vigilancia institucional de las prestaciones y, más generalmente, la ruptura de expectativas de vida son experiencias cotidianas que minan la autoestima (valor personal) y el reconocimiento (valor social) de las personas.

Como señalo, este sentimiento de devaluación está relacionado, por una parte, con el desempleo y la precarización de los medios de vida que siguieron a la reestructuración industrial de los ochenta, la cual rompió con formas anteriores de valorización de las personas a través del trabajo. La proliferación de empleos precarios e inestables es un obstáculo para ser reconocidos y percibidos como sujetos de valor, además, la pérdida de la economía productiva se percibe como la pérdida de un mundo donde las personas eran valiosas a través de su trabajo. La llegada de los fondos buitres a la ciudad supone la última vuelta de tuerca de la economía financiera, lo que expresa una nueva forma de acumulación donde los trabajadores tienen cada vez más difícil el forjarse una posición digna. En ese sentido, llama la atención, por ejemplo, la apuesta que hacen muchos de mis interlocutores/as por el empleo público como una de las pocas formas que encuentran de garantizar su dignidad a través del trabajo.

El sentimiento de devaluación también está relacionado con la dependencia prolongada (tanto hacia los padres como hacia los subsidios Estatales) en una sociedad que alaba la autonomía individual. A pesar de que con la última crisis se ha resquebrajado, en parte, el imaginario del *homo economicus* autónomo y autosuficiente (quedando visibilizadas las dependencias), todavía la ideología neoliberal de la autonomía representa un obstáculo para el reconocimiento de las personas dependientes como responsables, adultas y valiosas.

Por último, la devaluación también está unida al marco de austeridad que destruye los principios Keynesiano-Fordistas dentro de los cuales se forjaron los sentidos de dignidad. El vaciamiento de derechos, los recortes de los servicios públicos, las sanciones y la vigilancia a los perceptores de subsidios, entre otros, generan sentimientos de humillación.

Ahora cabe estudiar más a fondo las implicaciones que esta devaluación pueda tener en la capacidad de lucha de las clases trabajadoras precarizadas; si la devaluación prolongada resulta convertirse en un obstáculo; o si, más bien, pueda ser la base para construir una indignación moral, ya sea para recuperar los viejos principios en los que se forjaron los sentidos de dignidad, o para ampliarlos.

5. Dinámica de retroceso y crisis de esperanza

El material etnográfico indica que la ruptura de modelos y expectativas de reproducción social ha dado paso a una dinámica de retroceso, en la cual las clases trabajadoras perciben una involución, la vuelta a unos tiempos de mayor privación, desigualdad y auto-

ritarismo. La perspectiva de retroceso se refiere, por un lado, a la pérdida de derechos sociales y al empeoramiento de las condiciones de vida actuales en relación con el pasado y lo esperado. Pero el retroceso también hace referencia al futuro, a lo que creen que está por perderse. Para mis interlocutores/as el marco de la austeridad implica que es cuestión de tiempo para que se den nuevas rondas de recortes y restricciones que devalúen más sus derechos y servicios públicos, lo que entienden que menguará su bienestar futuro. Es decir, el retroceso se refiere también a lo que se puede esperar del futuro. Para ellos, el progreso intergeneracional a nivel doméstico y social no se sostiene, están delante de una crisis de esperanza de un futuro mejor.

Para las clases precarizadas, el nuevo marco de responsabilidad en el que el Estado transfiere al individuo la responsabilidad de la reproducción social, significa que sus posibilidades de ganarse la vida y conservar la dignidad menguan. Aunque los hogares están buscando formas de asegurarse el futuro y proteger su dignidad mediante estrategias individuales, generalmente financiarizadas (pensiones privadas, seguros, etc.) y familiares (ayudas, herencias, patrimonio, etc.), para los más precarizados estas estrategias son inaccesibles, insuficientes o inviables a largo plazo. La falta de formas eficaces de asegurarse genera una gran preocupación y una ansiedad por la seguridad futura tanto propia como para los hijos. Algunos expresan miedo a cómo se las arreglarán en la vejez. La pregunta relevante para estas clases no es ¿qué ha pasado? sino ¿quién cuidará de nosotros?

Ahora queda preguntarse sobre las respuestas que se esperan ante esta crisis de esperanza y ante esta preocupación creciente por la seguridad. En Errenteria, muchos apuntan a la necesidad de reestablecer el viejo pacto Keynesiano-Fordista, a la defensa de lo público y a la urgencia de regular y poner límites a la economía financiera. También hay quienes hablan de la necesidad de superar los viejos marcos de desigualdad y, contra todo pronóstico, avanzar hacia una sociedad más justa. Sin embargo, en uno y otro caso, ven poco probable poder hacerlo debido a que se perciben víctimas de mecanismos abstractos de poder, una convicción fatalista por la que se sienten incapaces de poder actuar para cambiar el rumbo de las cosas. En ese sentido, llama la atención lo desempoderados que se sienten a pesar de la lectura crítica que tienen sobre el marco de austeridad y las crisis, lo que recuerda aquello que señalaba Marina Garcés (2017) sobre la distancia creciente entre “el saber” y “el poder”.

La desesperanza y el desencanto que se ha observado en Errenteria puede hacernos pensar que la sociedad se dirige a prácticas más excluyentes y autoritarias. Sin embargo, tampoco debería descartarse del todo la posibilidad de que la vulnerabilidad puede convertirse en potencia emancipadora. Contra los diagnósticos pesimistas que afirman no haber alternativas de futuro, cabe confrontar la mirada antropológica de no dar nada por evidente y seguir abriendo brechas hacia un futuro que valga la alegría de ser vivida. A ello le apuesto mis esfuerzos.

BIBLIOGRAFÍA

Aceña, P. y Comín, F. (1989). El grupo INI en perspectiva histórica, una aproximación cuantitativa (1941-1986). *Papeles de economía española*, 38, 106-134.

Aguilar, S. (1989). Neocorporativismo: origen del debate y principales tendencias. *Política y Sociedad*, 3, 57-62.

Aglietta, M. (1991). *Regulación y crisis del capitalismo: la experiencia de los Estados Unidos*. México: Siglo XXI.

Albarracín, J. (1991). La extracción del excedente y el proceso de acumulación. En Miren Etxezarreta (Ed.), *La reestructuración del capitalismo en España*. Barcelona: Icaria. 318-322.

Alonso, L.E. (2007). *La crisis de la ciudadanía laboral*. Barcelona: Anthropos.

Amarianakis, S. (december, 2017). Grassroots meanings of informality Resistance, subsistence, and survival in the Greek crisis context. En Alan Smart, Josephine Smart y Filippo M. Zerilli (Eds). *In/Formalization, Anuac*, 6(2), 51-55.

Anderson, B. (2010). Migration, immigration control and the fashioning of precarious worker. *Work, Economy and Society*, 24(2), 300-317.

Appadurai, A. (2015). *El futuro como hecho cultural. Ensayos sobre la condición global*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Appadurai, A. (1986). Las mercancías y la política del valor. En Arjun Appadurai, *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías*. México Df: Grijalbo.

Arbaiza, M. (2016). Mujeres trabajadoras. Una visión histórica (ss. XIX-XX). En *Jornadas Emakumea. Araban: Iragana, oraina eta geroa. Vitoria-Gasteiz: ACOA/AKE*. 27-46.

Barcenilla, M.Á. (2004). El pasado de Oarsoaldea. Vivir entre fábricas. En *100 años de desarrollismo en Errenteria y su comarca*. Errenteria: Agencia de Desarrollo Comarcal Oarsoaldea y Ayuntamiento de Errenteria.

Barcenilla, M. Á. (2002). *Industrializazioa Euskal Herrian*. Donostia: Gaiak.

Barcenilla, M.Á. (1999). *La pequeña Manchester. Origen y consolidación de un núcleo industrial gipuzcoano. Errenteria (1845-1905)*. San Sebastián: Diputación Foral de Gipuzkoa.

Baron, J. N. (august, 1984). The organization of work in a segmented economy. *American Sociological Review*, 49(4), 454-473.

Bartra, A. (2014). *El hombre de hierro. Límites sociales y naturales del capital en la perspectiva de la gran crisis*. México: Universidad Autónoma de la Ciudad de México, Universidad Autónoma Metropolitana, Itaca.

Bauman, Z. (2005). *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*. Barcelona: Paidós.

Bear, L., Ho, K., Tsing, A. y Yanagisako, S. (march, 2015). Gens: A feminist manifesto for the study of capitalism. *Cultural Anthropology*. Recuperado de: <http://www.culanth.org/fieldsights/652-gens-a-feminist-manifesto-for-the-study-of-capitalism>.

Beckert, J. (september, 2003) Economic sociology and embeddedness: How shall we conceptualize economic action? *Journal of Economic Issues*, 37(3), 769-787.

Benería, L. (1992). The Mexican debt crisis: restructuring the economy and the household. En Lourdes Benería y Shelley Feldman (Eds.), *Unequal Burden. Economic crises, persistent poverty, and women's work*. Boulder: Westview Press, Inc.

Benería, L. (1987). ¿Patriarcado o Sistema Económico? Una discusión sobre dualismos metodológicos. En Celia Amorós et al. (Eds.), *Mujeres: Ciencia y Práctica Política*. Madrid: Debate.

Benito, A. M. (2007). El Patrimonio Industrial de Rentería. *Revista Oarso*. Errenteria: Ayuntamiento de Errenteria.

Benston, M. (september, 1969). The Political Economy of Women's Liberation. *Monthly Review*, 21(4), 13-27.

Blyth, M. (2013). *Austerity: The History of a Dangerous Idea*. Oxford: Oxford University Press.

Bohannan, P. (1959). El impacto del dinero en una economía de subsistencia africana. *La Revista de Historia Económica*, 19(4), 491-503.

Boholm, Å. (june, 2003). The cultural nature of risk: Can there be an anthropology of uncertainty? *Ethnos*, 68(2), 159-178.

Borderías, C. y Carrasco, C. (1994). Introducción. Las mujeres y el trabajo: aproximaciones históricas, sociológicas y económicas. En Cristina Borderías, Cristina Carrasco y Carmen Alemany (Comps.), *Las mujeres y el trabajo. Rupturas conceptuales*. Barcelona: Icaria.

Bourdieu, P. (2008). *El sentido práctico*. Madrid: Siglo XXI.

Bourdieu, P. (2003). *Méditations Pascaliennes*. Paris: Seuil.

Bourdieu, P. (1999). *Job insecurity is everywhere now. In acts of resistance: Against the tyranny of the market*. New York: New Press.

Bourdieu, P. (1997). *Razones prácticas, sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.

Bourdieu, P. (1994). Stratégies de reproduction et modes de domination. *Actes de la Recherche en sciences sociales*, 105.

Bourdieu, P. (1989). La ilusión biográfica. *Historia y Fuente Oral* 2, 27-33.

Bourdieu, P. (1980). Le capital social. Notes provisoires. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 31.

Bourdieu, P. (1979). *Algeria 1960: the disenchantment of the world. The sense of honour. The Kabyle house or the world reversed. Essays*. Cambridge: Cambridge University Press. Traducción de Richard Nice. (Obra original publicada en 1963).

Bourdieu, P. (1974). Avenir de classe et causalité du probable. *Revue française de sociologie*, 15(1), 3-42.

Brassloff, W. (1994). Employment, non-employment and unemployment: Portugal and Spain 1973-1993. *Wirtschaft und Gesellschaft*, 20, 55-82

Bryant, R. y Knight, D. (2019). Hope. In Rebeca Bryant and David Knight (Eds.), *¿The Anthropology of the Future. New Departures in Anthropology*. Cambridge: Cambridge University Press.

Bryant, R. (2016). On Critical Times: Return, Repetition, and the Uncanny Present. *History and Anthropology* 27 (1): 19–31.

Butler, J. (2010). *Frames of war. When is life grievable?* London: Verso.

Butler, J. (2006). *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires: Paidós.

Butler, R. N. (december, 1969). Age-ism: Another form of bigotry. *The Gerontologist*, 9, 243-246.

Cachón, L. (1999). Políticas de empleo juvenil en España: entre las políticas (dichas) de “inserción” y las prácticas de “temporalidad”. En Lorenzo Cachón (Ed.), *Juventudes, mercados de trabajo y políticas de empleo*. Valencia: Benicull de Xúquer, 7 i Mig.

Callon, M. (Ed). (1998). *The laws of the markets*. Oxford: Blackwell.

Carreras, A. y Tafunell, X. (2010). *Historia económica de la España contemporánea (1789-2009)*. Barcelona: Crítica.

Castel, R. (2002). *From manual workers to wage laborers: transformation of the social question*. Piscataway: Transaction Publishers.

Catalán Martínez, E. y Mugartegui, I. (2017). *Gipuzkoa industrial (1886-1924)*. Bilbao: Universidad del País Vasco.

Catalán Martínez, E. y Mugartegui, I. (septiembre, 2014). *El papel de las redes empresariales en la industrialización guipuzcoana: el caso de la armera (1886-1925)*. Trabajo presentado

en el XI Congreso Internacional de la AEHE en el Colegio Universitario de Estudios Financieros, Madrid. Recuperado de: <https://www.ehu.es/documents/27516532/27534126/memoria-dpto-2013-2014.pdf/28fb649e-db6e-2573-2b70-30fac19a2986?t=1421851632000&download=true>

Catalán Vidal, J. (1995). *La economía española y la segunda guerra mundial*. Barcelona: Ariel.

Catalán Vidal, J. (1991). Del milagro a la crisis: la herencia económica del franquismo. En Miren Etxezarreta (Ed.), *La reestructuración del capitalismo en España*. Barcelona: Icaria.

Ceja, J. (Coord.) (2018). *Vivir en la encrucijada: Crisis civilizatoria: dimensiones críticas, perspectivas y alternativas*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.

Chant, S. (2003). *Nuevas contribuciones al análisis de la pobreza: desafíos metodológicos y conceptuales para entender la pobreza desde una perspectiva de género*. Santiago de Chile: United Nations, CEPAL.

Cobanera, A. (2002). Desindustrialización y regeneración económica del País Vasco. Acciones de reconversión del Gobierno Vasco y SPRI. *Lan Harremanak*, 6, 51-68.

Cottureau, A. y Marzok, M.M. (2012). *Une famille andalouse. Ethnocomptabilité d'une économie invisible*. París: Editions Bouchene.

Dalla Costa, M. y James. S. (1972). *Las mujeres y la subversión de la comunidad*. Madrid: Siglo XXI.

Denning, M. (2010). Wageless life. *New Left Review*, 66, 79-97.

De la Fuente, M. (noviembre, 2014). La Renta de Garantía de Ingresos y el empeoramiento de los salarios y derechos sociales. *Viento Sur*. Recuperado de: <https://vientosur.info/spip.php?article9606>

De L'Estoile, B. (2014). Money Is Good, but a Friend Is Better: Uncertainty, Orientation to the Future, and “the Economy”. *Current Anthropology*, 55(9), S62–S73.

De Martino, E. (2007). *Il mondo magico, prolegomeni a una storia del magismo*. Torino: Bollati Boringhieri.

Del Amo, I. A. y Letamendi, A. (2020). Las transformaciones postcrisis. Movilizaciones espasmódicas y gran evento. *Foro Interno. Anuario de teoría política*. 20, 51-63.

Del Pozo Sen, A. y Martín Carretero, J. M. (2013) Social Cohesion and the State in Times of Austerity. Country Case Study: Spain. Friedrich Ebert Stiftung. Recuperado de: <https://library.fes.de/pdf-files/id/10453.pdf>

Dolado, J. J. y Jimeno, J.F. (july, 1997). The causes of Spanish unemployment: A structural VAR approach. *European Economic Review* 41(7), 1281-1307.

Durkeim, É. (1987). *La división del trabajo social*. Madrid: Akal.

Edholm, F., Harris, O. y Young, K. (january, 1977). Conceptualizing Women. *Critique of Anthropology*, 3, 101-130.

Ehrenreich, B. (1990). *Fear of falling: the inner life of the middle class*. New York: Harper.

Eizaguirre, I. (febrero de 2017). *Notas sobre la cultura política de la autonomía en la Olereta post-franquista (1975-79). Dos experiencias de la Olereta del 77*. Actas del congreso Las otras protagonistas de la transición: izquierda radical y movilizaciones sociales, Madrid. Recuperado de: <https://congresotransicion2017.files.wordpress.com/2017/02/mesa-17-experiencias-radicales-en-el-acc81mbito-local-regional-y-nacional.pdf>

Elson, D. (spring, 2002). International Financial Architecture: A View from the Kitchen. *Politica Femina*. Colchester: University of Essex.

Esteban, M.L. (2017). Los cuidados, un concepto central en la teoría feminista: aportaciones, riesgos y diálogos con la antropología. *Quaderns-e de l'Institut Català d'Antropologia*, 22(2), 33-48.

Esteban, M.L. (2015). La reformulación de la política, el activismo y la etnografía. Esbozo de una antropología somática y vulnerable. *Ankulegi, Revista de Antropología Social*, 19, 75-93.

Esping-Andersen, G. (1993). *Los tres mundos del Estado del bienestar*. Valencia: Alfons el Magnánim, Institució Valenciana D'estudis i Investigació.

Etxezarreta, M. (1991). La economía política del proceso de acumulación. En Miren Etxezarreta (Ed.), *La reestructuración del capitalismo en España*. Barcelona: Icaria.

Euskadiko Eskola Kontseilua. (2012). *Informe sobre la educación en Euskadi 2008-2010*.

Ezquerria, S. (2012). Acumulación por desposesión, género y crisis en el Estado Español. *Revista de Economía Crítica*, 14, 124-147.

Federici, S. (2012). *Revolution at point zero: housework, reproduction and feminist struggle*. Oakland: Common Notions/PM Press.

Fernández Pérez, Z. y Maceira, L. (2015). Galleteras y más: desde las vivencias hacia la historia. Huellas de las mujeres en el proceso de industrialización de Errenteria (siglos XIX-XX).[Edición especial]. *Bilduma*, 27 del Ayuntamiento de Errenteria.

Fernández-Savater, A. (2011). Crisis de la presencia. Una lectura de Tiqqun. Disponible en: https://laescenaencurso.files.wordpress.com/2015/02/crisis_presencia.pdf

Flandrin, J.L. (1979). *Orígenes de la familia moderna*. Barcelona: Crítica.

FOESSA. (2019). Informe sobre exclusión y desarrollo social en España. Madrid

Folbre, N. (1995). Holding hands at midnight: the paradox of caring labor. *Feminist Economics* 1:1, 73-92. <http://doi.org/10.1080/714042215>

Fraser, N. y Gordon, L. (2015). *Fortunas del feminismo. Del capitalismo gestionado por el estado a la crisis neoliberal*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Fraser, N. (2016). Contradictions of capital and care. *New Left Review*, 100, 99-117.

Funcas. (2019). *Pobreza y Rentas mínimas*, 29. Madrid. Recuperado de: <https://www.funcas.es/wp-content/uploads/Migracion/Publicaciones/PDF/2394.pdf>

Gálvez, L. y Rodríguez, P. (2011). La desigualdad de género en las crisis económicas. *Investigaciones Feministas*, 2, 113-132.

- Garcés, M. (2017). *Nova ilustració radical*. Barcelona: Anagrama.
- García Sepúlveda, E. (2018). *El Dinero va, Pero a Veces No Viene. Moralidades En Torno Al Movimiento Crematístico En La Vida Cotidiana*. Tesis de doctorado CIESAS.
- Gaxie, D. (2015). Retribuciones de la militancia y paradojas de la acción colectiva. *Intersticios. Revista Sociológica de Pensamiento Crítico*, 9(2),131-153.
- Geertz, C. (2003). *La interpretación de las culturas*. México: Editorial Gedisa.
- Gershuny, J. I. (1988). Time, Technology and the Informal Economy. En Pahl, R.E. (Ed.), *On Work: Historical, Comparative and Theoretical Approaches*. Oxford: Basil Blackwell.
- Gibson-Graham, J. K. (2005). *A postcapitalist politics*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Gregory, C. (2009). Whatever Happened to Householding? En C. Hann and K. Hart, eds. *Market and Society: The Great Transformation Today*. Cambridge: Cambridge University Press.”
- Gobierno Vasco. (2019). *Encuesta de Pobreza y Desigualdades Sociales de pobreza real (EPDS)*. Departamento de Igualdad, Justicia y Políticas Sociales. Recuperado de: https://www.euskadi.eus/web01-s2enple/es/contenidos/documentacion/informe_epds/es_def/informe_epds.html
- Gobierno Vasco. (1987). *La pobreza en la Comunidad Autónoma Vasca*. Departamento de trabajo. Sanidad y seguridad social. Recuperado de: [https://www.siiis.net/epds/pdf/La%20pobreza%20en%20la%20Comunidad%20Autonoma%20Vasca%20\(avance%201986\).pdf](https://www.siiis.net/epds/pdf/La%20pobreza%20en%20la%20Comunidad%20Autonoma%20Vasca%20(avance%201986).pdf)
- Goddard, V. (2019). Trabajo y la buena vida o vida digna. Reflexiones y críticas desde un análisis feminista. *Quaderns*, 35, 5-22.
- Godelier, M. (1998). *El enigma del don*. Barcelona: Paidós.
- Gómez Uranga, M. (1991) La internacionalización de la industria española: un proceso acelerado. En Etxezarreta, M. (Ed.) *La reestructuración del capitalismo en España*. Barcelona: Icaria.

González de la Rocha, M. (2001). Los límites de las estrategias de sobrevivencia: viejos y nuevos enfoques para el análisis de las respuestas familiares y domésticas. *Estudios del Hombre* 13-14, 219-238.

González de la Rocha, M. (1991). Family, well-being, food consumption, and survival strategies during Mexico's economic crisis. En Mercedes González de la Rocha and Agustín Escobar (Eds.), *Social Responses to Mexico's Economic Crisis of the 1980's*. La Jolla: Center for U.S.-Mexican Studies, University of California.

González de la Rocha, M. (1988). Economic Crisis, Domestic Reorganisation and Women's Work in Guadalajara, Mexico. *Bulletin of Latin American Research*, 7 (2): 207-23.

Gonzalez i Calvet, J. (1991). Crisis, Transición y Estancamiento. La política económica española 1973-1982. En Etxezarreta, M. (Ed.) *La reestructuración del capitalismo en España*. Icaria. Barcelona.

Gordon, D.M. (1972). *Theories of Poverty and Underemployment. Orthodox, radical, and dual labor market perspectives*. Lexington, D.C: Heath and Co.

Gray, J. y Mearns, D.J. (1989). Introduction. Household and Domestic Group. En Jhon N. Gray y David J. Mearns. *Society from Inside Out: Anthropological Perspectives on the South Asian Household*. New Delhi: Sage.

Hage, G. (2009). Waiting Out the Crisis: On Stuckedness and Governmentality. En Ghassan Hage (ed) *In Waiting*. Melbourne: Melbourne University Press. 97-106.

Hage, G. (2003). *Against paranoid nationalism: searching for hope in a shrinking society*. NSW and London: Annandale Pluto Press and Merlin Press.

Hage, G. y Papadopoulos, D. (2004). Migration, hope and the making of subjectivity in transnational capitalism. Ghassan Hage in conversation with Dimitris Papadopoulos. *International Journal for Critical Psychology*, 12, 95-117.

Hänsch, V., Kroeker, L. y Oldenburg, S. (june, 2017). Uncertain future(s). Perceptions on time between the immediate and the imagined. *Tsantsa. Revue de la Société Suisse d'ethnologie*, 22, 4-17.

Hart, K. (march, 1973). Informal Income Opportunities and Urban Employment in Ghana. *The Journal of Modern African Studies*, 11(1), 61-89.

Hartmann, H. (1981). The family as the locus of gender, class and political struggle: the example of Housework. *Signs. Journal of Women in culture and society*, 6(3), 366-394.

Harvey, D. (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal.

Harvey, D. (2004). *El nuevo imperialismo*. Madrid. Akal.

Hernes, H. (1987). *El poder de las mujeres y el Estado del Bienestar*. Madrid: Vindicación Feminista,

Hochschild, A. R. (2003). *Commercialization of intimate life: notes from home and work*. Berkeley: University of California Press.

Humphries, J. (1977). Class Struggle and the Persistence of the Working-class Family. *Cambridge Journal of Economics*, 1(3), 241–258.

India, T. (2015). Il fantoccio smembrato. Crisi della presenza e affermazione del sé nell'era post-industriale. *Cultura, Società*. Recuperado de: <http://www.istitutoeuroarabo.it/DM/il-fantoccio-smembrato-criisi-della-presenza-e-affermazione-del-se-nellera-post-industriale/> (2022-06-07)

IparHegoa Fundazioa. (2013). *Pobretze politikak Euskal Herrian: Lan erreformaren aplikazioaren eta murrizketen eragina pobrezian eta langabeziaren aurreko babes sistemetan*.

IparHegoa Fundazioa. (2015). *Ikusmiran. Egoeraren azterketa*.

Izagirre, K. (octubre, 2013). *Voz y vida obrera. Luzuriaga hogeita bost lekukotasun*. Pa-saiko Udala.

Iza-Goñola, J. (2011). Luces y sombras de la industrialización vasca (1880-1980). Conferencia ofrecida en el centro cultural Portalea de Eibar el 16 de diciembre, organizada por la Fundación Mario Onaindia.

Izquierdo, M.J. (octubre, 2003). Del sexismo y la mercantilización del cuidado a su socialización: Hacia una política democrática del cuidado. Congreso Internacional Sare: Cuidar cuesta: costes y beneficios del cuidado. Donostia: Emakunde.

Izquierdo, M.J. (1988). ¿Son las mujeres objeto de estudio para las ciencias sociales? *Papers: revista de sociología*, 30, 51. Ejemplar dedicado a: Estudios sobre la dona. ISSN 0210-2862, ISSN-e 2013-9004.

- Izurieta, C. y Zabala, I. (2014). El desarrollo de las EPSV de empleo e individuales en el País Vasco. *Ekonomiaz*, 85, 96-116.
- Jameson, F. (1995) *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo*. Barcelona, Paidós.
- Kasmir, S. (2018). Precarity. En Felix Stein, Sian Lazar, Matei Candea, Hildegard Diemberger, Joel Robbins, Andrew Sanchez & Rupert Stasch (Eds). *The Cambridge Encyclopedia of Anthropology*.
- Kleist, N. y Jansen, S. (2016). Introduction: Hope over Time– Crisis, Immobility and Future-Making. *History and Anthropology*, 27(4), 373-392.
- Knight, D. M. (2016). Temporal Vértigo and Time Vortices on Greece’s Central Plain. *The Cambridge Journal of Anthropology*, 34(1), 32-44.
- Knight, D.M. (2011). *Crisis and Prosperity: Status, Accountability and Time in Central Greece*. Durham theses, Durham University. Available at Durham E-Theses Online:
- Knight, D.M. & Stewart, C. (2016). Ethnographies of Austerity: Temporality, Crisis, and Affect in Southern Europe. *History and Anthropology* 27(1), 1-18.
- Kosseleck, R. (1985). *Futures Past: On the Semantics of Historical Time*. New York: Columbia, University Press.
- Lacan, L., Lazarus, J., Perrin-Heredia, A. y Plot, S. (2009). Vivre et faire vivre à crédit: agents économiques ordinaires et institutions financières dans les situations D’endettement. *Sociétés contemporaines*, 4(76), 5-15.
- Lacunza, J.M. (2012). La empresa Victorio Luzuriaga en Rentería. *Oarso*. 12, 1-4.
- Las Heras J. y Rodríguez, L. (diciembre, 2020). Striking to Renew: Basque unions’ organizing strategies and use of the strike-fund. *British Journal of Industrial Relations* 59(3), 669-700.
- Leccardi, C. (2005). Facing uncertainty: Temporality and biographies in the new century. *Young, Nordic Journal of Youth Research*, 13(2), 123–146. En Renato Carmo, Federico

Cantante y Nuno De Almeida Alves (2014). Time projections: Youth and precarious employment. *Time & Society*, 23, 337-357.

Leidreiter, C. (2020). Criminalizing Livelihoods: “Illegal Vegetables” and the Return to the Home. En Susana Narotzky (Ed.). *Grassroots Economies. Living with Austerity in Southern Europe*. London: Pluto Press.

Lewis, J. (1992). Gender and the development of Welfare Regimes. *Journal of European Social Policy*, 2(3), 159-173.

Lomnitz, L. (1975). *Cómo sobreviven los marginados*. Ciudad de México: Siglo XXI.

Long, N. y Villarreal, M. (2004). Redes de deudas y compromisos: la trascendencia del dinero y las divisas sociales en las cadenas mercantiles. En Magdalena Villarreal (Coord.). *Antropología de la Deuda: Crédito, Ahorro, Fiado y Prestado en las Finanzas Cotidianas*. Ciudad de México: CIESAS, Porrúa y La Cámara de Diputados.

López Calle, P. (2018). Subjetividad precaria como recurso productivo: crisis, trabajo e identidad en las periferias metropolitanas desindustrializadas. *Revista Española de Sociología*, 27, 1-18.

López, I. y Rodríguez, E. (2010). *Fin de Ciclo: Financiarización, territorio y sociedad de propietarios en la onda larga del capitalismo hispano (1959-2010)*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Manuel Robles-Aranguz Fundazioa. (març, 2014). *Informe sobre salarios y empleo en Euskal Herria*. Bilbao: Colección Azterketak/Estudios nº 28.

Malgesini, G. (june, 2013). Going backwards: crisis, austerity measures and their impact on irregular/undocumented immigrants in Spain. En Eve Geddie, Elisabeth Schmidt-Hieber, Lilana Keith, and Michele LeVoy. *International workshop Housing and Homelessness of Undocumented Migrants in Europe: Building Alliances and Developing Strategies* Brussels: Platform for International Cooperation on Undocumented Migrants.

Malinowsky, B. (1995). *Los argonautas del Pacífico occidental: un estudio sobre comercio y aventura entre los indígenas de los archipiélagos de la Nueva Guinea melanésica*. Barcelona: Península

Mansell C. (1995). *Las finanzas populares en México. El redescubrimiento de un Sistema financiero olvidado*. México: Editorial Milenio.

Marimon, R. y Zilibotti, F. (1996). ¿Por qué hay menos empleo en España? Empleo “real” vs. Empleo “virtual” en Europa. En Ramón Marimon (Ed.), *La economía española: una visión diferente*. Barcelona: Bosch.

Martínez-Alier, J. (1985). Viejas Ideologías y nuevas realidades corporativistas. *REIS, Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 31, 119-142.

Martínez-Alier, J. y Roca Jusmet, J. (abril-junio, 1988). Economía política del corporativismo en el Estado español: del franquismo al posfranquismo. *Desarrollo económico*, 28(109), 3-38.

Martínez-Tola, E., Cal-Barredo, M.L. y Álvarez-González, I. (marzo, 2018). Crisis y austeridad: amenaza para el empleo femenino en las regiones europeas. *Convergencia, Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma del Estado de México*, 77, 29-53.

Martínez Veiga, U. (1998). La competición en el mercado de trabajo entre inmigrantes y nativos. *Migraciones*, 3, 9-30.

Martínez Veiga, U. (1996). *Mujer, trabajo y domicilio. Los orígenes de la discriminación*. Barcelona: Icaria.

Matos, P. (2020). Austerity Welfare and the Moral Significance of Needs in Portugal. In Susana Narotzky (Ed.). *Grassroots Economies. Living with Austerity in Southern Europe*. London: Pluto Press.

Mauss, M. (2009). *Ensayo sobre el don: forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*. Buenos Aires: Madrid.

Mbembé, J. A. (2003). Necropolitics. *Public Culture*, 15(1), 11-40.

Méndez, R. (2014). *Las escalas de la crisis. Ciudades y desempleo en España*. Madrid: Fundación 1º de Mayo.

Mendialdea, B. y Álvarez, N. (2005). Ajuste neoliberal y pobreza salarial: los working poor en la Unión Europea. *Viento Sur*, 82, 55-64.

Mejía, J. (2000). El muestreo en la investigación cualitativa. *Investigaciones Sociales*, 4(5), 165-180.

Mintz, S. W. (2011) *Dulzura y Poder. El lugar del azúcar en la historia moderna*. Madrid: Traficantes de sueños.

Montes, P. (1991). La integración en la Comunidad Económica Europea en el proceso de la internacionalización del capitalismo español. En Miren Etxezarreta (Ed.) *La reestructuración del capitalismo en España*. Icaria. Barcelona: Icaria.

Moore, B. (1978). *Injustice: the social bases of obedience and revolt*. New York: Macmillan.

Moreno, L (1999). *La vía media española del régimen de bienestar mediterráneo*. Madrid: IESA-CSIC.

Moreno, L. y Sarasa, S. (1992). *Génesis y desarrollo del Estado del Bienestar en España*. Documento de Trabajo. Instituto de Estudios Sociales Avanzados.

Morton, P. (1971): A Woman's Work is Never Done. En Edith Altbach. *From Feminism to Liberation*. Cambridge: Schankman Publishing.

Muguruza, J.A. (2015). Incidencia y resultados de la reforma laboral sobre la negociación colectiva en Euskadi. *Ekonomiaz*, 87(1), 311-335.

Murua, J.R. y Ferrero, A.M. (2015). Territorio y crisis económica en el País Vasco. En International conference on Regional Science: Innovation and Geographical Spillovers. Universitat Rovira i Virgili.

Mylonas, Y. (2014). Crisis, Austerity and Opposition in Mainstream Media Discourses of Greece. *Critical Discourse Studies*, 11(3), 305–21.

Narotzky, S. (Ed.). (2020). *Grassroots Economies. Living with Austerity in Southern Europe*. London: Pluto Press.

Narotzky, S. (march, 2018). Rethinking the concept of labour. [special Issue] Dislocation Labour: anthropological reconfigurations. *Journal of the Royal Anthropological Institute*, 24(1). 29-43.

Narotzky, S. (2016a). Between inequality and injustice: dignity as a motive for mobilization during the crisis. *History and Anthropology*, 27(1), 74-92.

Narotzky, S. (2016b). Spain is the Problem, Europe the Solution: Economic Models, Labour Organization and the Hope for a Better Future. En Gledhill, J. (Ed.) (2016) *World Anthropologies in Practice*, London: Bloomsbury.

Narotzky, S. (2016c). Where have all the peasants gone? *Annual Review of Anthropology* 45, 301-318.

Narotzky, S. (julio-diciembre, 2015). Economías ordinarias: valores escondidos. Otra antropología de la crisis desde el sur de Europa. *Antrópica. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*. 1(2), 67- 76. Mérida: Universidad Autónoma de Yucatán.

Narotzky, S. (2004). *Antropología económica. Nuevas tendencias*. Barcelona: Melusina.

Narotzky S. y Pusceddu, A.M. (2020). Social reproduction in times of crisis: Inter-generational tensions in southern Europe. En Susana Narotzky (Ed.). *Grassroots Economies. Living with Austerity in Southern Europe*. London: Pluto Press.

Narotzky, S. y Goddad, V. (Eds). (2017). *Work and Livelihoods. History, Ethnography and Models in Times of Crisis*, Abingdon Oxon, New York: Routledge

Narotzky, S. y Besnier, N. (2014) Crisis, Value, and Hope: Rethinking the Economy: An Introduction to Supplement 9. *Current Anthropology* 55(S9), 4–16.

Narotzky, S. y Smith, G. (2010). *Luchas inmediatas. Gente, poder y espacio en la España rural*. Valencia: Universitat de València.

Nieto, R. (2007) Rentabilidad y distribución en el capitalismo español (1954-2003). *La-berinto*, 24 (3), 71-79.

Oarsoaldea Garapen Agentzia. (2018). *Plan Estratégico Oarsoaldea 2025*.

Observatorio de las Ocupaciones del Servicio Público del Empleo Estatal (2018). *Informe de Mercado de Trabajo de Gipuzkoa, datos 2017*. Madrid: Ministerio de Empleo y Seguridad Social.

Olaizola Eizagire, I. y Olaberria Egiguren, J.P. (2015). Luzuriaga, un astillero gipuzkoano (1960-2000), *Itsas Memoria. Revista de Estudios Marítimos del País Vasco*, 8. Donostia-San Sebastián Untzi Museoa-Museo Naval.

Orloff, A.S. (june, 1993). Gender and the Social Rights of Citizenship: The Comparative Analysis of Gender Relations and Welfare States. *American Sociological Review*, 58(3), 303-328.

Ortiz Heras, M. (2006). Mujer y dictadura franquista. *Aposta, revista de ciencias sociales*, 28, 1-26.

Pahl, R.E. (1984). The domestic division of labour between partners in households. *Division of Labour*. Oxford, New York: Blackwell.

Palomera, J. (2015). *The Political Economy of Spain. The Brief Story (1939-2014)*. Documento de trabajo del ERC Greco Project.

Pérez Orozco, A. (2014). *Subversión feminista de la economía. Aportes sobre un debate sobre el conflicto capital-vida*. Madrid: Traficantes de sueños.

Pérez Orozco, A. (2011). Crisis multidimensional y sostenibilidad de la vida, *Investigaciones Feministas*, 2, 29-53.

Perrin-Heredia, A. (2014). La Gestion Des Comptes En Milieux Populaires: Des Catégories Administratives Désajustées Par Rapport Aux Pratiques. *Informations Sociales*, 182 (2), 30-38.

Perrin-Heredia A. (2011). Faire les comptes: normes comptables, normes sociales. *Genèses*, 84(3), 69-92.

Perrin-Heredia, A. (2009). Les logiques sociales de l'endettement: gestion des comptes domestiques en milieux populaires. *Sociétés contemporaines*, 4 (76), 95-119.

Picavea, P. (1988). Las transformaciones demográficas de un municipio industrial. Ren-terria (1975-1986). *Bilduma: Revista del Servicio de Archivo del Ayuntamiento de Erren-teria*, 2, 9-24.

Piore, M. J. (1971). The Dual Labor Market: Theory and Implication. En David, M. Gordon (Ed.). *Problems in Political Economy*, D.C: Heath, Lexington.

Polanyi, K. (2016). *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. México: Fondo de cultura económica.

Polanyi, K. (1957). The economy as instituted process. In Karl Polanyi, Conrad, M. Arensberg y Harry W. Pearson (Eds). *Trade and market in the early empires: Economies in history and theory*. New York: Free Press.

Polanyi, K., Arensberg C.M. y Pearson, H.W. (1976). *Comercio y mercado en los imperios antiguos*. Barcelona: Labor.

Polavieja, J.G. (2003) *Estables y precarios. Desregulación laboral y estratificación social en España*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.

Ramírez Goicochea, E. (2000). El estigma de Beraun: conflicto, espacio y alteridad. *Zainak*, 19, 109-124.

Ramos Torre, R. (2014). Atemporalización y presentificación del mundo social en la sociología contemporánea. *Política y Sociedad*, 51(1), 147-176.

Razavi, S. (2007). *The political and social economy of care in a development context: conceptual issues, research questions and policy options*. Geneva: United Nations Research Institute for Social Development.

Reich, M., Gordon, D.M. y Edwards, R. C. (1973). Dual labor markets. A Theory of Labor Market Segmentation. *American Economic Review*, 63(2), 359-365.

Robbins, J. y Stein, F. (2016). *Values*. Cambridge Encyclopedia of Anthropology.

Rodríguez López, E. (2022). *El efecto clase media. Crítica y crisis de la paz social*. Madrid: Traficantes de sueños.

Roca i Girona, J. (1996). *Los no lugares de las mujeres durante el franquismo: el trabajo femenino en el ámbito público y privado*. *Gerónimo de Uztaritz*, 21, 81-99.

Roig, A. (2018). Separar de sí, separar para sí: aproximaciones a las prácticas de ahorro domésticas en sectores populares urbanos argentinos. En Alexander Roig (Ed.),

La moneda imposible. LA convertibilidad argentina de 1991. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica

Romero, P. (2013). Tiquun en el Sur de Italia: magia, “crisis de la presencia” y crisis del sujeto clásico. *Estudios*, 3(3), 94-106.

Roseberry, W. (1989). *Anthropologies and histories: essays in culture, history and political economy.* New Brunswick: Rutgers University Press.

Rubin, G. (1986). El tráfico de mujeres. Notas sobre la “economía política” del sexo. *Nueva Antropología*, 3(30). México: Universidad Nacional de México.

Rubio Castro, A. (marzo-abril, 1986). El neocorporativismo español: el acuerdo económico y social (1985-86). *Nueva Época, Revista de Estudios Políticos*, 50, 213-239.

Ruiz-Azarola, A., Escudero, M., López-Fernández, L.A. y Gul García, E. (mayo-junio, 2020). La perspectiva de personas migrantes sobre el acceso a la atención sanitaria en el contexto de políticas de austeridad en Andalucía. *Gaceta Sanitaria*, 34(3).

Ruiz Loza, M.S. y Tranche, M. (2011). *Historia de las mujeres en Irun 1931-1992.* Irun: Ayuntamiento de Irun.

Ruzafa, R. (2017). Caras tristes de un proceso histórico. La desindustrialización de la ría de Bilbao en el último cuarto del siglo XX. *Historia, Trabajo y Sociedad*, 8, 11-33.

Sabaté, I. (2017). Getting by beyond work, or the intertwining of production and reproduction among heavy industry workers and their families in Ferrol, Spain. In Narotzky, S. y Goddard, V. (Eds), *Work and Livelihoods. History, Ethnography and Models in Times of Crisis.* Abingdon Oxon, New York: Routledge.

Sabaté, I. (2016). The spanish mortgage crisis and the re-emergence of moral economies in uncertain times. *History and Anthropology*, 27(1), 107-120.

Sacombe, W. (1974). The housewife and her labour under capitalism. *New Left Review*, 1(83). London.

Sainsbury, D. (Ed.). (1999). *Gender and welfare state regimes.* Oxford: Oxford University Press.

- Salvarezza, L. (2002). *Psicogeriatría. Teoría y clínica*. Buenos Aires: Paidós.
- Santamaria, E. (2009). *Trayectorias laborales en los márgenes del empleo: experiencias de precariedad en los procesos de construcción identitaria*. (Tesis doctoral de la Universidad del País Vasco - Euskal Herriko Unibertsitatea).
- Sarkis D. y Matos, P. (2020). The Body Politics of Austerity in Portugal and Spain: Women, Dispossession and Agency. En Susana Narotzky (Ed.), *Grassroots Economies. Living with Austerity in Southern Europe*. London: Pluto Press.
- Sarkis D. y Stamatis A. (2020). Austerity from Below: Class, Temporality and Scale in Grassroots Analyses of Crisis. En Susana Narotzky (Ed.), *Grassroots Economies. Living with Austerity in Southern Europe*. London: Pluto Press.
- Sarkis, D. (2018). Muerta a trabajar. Consideraciones feministas sobre la crisis (de la reproducción social) en Vélez Málaga (España). *Revista Andaluza de Antropología*, 14, 89-107.
- Scott, J. W. (1993). La mujer trabajadora en el siglo XIX. En George Duby y Michelle Perrot (Eds.), *Historia de las mujeres*. Madrid: Taurus.
- Smith, G. (2020). Reflexiones sobre la cambiante esfera de la reproducción social y la lucha de clases: casos de Perú y España. *Cuadernos de Antropología Social*, 51, 71-89.
- Smith, G. (2011). Selective Hegemony and Beyond - Populations with no Productive Function: A Framework for Enquiry. *Identities*, 18(1), 2-38.
- Stack, C. (1974). *All our kin: strategies for survival in a black community*. New York: Harper & Row.
- Thompson, E. P. (1993). The moral economy reviewed. *Customs in common. Studies in traditional popular culture*. New York: New Press.
- Thompson, E. P. (1971). The moral economy of the English crowd in the eighteenth century. *Past and Present* 50, 76–136.
- Toharia, L. (2005). El problema de la temporalidad en España: un diagnóstico. *Revista del Ministerio de trabajo y Asuntos Sociales*, 61.

Torres Enjuto, M.C. (1991). Diez años de reconversión industrial en Euskadi, 1980-1990. *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 13, 165-186.

Uzzi, B. (1999). Social Relations and Networks in the Making of Financial Capital. *American Sociological Review*, 64, 481-505.

Valero, D. (2014). Perspectivas del sistema público de pensiones y el papel de la previsión complementaria. *Ekonomiaz*, 85, 42-65.

Valdaliso, J.M. (2003). Crisis y reconversión de la industria de construcción naval en el País Vasco. *Ekonomiaz*, 54, 53-67.

Vigh, H. (2009). Motion Squared: A Second Look at the Concept of Social Navigation. *Anthropological Theory*, 9(4), 419-438.

Villarreal, M. (2014). Regimes of Value in Mexican Household Financial Practices. [supp] *Current Anthropology*, 55(9), 30-39.

Villarreal, M. (2010). Cálculos financieros y fronteras sociales en una economía de deuda y morralla. *Civitas*, 10 (3), 392-409. <https://doi.org/10.15448/1984-7289.2010.3.8338>.

Villarreal, M. (2009). *Mujeres, finanzas sociales y violencia económica en zonas marginadas de Guadalajara*. México: IMMIG, IJM, CIESAS.

Villarreal, M. (2008). Deudas, Drogas, Fiado y Prestado En Las Tiendas de Abarrotes Rurales. *Ruris*, 2(1), 99-128.

Villarreal, M. (2004). Divisas intangibles en las relaciones de ahorro y endeudamiento: a manera de conclusión. En Magdalena Villarreal (Ed.) *Antropología de la deuda. Crédito, ahorro, fiado y prestado en las finanzas cotidianas (1ª edición)*. México: CIESAS, Porrúa.

Villarreal M. and Greene, J. (2020). Juggling Currencies in Transborder Conetxs. En Oxford Research, *Encyclopedia of Anthropology*. Reino Unido: Oxford University Press.

Villarreal, M., Niño, L., y Greene, J. (2017). Malabarismos financieros en contextos transfronterizos. En Magdalena Barros y Agustín Escobar (Coords.), *Migración internacional, interna y en tránsito: actores y procesos. Libro 1: Nuevos procesos en la migración internacional y mercados de trabajo*. México: CIESAS.

Villarreal, M. y Angulo, L. (2012). *Las Microfinanzas en los intersticios del desarrollo: Cálculos, normatividades y malabarismos*. México: CIESAS.

Vosko, L. F. (2010). *Managing the margins. Gender, citizenship and the international regulation of precarious employment*. Oxford: Oxford University Press.

Weber, F. (2011). *Calculs Économiques. Genèse*.3(84), 2-5.

Williams, R. (1977). *Marxism and Literature*. Oxford: Oxford University Press.

Wolf, E. R. (1982). *Europa y la gente sin historia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Yanagisako, S.J. (1979). Family and Household: The Analysis of the Domestic Groups. *Annual Review of Anthropology*, 8, 161–205.

Zeitlyn, D. (2015). Looking Forward, Looking Back. *History and Anthropology*, 26(4), 381-407.

Zelizer, V. (2011). *El significado social del dinero*. Buenos Aires: FCE.

Zubiri, I. (2014). Capitalización y reparto: un análisis comparativo. *Ekonomiaz*, 85, 207-232.

ANEXOS

(Figura 1)

Renta por trabajo por ciudades más pobladas de Gipuzkoa

	2001	2003	2006	2009	2011	2013	2014	2015	2016	2017	2018
Pasaia	14145	15327	18160	19481	19654	18516	18468	18484	19415	20033	20921
Errenteria	16562	17517	20504	21670	21425	19612	19737	19636	20589	21145	22323
Irun	16939	18659	22795	23803	23463	21345	21004	21068	21948	22453	23347
Lasarte-Oria	20219	20347	22933	23854	23857	21600	21277	21220	22477	23263	23870
Andoain	19911	20156	23210	24016	23818	22382	22257	22332	23420	23656	24453
Hernani	17431	19697	22497	25445	25142	22901	23013	23113	24016	24981	25548
Eibar	16910	20018	23095	23357	23962	22240	22081	22130	23486	24865	25701
Arrasate	25404	24888	27441	26197	26492	23972	22563	23240	24941	25319	25923
Gipuzkoa	20185	21493	24742	26709	26742	24844	24570	24809	25956	26664	27606
Azpeitia	22850	23615	24869	29242	27093	24708	24687	24903	26235	27332	28147
Hondarribia	18673	22819	25955	28668	28779	25864	25819	26114	26996	27790	28452
Bergara	24121	25027	27393	29068	28958	26434	25775	26067	27127	27919	28534
Tolosa	19855	21256	24248	27742	27686	25952	25725	25719	26823	27369	28638
Donostia	21591	22872	26351	29137	28928	27078	26706	26961	27806	28605	29179
Zarautz	20312	23127	26430	29500	29742	26827	26797	27380	28646	29924	31447
Beasain	22324	22608	25789	28617	29378	27821	27814	27846	29220	29808	34103

Fuente: EUSTAT. Estadística de Renta Personal y Familiar

Units: euros

Tabla: elaboración propia con las quince ciudades más pobladas de Gipuzkoa.

(Figura 2)

Tasa de paro de la población de 16 y más años por ciudades más pobladas de Gipuzkoa

		2010	2015	2016	2018
Eibar	Total	8,7	16,4	15,9	12,4
Irun	Total	10,8	17,9	16,9	12,4
Pasaia	Total	10,6	17,2	15,7	12,4
Errenteria	Total	8,8	15,8	15,1	10,8
Andoain	Total	8,5	13,8	13,7	10,4
Hondarribia	Total	9,6	15,1	14,1	10,3
Arrasate/Mondragón	Total	8,9	15,6	14,5	10,2
Gipuzkoa	Total	8,8	14,4	13,2	9,8
Lasarte-Oria	Total	9,6	15,3	14,1	9,8
Donostia / San Sebastián	Total	8,9	13,8	12,4	9,5
Tolosa	Total	7,5	13,5	12,2	9,4
Hernani	Total	8,3	14,3	13,0	9,1
Beasain	Total	9,0	14,0	12,4	8,9
Zarautz	Total	9,1	13,8	12,5	8,6
Bergara	Total	7,7	13,4	12,0	8,4
Azpeitia	Total	8,3	15,4	13,2	8,0

Fuente: EUSTAT. Estadística municipal de actividad

Tabla: elaboración propia con las quince ciudades más pobladas de Gipuzkoa.

(Figura 3)

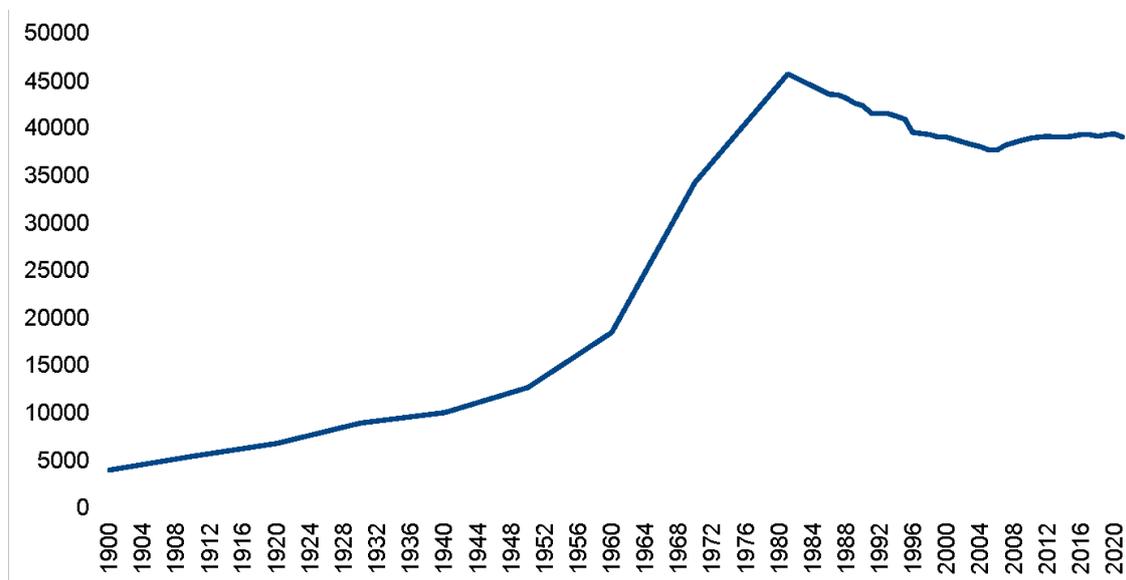
Nivel educativo de la población, 2018

	Errenteria	Gipuzkoa
Analfabetos	0,68	0,33
Sin estudios	2,99	2,12
Primarios	36,14	31,63
Profesionales	21,44	19,19
Secundarios	22,76	21,60
Medio-superiores	5,14	7,22
Superiores	10,85	17,90

Fuente: EUSTAT. Estadística municipal de educación

(Figura 4)

Evolución de la población de Errenteria desde 1900 hasta 2021



Fuente: Instituto Nacional de Estadística (INE)

(Figura 5)

**Población de 16 y más años ocupada de Errenteria
por estructura empresarial, 1996-2016**

	1996	2001	2006	2011	2016
Total	12677	17005	17166	16244	16582
Agricultura, ganadería, caza, silvicultura	65	113	68	46	55
Pesca, acuicultura	87	86	42	15	8
Industrias extractivas	15	12	4	6	1
Industria manufacturera	3891	4347	3766	2743	2769
Producción y distribución de energía eléctrica, gas y agua	177	126	58	134	164
Construcción	1117	1978	2049	1464	1173
Comercio y reparación	1906	2746	3019	3121	3177
Hostelería	729	1044	1144	1305	1283
Transporte, almacenamiento y comunicaciones	1078	1256	1132	1269	1326
Intermediación financiera	223	242	254	237	186
Alquiler, inmobiliarias y servicios a empresas	893	1326	2070	2193	2090
Administración pública	714	733	583	571	608
Educación	596	755	723	802	941
Actividades sanitarias y veterinarias; servicios sociales	618	1022	1160	1345	1441
Otras actividades sociales y servicios personales	462	540	776	740	783
Hogares que emplean personal doméstico	106	679	318	253	577
Organismos extraterritoriales	0	0	0	0	0

Fuente: EUSTAT. Censos de Población y Viviendas

(Figura 6)**Tasa de Afiliación a la S.S. por sectores**

Errenteria	2018
Primario	0,32
Industria	15,74
Construcción	7,07
Servicios	76,87

Fuente: Udalmap

(Figura 7)**Población ocupada e inactiva, 1996-2016. Errenteria**

		1996	2001	2006	2011	2016
Población ocupada	Total	12677	17005	17166	16244	16582
	Hombres	8735	10566	9963	8804	8807
	Mujeres	3942	6439	7203	7440	7775
<hr/>						
Población parada que busca primer empleo	Total	2313	427	257	229	195
	Hombres	1051	136	120	103	93
	Mujeres	1262	291	137	126	102
<hr/>						
Población parada que ha trabajado	Total	3053	1844	1031	2451	2494
	Hombres	1712	831	473	1324	1195
	Mujeres	1341	1013	558	1127	1299
<hr/>						
Población inactiva	Total	21488	18948	19294	20659	20639
	Hombres	7902	7200	7941	9170	9388
	Mujeres	13586	11748	11353	11489	11251

Fuente: EUSTAT. Censos de Población y Viviendas

(Figura 8)

Población de 16 y más años ocupada por situación profesional, 1986-2016. Errenteria

	1986	1991	1996	2001	2006	2011	2016
Total	11795	13524	12677	17005	17166	16244	16582
Empresario/as con personas asalariadas	75	461	319	665	455	762	513
Autónomo/as sin personas asalariadas	1974	1650	2007	1963	2120	1503	1848
Miembros de cooperativa	253	426	288	198	293	357	402
Personas asalariadas fijas	8432	7368	6507	9267	10505	9963	8915
Personas asalariadas eventuales	959	3301	3254	4799	3602	3502	4727
Ayudas familiares	64	137	45	113	84	144	177
Otra situación	38	181	257	-	107	13	-

Fuente: EUSTAT. Censos de Población y Viviendas

(Figura 9)

Evolución porcentaje trabajadores fijos y eventuales

	1986	1991	1996	2001	2006	2011	2016
Personas asalariadas fijas	89,79%	69,06%	66,66%	65,88%	74,47%	73,99%	65,35%
Personas asalariadas eventuales	10,21%	30,94%	33,33%	34,12%	25,53%	26,01%	34,65%

Fuente: EUSTAT. Censos de Población y Viviendas

Tabla Elaboración propia

(Figura 10)**Evolución Tasa de paro de la población de 16 y más años Errenteria y Gipuzkoa, 1986-2016**

		1986	1991	1996	2001	2006	2011	2016
Gipuzkoa	Total	22,1	17,8	21,2	9,7	6,7	13,2	12,4
	Hombres	18,7	13,7	16,7	7,3	5,4	12,6	11,0
	Mujeres	29,9	25,6	28,9	13,2	8,3	13,8	13,9
Errenteria	Total	28,2	24,4	29,7	11,8	7,0	14,2	14,0
	Hombres	24,0	18,7	24,0	8,4	5,6	13,9	12,8
	Mujeres	38,5	35,3	39,8	16,8	8,8	14,4	15,3

Fuente: EUSTAT. Censos de Población y Viviendas

(Figura 11)**Personas beneficiarias de Renta de Garantía de Ingresos
(%o habitantes). Errenteria**

Año	%o
2003	10,15
2004	10,40
2005	10,22
2006	9,49
2007	10,47
2008	12,36
2010	18,74
2011	20,55
2012	21,77
2013	26,54
2014	28,80
2015	28,97
2016	27,82
2017	26,15
2018	23,31

Fuente: Udalmap

(Figura 12)

Índice de rotación contractual (contratos/personas). Errenteria

año	contrato/persona
2005	2,94
2006	2,86
2007	2,81
2008	2,74
2009	2,65
2010	3,31
2011	3,30
2012	3,04
2013	3,15
2014	2,74
2015	2,98
2016	3,04
2017	2,97
2018	3,25

Fuente: Udalmap

